FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS

BARCELONA

LA CIUDAD QUE FUE

LA LIBERTAD Y LA CULTURA
QUE EL NACIONALISMO
DESTRUYÓ

ÍNDICE

Portada
Dedicatoria
Prólogo a esta edición

PRIMERA PARTE
CUANDO LA CIUDAD ERA

1. La ciudad de la libertad
2. La primavera, en todos los sentidos
3. Les Enfants Terribles
4. 1973-1974. El largo invierno de la política
5. Del cine a la literatura pasando por el psicoanálisis
6. 1975-1977. La muerte de Franco y el cambio de casi todo
7. La tormentosa vuelta a la pintura en Barcelona
8. Más música, más películas, más periódicos, más de todo
9. El primer viaje a Madrid
10. Noviembre de 1977. El advenimiento de Tarradellas
11. *Diwan*
12. El lento apagón de Barcelona y las luces de Madrid

SEGUNDA PARTE
CUANDO LA CIUDAD DEJÓ DE SER

13. *Lo que queda de España*
14. La aventura del PSA
15. El manifiesto de los 2.300
16. El atentado

Créditos

Este viaje a la Barcelona de los setenta está dedicado a las locas de las Ramblas, a los locos de la Filmo, a los pirados lacanianos, a los zumbados maoístas, a los filólogos entrometidos, a los pintores comentados, a los lectores compulsivos, a todos los chicos y chicas que hicieron real aquella Barcelona increíble. Y a todos los españoles que luchan por su libertad.

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Este libro cuenta cómo el golpe de Estado en Cataluña no empezó el 1 de octubre de 2017 sino en los años setenta del siglo pasado; porque lo sucedido en los últimos años es la culminación de lo que se inició en la Barcelona de entonces, aquello que algunos denunciamos y por lo que fuimos silenciados. La apisonadora totalitaria que apareció por primera vez tras la publicación de *Lo que queda de España* en 1979 y remató su escalada de terror contra el Manifiesto de los 2.300 en 1981; era ya, en lo sustancial, la misma que ha producido la fractura de la sociedad catalana y la voladura del sistema de partidos de la Transición.

La ciudad que fue recordó en 2007, años antes de la puesta en marcha del *Procés*, que las fuerzas golpistas, tanto mediáticas como políticas, estaban ya perfectamente organizadas para la proclamación como Estado del único sistema político que ya en 1979 defendían como indiscutible: una dictadura nacionalista. Si hasta entonces no habían intentado el asalto final, la proclamación de *su* República, era porque necesitaron tiempo para la *doma*, como llama Albert Boadella al lavado de cerebro que desde todas las instituciones políticamente teledirigidas —escuela, medios de comunicación— se perpetra contra los habitantes de Cataluña, desde su más tierna infancia hasta que hacen suyos todos los dogmas del nacionalismo. Da igual que el sumo sacerdote de la secta montserratina sea Pujol, Maragall, Montilla, Mas, Puigdemont o Torra. Puede cambiar el clero, lo que no cambia es el culto.

RACISMO, TERRORISMO, SEPARATISMO

Tampoco cambia el terror separatista, el amedrentamiento de los que no piensan lo único que se debe pensar. Como descubrirán los lectores de este libro, la primera vez que se utilizó el Nou Camp para concentrar a una masa vociferante contra España y contra los derechos de más de la mitad de la población catalana no ha sido durante los años del Procés sino en 1981, tras el Manifiesto de los 2.300 y como prólogo del atentado contra mí. La organización corrió a cargo de una entidad apoyada por todos los partidos catalanes menos el PP, *Crida a la Solidaritat en defensa de la llengua i cultura catalanas*, llamada popularmente *La Crida*, cuyo portavoz era Jordi Sánchez y entre cuyos dirigentes estaba Carmen Forcadell. Sí, los mismos protagonistas del golpe de Estado de 2017. Y el presidente de la Generalidad que tras proclamar la república, huyó cobardemente, Carles Puigdemont, ha anunciado en Waterloo que su nuevo partido, siempre el de Pujol, se llamará *La Crida*. Imaginación tienen poca. Siempre son los mismos con lo mismo, cada vez más obtusos y violentos. Obstinación, toda.

Aquella flamante trituradora de libertades que debutó en el Nou Camp en 1981 está perfectamente engrasada. Tanto que no puede parar. En la Cataluña de hoy triunfa la barbarie en las calles y los medios de comunicación, haciendo invisible a la mitad de los ciudadanos, amputados del derecho a discutir la existencia como un todo, España, de lo que siempre ha sido solo una parte, Cataluña.

La violencia, implícita o explícita, es omnipresente: «Las calles siempre serán nuestras», proclama un Maragall. Y un sindicato presidido por el asesino convicto del empresario Bultó, Carles Sastre, cuyos crímenes oculta TV3 presentándolo como «independentista gran reserva», convoca una «huelga de país» contra el juicio a los golpistas de octubre. El «país» no la sigue, pero sí el presidente de la Generalidad, Joaquim Torra, racista de estricta observancia, en cuya obra contra España, los españoles y, sobre todo, los catalanes que

hablan español, que son la mayoría, destaca esta exhibición de lo que entiende por pluralidad política:

> *En casa de los padres corría un viejo ejemplar de un libro que todos los hermanos habíamos leído:* De cuando las bestias hablaban*, de Manuel Folch y Torres. (…) Ahora miras a tu país y vuelves a ver hablar a las bestias. Pero son de otro tipo. Carroñeros, víboras, hienas. Bestias con forma humana, sin embargo, que destilan odio. Un odio perturbado, nauseabundo, como de dentadura postiza con moho, contra todo lo que representa la lengua.*
>
> *Están aquí, entre nosotros. Les repugna cualquier expresión de catalanidad. Es una fobia enfermiza. Hay algo freudiano en estas bestias. O un pequeño bache en su cadena de ADN. ¡Pobres individuos! Viven en un país del que lo desconocen todo: su cultura, sus tradiciones, su historia. Se pasean impermeables a cualquier evento que represente el hecho catalán. Les crea urticaria. Les rebota todo lo que no sea español y en castellano.*
>
> *Tienen nombre y apellidos las bestias. Todos conocemos alguna. Abundan las bestias. Viven, mueren y se multiplican.*

Esto es lo que obsesiona a los catanazis: que los catalanes que hablan español se multipliquen más que los que, de creerles, vendrían al mundo recitando a Verdaguer, sin necesidad de escolarizarse. La más preocupada en público por este «drama demográfico», o sea, racial, es Marta Ferrusola, la «madre superiora» del clan de los Pujol, la mayor banda de ladrones de Europa, que estuvo robando durante décadas el tres por ciento (mínimo) de toda obra pública en su pobre país, sin que Pujol encontrara nunca tiempo para pagar impuestos. Pero la naziprosa de Torra es el desarrollo purulento de lo que decía su jefe en 1958 y reeditó en 1976 en *La inmigración, problema y esperanza de Cataluña*:

> *El hombre andaluz no es un hombre coherente, es un hombre anárquico. Es un hombre destruido (…) es, generalmente, un hombre poco hecho, un hombre que hace cientos de años que pasa hambre y vive en un estado de ignorancia y de miseria cultural, mental y espiritual. Es un hombre desarraigado, incapaz de tener un sentido poco amplio de comunidad. A*

menudo da pruebas de una excelente madera humana, pero de entrada constituye la muestra de menor valor social y espiritual de España. Ya lo he dicho antes: es un hombre destruido y anárquico. Si por la fuerza del número llegase a dominar, sin haber superado su propia perplejidad, destruiría Cataluña. E introduciría su mentalidad anárquica y pobrísima, es decir, su falta de mentalidad.

¡Otra vez «la fuerza del número»! Seguramente robaron tanto para equilibrar los escogidos números de la civilización catalana y los vulgares de la interminable y anárquica horda española, «hambrienta desde hace cientos de años». Porque para los Pujol y Torra, Maragall y Junqueras, ese *místico* que dice que ama a España pero escribió que un catalán comparte más ADN con un francés que con un español, hay razas famélicas y orondas, razas superiores, cultas de nacimiento, y razas inferiores, incultas hasta la muerte, o sea, arios y escoria. La diferencia entre el racismo xenófobo y clasista de Pujol y el de Torra es que Pujol no se atrevió a decir en los setenta del siglo XX lo que su tribu dice en el XXI. Lo que ayer le hubiera costado votos, hoy, en el oasis putrefacto, le asegura el poder.

Pero el despotismo segregacionista que abiertamente exhiben TV3 y los titiriteros nacionalistas que pululan por todas las cadenas de televisión de ámbito nacional no es sólo el fruto podrido de la descarada manipulación de la Historia en la enseñanza o de la mutación de Barcelona en lo que quería que fuera Pujol: el *pal de paller* de una Cataluña xenófoba, autocomplaciente y frenéticamente antiespañola. Lo que de verdad ha allanado el triunfo de la barbarie separatista ha sido la cobarde complicidad de la Derecha y la lúbrica complacencia de la Izquierda, que, desde el Gobierno de España, han asistido, indiferentes o complacidas, al *liberticidio* en Cataluña. En realidad, *españicidio*.

CATALUÑA, PEOR QUE EN LOS SETENTA; MADRID, TAMBIÉN

Si la Derecha ha brillado por su ausencia, la Izquierda destaca por su presencia. La deriva totalitaria del discurso político nacionalista catalán ha infectado el discurso y la política de la izquierda española. En la lucha contra España y sus libertades, han alternado su liderazgo el nacionalismo vasco y el catalán. Pero desde 2004, con Zapatero, es la Izquierda la que ha impedido cualquier desfallecimiento de ese proceso bicéfalo, antes periférico y hoy central.

La indignidad del Estado en manos de un gobierno de izquierda, el presidido por Sánchez tras la tramposa moción de censura contra Rajoy, urdida por el PSOE, los golpistas catalanes, el PNV y Podemos, pareció alcanzar una abyección insuperable cuando Pablo Iglesias fue a negociar los presupuestos del Estado con el recluso Junqueras. Pero se superó el día en que la Generalidad hizo públicos los 21 puntos que, mientras tanto, iban negociando paralelamente y en secreto el Gobierno y los partidos golpistas.

Aunque en esta edición de *La ciudad que fue* he prescindido de un tercio del libro, el apéndice documental sobre la resistencia a la dictadura nacionalista —que, tras el nacimiento y auge de Ciudadanos, necesitaría, más que una actualización, una biblioteca—, me parece esencial consignar algunos puntos que prueban la traición a España y a sus instituciones democráticas, acordada por el gobierno del PSOE y Podemos con los golpistas catalanes, cuyos cabecillas están huidos o en el banquillo del Tribunal Supremo. Por desgracia, no se trata de documentos del pasado reciente, sino que aspiran a serlo del tenebroso futuro.

PROPUESTA DE NEGOCIACIÓN DE LA GENERALIDAD Y EL GOBIERNO

Los puntos de autoría separatista son *literalmente* estos:

1. *No se puede gobernar contra Cataluña.*
2. *Hay que reconocer y hacer efectivo el derecho de autodeterminación del pueblo de Cataluña.*
3. *Es necesaria una mediación internacional que debe facilitar una negociación en igualdad.*
4. *La soberanía de las instituciones catalanas debe ser respetada y no amenazarla con la aplicación del artículo 155.*
5. *Se han de investigar los abusos policiales y económicos ejercidos contra el pueblo de Cataluña.*
6. *La vía judicial debe quedar atrás.*

Por si esto no destruyera todo el edificio institucional español, hay más puntos, típicamente izquierdistas, que completan el cuadro:

9. *Es imprescindible poner fin a la limitación de derechos fundamentales.*
13. *Hay que garantizar la independencia judicial.*
14. *Es necesario asegurar el respeto a los Derechos Humanos.*
16. *La indolencia con el fascismo, la impunidad con las actitudes fascistas tiene relación directa con la impunidad de los crímenes del franquismo.*
17. *Se deben aislar y denunciar los grupos neofascistas.*
19. *Hay que emprender un proceso explícito de desfranquització (sic) y de (sic) un debate sobre la monarquía.*
20. *La nulidad de los juicios franquistas es un paso imprescindible de (sic) memoria histórica.*
21. *Se debe hacer efectiva una política de fosas comunes.*

Evidentemente, más que ante un diálogo, estamos ante un programa común de los separatistas —seis primeros puntos— con los socialistas y comunistas —los otros quince—. El lenguaje separatista es, en lerdo, idéntico al del PSAN y la extrema izquierda

pancatalanista que, en los años setenta del siglo pasado que este libro rememora, toda la izquierda española consideraba disparatado y contraproducente; del mismo modo, el lenguaje de los comunistas y socialistas recuerda al del PCI, el FRAP o el GRAPO, de los que Pujol y demás nacionalistas catalanes huían entonces como de la peste.

Pero este retroceso a un discurso político que en la Barcelona de los setenta se consideraba estúpido y trágico para la democracia en España, y esos puntos que ningún gobierno español hubiera aceptado discutir, han sido aceptados por el de Sánchez en vísperas del juicio al golpismo en el Tribunal Supremo. De hecho, el Gobierno y sus aliados comunistas hicieron una contraoferta, bautizada «La rendición de Pedralbes», en la que destacan también literalmente estas perlas:

> *Este diálogo efectivo se garantiza tanto mediante la convocatoria de la comisión bilateral como de la mesa de partidos (…).*
>
> *El objetivo será la búsqueda de respuestas políticas que alcancen un amplio apoyo de la sociedad catalana.*
>
> *La propuesta democrática que resulte del trabajo de los espacios de diálogo, deberá articularse mediante las oportunas y posibles modificaciones legislativas.*

Cuando la vicepresidenta Carmen Calvo, en solemnísima rueda de prensa tras el Consejo de Ministros, añadió a la contraoferta la figura de un «relator» o mediador internacional, quedó claro que Gobierno y Generalidad asumían el modelo creado por la ETA en aquellos años setenta para plasmar la derrota y rendición del Estado. Que el separatismo catalán, instalado en el golpismo, adoptara el modelo etarra de negociación internacional de la independencia era irremediable; que lo asumiera el Gobierno de España era y es trágico. Pero esta es la escena política real en 2019: una Izquierda entregada al desguace del Estado de Derecho que sustituye con la *Mesa de Partidos* a los parlamentos —el nacional y el regional catalán— para negociar con unas fuerzas políticas *no representativas,* repartidas a

conveniencia, ni más ni menos que la liquidación de la soberanía nacional.

Nada que no se viera venir en 1979. La Izquierda ha sido y es la que legitima al separatismo desde su apabullante superioridad mediática. Aun así, para muchos será sorprendente comprobar en *La ciudad que fue* cómo fueron el PSUC y el PSC, incluso antes de llegar Pujol al poder, los encargados de machacar a los opositores a la «dictadura blanca» que anunció Tarradellas. La Izquierda fue y es el verdugo de toda disidencia frente al nacionalismo, cuya ideología, ayer disimulada y hoy obscenamente televisada, se basa en el monocultivo del odio a España, la lengua española y toda manifestación de lo español, sobre todo en la Cataluña castellanohablante, que, no por casualidad, coincide milimétricamente con la que rechaza el separatismo.

Al final, tropezamos con lo mismo del principio: negar la posibilidad de uso en pie de igualdad, legal y real, de las dos lenguas de Cataluña es la clave del separatismo catalán y el modelo de todos los demás en las comunidades bilingües. Es el clavo ardiendo al que se aferran periodistas, políticos y profesores xenófobos, y con el que aseguran la herradura en los cascos de la mula —«animal español por excelencia», decía Azaña—, amenazada por la tralla y cebada en el pesebre de la corrupción. Que, además, paga la mula.

LA GÉNESIS DE *LA CIUDAD QUE FUE*

Pero dejemos el presente en su pasado y vayamos al pasado presente, que es la explicación de este libro. Como publico casi a diario hace muchos años, nunca, ni siquiera cuando escribí *Lo que queda de España*, he sentido la urgencia de verme en los escaparates —bastante se me padece en prensa, radio, televisión, internet, *podcast*, etcétera— y casi todos mis libros son de gestación lenta, de orden rumiante, y pasan por diversos estadios de deglución hasta que me parecen editorialmente presentables. La reflexión política de *Lo que queda de España* (1979) la retomé y amplié tiempo después en *La*

dictadura silenciosa. Mecanismos totalitarios en nuestra democracia (1993). Su primera parte, sobre la naturaleza del totalitarismo emboscado en las democracias, desembocó años después en *Memoria del comunismo* (2018), a su vez recuperación de una serie de ensayos para *La Ilustración Liberal* que empecé tras la caída del Muro, pero no publiqué. Y la parte de «La dictadura silenciosa» dedicada a Pujol y el nacionalismo catalán se amplió tanto en el «Prólogo sentimental» a la reedición de *Lo que queda de España* que acabó convirtiéndose en *La ciudad que fue*, fruto de la extraña magia de aquella Barcelona épicamente perdida y líricamente recordada, a la que yo no quería volver.

Pero volví, o volvió a mí, o me revolvió, o me reencantó. Y ahora, al releerla doce años después, la veo como el mejor de mis libros en prosa o el que mejor se defiende solo, quitándole, como dije, la parte documental sobre la resistencia lingüística —me remito al libro de Antonio Robles *Historia de la resistencia al nacionalismo en Cataluña*. 1979-2006 (Crónica Global, 2013)— y limitándolo a lo fundamental: la rememoración de aquella ciudad que fue y del que yo fui o quise ser en ella.

Del libro sólo he cambiado las referencias temporales y el capítulo último sobre el atentado. He recuperado la versión del «Prólogo sentimental», más austera y sin detalles morbosos que oscurecen el protagonismo de la ciudad en favor del de sus verdugos. Porque este es el libro de la ciudad, la cultura y la libertad que el nacionalismo destruyó, no el de los que la destruyeron.

UNA EXTRAÑA AUSENCIA

Al releer el libro después de tantos años he echado en falta más referencias a algo cuya importancia sólo advertí el año pasado, cuando entre los papeles perdidos en la forzada mudanza de Barcelona aparecieron varias cartas que Labordeta me había escrito en el primer año allí. Aunque en el prólogo que escribí para su libro *Tierra sin mar* recordé algunas de las muchas cosas extraordinarias

de los años en el Colegio San Pablo de Teruel, que de su mano y la de Sanchis Sinisterra son los orígenes de mi formación intelectual, y parcialmente de la del grupo de Barcelona, veo que, al escribir *La ciudad que fue*, entre los «años luz» (Salter) de Teruel y los de la Barcelona de las Ramblas, se eclipsó el período oscuro del primer año en Riera de Horta y el carteo con que vadeamos aquel trance depresivo. Él, «porque era así» (Montaigne); yo, porque quería y no podía curar melancolías.

En esas cartas, hay tres que me demostraron, por si hacía falta, que el tiempo borra de nuestra memoria lo que nos estorba y recuerda lo que le da la gana. En una de ellas, Labordeta me dice que está pensando en dejar la canción —en la que daba los primeros pasos y discos— porque tras una audición en casa de un preboste de la vida cultural catalana, a la que le llevó Sanchis, también recién llegado a Barcelona, se había dado cuenta de que lo suyo era muy antiguo y que aquella gente tan moderna no entendía nada de lo que él hacía y valoraba. En la siguiente, me agradece de forma sentida y conmovedora, como él era, o era entonces —por eso me ha conmovido leerla, ahora que ya no está—, la carta que a vuelta de correo le mandé para darle ánimos, quitarle de la cabeza lo de dejar la canción —estaba por hacer lo mejor suyo— e instarle a despreciar, olímpica y tozudamente, a la *gauche divine*.

Y en una tercera carta, comentando los últimos poemas que le había enviado, no sólo los elogia como obra madura y que debe ser editada, sino que se ofrece discretamente, con esa generosidad inolvidable que tuvo siempre conmigo, a pagar la edición en la mejor editorial de poesía de la época, El Bardo, que dirigía José Batlló. Pero sucedió que me zambullí de golpe en la ventolera de las Ramblas y del marxismo chic, archivé aquellos poemas y tardé muchos años en publicar algunos, pocos, en *Poesía perdida* (Pre-textos, 2001). Labordeta, ya metido en política y al que siempre trataban y tratan de enemistar conmigo, no tardó ni cinco minutos en decir, como años atrás, que eran «muy hermosos». ¿Cómo se apaga, cómo se eclipsa, una sombra tan luminosa, tan benéfica?

LA PRESENCIA DEL GRUPO TRAMA

Habent sua fata libelli, y era el destino de *La ciudad que fue* hacer justicia a la Barcelona de los setenta, no a los años de los orígenes, los de Teruel y Zaragoza, que aparecen casi de pasada. Hoy me parecen mucho más importantes que entonces, pero así está escrito y debe quedar. Sólo añado fotos nuevas —casi todas lo son, con respecto a la edición de 2007— para recordar aquellas personas tan personas, que el tiempo aventó como en el verso de Miguel Labordeta: «Fue un sueño todo ir en el viento del sol».

Me he resistido a añadir algo sobre esos orígenes pero también a podar lo referido a la pintura, la estética y la semiótica que entonces trabajamos. Puede resultar prolijo para quien no sepa nada de pintura moderna o no le interese el arte conceptual. Sin embargo, refuta una de las trolas xenófobas que el nacionalismo suele propalar contra los que se niegan a tragar el mito de su superioridad racial o, al menos, cultural. El argumento más sórdido de la izquierda nacionalista para imponer a toda costa la inmersión lingüística, ideológica y política —es decir, *la doma*— era y es que «los inmigrantes no tienen cultura». Pero, por supuesto, al nacer tienen la misma que los demás, sus derechos son igualmente inalienables y, además, a veces, desarrollan una tarea intelectual mucho más importante que la uncida al terruño, al culto idolátrico y sangriento a la lobotomizada tribu.

Y al repasar nuestras fundaciones, publicaciones y actividades en aquellos años, aunque algunas me hagan sonreír, en general, me enorgullecen. No conozco una labor cultural más novedosa y ambiciosa como aquella que emprendimos en los setenta. En toda España, tal vez; en aquella Cataluña, no. Compárese con la de hoy, tras décadas de soterramiento de toda libertad, con ese desierto moral e intelectual, subvencionado por la cleptocracia nacionalista, que ha ido avanzando, como la arena en las ciudades abandonadas, hasta desecar el oasis real, no este de la dictadura mediática del

pujolismo-leninismo, sino aquel liberal y libertario de *nuestra* Barcelona.

Si acaso, lo que al reeditar este libro me ha sorprendido más, porque lo había archivado en favor de otros recuerdos incandescentes —la salida de *Lo que queda de España*, el Manifiesto de los 2.300, el atentado— es el episodio, esencial para entender el cambio radical en el ecosistema cultural barcelonés, del intento de Tàpies de adoptar al Grupo Trama como la parte más brillante de la nueva vanguardia artística de los *Països Catalans*. Todo lo que ha pasado en la Cataluña cultural de estos cuarenta años está ahí: el separatismo puede tolerarte, pagarte bien y apadrinarte si te integras, silente y obsequioso, en su tribu. Si no, eres un enemigo del pueblo catalán y hay que maltratarte como tal.

LA MUERTE DE BARCELONA

Aquella ciudad murió. El lector verá en este libro cómo y cuándo. La meditación ante las ruinas, metáfora de lo que fuimos en lo que fue, es una vieja costumbre poética, desde las ruinas de Itálica a las de Grecia o Roma. Pero no sabemos, sentimos cuando nuestra ciudad deja de existir, nos falta o nos sobra. Seguramente muere en nosotros y con nosotros, cuando desaparece el impulso que la anima, inseparable de la época y de las personas que la habitaron o, como digo al principio, fueron habitadas por ella. ¿Cuándo dejó de ser Barcelona nuestra ciudad? El día en que dejamos de sentirnos más libres que en ningún otro lugar de España. Pero fueron aquellos días brevísimos cuanto luminosos, de los que la noche se ha cobrado luego cumplida revancha.

El caso de Barcelona es muy especial, porque tras el terror nacionalista de 1981 vino el monumental revoque de fachada de los Juegos Olímpicos de 1992 y todo parecía estupendo y libre; qué digo, libérrimo. Pero tras el grandioso oropel internacional, pagado por todos los españoles, se agazapaba, sombrío, el jabalí nacionalista. La Barcelona de Maragall, que algunos quieren reinventar como lo

contrario a la Cataluña de Pujol, fue su mejor escaparate, el huevo perfecto para incubar la serpiente del odio a España. Si algo necesitaba el racismo supremacista era el Cobi de Mariscal, tan setentero. Se presentó a algunos *lolailos* como parte de una Cataluña en la que todo el mundo era aceptado como fuese. Mentira podrida. Maragall era tan racista como Pujol, pero lo disimulaba ante el servicio. Recuérdese que él y su partido, el PSC, el de los Icetas y Montillas, encabezaron la rebelión contra el Tribunal Constitucional, la negativa tumultuaria y callejera a aceptar la Ley. De aquellos polvos estatutarios socialistas vienen estos lodos golpistas.

UNA CIUDAD QUE CAE DEMASIADO LEJOS

Hace muchos años que no voy a Barcelona y nunca con mi familia. La última vez, tras hacer el programa en Tarragona, estuve enseñándoles a Isabel González y Rosana Laviada los lugares que aparecen en este libro: la casa de Hospital, la de la calle de San Vicente, el Café de la Ópera… Me senté en el mismo banco del patio de la Universidad en que conocí a María pero no sentí esa pena que nos lleva a revivir lo que un día guardamos dentro. Nada queda de aquello, salvo lo vivido, disfrutado y escarmentado. O sea… todo.

Sacar a Barcelona de mi vida, a diferencia de otros sitios en que he vivido, es imposible. A diario la barbarie que nos la destruyó aparece con la torva faz del eviterno Pujol, Mas, Torra, Puigdemont y demás rufianes. Cada vez más fea, cada vez más nazi, cada vez más parecida al odio que es su razón de ser. Desde el 1 de octubre de 2017, fecha convencionalmente admitida para el golpe de Estado separatista, vesánico, cobarde, fatuo y ridículo, debo comentar a diario las noticias que de allí vienen, como si fueran de *mi* Barcelona. Pero Bañolas, Besalú, Tamaríu, tantos pueblos que, en aquellos años setenta, alumbraron el recuerdo de un día inolvidable son sólo fotografías amarillentas, abarquilladas, perdidas.

Sólo ha habido un día en el que hubiera querido andar por aquellas calles que durante un tiempo fueron mías. Fue el de la

gigantesca manifestación del 8 de octubre de 2017, la del millón de personas que enarbolaban banderas españolas, respondiendo a la llamada del rey y de la nación. No puedo, desde entonces, ver una noticia de aquel cementerio sin pensar en alguna forma de resurrección.

De hecho, hay ahora muchísimos más barceloneses conscientes de lo que quieren y no les dejan querer que cuando unos pocos luchábamos por lo irrenunciable, pero a lo que nuestra ciudad parecía haber renunciado para siempre: la libertad. Ver a Inés Arrimadas en el parlamento regional poner a caer de un burro y en español a Torra o cualquier otro catanazi me produce verdadero orgullo. Ver a los partidos constitucionales diciendo que en la lucha contra el separatismo hay que asegurar que el español sea lengua vehicular en todos los grados de la enseñanza y en cualquier sitio de España, no me suena, me resuena requetebién. ¡Cuarenta años diciéndolo!

Todo lo que se refiere a la dictadura nacionalista en Cataluña lo entiendo como parte del problema de España y sus libertades, pero estaría muerto si no me conmoviera ver a tantos barceloneses defendiendo lo que tanto nos costó defender a tan pocos. Aunque aquella persona que luchó por lo mismo ya no sea la misma. Aunque *La ciudad que fue* sea sólo el recuerdo de una Barcelona que cierta vez existió.

PRIMERA PARTE

CUANDO LA CIUDAD ERA

1

LA CIUDAD DE LA LIBERTAD

A comienzos de los años setenta, miles y miles de jóvenes de toda España llegaban a Barcelona en busca de libertad. En realidad, Barcelona no tenía mucha más libertad que otras ciudades españolas; la libertad la poníamos los que íbamos allí a buscarla. Pero éramos tantos que, al poco de llegar, se notaba. La ciudad era entonces, más que nunca, las Ramblas, estación de ida y vuelta, apeadero y oasis, fulgor y sombra abiertos las veinticuatro horas del día. Y pasado el primer deslumbramiento, la primera fonda, el piso de paso o el lecho prestado, una vez confirmada la decisión previa de irse a vivir allí, aquella riada humana, aquel hormiguero de colores psicodélicos, con menos obreras que reinas, se esparcía por las callejas y avenidas, los cuartuchos y las fondas, los pisos compartidos

del extrarradio y los pueblos vecinos en la montaña o junto al mar. Porque además estaba, invisible, el mar.

Lo que hace a una ciudad y lo que una ciudad nos hace no reside en el trazado de sus calles, las lenguas que en ellas oímos, la manera de vestir, el ritmo de la gente al andar, sus infinitos signos, monumentos y piedras caedizas; ni siquiera esos arrabales donde la ciudad ya no existe y, sin embargo, está. Una ciudad es el espíritu que en un determinado momento la anima, ese algo impalpable que nos atrae o nos repele. Y en aquellos años setenta, Barcelona parecía imantada por un extraño atractivo que la hacía irresistible. A ella acudíamos de todas partes, buscando lo que no podíamos encontrar en la provincia pequeña ni en la otra ciudad grande, Madrid, en la que toda libertad parecía más difícil, mientras que en Barcelona la creíamos al alcance de la mano. Y la tomábamos.

Alejada del oficialismo, aunque extraordinariamente beneficiada por los éxitos económicos de la Dictadura, abigarrada y opulenta, Barcelona parecía la ciudad más abierta al futuro, la que albergaba las grandes editoriales españolas populares y renovadoras, las nuevas revistas, las nuevas ideas, la nueva música; la que traducía y digería sin masticar todas las novedades artísticas y culturales de Europa —tan cercana en la geografía— y del mundo, que en aquel entonces ya no parecía, como en la novela, ancho y ajeno. Para mí, el resto del mundo era California.

Pocas veces ha estado tan bien empleada la frase «irse a vivir», porque a vivir nos íbamos. No sólo a trabajar, a estudiar, a conocer mundo, gente distinta, cosas nuevas y mejores, sino a vivir, en toda la extensión del término. ¿Y qué es lo que nos lleva a cambiar de ciudad para cambiar de vida? No suele ser un cálculo, sino un pálpito, un algo que nos permite hacernos la ilusión de un todo.

He pensado muchas veces por qué, de los dos lugares en los que podía terminar la carrera de Filología Española, Barcelona y Madrid, elegí Barcelona. Y he concluido que la clave de mi decisión y de la de muchos otros estuvo en una revista que no tenía la proyección política de *Triunfo* o *Cuadernos para el Diálogo*, las dos que

recomendaba leer el PCE a sus militantes y a los «compañeros de viaje» como yo. Esa revista era *Fotogramas*. Aunque dedicada esencialmente al cine y escaparate de todo lo nuevo y todo lo reciclado del cine español (que era casi todo lo nuevo), allí aparecían con «su nueva imagen», aproximadamente anual, cantantes, actores, artistas de vanguardia y editores chic. Allí, con el consultor Mister Belvedere como acomodador, veíamos cada semana a Serrat y María del Mar Bonet, Pic Nic y Pi de la Serra, Els Joglars y Nuria Espert, Romy y Teresa Gimpera, Terenci Moix y Maruja Torres, Ángel Casas y Joan de Sagarra, amén de las referencias editoriales: Barral y Castellet, Vázquez Montalbán y Juan Marsé, los tres hermanos Goytisolo, Edigsa y Bocaccio, el Drugstore y las Ramblas. Al final, siempre, las Ramblas...

Aquel celofán de Barcelona llamado en los quioscos *Fotogramas* envolvía, velaba y hermoseaba todo lo que los jóvenes, casi adolescentes, de la naciente progresía buscábamos por entonces. Hoy resulta fácil ver todo lo que de provincia y de ignorancia había en aquella envoltura, lo ilusorio de aquel deseo, su fragilidad. Pero es que la España de entonces era un quiero y no puedo, vísperas del puedo pero no me dejan. ¿Y cómo arrepentirse de esa ilusión? ¿Cómo no agradecerla? En aquella ciudad, gracias a la marea fantasiosa que nos arrojaba a sus playas de asfalto, pasé los mejores años de mi vida. También alguno de los peores, como cumple a la vida verdadera. El primer intento de recordarla fue el «Prólogo sentimental» a la reedición de *Lo que queda de España* (1979), quince años después (Temas de Hoy, 1995). Aquel libro tan de los años setenta, tan de aquella ciudad olvidada pero inolvidable, era casi todo yo. Reunía casi toda la prosa escrita en aquella Barcelona que apenas existe en el recuerdo. Pero le faltaba la música. Le faltaban fotogramas. Por eso he escrito *La ciudad que fue*.

TRAMPAS DEL RECUERDO

Decían los clásicos que «el Tiempo también pinta», puesto que vemos lo visto y lo que han visto otros. También el recuerdo se recuerda como quiere. En aquella edición de hace doce años decía yo que llegué en moto a Barcelona en el otoño de 1971 y salí en ambulancia en mayo de 1981. Rigurosamente cierto. Sin embargo, mi primera visita a Barcelona fue cuando aún estudiaba en Zaragoza, unos meses antes, y no viajé solo. Aquella breve estadía de apenas un fin de semana tuvo o veo hoy que tiene mucho más significado sentimental y político que el que hubiera querido. Tal vez por ello la olvidé.

Por aquel entonces, invierno del curso 1970-1971, yo tenía ya decidido pedir, si la universidad y la Brigada Político-Social no lo impedían, el traslado a Barcelona para hacer los tres cursos de especialidad de la carrera elegida, que era Filología Románica. Pero aquel último invierno en Zaragoza resultó raro, solitario, friolento y triste, preludio del tristísimo primer invierno en Barcelona. Yo vivía el primero de mis desasimientos de la política y me había zambullido en la California Dreamin' de los primeros setenta, pasada, naturalmente, por Barcelona. Además de infinitas novelas hispanoamericanas y vanguardistas pescadas en la generosa peceroteca de Labordeta, me recuerdo releyendo El *nacimiento de una contracultura*, de Theodor Roszak, gran éxito de la barcelonesa editorial Kairós junto con el *California Trip* de María José Ragué, y la antología bilingüe de Serge Faucherau *Nueva Poesía norteamericana*, en Barral. Nada de Marx.

Sin embargo, los mismos que desde el año anterior nos reuníamos cada noche en el Munich habíamos empezado a vivir peligrosamente. Un día, comiendo todos en La Teja, llegó la policía y se llevó a Laura, que estaba sentada a mi lado, una de las personas que yo más quería. Días después, Dolores, la encantadora activista del PCE que me sedujo políticamente y me convirtió en delegado del comité de curso a la semana de llegar a la Universidad, desapareció. Poco después supimos que estaba en Barcelona y que nos invitaba a

ir a verla a Marta y a mí. Todavía no sé por qué a nosotros dos, si fue cosa de Marta o celestineo típico de Dolores, sabedora de que yo vivía con Marta un pequeño gran amor fatal, mi especialidad por entonces. De aquel viaje recuerdo ahora, sobre todo, a Marta y a mí en un incómodo sofá cama, desvelados por lo desesperantemente incómodo de nuestra relación, penosa más que hermosa, pero con una intensidad tan irritante que no sabíamos qué hacer con ella. Recuerdo que la mañana fue más gentil que la noche, gracias a la banda sonora que Marta puso en el tocadiscos: María del Mar Bonet, tan asociada a Barcelona ya desde aquel primer segundo día.

El primero, cuando llegamos, todo había sido muy político. Vimos el altillo en que Dolores había guardado la propaganda. Luego escuchamos, siguiendo un rito semejante al del té con miel que nos dieron, la canción «Qué volen aquesta gent?», gran éxito político de la cantautora mallorquina:

De matinada han trucat,
són al replà de l'escala.
La mare quan surt a obrir
porta la bata posada.
«Què volen aquesta gent
que truquen de matinada?».
De matinada han trucat
—la llei una hora assenyala—.
Ara l'estudiant és mort.
Es mort d'un truc a trenc d'alba.
«Què volen aquesta gent
que truquen de matinada?

(De madrugada han llamado / suena el rellano de la escalera. La madre, cuando sale a abrir, / lleva la bata puesta. «¿Qué quiere esta gente / que llama de madrugada?» / De madrugada han llamado / —la ley una hora señala—. / Ahora el estudiante ha muerto / de una llamada al amanecer. / «¿Qué quiere esta gente / que llama de madrugada?»).

Salvo el suicidio tirándose por la ventana, que recuerda más bien el caso de Enrique Ruano, la historia del estudiante de la canción acabó siendo la de Dolores. Detenida de madrugada, le cayeron los cuatro años de cárcel, la pena por asociación ilícita. Por una mezcla de fatalidad y calendario, tuvo que cumplirla completa. Nunca más he sabido de ella. Marta, que tenía más relación con el Partido que yo, me contó algo sobre la detención de Laura en Zaragoza.

—Laura no nos había dicho que estaba metida muy a fondo en las Jotas.

—¿Qué Jotas?

—Las Juventudes, hombre. Las del Partido.

—Ni idea.

—Podía habernos dicho algo. De milagro no se nos llevó la policía a todos. A mí sobre todo, que andaba siempre con ella. ¡Están las cosas buenas para no contar nada!

—A mí no se me olvidará nunca el brillo de la placa del policía junto a mi sien cuando se llevaron a Laura. En la vida.

—Yo podía haberme muerto del susto.

—Yo, morirme, no. Pero...

No le conté a Marta como al salir de aquella comida que no pudimos terminar, cuando fuimos como sonámbulos a tomar café al Munich, me encerré en el baño y lloré de impotencia. Cuatro años, desde el día de la muerte de mi padre, llevaba sin llorar. Tal vez, si se lo hubiera contado, habría acabado consolándome, consolándonos ambos. Nunca he sabido llorarles a las chicas.

De aquel primer viaje a Barcelona, no recuerdo nada más. Ni las Ramblas.

UN INVIERNO DE PERROS Y UNA MOTO

Con la primavera, que en Zaragoza no se digna aparecer hasta bien entrado abril o primeros de mayo, a aquel poeta joven que yo era, como al olmo viejo machadiano, algunas hojas verdes le salieron.

Sobre todo, una hoja muy alta, muy amable, muy pirenaica, que mezclaba sin alardes el amor y la piedad, el sexo y la literatura. Y tal vez por esos cuidados de enfermería sentimental, en mi parte más interior y boscosa, brotó otro olmo recto, frágil y con el aura absurda de inmortalidad propio de la juventud. En realidad, el árbol al que me encaramé era una Vespa 150 Sprint, siamesa de otra que compró Gonzalo Tena y que nos consiguió de segunda mano el novio bondadoso, guapetón y motorista de una de nuestras amigas del Café Munich. Yo tenía una Mobylette de 49 cc, de las que no necesitan carné, con la que acostumbraba a cubrir distancias siberianas; por ejemplo, me iba de Zaragoza a mi pueblo natal de una tirada, cuatro horas, por las cunetas imprecisas de un asfalto mordido por la nieve. Pero un día, en la plaza de la Universidad, la heroica Mobylette resbaló en las vías de un trolebús que venía detrás y que no me atropelló de milagro. Consciente del peligro corrido pero interpretándolo como prueba de invulnerabilidad a lo Sigfrido, cambié todo mi parque móvil. En vísperas del verano, el benéfico motero nos instruyó en los secretos de las motos adultas, que se reducen a uno: cómo conseguir que arranquen cuando no arrancan. Tras aprender a hacer eses, frenar sin caerse, dominar los fáciles secretos del embrague y otras complicadas naderías, nos sacamos el carné en Teruel, aunque con una moto Guzzi Hispania que yo no sé si era italiana de después de la guerra o romana de cuando Julio César, con tres marchas que se cambiaban a brazo y unos valores estéticos conmovedores pero que entonces no supe apreciar. Era tan pobre y tenía tan poco interés en los coches que aprobé el teórico y me saqué solamente el carné de moto, baratísimo porque solía ser el complemento del automovilístico, el auténtico negocio de la autoescuela Milla. Así tuve algún dinero para pasar aquel verano del 71 en moto, «sull' ali dorate», con Gonzalo Tena, como esclavos de «Nabucco» recién licenciados de la ópera.

El primer viaje en moto fue simplemente suicida: desde Orihuela hasta Gerona, sin parar. Vivaqueábamos en pisos de amigos por aquí y por allá o pasábamos la noche en el campo, con unos sacos

de dormir del Ejército que compramos en el Rastro. Y así llegué por segunda vez a Barcelona, brujuleando algún piso donde instalarnos en septiembre. Fue, más que nada, un contacto con la ciudad, tan bonita y sudorosa como suele estarlo en agosto. Pasamos sólo una noche en una pensión que conocía Gonzalo, en una calle que desde entonces me encantó: la Rambla de Cataluña, paralela al paseo de Gracia. Al lado de aquella lóbrega fonda estaban el cine Alexandra y su hermanito de bolsillo, el Alexis, que era donde se estrenaban esas películas eurorraras que Terenci, Gimferrer y demás comentaban luego en *Fotogramas*. Y a la vuelta de la esquina estaba el Drugstore, el de las bellísimas Romy, Gimpera, Serena Vergano y otras criaturas de película de la Escuela de Barcelona. Allí, allí mismo, el Drugstore, allí la noche, allí la vida de madrugada y escaparate, con su librería siempre abierta y su restaurante insomne, nocherniego, para artistas, borrachos y cinéfilos. Ésa era la Barcelona que yo buscaba. Más que verla, me la sabía de memoria, con fotos incluidas.

Pero el otoño desbarató la euforia veraniega. Sólo conseguí encontrar, con otros dos amigos de la cantera navarroaragonesa, un piso feotón en la calle Riera de Horta, más allá de la última encrucijada del metro, la de Sagrera, al borde del pueblo industrial de San Andrés, convertido en barrio obrero de color ladrillo y amianto. Bajo nuestro piso había un bar populoso, con su cartera de negocios enfrente: el Canódromo. Fue trasladarnos allí, empezar a llover y ya no paró hasta el mes de mayo. Llovía sobre los perros que se esforzaban detrás de una liebre mecánica, llovía sobre la liebre, llovía sobre los que desde Barcelona y el extrarradio llegaban hasta allí a «apostar a los perros», título que decidí ponerle a un libro de poemas que no pasó del primero, seguramente por culpa de la lluvia. Llovía también sobre la Universidad, que chapoteaba entre huelgas y holganzas. Aquella huelga endémica me impidió contemplar «la lluvia sobre el patio de la Universidad», el hermoso patio de Letras, en la Central, que canta Gimferrer en «Arde el mar». Con la Universidad cerrada, caía sobre mí un aguacero prosaico y melancólico, suburbano sin ciudad, con olor a pasillo de metro, a bar

de muchas tapas, a cine de sesión doble, a liebre de cuerda y trapo bajo la lluvia, a la espera de los perros en sus jaulas. En aquel invierno, siempre llovía sobre mojado.

Tanto cayó que acabé cayendo yo. Todavía no sé de qué me puse enfermo, pero lo estaba. Supongo que la famosa angustia existencialista de Sartre acabó por asentarse en mi estómago y convertirme en un anuncio de *La náusea*, la autocompasión y la ansiedad. Que mis males eran psicosomáticos ya lo sabía yo, pero eso no me impedía despertarme en mitad de la noche con ganas de vomitar sin llegar a hacerlo nunca. El impulso vital del verano parecía arrasado por aquella lluvia incesante. Pasaba las tardes en los cines baratos, a veces viendo dos sesiones dobles seguidas, por retrasar la vuelta a casa. La noche de fuera era la penumbra de dentro. Me recuerdo en la oscuridad, leyendo, a la luz de un flexo, *El cuarteto de Alejandría* de Durrell, mientras en el tocadiscos sonaba «*Love in vain*»:

I followed her to the station
with a suitcase in my hand;
is hard to tell, but all true love is in vain.
When the train comes in the station I looked in your eye
I felt so sad and lonesome that I could not help but cry.
When the train left the station, it had two lights in behind.
The blue light was my baby and the red light was my mind.
Oh, my love! All love's in vain.

(La acompañé a la estación / con una maleta en la mano. / Es duro decirlo, pero todo verdadero amor es siempre en vano. / Cuando el tren entró en la estación la miré a los ojos, / me sentí tan triste y tan solo que sólo pude llorar. / Cuando el tren abandonó la estación, dejó dos luces atrás / La luz azul era mi chica y la luz roja era mi mente. / Oh, amor mío, / en vano es todo amor).

Yo entreveía, aunque no entendía, el mal de aquel invierno. Era lo que siempre se ha llamado en español «mal de amores», que

nuestra progresía de ayer solía entender como un perentorio afán sexual con profuso aderezo sentimental. Recuerdo una frase durrelliana: «Ella estaba enamorada del amor». Yo creía que el amor nos defendía del sexo, cuando es el sexo lo que suele defendernos del amor. Pero eso lo aprendí mucho más tarde.

Vivía en un «blues», en una balada triste, en un rock melancólico y de suburbio. En un bar cercano escuchaba una y otra vez en la máquina de discos el primer éxito de los Lone Star «Mi calle», que comienza con unos golpes gitanos de yunque en la fragua y un na-na-na de Pedro Gené que recuerda al de Wilson Picket en «La tierra de las mil danzas»:

> *Mi calle tiene un oscuro bar, húmedas paredes,*
> *Pero sé que alguna vez cambiará mi suerte.*

Entonces entraban los apostadores del canódromo, sacudiéndose la lluvia y la ruina de la tarde. Y pedían cervezas y vino, con tapas grasientas y picantes, convencidos de que algún día, en alguna carrera, alguna vez, cambiaría su suerte. Yo era uno de ellos en aquel oscuro bar. Y pedía otra cerveza. Y volvía a poner a los Lone Star.

El 72 empezó tan cantábrico como terminó el 71. Sin embargo, en la primavera tardía ya sólo se oía en la radio el *«Mediterráneo»* de Serrat. Heredaba el éxito arrasador de los Pop Tops con «Mammy Blue». Por cierto, que uno de los chicos de la casa encontró el amor con un afrocaribeño clavado a Phil Trim y se fueron a vivir a la Boquería.

Detrás del interminable anecdotario, había infinidad de historias reales y conmovedoras de miles de jóvenes que en las provincias apartadas, en los colegios, en las familias, en todas las variantes institucionales de una sociedad hostil pasaban verdaderos calvarios por su orientación sexual. De aquella Barcelona no queda hoy nada o casi nada, pero sí el recuerdo de la reivindicación homosexual, detrás de la cual siempre había historias de dolor y

humillación. Los gays fueron ingrediente esencial en la floración de aquella Barcelona libertaria. Para los que, como izquierdistas más leídos, teníamos un prejuicio favorable pero muy poco informado sobre la amarga realidad tras el oropel y el carnaval travestón, fue emocionante aquella convivencia ramblera con las locas atónitas de tantos rincones de España, que no acababan de creerse la libertad que podían disfrutar sin ser agredidos o humillados. Una libertad que, en realidad, traían ellos dentro con sus ganas particulares de lío y revolcón, pero que, al final, acabó dignificándonos a todos.

2

LA PRIMAVERA, EN TODOS LOS SENTIDOS

Después de tanta lluvia, de tanto invierno, de tanta umbría, llegó, tardía pero arrolladora, una primavera inolvidable. Era casi un verano, con luz para ahuyentar todas las sombras y sol para despertar a un muerto, incluso a un proyecto de cadáver alejandrino, líricamente embalsamado, como era yo. Muchas cosas coincidieron para cambiarlo todo. Quizás la primera fue la perspectiva de cambiar de vida inmobiliaria al año siguiente, porque venían a estudiar a Barcelona dos entrañables amigos de Teruel: Cesáreo Hernández y Fernando Sarrais, que vivirían con Gonzalo y conmigo. Otra fue mi curación de la «nausée» sartriana después de muchos análisis de estómago. Un buen día, un médico acertó a diagnosticar que mi dolencia era tan evidente como extravagante, y que la única solución era que yo saliera, paseara, tomara el sol e hiciera algún deporte o ejercicio físico.

—¿Por ejemplo?

—Jugar al pimpón. Es ideal para los nervios del estómago.

—Gracias, doctor. No sabe cómo me ha ayudado.

—Si no vuelve por aquí, sabré que es verdad.

—Hasta nunca, pues.

Ni la melancolía más atroz resiste un diagnóstico cuyo remedio es jugar al pimpón. Por otra parte, mayo trajo muchas novedades,

algunas frágiles y efímeras; otras, increíblemente duraderas. La más frágil fue una copia en plástico de un «Desnudo americano» de Wesselman, que colgó Gonzalo sobre la cama turco-africana y cambió el aspecto de aquel rincón de la sala. La más tremenda fue la pop-estatua que nos regaló un amigo de Gonzalo de la Escuela de Bellas Artes llamado Xavier Grau, por entonces más inclinado a la escultura que a la pintura. Tenía casi dos metros, era de yeso policromado y se llamaba «Goofy». Era, en efecto, una aproximación al famoso personaje de tebeo con zapatones, alegre gorra de béisbol y guante a juego. Ocupó de forma abrumadora, como una especie de arco iris de hormigón, el otro rincón de la tenebrosa sala. Y, claro, la deprimente formica del apartamento, estilo Remordimiento español, pereció bajo aquella verbena californiana.

Ahuyentadas las sombras, empezamos a recibir visitas. Vino a vernos Labordeta. Vinieron de su mano dos jóvenes pintores también de Zaragoza, Rubio y Broto. En la Universidad se reanudaron las clases, al borde ya de los exámenes finales, y allí conocí a un grupo de valencianos que vivían juntos en un piso y estaban muy al día de todas las novedades lingüísticas y literarias francesas, del estructuralismo, el psicoanálisis y el marxismo, con parada y fonda en la semiología y Roland Barthes. Su mentor y gurú había sido un profesor de Filología llamado Jenaro Talens, laureado deportista en su juventud, poeta en su madurez, que tenía también debilidad por las novedades parisinas que añadían al marxismo clásico y obligado un toque de psicocosa, algún estructuralgo.

Aquel grupo valenciano lo componían Antonio Fernández, Kiko de Pablo, Silvino y cierto Sento algo más remoto pero que salía con una belleza rubia de Filología, también de nuestro curso, y que pertenecía a un piso, o sea, a un grupo de canarias apabullantes, con una líder natural llamada África, una beldad llamada Ángeles y una protonovia juncal cuanto discreta llamada Rosy. Y si por el Levante Feliz accedimos al archipiélago canario, por las Canarias descubrimos a las Baleares, ciertas chicas mallorquinas de orden

monumental que vivían en la calle San Narciso, en Horta, en un piso no muy lejano del nuestro y no menos sombrío.

Una de ellas, María, me deslumbró. Era cerca del mediodía en el Patio de Letras de la Universidad. Llevaba vaqueros negros, alpargatas ibicencas, capazo a juego y una camiseta rosa de dos botones. El todo, coronado por un pañuelo de florecitas amarillas recogiéndole el pelo, muy largo, muy negro, entre mediterráneo y oriental. Nos presentó África y, al poco, ella se volvió hacia el grupo mientras yo me sentaba en un banco de piedra, a mirarla. Desde esa misma mañana acaricié el imposible de lo posible. Claro que, comparados con esa hazaña, los trabajos de Hércules parecían breves pasatiempos, pero ¿quién dijo miedo, o sea, amor? Nadie, claro, buenos éramos. Pero sentirlo, lo que se dice sentirlo, con ese doble impulso de acercarse temerariamente y de alejarse empavorecido ante una negativa o un desvío, hacia todo lo que no fuera todo... Empezaba a rondarme el Amor.

El cortejo fue largo, complejo y perplejo, tan arriscado en lo verbal como convencional en los trámites. En nuestro piso de Riera de Horta, entre Goofy y el «Desnudo americano», había novedades: nuestro amigo el marfileño enamorado del ébano nos buscó un repuesto alemán, intransitivo y encantador. Un día hizo, medio a medias con Gonzalo, un sólido bizcocho germánico de chocolate, y así pude invitar a María a tomar el té. Como era de rigor en aquellos tiempos de liberación sexual, apareció con una amiga, por si las moscas. Se llamaba Teresa, estudiaba medicina y era rubia, atractiva e implacable. A Gonzalo le encantó. Yo la mimé por la otra, naturalmente. Y debió de funcionar porque nos devolvieron la invitación. En su piso había poca luz pero muchas velas, incienso, pañuelitos hindúes, algún póster de los clásicos masculinos de entonces —Bob Dylan, Cat Stevens, Leonard Cohen— y, sobre todo (otra vez y a vueltas con otra chica), sonaba María del Mar Bonet. Había salido unos meses atrás *L'aguila negra*, su primer LP, y en él había una canción dedicada a su madre y a Mallorca, «Mercé», convertida en el mantra nostálgico de aquellas isleñas transterradas

en Barcelona. Aunque era el año del «Mediterráneo» de Serrat, yo quería descubrir el Mediterráneo de Palma de Mallorca. No era, no fue posible aún, pero me fui de vacaciones oyendo (y hasta viendo) en mi interior aquel luminoso sonar:

Mercè,
Palma m'es llunyana:
sa llum dels carrers,
llum dels ametllers,
llum d'aquels carrers,
que clou la murada.

(Mercé, / lejos está Palma: / la luz de las calles, / la luz de los almendros / la luz de aquellas calles / que cierra la Muralla).

En septiembre del 72, César, Fernando, Gonzalo y yo nos instalamos en otro 72, el de la calle Hospital, casi esquina a la calle Robadors, justo en el límite de lo que tradicionalmente se conocía como Barrio Chino, aunque entonces no se veían chinos, ni moros, ni negros ni más variedad racial que la de las infinitas palideces del blanco ajado o blanco vicio, tan astroso y familiar, tan feo, friolento y conmovedor. Nuestra escalera arrancaba en la calle y databa de los años cuarenta; tanto, que en aquella umbría sólo faltaba el estraperlista. Era tan temible la entrada que la portera, abnegada testigo de Jehová, vivía en una especie de chabola en la terraza. Pero esa circunstancia, absurda e inexplicable en cualquier tiempo y lugar, no lo parecía en aquella Barcelona de los primeros años setenta, un completo disparate. Nosotros vivíamos en el cuarto y último piso, por supuesto sin calefacción, aunque con bastante agua caliente, de no haber sido tantos. Porque aunque allí sólo vivíamos cuatro fijos, lo que llamábamos PF (Población Flotante) era, de día como de noche, impredecible y segura, gentil cuanto ineluctable.

Un día de caos, César, que se había matriculado con Fernando en el Instituto del Teatro, donde también había empezado a dar clases nuestro gran profesor de Teruel, Sanchis Sinisterra, bautizó el

piso. Había gran follón, no sé por qué ni por cuántos, cuando empezó a sonar el teléfono, sito en la pared del pasillo, a medio camino entre la sala-estudio luminosa y un comedor de paso, arretretado, acocinado y provisto de un luctuoso y enorme aparato de radio. César se fue hacia el timbre hecho un torero, e impostando la voz al estilo mayordomo entonó:

—Tararira Mandura, ¿dígame?

La carcajada avaló el éxito onomástico. Desde entonces, el piso fue Hospital para los de fuera y Tararira para los de dentro, que eran muchos. Como estábamos al lado de las Ramblas, por allí venían los filólogos valencianos, cuyo piso, en homenaje al nuestro, bautizó Kiko de Pablo como Tararira Tarumba. Por allí pasaban los amigos de Gonzalo en la Escuela de Bellas Artes: Xavier Grau y Valentín Torréns, entre otros. Por allí entraban, como en su segunda casa, Broto y Rosa, instalados en las Ramblas, en el 98. Por allí aparecía el aún zaragozano Javier Rubio, de civil o de militar, pues le tocó ir a la mili aquel invierno. Por allí aparecían la reina África y sus princesas canarias. Una tarde, hasta se nos apareció María, que venía de no sé qué manifestación convenientemente uniformada: faldita escocesa, medias, botas altas, abriguito... Por entonces, era norma indiscutida que en una manifestación ilegal —y todas lo eran— los revolucionarios debíamos evitar la estética revoltosa del universitario común y cultivar la de estudiante de clase media que no se metía en política. Así cabía eludir el primer ojeo, el primer porrazo y hasta el trinque policial. Sin embargo, esta astucia se usaba más en las chicas que en los chicos, y favorecía inevitablemente una estética perversa en la que las más formalitas eran, en realidad, las más peligrosas. Aquella chica lo era, sin duda, pero en otro sentido.

Las universitarias mallorquinas destacaban en la Universidad entre las llamadas «chicas de Bandera», coloquialismo bastorrón y admirativo que subrayaba lo apabullante de la militancia femenina del grupo maoísta Bandera Roja, una escisión del PSUC por lo fino, sesentayochista y parisién, dirigida por Solé Tura, Borja y Comín. También ellas se habían mudado a otro piso en Infanta Carlota,

grande y luminoso, donde María del Mar Bonet sonaba más adecuada aunque menos nostálgicamente que en la oscuridad del cuchitril de Horta. Una tarde me invitaron a tomar el té junto a un chico del PSUC llamado Jordi, que salía o trataba de salir con Teresa como yo con su amiga María. Llegamos en su moto, acongojados por lo incierto de nuestro negocio sentimental. Y si abrumador era el escaparate donde, paradójicamente, nos exhibíamos nosotros (era evidente que a los dos indígenas aspirantes nos examinaba la amazónica tribu), lo cierto es que a Jordi y a mí algunas nos parecieron tan ostentosamente guapas como señoritilmente despectivas. En realidad, eran precursoras del género pijiprogre que, una década después, se impuso en toda España. Pero, como suele decirse después de las catástrofes, ¡quién lo iba a decir! Nos perdonaron la vida. Y empezamos a salir.

En Hospital se curaron todos mis males. La febril energía retropropulsada de nuestra adolescencia turolense se reforzó con la exigencia intelectual y el afán creativo de los zaragozanos Broto y Rubio. De Teruel pervivía una suerte de salvaje alegría vital, pero César y Fernando, muy metidos en el teatro, iban quedando fuera o prácticamente al margen del proyecto político y artístico que empezamos a tramar. Los puntos básicos de nuestra actividad, reflexión, militancia o vivencia eran dos: el arte y la política. O, para ser más precisos, la pintura (Gonzalo, Javier y Broto pintaban) y la izquierda antifranquista, inexorablemente marxista, a la que, sin adscripción a un partido político concreto, pertenecíamos todos. El personaje clave del grupo que empezó a germinar en aquel invierno del 72-73 y que fructificó disparatada y venturosamente en los años siguientes fue Javier Rubio. O, para ser sinceros, la sociedad intelectual que formamos él y yo para crear lo que, estudiado minuciosa y exhaustivamente por Javier Lacruz, figura hoy en los libros de pintura española contemporánea como el Grupo Trama.

Javier y yo somos tan distintos que ni siquiera parecemos complementarios. Sin embargo, lo hemos sido y lo fuimos siendo en muy diversas etapas de nuestra vida, sobre todo en aquella Barcelona

de los setenta y en el Madrid de comienzos del siglo XXI. En principio, puede decirse que él es más un hombre de reflexión y yo, de acción, pero siempre que la reflexión se entienda abocada a la acción concreta y la acción sea un hecho cuyo sentido y desarrollo se ha pensado antes, durante y después del acto. Por entonces, Javier era pintor, escritor de poesía y gran lector. Estudiaba el sentido de la actividad artística en una época que parecía abocada a una transformación absoluta de todas las estructuras sociales y políticas, tanto en España como en el resto del mundo. Era la época de la capitulación de los Estados Unidos —y el resto de Occidente— ante el comunismo en Vietnam. Eran los años del avance del imperio soviético en todos los continentes. Era sólo cuestión de tiempo —aunque no suponíamos que tan poco tiempo— la muerte de Franco y la crisis de su régimen, abocada, según creíamos casi todos por entonces, a la violencia. Era una época de convulsiones planetarias y nacionales, una era de guerras e incertidumbres en la que todo el mundo tenía la certidumbre del cambio o la revolución.

Y mientras Kissinger y Le Duc Tho firmaban la entrega de Vietnam a Ho Chi Minh, mientras Carrero Blanco apuraba sus últimos meses de vida, mientras los españoles exhibían aquella «indecente» alegría vital que ya sorprendió a Ortega en los años cuarenta, dos chicos con veintiún años recién cumplidos, uno de uniforme militar y otro de civil (Javier estaba haciendo la mili en Zaragoza y venía a Barcelona cuando tenía permiso), pasaban toda la noche hablando, fumando y bebiendo cualquier cosa en un oscuro comedor de un lóbrego piso de alquiler, bajo una lámpara macilenta, tratando de aclararse sobre sus obligaciones morales y políticas, como ciudadanos y como intelectuales. Sin duda, en ese momento, esa misma escena se reproducía en millones de lugares de todo el mundo. Pero cada vida, siendo parecida a tantas, es única para el que la vive. También para el que, años después, la recuerda o la cuenta. Y de aquellas interminables conversaciones hasta el amanecer en la calle Hospital salieron ideas, propósitos y proyectos que cambiaron nuestra vida de raíz.

El móvil intelectual de Javier era, como el mío, fundamentar nuestra actividad en principios morales que la justificaran y desarrollarla hasta el límite de nuestras capacidades. La lucha por la libertad, por la igualdad y por la dignidad de todas las personas, especialmente de las más humildes y desvalidas, estaba tan arraigada en la idea católica del Bien que habíamos recibido en nuestra infancia que ni siquiera admitía discusión. Cosa bien distinta era encontrar el mecanismo para concretar la acción, el arma con la que hacer el bien e imponerse sobre el mal, sobre todo cuando, como nosotros, no se tenía una idea moralista de la vida, un Dios en el que reposar la última confianza, acaso la última duda. Como en realidad nos movía un sentido trascendente de la propia vida, mucho más de lo que entonces habríamos reconocido, aquel ateísmo impregnado de sentido moral nos llevaba a buscar una nueva fe, una certidumbre en la que concretar nuestra búsqueda del bien. El sucedáneo de la fe fue el comunismo. El sustituto de la religión, el marxismo.

El proyecto de Javier, que acabó siendo el mío, era el de fundar un grupo tanto artístico como político o, si se quiere, pictórico con una dimensión ideológica explícita. Ello nos obligaba a profundizar en el marxismo, la semiótica, el psicoanálisis y la teoría del arte contemporáneo; lo cual se tradujo en un esfuerzo intelectual digno de mejor causa, pero que, en todo caso, nos llevó a leer a fondo y para empezar a Marx, Engels, Lenin y Mao, tarea leve en el caso del chino, pasable en el de mi tocayo, agotadora pero entretenida en el del ruso y abrumadora en el de Marx, cuyos gruesos tomos, a veces siameses e incluso trillizos —*La ideología alemana*, los *Grundisse* y *El capital*— me embaulé como un tragasables. Pero ahí no terminaba, sino que empezaba la tarea de fondo: empaparse de la lectura filosófica estructuralista de Marx, a cargo de Althusser y sus discípulos: Balibar, Macherey, el grecofrancés Poulantzas y la chilenogalocubana Marta Harnecker.

Los elementos básicos del materialismo histórico, obra (o más bien culpa) de esta última, se consideraba la mejor síntesis académica del althusserianismo, cuyos dos heraldos en España

pertenecían a Bandera Roja: Lluís Crespo y Josep Ramoneda. Afortunadamente, los chinos, aparte de Mao, Lenin y Stalin, sólo producían millones de copias de la breve obra de Lu Sin. Con eso y algún texto militar del mariscal Chuh Teh, que, al modo del vietnamita Giap, explicaba cómo ganar una guerra al imperialismo gracias al arma infalible del marxismo-leninismo, habíamos terminado la bibliografía comunista china. Pero el maoísmo influyente era el de la Sorbona, donde, según la leyenda, estudiaba el futuro genocida camboyano Pol Pot.

Y es que, tras el aplastamiento soviético de la primavera de Praga, condenada incluso por el PCE, la URSS estaba muy mal vista o totalmente desacreditada entre los universitarios de izquierdas. Pero como después del Mayo del 68 francés y la derrota norteamericana en Vietnam, toda la casta estudiantil se hizo de extrema izquierda, la única forma de mantener el dogma comunista en sus aspectos más radicales, terrorismo incluido, era a través de referencias exóticas: china, albanesa, vietnamita o cubana, aunque ésta en menor medida por su alineamiento con la URSS en la invasión de Praga. Tan lejanas quedaban aquellas revoluciones que de ellas sólo sabíamos lo que, pese a su ignorancia total de aquella realidad o quizás por eso mismo, nos contaban los sabios filósofos de París, que además se hacían guiños entre ellos: Althusser, promotor de la vuelta a Marx, saludaba a Lacan, promotor de la vuelta a Freud; y Lacan a Althusser; y Foucault a Lévi Strauss; y también Roland Barthes empezó a bizquear por la izquierda; y no digamos Julia Kristeva, Phillippe Sollers y Marcelin Pleynet, cuya revista *Tel Quel* era para nosotros (al menos para Javier y para mí) la referencia teórica sustancial sobre la relación del arte —de la práctica artística, se decía— con el marxismo revolucionario.

De aquel estajanovismo bibliómano me resarcía bailando con la tribu Tararira. Tomamos la costumbre de ir los fines de semana a bailar al Colón, discoteca grandona y destartalada cerca del puerto, que solía recibir a los reclutas de la VI Flota americana cuando tocaba las costas barcelonesas. La música era una admirable síntesis

de todo lo que salía en América y España, en inglés y en español, siempre que fuera favorable a la epilepsia según los cánones del rock y bajo la móvil esfera de espejitos popularizada por *Fiebre del sábado noche*. Era una disco con toques de garaje, entre lumpen y macarra, chic de puro marginal. Allí, tras agitarnos con «Papa was a rolling stone», de Temptations, «My ding-a-ling», de Chuck Berry, «The candy man», de Sammy Davis Jr., o «Ben», del párvulo Michael Jackson, nos remansábamos en la oscuridad con «Without you», de Nilsson, «The first time ever I saw your face», de Roberta Flack, «Me and Mrs Jones», de Billy Paul, o «Song, song blue», de Neil Diamond. A veces, la plebe marinera anglosajona coreaba «Alone again (naturally)», de Gilbert O'Sullivan, aunque yo creo que nunca vi a nadie solo en el Colón si no era extranjero, estaba borracho o aún no había conseguido clientes. Sí, había de todo. Por eso nos gustaba.

3

LES ENFANTS TERRIBLES

Sin embargo, César llegó un día con una novedad que, en aquel tiempo de escasos fondos para todo, incluso para comer, tenía aspecto de regalo divinal. Había conocido a uno de los dueños, gestores o controladores de una discoteca llamada Les Enfants Terribles que estaba cerca de la calle Conde del Asalto, paralela a Hospital, pero más Ramblas abajo. Y aquel amigo de César era tan generoso que nos dejaría pasar gratis a su disco siempre que no fuéramos a primera hora, cuando entraban los clientes de pago, y abonásemos nuestras consumiciones. Nunca le preguntamos a César de dónde venía esa relación. Nuestro único interés era comprobar si la oferta iba en serio, así que esa misma noche o la siguiente nos plantamos en la puerta del local, pequeñito, gracioso, oscuro y muy moderno, para comprobar la validez del salvoconducto de César. Era más de la una de la mañana, límite del imperativo comercial, y entramos. Luego resultó que también nos dejaban entrar a primera hora, cuando se asomaban los curiosos al local aún vacío, pero siempre que fuéramos acompañados de nuestras amigas. ¡Qué más queríamos, unos y otras!

Lo que más nos gustaba de Les Enfants (lo de «terribles» resultaba demasiado obvio) era que la base de su música eran los Rolling Stones, que también era lo que más sonaba en Hospital,

porque era el grupo favorito de Gonzalo y él oía siempre música cuando pintaba en la sala-comedor con balcones a la calle, la única con luz. Aquella época discurrió entre el éxito de «Brown Sugar» y el de «Angie», deudora una de los grandes hitos frenéticos como «Under my Thumb», «Satisfaction», «Simpathy for the Devil» y, sobre todo, «Jumpin'Jack Flash»; la otra continuadora de las grandes baladas demoledoras de la banda, como «Ruby Tuesday» y «Love in vain». Lo nuestro con los Rolling rayaba en la idolatría. En parte, nos decíamos, por llevar la contraria desde el malditismo canónico al culto a los recién separados Beatles. Pero lo cierto es que a éstos también los oíamos mucho, de «Sargent Pepper's» a «Back in the URSS», o de «Eleanor Rigby» a «The Fool on the Hill». En parte también, creo ahora, porque representaban, de forma menos patética que décadas después, el éxito sistemático de los antisistema, la fortuna de la rebeldía convencional. En lo estético, tenían un discurso y una puesta en escena improvisadamente calculados, marginales de diseño. Pero ésos eran también los polos en que se movía la búsqueda estética de su gran «fan» Gonzalo: el «pop» de su primera exposición en junio de 1970 en Zaragoza, en la galería Kalós, y lo que sería conocido, en parte gracias a nuestro grupo, como «pintura-pintura», la búsqueda en que nos embarcamos Javier y yo, pronto con Gonzalo y Broto, de una fórmula estética y política que diera respuesta a lo que nunca pasa de pregunta: el sentido de la vida. A los veinte años, hay un momento en que las preguntas sin respuesta de la adolescencia se transforman en respuestas tajantes a cualquier pregunta.

> *Tout etait diamant:*
> *¡vingt ans!*
> *Il n'y a pas d'épines aux roses*
> *quand on a vingt ans.*

«¡Todo era diamante: / ¡veinte años! / En las rosas no hay espinas / cuando uno tiene veinte años». Así decía uno de los

cantantes más populares de los guatequeros años sesenta, que sobrevivió en los politiqueros setenta, y al que, a pesar de componer y cantar sus propias canciones, nadie osaba llamar cantautor: Salvatore Adamo. Sus canciones destilaban la festiva amabilidad del acordeón, la música de la obviedad que sólo se descubre tarde.

Tuvimos la suerte de cumplir veinte años en Barcelona, de tener la ferocidad, la insolencia, la fe y la suerte de la juventud; tomábamos las rosas por las espinas y no nos dolía, al revés, cantábamos «Let it bleed», «Déjalo sangrar»; nuestro futuro no estaba escrito, queríamos escribirlo; éramos parcialmente conscientes de nuestra inconsciencia pero nos arrastraba el río de sueños de la vida. Recuerdo una noche en que llegamos pronto a Les Enfants y después de un par de horas bailando nos fuimos al Colón, hasta que cerraron. Extrañamente, encendieron las luces y abrieron las puertas mientras sonaba un éxito de entonces: la versión de José Feliciano del «Che sarà». Y cuando salía a la noche casi amanecida de las Ramblas yo oía la canción del joven emigrante italiano, como si me contaran mi propia historia, la incógnita que nadie podía despejar por mí:

Qué será, qué será, qué será.
Qué será de mi vida, qué será.
Si sé mucho o no sé nada, ya mañana se verá.
Y será, será... lo que será.

En la oscuridad lechosa de las cinco de la mañana, en aquella nocturnidad lívida aspirábamos el salobre olor del puerto, del mar sempiternamente oculto. Y mientras nos acercábamos a ver si aún no había cerrado el Pastis, a beber una palomita si teníamos con qué pagarla, o subíamos lentamente la cuesta ramblera por el territorio apache del Drugstore de abajo, camino del Café de la Ópera y la casa de Hospital, cada cual se arrendaba a la incógnita que regía nuestras vidas. No siempre la conciencia de sentirse flotando sin ataduras, a merced de la corriente, resulta placentera. Sin embargo, en aquellas madrugadas, la felicidad de lo por venir la vivíamos con una

sensación casi física de placer inextinguible. Éramos tan pobres que no teníamos nada que perder. Éramos tan jóvenes que todo estaba por llegar. Éramos tan afortunados que parecíamos flotar en salud, amistad, humor, sexo y amor. Éramos, como casi todos a los veinte años, inmortales. La vida era «algo loco, algo grande», un diamante en bruto que no teníamos prisa por pulir.

Al llegar a Hospital seguíamos Ramblas arriba, hasta Canaletas, y volvíamos a bajar despacio, demorándonos en los enormes quioscos siempre abiertos, con los periódicos del día recién nacidos, las revistas políticas o de humor de esa semana, las publicaciones eróticas que se multiplicaban a diario y los libros ayer prohibidos o simplemente inencontrables que llegaban de Argentina o México. *Las 120 jornadas de Sodoma* o *Justine*, del marqués de Sade, se apilaban ordenadamente junto al *18 de Brumario* o las *Tesis sobre Feuerbach*, de Marx; *La Venus de las pieles*, de Sacher-Masoch, aparecía sumisamente escoltada por el *Anti-Dühring* o *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels. *El derecho a la pereza* del caribeño Lafargue, dudosa aportación al materialismo histórico del yerno suicida de Marx, no desmerecía en absoluto de *La Coquito*, de Joaquín Belda. ¡Y aquello no había hecho más que empezar! De pronto, sin darnos cuenta, ya era de día. Y salvo revolcón de aventura, volvíamos, solos o acompañados, al benéfico lecho de Hospital. Tras leer, o lo que fuera, un par de horas más, yo dormía, gracias al Mogadón, como un leño, hasta mediodía. Al despertar, cuando bajaba a la calle a comprar pan, fruta o vino, solía acercarme a las Ramblas por cualquier motivo —normalmente el periódico— o sin motivo alguno, solamente para comprobar que allí seguía la vida, esperándonos.

Cada día cocinaba uno, fuera de los cuatro fijos o de la abundosa población flotante, que normalmente pagaba el albergue comprando la comida de un día. Yo limité mi sabiduría culinaria a un plato de éxito seguro y confección rapidísima: la ensalada de alubias blancas o de garbanzos, que compraba ya hervidos en una tienda de abajo, con encurtidos, tomate y otras ensaladerías, todo bueno, barato y

hasta bonito. Había protestas por mi evidente desinterés en variar nuestra dieta, pero esas críticas subjetivas a una actitud y no a un plato me parecían de un idealismo burgués y de una cominería aragonesa francamente despreciables. Por otra parte, mientras protestaban ya habían calmado el apetito, así que dejábamos la discusión para la semana siguiente. O la otra.

Vivíamos en régimen de comuna: todo lo que uno tenía lo ponía en la caja de todos, y de allí se iba sacando lo necesario para atender las necesidades del día. Era lo contrario de la planificación económica marxista-leninista, pero, en la imprevisión y el caos que gobernaban nuestras vidas, funcionaba. El gran problema no estaba en atender el sustento básico, que con lo que había nos apañábamos, sino en los «gastos desgastes», por decirlo al modo de Bataille, en los cafés, las copas y el tabaco que formaban parte esencial de nuestra dieta y que era lo que más se resentía cuando en la segunda mitad del mes empezaban a ralear los fondos. Como yo no fumaba, siempre pedía compensación en carajillos, bien fueran los «cremats» maravillosos del bar Resolis o los peleones de las Ramblas. Cuando se me negaba tan justa solicitud, me rebelaba contra la manifiesta opresión de los fumadores sobre los bebedores y cafeteros. Generalmente, la autoridad económica mensual se mantenía dura por la noche —en medio de grandes broncas— y cedía después de comer. Porque después de tomar café nos íbamos —Broto, Javier, Gonzalo y yo— a jugar al futbolín en la calle del Carmen, una hora o dos. Y así relajados, nos volvíamos todos a casa, a pintar o a estudiar.

TEORÍA POLÍTICA DE LA PINTURA O LAS EXCUSAS DEL PLACER

Todo en la España de entonces, y especialmente en aquella irisación llamada Barcelona, aparece bajo el signo de la contradicción. En lo político, buscábamos la democracia, pero con la intención de implantar inmediatamente después la dictadura del proletariado; anhelábamos la libertad, pero para subordinarla a la justicia;

pedíamos el pluralismo y la libertad de partidos políticos, pero nuestro proyecto era el Partido Único. Ése era el antifranquismo real: para derribar la Dictadura pedía democracia, pero con la intención de sustituirla lo más pronto posible por otra dictadura de signo contrario, más «científica», más irreversible. La democracia no era un fin, sino un medio para debilitar el «bloque de poder capitalista» forjado tras la Guerra Civil para, una vez derribado, construir sobre sus escombros el nuevo «bloque de poder popular», la base para construir el socialismo, con el Partido Comunista a la cabeza.

¿Y qué pintábamos ahí los pintores, escultores, novelistas, poetas, ensayistas, filósofos e intelectuales en general? Pues pintábamos mucho, poco o nada, según entendiéramos el proceso de lucha de clases, los insolubles e irremediables conflictos sociales que albergaban nuestra efímera existencia. Por eso era tan importante establecer las bases políticas que justificaban o, al menos, explicaban las actividades artísticas. Y por eso la referencia fundamental de nuestro grupo era *Tel Quel*, especialmente la obra de Marcelin Pleynet *L'enseignement de la peinture*, que reunía sus ensayos sobre la pintura moderna y contemporánea y su «lectura» o interpretación a la luz del marxismo, el psicoanálisis o la semiología de tipo estructuralista, que por cierto era y en buena parte sigue siendo la referencia académica más avanzada del pensamiento de izquierdas.

Para Javier Rubio, pintor, crítico de arte y amigo de darle vueltas a la cabeza, si había algo claro en el arte moderno, era que estaba muy oscuro. Tras los movimientos de vanguardia de los años veinte, con Dadá y el Surrealismo a la cabeza, tanto el sentido social de la obra de arte como la evolución estética habían quedado harto comprometidos. En el verano de 2006 estuve viendo en el MOMA una gran exposición sobre Dadá, y allí estaban el famoso urinario y el no menos famoso botellero de Duchamp, ambos pequeños y modestos, que más que homenajear al diseño industrial de entonces exhibían la hipótesis de que arte podía ser cualquier cosa que se presentara como arte. Después del urinario aún faltaban algunas

décadas para que un ceporro avispado exhibiera frascos conteniendo auténtica «mierda del artista» fechada cronológicamente. Pero desde un punto de vista teórico, pasar del recipiente industrial de aguas menores a las aguas mayores en recipiente no es que fuera fácil, es que resultaba obligado. La abstracción a partir del cubismo y la interrogación sobre el papel social del arte a partir de Duchamp eran hechos irreversibles que un pintor inteligente y con vocación tenía que plantearse. Eso es lo que abordaba y aparentemente resolvía Pleynet. Y lo que cautivó del todo a Javier.

Pleynet, cuyo libro tradujo el propio Javier al español pocos años después, parte de la negación de la historia lineal como única forma de datación posible en el arte. Por el contrario, defiende que cada actividad o práctica artística tiene una autonomía en su desarrollo, del mismo modo que, en la «vuelta a Marx» de Althusser, se defiende que la política tiene autonomía con respecto a la economía, y ambas con respecto a la filosofía.

La ventaja de poder elegir un criterio de evolución no cronológico en cualquier arte, sea la pintura o la literatura, es que puedes eludir los callejones sin salida a que las condujo la vanguardia tras la Primera Guerra Mundial y de los que no consiguió salir en Europa y los Estados Unidos después de la segunda. Por supuesto, se había seguido produciendo una obra pictórica muy interesante, en especial la de los abstractos americanos, pero no era fácil insertarla en una historia del arte del siglo XX, ni siquiera en la del arte de vanguardia.

Pleynet establece que hay unos «puntos fuertes» en la pintura moderna que serían Cézanne para el espacio y Matisse para el color; y, lo más importante, que esa ruptura explica el desarrollo autónomo del expresionismo abstracto norteamericano, de los Jackson Pollock, Newman, Motherwell, Rothko y otros, que introducen un factor subjetivo esencial, el del placer de pintar, en el desarrollo accidentado y complejo de la pintura de la segunda mitad del siglo XX. Para explicar el carácter placentero, creativo e individual del arte, el marxismo no sirve de mucho, pero sí el psicoanálisis, la segunda

gran teoría destructora o deconstructora del pensamiento occidental. También la semiología, el estudio de la estructura o sistema de signos en cualquier lenguaje, el verbal en la lingüística y el no verbal en otros lenguajes artísticos.

Al explicar y, por tanto, legitimar la gran pintura abstracta americana de los años cincuenta como un desarrollo natural de la revolución que, dentro del arte pictórico, habría desencadenado el impresionismo francés de final del XIX, Pleynet mataba muchos pájaros de un tiro. Por un lado, aliviaba al mercado del arte y de los museos, que vivía aterrorizado ante el radicalismo marxista que proclamaba el fin de esa asquerosa mercancía burguesa llamada pintura (escuela representada en España por Marchán Fiz y otros sociólogos del arte marxistas). Por otro, rendía pleitesía de supervivencia a las universidades y medios de comunicación que, temporada tras temporada, escuela tras escuela, artista tras artista y exposición tras exposición, debían explicar cómo el Apocalipsis podía esperar, al menos, hasta el curso siguiente, porque en éste había muchas novedades que comentar.

Además, Pleynet confortaba a los pintores que, como Javier (que ya había leído a Clement Greenberg, el gran estudioso de la abstracción americana), o Broto, o Gonzalo, o tantos otros, tenían esa vocación y no querían privarse del placer de pintar. Se hacía preciso, sin embargo, pagar el «impuesto revolucionario» que facultaba para circular por los circuitos artísticos, siempre a medio camino entre lo académico y lo publicístico. Pero también en eso Pleynet resultaba balsámico, porque abonándose al maoísmo chic de una China que ellos ni conocían ni habían visitado nunca, podían tachar de reaccionarios y burgueses a todos los demás izquierdistas, es decir, a todos los comunistas clásicos, sobre todo si aún seguían la vetusta retórica de la URSS en materia estética. Es verdad que aquello obligaba a forzar mucho la estridencia dogmática verbal, pero a cambio daba una completa libertad para investigar y experimentar en el campo artístico concreto, en este caso la pintura.

A mí me gustaba Pleynet porque antes de *L'enseignement de la peinture* ya había publicado *Lautréamont par lui-même*, librito que me causó gran impresión y en el que desarrollaba para la literatura de vanguardia un esquema similar al de la revisión de los «puntos fuertes» de la modernidad pictórica, con Ducasse y Mallarmé haciendo de Cézanne y Matisse, Pound y Eliot de cubistas, y Joyce un poco de todo, desde *El retrato del artista adolescente* al capítulo noveno del *Ulises* y, sobre todo, la logomaquia de *Finnegan's Wake*, entierro de lo artísticamente transmisible y también del sentido común, algo así como el urinario expuesto por Duchamp. Y con la literatura según Pleynet me sucedía igual que a Javier con la pintura: nos daba total libertad para seguir nuestras inclinaciones siempre que supiéramos «enmarcarlas» en un discurso político intachablemente revolucionario. Lo «políticamente correcto», vamos.

Pleynet ayudó a formarse y a despegar con la diferencia de un año o poco más a dos grupos de pintores, el francés que se presentaba como «Supports-Surfaces» (Cane, Devade, Viallat, Dezeuze) y el nuestro, el español que acabó denominándose «Trama», con Broto, Rubio, Tena y, al año, Xavier Grau, amén de incorporaciones ocasionales como las de Carlos León, que también leía a Pleynet en París, la de Ortuño o la de Jordi Teixidor. Todos ellos querían simplemente pintar y se unían al venturoso y atrevido movimiento de vuelta al cuadro, al color, al gesto, a la también bautizada como «pintura-pintura», que además del padrinazgo teórico de Pleynet contaba con el práctico de Tàpies, decisivo en nuestras andanzas barcelonesas.

El órgano oficial pleynetiano era *Peinture. Cahiers théoriques*. Dirigido por Cane y Devade era, al igual que las revistas *L'autre scène* para el teatro, *Cinéthique* para el cine, o *Promesse* para la política, un modo de «intervención» en un arte específico del grupo de *Tel Quel*: Sollers, Kristeva, Houdebine, Pleynet, los invitados habituales como Roland Barthes y algún que otro sinólogo, antropólogo, semiólogo o historiador, por supuesto «materialista», o

sea, marxista radical en la teoría y omnívoro o curiosón en la práctica. Con la perspectiva que da el tiempo, aquélla era una táctica típicamente trotskista o, al menos, situacionista al modo de Mayo del 68, pero ¿quién tenía tiempo entonces para reparar en ello? Eran hiperactivos, hiperrevolucionarios, hipercultos, hipervanguardistas e hiperparisinos. Eran justo lo que nosotros queríamos ser, lo que casi acabamos siendo.

La gran diferencia del grupo de Trama y el de Supports-Surfaces es que éste partía del arte conceptual para retornar a la pintura cuestionando soportes y superficies. Pintaban sin bastidor, en el suelo, a lo Jackson Pollock o de la forma que se les ocurriera para demostrar que la pintura era pintura. Sin embargo, apenas valía la pena un pintor o dos y su obra era más de escaparate que de exposición. Nuestros pintores, sobre todo los cuatro oficiales, eran de mucha más calidad y sus cuadros eran incomparablemente más brillantes. Pero a cambio, por nuestra religión o superstición materialista, marxista, leninista y maoísta, nosotros nos quedamos tres años sin bautizar. Tenía explicación: huíamos del individualismo y del vedetismo de los pintores, nos situábamos en un movimiento histórico revolucionario en el que el proceso lo era todo y el individuo nada, salvo el placer efímero del acto de pintar. Ese anonimato —que retrataba perfectamente a su gran promotor, Javier Rubio— nos evitó responsabilidades y ayudó a la velocidad de nuestro despegue, pero a cambio lastró nuestra identificación pictórico-política y permitió toda clase de malentendidos, entre ellos el de una dependencia del grupo francés realmente inexistente, salvo por la común referencia a Pleynet.

Todo el curso 72-73 fue copiosísimo en preparativos, politiqueos y apuntes, dibujos y lecturas. Pero nos tropezamos con un problema muy poco teórico y atrozmente práctico: habíamos decidido que había que volver a la pintura y a pintar cuadros; pero ¿dónde se compraba la pintura? ¿Y dónde los cuadros? Porque se necesitaban grandes formatos de dos por casi dos metros, y eso encarecía muchísimo la materia prima, en lienzos y en pintura.

Comercialmente apenas existíamos, porque sólo Broto en un par de ocasiones, Tena en una y Rubio en media habían expuesto, y en unos estilos de los que ahora abominaban, así que no se podía vender la obra ni al contado ni contra reembolso. Hubo que aguzar el ingenio. No sé quién, si pintor o asociado, de los nuestros o de las nuestras, encontró a un carpintero dispuesto a vendernos baratos grandes cuadros de madera, bastante mala, pero pasable. Reunimos nuestros ahorros y partió una expedición en busca del tesoro. Yo estaba en casa cuando llegó, todos muertos de risa, y con unos cuadros a cuestas que pesaban una barbaridad. Una de las chicas, Charo, que empezaba a salir con Gonzalo, se desmayó y cayó redonda en un revuelo de faldas largas al pasar como porteadora por la plaza de San Jaime, y los guardias del Ayuntamiento debieron acudir en socorro del equipo de transporte. El sistema burgués colaboraba en su liquidación. Pero subir los cuatro pisos por la estrechísima escalera de Hospital era tarea titánica y no recuerdo si tuvimos que recurrir a la grúa. Hubiera sido lo más razonable, así que seguramente no lo hicimos. Realmente no sé si buscábamos las dificultades sólo por el vicio de superarlas.

Poseídos por la pasión creativa y por la difícil sencillez de los proyectos, pronto acabaron nuestros pintores con los cuadros y debieron someterse al tristísimo trámite, típicamente caníbal, de pintar sobre lo ya pintado, porque no teníamos dinero para más. Pero sableando a unos y a otros, vendiendo a cuenta aquí y allá, trampeando en todo menos en dedicación y esfuerzo, un año después, en 1974, presentamos en la galería Atenas de Zaragoza la primera exposición de grupo, con un título imposible: «Propuestas para un trabajo complejo». Eran óleos sobre lienzo de Broto, Tena y Rubio, y catálogo con un texto mío acotado por Javier sencillamente abominable pero que impresionó mucho a los impresionables. La exposición se pagó en cuadros, pero no se vendió ninguno. El sistema no podía, obviamente, premiar a quienes debían liquidarlo, pero nuestro deber era seguir intentándolo. Y vaya si lo intentamos. Éramos paupérrimos pero felicísimos.

ANTONIO MAENZA O EL FUEGO DE SAN TELMO

En septiembre de 1973, atravesaba un estado de euforia reflexiva que ojalá hubiera sido de reflexión eufórica. Pero el caso es que me encontraba pletórico, lleno de energía. Y quizás barruntando las muchas novedades que el nuevo curso había de traer a mi vida, decidí retirarme desde el día de mi cumpleaños, el 15 de septiembre, hasta el día del Pilar, el 12 de octubre, a la casa de Orihuela, para leer, escribir, pensar y estar a solas. Por entonces aún vivía allí mi abuela Rosa, siempre tan suya y tan nuestra, tan desprendida y, naturalmente, tan empeñada en que no me alimentara sólo de bocadillos. El horario descabalado de la juventud y el insomne de la ancianidad se cruzaban a mediodía o la hora de la cena; lo justo para asegurarse de que yo comía caliente. De vez en cuando, subía yo a tomar un té de monte y charlar un rato o bajaba ella a preguntarme si hacía tal o cual guiso o a llevarse la ropa irremediablemente sucia. Una vez, me pilló en el sofá casi a oscuras con una chica, y se fue refunfuñando. Otra vez, hubo que preparar merienda —léase jamón — porque venían tres amigos de Teruel a verme: Gonzalo Tena, Suso Navarrete y Antonio Maenza.

En el tomo primero de su monumental historia dedicada al Grupo Trama, que, sin saberlo entonces, alumbrábamos, Javier Lacruz cuenta bastantes cosas que yo sabía de Maenza y muchas otras que ni sospechaba. Como paisano, sabía lo fundamental o fundacional: era hijo de un colchonero del Tozal, la calle del comercio en el viejo barrio de la judería turolense, que no ha cambiado mucho desde el siglo XV. Baste decir que uno de los apellidos clásicos de la ciudad es el de Juderías, perfecto símbolo de que la continuidad a trancas y barrancas o el pasmo de sí misma es el rasgo básico de esa rara y hermosa ciudad a la que los serranos y demás nativos de todos los pueblos de la provincia, por entonces aún casi trescientos, llamábamos y llamamos, sin vacilar ante sus

veintitantos mil habitantes, los mismos si no idénticos desde hace siglos, La Capital.

Había conocido a Maenza el año anterior, a través de Gonzalo Tena, que dice que nos presentó en el bar Eguzki, en el Óvalo, y será verdad. Yo recuerdo sobre todo una larga discusión sobre arte y literatura en el Venecia, que, como está debajo de la casa familiar de Gonzalo, donde me quedaba a dormir cuando bajaba a Teruel, era el sitio idóneo para rematar el día tomando una copa o las que fueran.

Maenza desembarcó en la vida de Gonzalo aprovechando que éste debía guardar cama por una convalecencia cardíaca y no podía defenderse. Provisto de abundante arsenal telqueliano, de libros y revistas, incluido el seminal Pleynet, Antonio trató de convertir a Gonzalo al maoísmo parisino utilizando, sobre su forzada inmovilidad, unas asombrosas artes magnéticas. Los ojos de Maenza no eran de genio —que lo tenía—, de pirado —que lo estaba—, o de loco —que lo era, no sabía yo cuánto—, sino de hipnotizador, de mago hindú o de mesmerista siciliano. Cuando quería sonreír, no pasaba de enseñar los dientes. Cuando hablaba, no escuchaba. Pero cuando miraba era escalofriante, estupefaciente, estremecedor.

Lo que me llevó a conocer a aquel tipo por el que en principio no tenía el menor interés fueron sus hazañas cinematográficas. Yo sólo había oído hablar —el cine de Maenza siempre fue de transmisión exclusivamente oral— de un primer corto suyo, sesentayochista, zaragozano, experimentalista y de horrendo título: *El lobby contra el cordero*. Gonzalo, sin embargo, me contó cosas que lo redimían: había hecho también otro corto en Valencia, *Orfeo pintado en el campo de batalla*, con guion de un tal Eduardo Hervás, y sobre todo una película larga en Barcelona, producida nada menos que por Pere Portabella y cuya protagonista principal, la mirífica, ebúrnea, translúcida Emma Cohen, musa de *Fotogramas* y en el brillo glauco de su primera juventud, aparecía desnuda y totalmente depilada. Ante este argumento, me rendí.

Maenza, sin embargo, no quería hablar de eso, que era lo único que nos interesaba: la película, titulada lacanianamente *Béance* y

rebautizada *Hortensia* por el productor, nunca llegó a estrenarse, el copión original podría estar irreversiblemente deteriorado y los Portabella —él decía siempre «los», abonando curiosidades y maledicencias— lo habían decepcionado profundamente, como toda la *gauche divine* barcelonesa. Eso queríamos nosotros: que nos decepcionaran, pero el tío no soltaba prenda, así que pasamos a hablar de arte y literatura. Con Gonzalo ya había hablado mucho de pintura y éste veía interesantísimas las novedades de París. Conmigo tocaba hablar de literatura y ahí Maenza pinchó en hueso. Había leído muchísimo, quizás más filosofía y semiología que yo, además de saberse la historia del cine al dedillo, pero la literatura no era lo suyo y, pasados los primeros asaltos, se notaba.

El factor esencial de nuestro debate era el de siempre: qué autores y qué obras marcaban de forma más intensa la renovación de la escritura y, en consecuencia, favorecían más la Revolución con mayúscula, o sea, el Santo Advenimiento Comunista. Pero como Gonzalo —e incluso en mayor medida, porque lo había tenido el curso 69-70 casi para mí solo—, yo era hierro concienzudamente forjado en la fragua intelectual de Pepe Sanchis, y estaba atiborrado de todas las lecturas de relumbrón que precisaba aquel ambicioso proyecto suyo de integración, casi alquímica, de psicoanálisis, marxismo y estructuralismo, sin olvidar la sociología literaria de Goldmann y la semiótica de los formalistas rusos, de Jakobson a Vladimir Propp, sin olvidar a Umberto Eco o Roland Barthes. En el patológico pavoneo de los veinte años, a ver quién sabe más, Maenza podía igualarme pero, aparte de la depilación de Emma Cohen, no superarme. Y en el fondo, para eso nos habían presentado, de eso se trataba, al menos en aquel primer encuentro: ver quién podía más, el clásico galleo juvenil, intelectualoide, o sea, imbécil.

Tampoco había leído Maenza tanta literatura como yo, sobre todo sudamericana, así que desde las ciudadelas del «boom» no me limité a bombardearlo con argumentos corrientes sobre Rulfo, Cortázar, Vargas Llosa o José Donoso (citar a García Márquez hubiera sido obviedad, banalidad y cosa de mal gusto), sino que

reivindiqué *Los de abajo*, de Azuela, como primos de *Los olvidados*, de Buñuel, argüí sobre Arguedas, orillé a Onetti, ponderé *La región más transparente* sobre el *Cantar de ciegos*, de Carlos Fuentes; desprecié a *Bomarzo* frente a *Paradiso* y a Mújica Laínez frente a Lezama Lima, sin descender a citar, como todo el mundo, a Borges. En gesto original, se atrevió a ponerse rubendariano, pero yo contraataqué con la sicalíptica *Ibis*, de Vargas Vila, y rematé con *Los relámpagos de Agosto*, de Jorge Ibargüengoitia. Él se resistía:

—¿Ya has leído *Cobra*, de Severo Sarduy?

—Me gustó más la anterior, *De dónde son los cantantes*.

—¿Y *Edén, Edén, Edén*?

—¿De quién?

—De Pierre Guyotat. Es quizás la obra más profundamente materialista de estos últimos años. Phillippe Sollers ya ha anunciado una crítica, poniéndolo por las nubes.

—¿Tipo Bataille?

—No, no, más moderno. Sin teatralidad. Sólo juego y sentido, juego y sentido.

—Qué interesante. ¿Más cerca de Genet o del *Finnegan's Wake*?

—No, no. Léelo. Vale la pena. Sale una entrevista en el último *Promesse*.

—Bueno, vamos a dejarlo aquí, que parecemos dos penenes cotorreando.

—Desde luego.

De aquella tarde en Orihuela recuerdo el largo paseo después de la merienda, corta pero jamonera y, por ende, nutritiva. Subimos al Tremedal, los llevé hasta la Casa Forestal cercana al pueblo, bajamos paseando por la Corredera y acabamos cortando ramas de escalambrujos, que con sus bayas rojas florecientes fascinaron a Maenza. También les enseñé mi casa, muy deteriorada y sólo habitable en dos de sus pisos, el que ocupaba mi abuela y el que ese mes ocupaba yo. El desván, al que en un curioso catalanismo digno de estudio llamamos «la cambra», o sea, la habitación, con su infinidad de trastos dignos del Rastro, acabó de encandilar a Maenza,

sobre todo dos viejas arquetas de madera. Le dije que cogiera la que quisiera y no se hizo de rogar. Eligió la más pequeña, sin duda la más bonita, la llenó con las ramas de escalambrujos que habíamos cortado y se la llevó a Teruel, más contento que unas pascuas.

Aquella reunión en la Sierra fue toda efusión y alegría, acaso por el consumo de algunos porros que Maenza trajera de Teruel y que yo, por no saber siquiera fumar, no he llegado a probar nunca; tampoco en aquel largo y tranquilo atardecer de septiembre. Es curioso, pero ese día Maenza parecía parcialmente desprovisto del magnetismo y la capacidad hipnótica que siempre exhibía, como si la relajación y la confianza le hubieran hecho bajar la guardia y desprenderse del personaje que habitaba y que, por ser sinceros, era su mayor valor. Hablamos, comimos, bebimos, paseamos, nos reímos mucho y, en fin, lo pasamos muy bien, o así lo recuerdo. Tuvo Maenza dos o tres ataques de lo que podríamos llamar ira conceptual, contra algo que alguno dijera o que no había dicho, pero en conjunto fue una visita plácida y estimulante. Se fue el hombre feliz como un chiquillo, con su arqueta y sus escalambrujos.

Sólo lo vi otra vez, en el verano del 74, cuando ya había publicado mi largo poema sobre el *Intervalo* de Eduardo Hervás. Estaba pasando unos días con mi madre en Valencia y, como no contestaba al teléfono o lo tenía cortado, fui a verlo a su piso, cerca del Turia. Me abrió mirando por encima de mi espalda. Luego, pasó delante de mí. De pronto se volvió y, mirándome de arriba abajo con ojos de faquir alterado, dijo:

—¿Estás muy *pasado*, no?

Entonces me di cuenta de que yo llevaba unos pantalones vaqueros, una camiseta roja de tirantes y el pelo bastante rubio, tras tomar el sol, largo hasta los hombros. Nada discreto.

—¿Yo? ¿Pasado de qué? No, qué va. Ya sabes que soy químicamente casto.

—Pues lo pareces. Vamos, que así de pronto... Supongo que tienes algo que decirme.

—No especialmente, sólo quería saber cómo estás, qué haces.

—¿Que qué hago? ¡Ganándome la vida! ¡Nada menos que eso: ganarme la vida! Tú, además de ir tan guapo, pareces muy pasado, eh, pareces muy pasado, sí, ya sé que haces muchas cosas. Ya he dicho que está bien el poema tuyo sobre el libro de la Bola (así llamaban a Hervás, por su obesidad), aunque todo en la materia es perecedero. También las personas, humm, sobre todo las personas. No hay relación sexual, dice Lacan, y tampoco amistad, como bien sabes. Luis Puig y Maite Larrauri hace años que me evitan, humm. O serán meses largos. En fin, tengo que estudiar mucho. Me persiguen por coger discos ¡de donde los hay! Y libros ¡para leer! Pero así es la vida: tenemos que ganárnosla. Te veré alguna vez, humm. Bueno, si quieres un té con miel, nos lo tomamos antes de irte.

—He quedado con una chica en el bar del Mercantil, pero, sí, un té me apetece.

Tenía no menos de cuatro libros abiertos en una mesa baja, la del comedor, y una estantería atestada con centenares de discos, encima de los libros pulcramente alineados en sus baldas. Era una mezcla de caos invencible y orden maniático. Yo no sabía que por entonces había empezado ya su fatal recorrido por los psiquiátricos.

—Es muy bueno el té, humm. Mao lo toma continuamente. De Barcelona, humm, no quiero saber nada. De tu pueblo sí, alguna vez. Pero no ahora. Tengo que irme a lo mío y tú a lo tuyo con esa chica, humm. ¿No será Maite Larrauri? Mira, es esta de esta foto. Hace mucho tiempo.

—Ni siquiera la conozco. Ya me gustaría. Pero no, no. Bueno, gracias por el té.

—Humm, hasta la vista.

Pero nunca más nos vimos. Unos años después, apareció muerto a la puerta de su casa en Teruel, sin que se supiera o averiguara si se había tirado o caído, e incluso si alguien lo había empujado. Su padre no quería saberlo y la policía tenía otras cosas que hacer. Maenza era lo que en los USA llaman un *less dead*, un *muerto pero menos* porque su muerte no le interesa a nadie. Años después, viviendo ya en Madrid, se recuperó su *Béance*, se hizo una sesión de homenaje —

la Segunda de TVE, por una vez, justificó su existencia—, y todo tuvo un aire de colegio abandonado. Vino Suso Navarrete desde Canarias, tan riente y despierto como siempre. Llegó de Valencia Luis Puig y estuvimos tomando copas hasta las tantas. Fue el colofón amable de lo que para todos había sido una persona importante en su vida. Supongo que también en la mía, pero no sabría decir por qué ni en qué. Veo a Maenza en el cristal del tiempo como en el célebre primer verso de Ginsberg: «He visto a los mejores cerebros de mi generación…».

Pues sí, los he visto. Aunque no era exactamente de mi generación —nos llevábamos seis u ocho años—, Maenza era uno de ellos, un joven airado de los sesenta congelado en el ámbar de los setenta, como una mariposa. Supe de su muerte absurda, inútil, demasiado significativa para saber exactamente lo que significa, cuando ya no significaba nada. Y, sin embargo, pocas personas tan peligrosamente fascinantes he conocido en mi vida.

4

1973-1974. EL LARGO INVIERNO DE LA POLÍTICA

Casi todo lo que pasó en los años siguientes comenzó en octubre del 73. Antes del verano habíamos tomado varias decisiones que cambiarían nuestras vidas: poner en marcha el grupo de pintura, entrar en la Organización Comunista de España Bandera Roja —OCE (BR)—, «intervenir» en todas las actividades de oposición antifranquista en el terreno cultural o artístico y, en fin, «permanecer abiertos» a cualquier ámbito de asociación o reflexión que nos permitiera aumentar nuestra presencia y propagar nuestras ideas. Los contactos más fluidos los teníamos con el grupo zaragozano del cineclub Saracosta, que era claramente anti-PCE en lo ideológico, muy en nuestra línea, y que preparaba una revista de tipo cultural y político: los *Pliegos de producción artística*. Pero el escenario donde debutamos con un público tan enterado y resabiado como luego asombrado y espantado fue el Instituto Alemán.

Era aquél un ingenioso montaje o un curioso circo en el que, tras emigrar del Instituto del Teatro y buscando mejores instalaciones y cierta protección diplomática, el PCE-PSUC había creado un punto de encuentro de intelectuales y artistas opuestos a la Dictadura, es decir, de izquierdas, porque entonces no había o no parecía haber otros porque se les marginaba. El nacionalismo apenas existía de modo testimonial y sólo en grupos de extrema izquierda como el

PSAN. Como separatistas, antiespañoles y calco desvaído de la ETA, estos grupos chocaban frontalmente con las ideas de igualdad, fraternidad y emancipación universal que el comunismo y el anarquismo venían defendiendo desde la I Internacional. Aún había menos socialistas que nacionalistas, aunque ya entonces en el PCE y casi toda la izquierda —Bandera Roja, rebautizada Organización Comunista de España, era quizás la más refractaria a esa tendencia «pequeñoburguesa»— reinaba el sobrentendido de que convenía mantener buenas relaciones con el nacionalismo, terrorista o no.

El análisis era elementalmente leninista: los nacionalistas serían aliados tácticos mientras durase el viaje a la democracia y empezase la transición al socialismo. Entonces serían implacablemente aplastados o anegados por la *marea roja*, que era el destino de la pequeña burguesía. En ese análisis coincidía toda la izquierda. No podíamos sospechar por entonces que buena parte de ella —en Cataluña, el PCE-PSUC y los entonces inexistentes PSC y PSOE— llegaría a sentirse (o se sentía ya, aunque no se atrevía a confesárselo) más nacionalista que izquierdista, más favorable a las reinvenciones tribales que al igualitarismo social e internacionalista. Un elemento clave de la escisión de Bandera Roja del PSUC y, en general, de la ruptura de los grupos «m-l» (marxistas-leninistas) nacidos en Mayo del 68 con los PC occidentales era la identificación cultural y política de estos últimos con la «burguesía nacional» o el «nacionalismo burgués», así que teníamos muy presente la oposición y superioridad de lo internacional sobre lo español y de lo español sobre lo nacionalista. Esa oposición con el nacionalismo la veíamos tan de fondo, tan radical, tan incompatible con la razón de ser de la izquierda que ni siquiera nos tomábamos la molestia de combatirlo. Para qué. Nos sabíamos compañeros de viaje hasta la antepenúltima estación, la democracia burguesa. Nosotros llegaríamos a la penúltima, el socialismo. A la última, es decir, al comunismo, vaya usted a saber quién llegaría. Según los maoístas, nadie, porque la lucha o guerra de clases continuaría siempre, incluso durante la dictadura del proletariado.

Ése era el panorama general teórico de todos los «rojos», el guion, pero luego venía la práctica, los protagonistas, los actores. A diferencia del socialismo clásico, convencido de que las leyes del materialismo histórico descubiertas por Marx conducirían infaliblemente a la ruina del capitalismo y al triunfo del socialismo, Lenin, Trotski, Mao y, en rigor, todo el comunismo del siglo XX concedían tanta importancia como el liberalismo a la acción individual. Incluso más, porque no se consideraban sujetos a ninguna obligación moral, como la del respeto a las libertades individuales y muy especialmente a esa libertad que estaría en la raíz de todos los males sociales: la propiedad privada.

Con ese libreto, los actores podían dar rienda suelta a su creatividad, a la improvisación, al narcisismo, a todos los trucos escénicos. Nosotros sabíamos que el Instituto Alemán era eso: un truco del PSUC para dirigir, encauzar y controlar cualquier movimiento político en ese ámbito impreciso y legitimador del arte y la cultura. A ello respondíamos con otro truco: fingir interés en participar de ese ecumenismo izquierdista con la intención de cargárnoslo. Al PSUC sólo le importaba que acudieran todos. Luego, ya se ocuparía de pastorearlos. A nosotros nos importaba sólo meternos en el lío o «la lucha», formar parte de la orquesta aunque el PSUC llevase la batuta. Ya nos encargaríamos de seguir nuestra partitura y tocar nuestra música. Las reglas estaban clarísimas: todos revueltos, pero nunca juntos… salvo frente a la policía.

Nuestro debut como artistas maorrevoltosos tuvo lugar frente a Jordi Portabella y Carles Santos, verdaderos dirigentes de aquel «espacio de libertad», que así solíamos llamarlos, muy adecuadamente, porque eran, siempre en la terminología izquierdista, «zonas liberadas» de la represión franquista. Esos espacios liberados no eran ya recuperados por el Régimen salvo que la oposición, o sea, el Partido (Comunista, claro), los abandonara por otros más anchos y cómodos.

En realidad, el franquismo gozaba de enorme apoyo popular, como podría verse durante la Transición, pero había perdido

cualquier prestigio en el ámbito académico, intelectual y, en parte, mediático. Un sector creciente del Régimen no creía ya que su legitimación fuera suficiente con la victoria en la Guerra Civil y los éxitos económicos del desarrollismo, sino que su tarea debía culminar reinsertando a España en Europa dentro del bloque anticomunista y bajo el paraguas de Estados Unidos.

Los aperturistas, como Ricardo de la Cierva, al que yo seguía con mucho interés, buscaban reformular la legitimidad del 39 a través de una democratización controlada del Régimen, basada en esa nueva clase media creada en los años sesenta y setenta, de la que Franco presumía ante el embajador americano Vernon Walters como su gran aportación histórica. Curiosamente, el del franquismo era un criterio economicista muy semejante al de los marxistas, porque ambos partían de la base de que la gente vota u opta políticamente con el bolsillo, una bobada sociológica no por repetida menos falsa. Y fatal para la valoración de la dictadura.

Nosotros creíamos que nada estaba predeterminado, que todo podía cambiar si se actuaba en la dirección correcta, y no vacilamos en atacar a los «intocables» del PSUC, Portabella y Santos, en el Instituto Alemán. No recuerdo sobre qué discutimos, pero era lo de menos. Lo esencial era que se notase que éramos algo no sólo distinto, sino opuesto al PCE, tanto en la estrategia para alcanzar la democracia y el socialismo (de la que, en el fondo, no disentíamos mucho) como en las ideas estéticas que defendían para la vanguardia artística, que eran las del arte conceptual, representado por el Grup de Treball, Santos y Portabella y de las que sí disentíamos. Radicalmente.

EL BAUTISMO DE LOS COSMOS Y EL EQUÍVOCO DEL ARTE CONCEPTUAL

El mecanismo de estas reuniones «de sector» y de tipo asambleario era lento y prolijo. Cada grupo, partido, o tribu estético-política presentaba sus propuestas, o bien unos ponentes presentaban una

primera propuesta sobre la que opinaban todos, se recogían las observaciones, se redactaba una nueva propuesta conjunta, se volvía a votar y así hasta el consenso, si lo había. Como en la estrategia del PCE era indispensable ese consenso, había que pactar punto a punto. Pero como nosotros sabíamos que la debilidad del PCE era precisamente la del consensualismo, nos complacíamos discutiéndolo, coma a coma.

Como nuestro grupo había decidido prescindir de cualquier nombre, porque creíamos en los procesos anónimos de masas, rechazábamos en lo artístico el individualismo egomaníaco de pintores y escritores; como éramos, en fin, una especie de incluseros sin bautizar y nos empeñamos en no bautizarnos nosotros mismos nos bautizaron desde fuera tres veces. Primero fuimos Los Cosmos; luego, por unos meses, Los Pirineos; y, al fin, nos quedamos en el grupo de Trama o, simplemente, Grupo Trama. Lo de Cosmos nos lo puso Francesc Abad, del Grup de Treball, aunque siempre se le atribuyó a Portabella. Estábamos reunidos los cuatro (Javier, Broto, Tena y yo) en un despacho, en una de aquellas sesiones interminables para consensuar un folio diciendo que Franco nos parecía mal. Y no salíamos nunca del despacho. Una palabrita, un conceptín, un levísimo matiz requería un cuarto de hora de tormentosa meditación. Fue entonces cuando, harto de esperar nuestro parrafito o alguna liliputiense corrección ideológica, Abad dijo:

—¡Pero de dónde han salido estos cosmonautas!

Lo de «cosmonautas», que era la versión soviética de los astronautas americanos, quedó reducido a Los Cosmos, porque, al fin y al cabo, del espacio exterior veníamos, y en los Cosmos nos quedamos una buena temporada. Luego, como éramos casi todos aragoneses, altivos y encimados aunque pequeños y no encumbrados, aprovecharon los apellidos de Broto y Tena, que vienen de esos valles, y el de Grau, que suena al Graus de Joaquín Costa, para bautizarnos Los Pirineos. Y al fin, como se verá, Los Trama.

Pero ¿por qué ese afán en el anonimato? Además de las razones ideológicas, las más ostensibles, había otra, inconfesable para mí por entonces y que creo entender pasados los años. Se trata de lo cerca que estábamos de ese arte conceptual al que por razones ideológicas o, paradójicamente, conceptuales, nos enfrentábamos.

Yo creo que la fuerza y la debilidad del arte conceptual están ya en el urinario firmado por Duchamp: destruyen las certidumbres sobre la creación, la propiedad, la individualidad y la belleza del mundo del arte, pero hoy sólo desde el mundo del arte puede entenderse y valorarse esa acción. Podría, de hecho, llevarse más lejos. El desarrollo lógico y radical del gesto de Duchamp sería poner ese urinario firmado con el seudónimo R. Mutt en un vertedero de cualquier gran ciudad. Así, lo anónimo sería devuelto al anonimato de forma deliberadamente anónima. Sólo el artista lo sabría y nadie se enteraría de algo, por otra parte, inútil. En esa frontera, entre esos muy estrechos límites del arte de la negación del arte, se mueve la reflexión estética en todo el siglo XX.

Al mismo tiempo, los artistas de la misma época de Duchamp, desde André Breton a Dalí, desde Aragon, Artaud y Éluard a Picasso, desde Tzara a Gris o Miró, han mantenido el estatus del pintor, del escritor, del artista en general, como un demiurgo de la belleza, como un genio individual, del que incluso los «objets trouvés» surrealistas, en la estela duchampiana, serían a modo de esculturas creadas a partir de la materia anónima e infinita de los objetos, que desde entonces dejarían de ser cosas sin dueño.

En la década de los sesenta del siglo XX, por motivos más ideológicos que estéticos, y dentro de la ola de colectivismo antiliberal y anticapitalista que anegó todo el universo cultural de Occidente, desde las universidades a los museos y salas de exposiciones, se reactivó el gesto de negación de Duchamp, y el mundo del arte se acercó de nuevo al urinario firmado por Mutt. Pero, ay, incluso esa negación del arte era ya una forma de tradición.

Ése es el momento en que se plantea el debate sobre la pintura que, de alguna forma, da origen a nuestro grupo. El hecho político y

el estético se confunden. La contradicción se expresa en los artistas conceptuales, sean los escultores llamados «minimalistas», como Sol Lewitt o Donald Judd, sean los exhibicionistas o teatreros de la negación del arte, que cultivaban el «happening» como forma perecedera de la experiencia artística. Algo, por cierto, que los acercaba involuntariamente al arte fallero, que no deja de ser un «happening» ritual; o a la «arquitectura efímera» del barroco español del siglo XVII. Añádasele el «arte pop» de esos mismos años, desde las viñetas de tebeo de Lichtenstein a las latas de sopas Campbell pintadas por Andy Warhol, que al fin son formas de culto estético a los productos industriales y la sociedad de consumo, y se tendrá un panorama claro de lo confuso que volvía a ser el mundo medio siglo después de Dadá y Duchamp.

Todo el movimiento que desemboca en la pintura-pintura, la opción estética que nosotros habíamos elegido, pese al elaboradísimo o embrolladísimo discurso teórico que la sustenta, está lleno de elementos típicos del llamado arte «conceptual», desde las vanguardias primíparas después de la Primera Guerra Mundial hasta el arte antiartístico tras Mayo del 68.

Visto en perspectiva, el antecedente de la «pintura-pintura», es decir, el movimiento Supports-Surfaces patrocinado por Pleynet, es una continuación, si no una continuidad, de BPMT, el grupo cuyas instalaciones reflexionan sobre la superficie pintada, el bastidor, la pared, el techo y el suelo. Incluso en la pintura-pintura de nuestro grupo, el de Trama, es evidente la continuidad con la reflexión sobre el cuadro, la abstracción y el color que vemos en la pintura del Malévich anterior a los años veinte o del Rothko posterior a los sesenta; en los dibujos de Ródchenko o del expresionismo abstracto. Digamos que nosotros optamos siempre entre contemporáneos: Malévich frente a Duchamp, Pollock frente a Yoko Ono.

¿Y yo? ¿Qué pintaba, qué pensaba en ese invierno crucial del curso 1973-1974? Pues en el grupo pintaba mucho, pero pensar, lo que se dice pensar, pensaba muy poco. Ni siquiera pensaba o me atrevía a pensar sobre la forma de arte que me interesaba y que se

manifestó, adánica y pintoresca, en una tarea que acometí con fruición: buscar en las basuras de la zona ramblera de Barcelona, la nuestra, piezas con valor estético propio.

Al principio, se trató de amueblar gratis la casa, o las casas, porque abastecí a todo el mundo con muebles o fragmentos de muebles al estilo «decó», que en aquellos años de prosperidad hortera era lo que todo el mundo dejaba tirado en la calle. Pero cuando ya no hubo cuarto sin amueblar, yo seguí llevando a casa objetos que tenían, a mi juicio, valor en sí mismos, amén de una utilidad inútil y una inutilidad creciente, porque se fueron amontonando en el pasillo y poco a poco lo hicieron casi intransitable.

Aparte de rinconeras de marquetería, tableros de madera de una pieza para hacer mesas o mesillas, somieres en buen estado, camas de principios del siglo XX muy estimables, paragüeros, papeleras, cosas de escritorio, portarretratos, bibelots, ceniceros, porcelanas, musiqueros, estanterías y un sinfín de domesticidades de madera, un día, tras la Feria de San Antón, me llevé a casa tres bidones de casi un metro de alto y de un color azul muchísimo más que eléctrico.

Por supuesto, ése fue el momento en que habitantes, paseantes y transeúntes de Tararira Mandura decidieron que había ido demasiado lejos y me pararon los pies y las manos. A ese paso, decían con buen criterio, aquel piso tal vez no iba a ser un estercolero, como aducía yo porque nunca acarreaba nada sucio, pero sí un puesto de Los Encantes. Además de sentar plaza de orate y forjar la leyenda más perdurable de la calle Hospital, ¿qué pretendía yo con aquella cosecha de significativas maravillas basurientas? ¿Qué quería hacer con ellas?

Muchos años después, en la Modern Tate Gallery de Londres, lo supe. Entré en una habitación grande toda ella ocupada por una instalación típicamente conceptual de los años setenta: una furgoneta o minibús perdía un reguero de objetos que quedaban en el suelo, como la estela caótica y zarrapastrosa de un cometa urbano. El efecto era notable, pero mucho menos, pensé, de lo que podía

haber sido mi instalación «Basuras de Barcelona», que se me presentó con toda claridad: una especie de jardín zen japonés, con somieres y mesas «déco» en vez de rocas, con piezas modernas como los bidones azules en lugar discreto cuanto significativo, y, como base, un naufragio de objetos innecesarios, al modo de esas ordenadas olas de arena blanca que parecen surcos en la mente vacía de un buda o líneas en la hoja sin escribir de un cuaderno de poesía.

¿Llegué a confesarme a mí mismo que ése era mi propósito al acarrear objetos de la basura? Seguro que no. Siendo un afiebrado teórico de la lucha contra el arte conceptual, ¿cómo podía acometer un montaje, una instalación, tan requeteconceptual? Hubiera sido la primera y la última, porque siempre me he creído o sentido incapaz en materia estética, salvo en literatura y otras variantes de la comunicación, que no se me dan del todo mal. Pero aquélla hubiera sido la excepción a la regla. Y constituiría hoy, aunque fuera en mi desván, un homenaje a aquellas aceras donde no hallábamos la basura de los demás, sino pequeños tesoros de desecho con los que no siempre nos atrevimos a amueblar nuestros sueños.

LA MÚSICA EN LA CALLE

En verano, a todas horas; en otoño, casi siempre; en invierno, bar adentro; en primavera, en las terrazas. Si llovía, a cubierto; si salía el sol, a plena luz: el caso es que la calle estaba siempre llena de música y es imposible recordar aquel tiempo sin el subrayado estridente y tumultuoso de las sinfonolas.

Cada bar solía tener su máquina de discos, cuya selección hacían a medias dueños y clientes. Como por entonces los éxitos estaban pocas semanas en las listas de ventas, pero sobrevivían años en la radio y en los cafés con música, había canciones que duraban semanas y otras que duraban décadas. En el invierno triste del curso 71-72, me hundía en el bar para escuchar a los Lone Star de los sesenta, a los Módulos de «Todo tiene su fin», al intemporal Dúo Dinámico, a Mari Trini, Adamo, Manzanero o Bruno Lomas. Eran

canciones conservadas como el *ticket* de una apuesta que alguna vez pudo ganar, la banda sonora de una deliberada melancolía. Pero en los años que siguieron, los de las Ramblas, fue al revés: la música te alcanzaba en todas partes, a orillas de una cerveza o a la sombra de un carajillo. Y, además, en aquellos años, hubo una extraña conjunción astral que producía canciones y más canciones de éxito, españolas o extranjeras, americanas, pero también italianas, francesas y —Eurovisión mediante— hasta suecas.

Todos los veranos tenían, tienen, su canción. La del 73 fue de Fórmula V: «*Eva María se fue / buscando el sol en la playa / con su maleta de piel / y su biquini de rayas*». Nunca entendí qué pintaba ese biquini en esa maleta, pero, en fin, si no se pedía lógica a Los Diablos, a Tony Ronald, a Georgie Dann o a Peret, ¿por qué pedírsela a Fórmula V? Sin embargo, de cómo la música ocupaba aquel espacio luminoso en nuestras vidas que sería el curso 1972-1973 me di cuenta oyendo otra canción muy veraniega, entre atolondrada y elegíaca: el «Crocodile rock», de Elton John. Empezaba arrebatadora, con un sonido descaradamente sesentero que a mí me recordaba la fulgurante aparición en biquini y gafas negras, junto a un *pick-up*, de Sue Lyon en la *Lolita* de Kubrick:

I remember when rock was young
Me and Suzie had so much fun (...)
When the other kids are rockin' round the clock
We where hopping and bopping to the Crocodile Rock.
I never knew me a better time and I guess I never will.

No, no he conocido un tiempo mejor, ni seguramente lo conoceré. Cuando empecé a salir con María, solíamos pasear por el barrio gótico, remedio infalible contra las afecciones sentimentales. De pronto, se ponía a llover y entrábamos en un café de la plaza del Pino o en cualquier granja de la calle Petritxol, y siempre estaba Roberta Flack cantando «Killing me softly with his song» o Roberto Carlos maullando, también suavemente, «El gato que está triste y azul».

Cuando escampaba, Albert Hammond cantaba «Nunca llueve en el sur de California», pero ¿quién podía creerle? Vivíamos en el *Big Sur* de Henry Miller si había sol, y, si llovía, en el otoño de *Rayuela*, donde Cortázar se pregunta tras entrar con la Maga en un «meublé»: «¿Qué se puede hacer en París con esa lluvia?».

Lo que más se oía, tanto que apenas se podía ya escuchar, era Mocedades y su éxito eurovisivo «Eres tú». Después, «Libre», de Nino Bravo. Y pasado lo más crudo del invierno se impuso «Charly», de Santabárbara, que a mí siempre me sugería una turista rubia con la cabeza perdida entre las palomas de la plaza de Cataluña. Pero quizás la canción que mejor expresa el latido fresco y febril de aquellos días es «Il mio canto libero», de Lucio Battisti:

In un mondo che
non ci vuole più,
il mio canto libero
sei tu.
E l'immensità
si apre intorno a noi,
al di là del limite
degli occhi tuoi.

Años después, en la maravillosa y tristísima película de Truffaut *La mujer de al lado*, me encantó una frase de Fanny Ardant, internada en el sanatorio y adentrada en su locura, en la que dice que las canciones de amor son, contra lo que suele decirse, las más verdaderas. «¿Acaso hay algo más cierto —dice— que "me muero sin ti", "sólo puedo pensar en ti", "no puedo apartarte de mí", "eres todo lo que tengo", "nada soy sin ti"?».

Yo no suelo ser demasiado sentimental. Sin embargo, nunca olvido del todo las viejas canciones, siempre me las arreglo para recuperarlas y revivirlas. Si lo más frágil y valioso de la vida es el amor, y si nada nos permite evocarlo como la música, aquellos años azules de Barcelona perviven en el recuerdo en las hermosas canciones de entonces, alegres y tristes, que, al cabo, la felicidad

perdida siempre ha sido el mejor argumento de una canción de amor. Más difícil es hacer una canción de muerte.

LAS MUERTES DE CARRERO, PUIG ANTICH Y HEINZ CHEZ

Cuando mataron a Carrero ya habíamos entrado en Bandera Roja. Tras estallar la crisis interna, a mí me habían hecho responsable del sector de intelectuales, artistas y profesionales de imprecisa definición. Naturalmente, cuando en la bruna radio oímos la noticia no se nos ocurrió hacer chistes, brindar con champán ni todas esas majaderías que ahora cuentan los niñatos progres y los que estaban seguros fuera de España o dentro del Régimen. La palabra más repetida fue «provocación»; la sensación generalizada, de terror; y la primera y sabia intención, salir corriendo y no volver al domicilio habitual hasta que se calmaran las cosas.

Faltaban dos días para la Navidad, así que adelanté a esa misma tarde el viaje a Valencia, a casa de mi madre y mis hermanos. Creo que en Tararira, el piso de Hospital, tras deshacernos de toda la propaganda política, no quedó nadie. Lo que se temía era una redada de toda la izquierda o algo peor: una noche de «cuchillos largos», de asesinatos de militantes antifranquistas, casi todos comunistas de cualquier sigla y condición. Una represalia así sólo podía organizarse, paradójicamente, de forma desorganizada, mediante iniciativas de grupos parapoliciales que vengaran a Carrero a lo bestia y al tuntún.

Lo cierto es que no pasó nada. O más importante aún: que el Régimen demostró un autocontrol y un control de la situación que, después de aliviados, nos preocupó. El hecho de nombrar sucesor de Carrero a Arias Navarro, que como ministro del Interior era responsable de su seguridad, fue lo más sorprendente. En la izquierda comunista, con escasas y desnortadas excepciones, el crimen produjo desconcierto, primero por el pánico y después por la berroqueña impavidez de la Dictadura. Hubo dos anécdotas grotescas: la frase de Franco en TVE «no hay mal que por bien no

venga»; y la foto de Arias Navarro riendo a carcajadas con Carmen Polo el día de su toma de posesión. Pero, sobre las anécdotas, la categoría era que el Régimen estaba muy entero. Y que el asesinato podía ser una «provocación» de extrema izquierda o de extrema derecha, bien para impedir la «apertura» controlada del Régimen o bien para adelantarse a cualquier reforma eliminando del poder al *alter ego* de Franco, supuestamente el sector más «ultra». Lo único que nadie hizo fue chistes con el atentado, elogios a la ETA, ni cosa semejante. Eso quedó para los retroprogres de «todo a cien», varias décadas después.

Otro tanto sucedió pocas semanas tras el magnicidio, cuando se ejecutó a Puig Antich, un terrorista del MIL, por el asesinato de un policía cuando iba a detenerle. El análisis del PCE-PSUC y de Bandera Roja, la extrema izquierda moderada —si tal paradoja puede darse, y entonces se daba—, fue exactamente el mismo que el del asesinato de Carrero: era la típica «provocación» criticada por Lenin en *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*. Y es que hay una norma inalterada en todos los grupos de izquierdas, desde los tiempos de Bakunin y Marx en la I Internacional, que puede resumirse así: toda acción violenta con resultado de muerte, si no la ha ordenado el Partido o le conviene ocultarla, es una vil «provocación» de la extrema izquierda, la extrema derecha o la policía, que tanto da.

Recuerdo la tarde del día de la ejecución, porque llovía como sólo puede llover en Barcelona en enero, más grisura que agua. Había quedado con Labordeta, que cantaba en el patio de la Universidad Central, pero una vez estuvimos allí los cuatro gatos que nos atrevimos a ir, el recital se suspendió por iniciativa del propio Labordeta y acabamos, como siempre sucedía con él, a orillas de un café con leche.

La verdad es que no estaba el día para cánticos, salvo que fueran excusa para enardecerse y echarse a la calle. Y el Partido (con Labordeta siempre seguimos utilizando la terminología fetén) no tenía la menor intención de hacer suya la causa del MIL ni sentir

como cosa propia, cercana o siquiera próxima la muerte de Puig Antich. Por eso la policía no prohibió el recital de Labordeta, que era una excusa perfecta para organizar una algarada callejera de envergadura: el PCE-PSUC quería mostrar ostensiblemente que no tenía nada que ver con el MIL y que allá los ajustes de cuentas de los «provocadores» de extrema izquierda con la policía, tantas veces infiltrada en ellos.

Aquélla era una tarde triste porque, al fin y al cabo, había muerto pocas horas antes un joven de nuestra edad, pero el que lo decía era inmediatamente corregido con un dato que venía en la prensa: la edad aún menor de los tres hijos del policía que había matado él. La verdad es que el PCE-PSUC, que en esta era del antifranquismo retrospectivo y reescrito ha financiado *Salvador*, la película hagiográfica de Puig Antich, llevó tan lejos el marcar distancias con el anarquista muerto que aquella misma tarde, mientras nosotros pedíamos otro café con leche o un coñac en el Bar Estudiantil, organizaba una gran fiesta, con champán a gogó y gogós con champán, mucha risa, mucha foto y la crema comunista de la intelectualidad, los Vázquez Montalbán, Perich y compañía como anfitriones, algo tan lejos del garrote vil como el nacimiento de una revista de humor, la luego célebre *Por Favor*. Lo cuenta bien Pep Ribas, fundador de *Ajoblanco*, en su libro *Los años 70 a destajo*. Más que a destajo, a machete habría que entrar en esta selva de trolas y embustes reciclados que ha tejido la progresía sobre la Barcelona y la España de aquellos años.

Lo que me impresionó más tras aquella jornada patibularia fue la feroz obra de teatro que Albert Boadella y Els Joglars hicieron sobre la ejecución simultánea de Heinz Chez, titulada *La Torna*. El término «torna», en catalán, designa el trozo que se añade, para completar el peso y añadir unos gramos de regalo, al cliente de las carnicerías. Boadella vio la muerte de Chez como la forma que tuvo el Régimen de subrayar el carácter de delincuente común de Puig Antich, añadiendo a su trágica suerte la «torna» de un delincuente profesional cuya ejecución, al ir unida a la del anarquista, fue

silenciada por el periodismo progre, que, salvo en las cabeceras y alguna sección editorial, era ya muy poderoso en Barcelona.

A mi juicio, en vida de Franco, *La Torna* fue el único acto libertario realmente importante en Barcelona. Y alcanzó toda su significación política cuando la autoridad militar tuvo la genial idea de prohibir la obra, detener a Boadella y meterlo en la cárcel. Del hospital de la Modelo escapó, naturalmente disfrazado, a Francia. Basta acudir a las hemerotecas, si aún no las han borrado, para ver que la huida de Boadella fue mucho mejor tratada en los medios de comunicación que la ejecución de Puig Antich y Heinz Chez. Y muchísimo más celebrada que el asesinato de Carrero Blanco, por supuesto.

CLASE OBRERA, CLASES DE MARXISMO Y DESCLASADOS POR DOQUIER

Aunque para 1974 yo me había leído ya lo sustancial de Mao, Lenin y Engels, me faltaba Marx y, en general, la bibliografía económica marxista. Ni corto ni perezoso, tras deglutir a Baran, Sweezy y Ernest Mandel me enteré por mi amigo Jordi, compañero en el fútbol, el PSUC y las mallorquinas batallas sentimentales, de que en la Facultad de Económicas de la Autónoma, creo que en la cátedra de Capella, se estaba preparando un seminario sobre *El capital*, entre restringido y clandestino, sólo para alumnos de la Facultad. No debía de ser muy legal aquel curso cuando lo único que se necesitaba para asistir era alguien de confianza que te introdujese y la acreditación legal de que eras alumno de Económicas.

Poca cosa. Para lo primero, tenía a Jordi; para lo segundo, falsificamos una ficha de alumno de la Facultad que me convirtió en estudiante de no sé qué curso de Económicas, el que mejor permitiera el engaño. Como todo era tácito y vivíamos en el mundo del sobrentendido, allí que me lancé yo sin temor a las matemáticas, que muchos asocian siempre con la economía, seguramente porque desconocen a Marx.

La verdad es que dejé de ir pronto a aquellas clases porque el Libro I de los tres de *El capital*, el único propiamente de Marx y no de la factoría Marx & Engels Ltd. me pareció de una claridad diamantina, más sociológico que económico, más político que sociológico y más ideológico que político. Aún no había leído en Paul Johnson que todos sus datos económicos están basados en la descarada manipulación de los «libros azules» del Ministerio de Industria británico, pero tampoco hacía falta. Era una mezcla de profecía y de panfleto, tan soberbiamente escrita como casi toda la obra de Marx, y que sólo exigía un requisito para lanzarse a leerla: perderle el respeto. A diferencia del *Manifiesto Comunista*, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, las *Tesis sobre Feuerbach* o *La guerra civil en Francia*, panfletos prohibidos en España (según los propios comunistas «porque se entendían»), tanto *El capital*, desde hacía años, como luego los dos obesos tomos de los *Grundisse* y el grueso volumen de *La ideología alemana* podían comprarse legalmente en librerías académicas. No hacía falta censura. Ya se lo censuraban a sí mismos los lectores.

Leída la versión en español sin alteración perceptible de mis circuitos cerebrales, me lancé a la edición francesa del Libro I, con largo ensayo introductorio de Althusser. Me llamó la atención que insistiera en lo mismo que tanto me había sorprendido: que no había la menor dificultad para entenderlo. Y la prueba: Marx lo escribió para ser publicado —y así se hizo— como separata dominical en la prensa obrera, al alcance de cualquier lector, sin más especialización que la conciencia de clase y las ganas de leer.

Algo más difícil resultaba el texto de Althusser, también a medio camino entre dos géneros, en este caso la tesis doctoral sorboniana y la epistemología confuciana. Pero Althusser y sus discípulos, singularmente Nikos Poulantzas y Marta Harnecker, que llegaron a ser —entonces estaban prohibidos— los más conocidos en España, junto a Etienne Balibar y Pierre Macherey, eran la vía más seria, exigente y moderna, entre el maoísmo chic y el estructuralismo

shock, para descifrar los arcanos del marxismo-leninismo-pensamiento-Mao Tse-Tung.

Aunque sin cobrar un duro, durante unos meses me convertí en un «liberado» de la OCE (BR), pero todas mis actividades se resumían en una: reunirme. Hasta ocho reuniones diarias llegué a tener con superiores e inferiores del Partido. Unas veces, pocas, para recibir el análisis detallado que el camarada Hortalá hacía de la situación política nacional y de la interior del Partido y demás grupos comunistas. Otras veces, más frecuentes, me reunía para contrastar datos con otros camaradas de la organización o que andaban dubitativos entre la vuelta al PSUC de los fundadores de Bandera Roja y el mantenimiento —nosotros decíamos relanzamiento— de la OCE (BR). Y la mayor parte de las reuniones las tenía con los filósofos (Lluís Crespo), los literatos (el sector dubitativo y amable del Instituto Alemán: Carles Hernández Mor o Santi Pau) y los pintores (los mismos con los que vivía cuando no tenía que reunirme con ellos).

No sé si resultaba agotador por superfluo o superfluo de puro agotador, pero aquel vértigo reunidor o reunidesco era capaz de destruir el sistema nervioso más sólido. A mí no me procuraba más satisfacción que la preocupación de María, obviamente no por mi seguridad, que dejábamos al albur de la suerte y de nuestras precauciones clandestinas, sino por mi salud, que no dejaba de ser materia más íntima.

Pero en buena ortodoxia maoísta, hacía falta el contacto permanente con obreros y campesinos para ser de verdad un revolucionario. Y eso sí que era un problema. Los campesinos que yo conocía, pocos y adustos, estaban en Teruel, luchando con el clima y el barbecho, y no se apreciaba en ellos la menor curiosidad por el marxismo-leninismo, fuera chino, barcelonés, parisino o zaragozano. En cuanto al proletariado fetén, el de las fábricas, no estaba a nuestro alcance, pero sí al del Partido, que un día me encargó un curso de formación de obreros ya concienciados y con grandes posibilidades de liderazgo futuro.

Tras infinitas reuniones, llegamos a tres acuerdos: que el libro de texto de referencia sería el de Marta Harnecker *Conceptos elementales del materialismo histórico*, entonces prohibido, pero del que existía copia en ciclostil de origen chileno; que las clases se darían en la barriada obrera de Can Serra; y que el aula sería un garaje cedido por un cura, que no lo necesitaba en el fin de semana, los viernes por la tarde.

No por haber nacido como quien dice en una tiza, haberme criado en una escuela y haberme hecho relativamente adulto entre libros, clases y otros magisterios, dejaba de impresionarme dar clases de marxismo a aquella selecta vanguardia de la clase obrera. Pero la física concreción del encuentro que los revisionistas del PCE hubieran llamado de las fuerzas de la cultura (yo) y del trabajo (una docena de jóvenes obreros inquietos) disipó rápidamente cualquier nube teórica o recelo de clase. Sobre todo, cuando en segunda fila vi a una proletaria delicada, fina y morena, con aire entre palestino e israelí, o entre gaditano y napolitano, que me miraba con una mezcla de atención y compasión. Ahí se me quitaron todos los nervios. Y salvo Marta Harnecker, todo fue sobre ruedas.

El imperativo categórico marxista-leninista, unido a esa curiosidad personal por un sector del proletariado lograron que ya no me preocupase la llegada de los fines de semana. Al contrario: la esperaba con objetivo y subjetivo interés. Lo malo fue que la materia harneckeriana, el marxismo según Althusser, produjo pronto una desbandada entre los «obreros conscientes», como se llamaban a sí mismos los de la I Internacional a comienzos del siglo XX.

Había en ellos una voluntad de saber que me conmovía y que me hacía esmerarme en transmitirles la doctrina presuntamente liberadora. Pero entre que Harnecker era un peñazo incomprensible —que por disciplina de partido yo no podía cambiar o convertir en otra cosa— y que en la tarde del viernes, día habitual del curso, los obreros solían estar muy cansados, aquello naufragaba a ojos vistas. Pronto empezaron a menguar las ya escuálidas huestes alumnares; de la docena larga pasamos a la media escasa; y aunque, tras pasar

una hora de frío en el garaje clerical, seguíamos el encuentro en algún bar cercano, e incluso en la casa de mi encantadora proletaria, pronto fue evidente que aquello no funcionaba. Una tarde, sólo había dos, la encantadora y una prima suya, que tenía que marcharse a no sé qué ocupación familiar. Aquello se había convertido en una cita semanal de dos jóvenes al margen de la lucha de clases y no para su intelección. Por incompatibilidad con el alumnado, el curso era un fracaso. Yo les interesaba bastante poco, y el materialismo histórico, absolutamente nada. Así que nos fuimos a dar una vuelta.

Paseando por el barrio, yo le hacía preguntas sobre su vida, que según había leído en Stendhal es la manera infalible de conquistar a cualquier mujer. Pero lo que ella me iba contando no encajaba ni con la tesis del novelista francés ni con el formulario comunista. No, no pensaba convertirse en una líder sindical, sino en dejar la fábrica y, tal vez, volverse a Asturias, de donde había venido. Sí, sí, apreciaba a sus compañeros de curso y de trabajo, pero los roces cotidianos limitaban su afecto a una tibia camaradería, a una educada coexistencia.

Como no le gustaba su trabajo, quería cambiar de trabajo. Y ante las dificultades de inserción o convivencia en la sociedad catalana si no eras catalán de origen, ella estaba pensando en irse de Cataluña. ¿Para qué perder el tiempo? Tampoco en la vida se tiene tanto, decía, y una mujer todavía menos. No, de momento no tenía novio, pero por supuesto que le encantaban los niños, sobre todo cuando fueran suyos. Porque, dígase lo que se diga, los sobrinos no son hijos; no, no. Con ninguna de las chicas de las Ramblas, de la Universidad, podría haber tenido yo entonces esa conversación. Ninguna quería o debía tomarse la vida tan en serio. Ella sí.

Era casi primavera, se fue haciendo de noche y me invitó a tomar el té a su casa, que no era sólo suya. Estuvimos muy poco tiempo solos, porque enseguida llegaron sus primos. Y a pesar de su cariñoso «¡Hola, pareja!», sabíamos que para nosotros era la última vez, el último té. Teníamos muy poco en común; había una atracción que, en circunstancias sociales distintas, podría haber desembocado

en una historia de amor. No era posible o, más bien, no era suficiente. Ella me lo puso fácil y yo también. Quiso acompañarme al metro, pero me negué porque ya era noche cerrada. Nos despedimos en la puerta de la casa: un beso en el rinconcito de los labios, ni de amistad ni de pasión. Era una chica formal, una «obrera consciente»... de que no le gustaba serlo. En fin, tras largo debate en la OCE (BR) concluimos que Marta Harnecker era incompatible con la clase obrera real. Nunca más volví a Can Serra. Nunca más la vi. Nunca la he olvidado del todo.

REVOLUCIONES, ENCUENTROS, PUBLICACIONES

Aquella primavera no daba tregua a nadie. Suele decirse que la ejecución de Puig Antich y Chez acabó con el «Espíritu del 12 de febrero», aludiendo al discurso en el que Arias Navarro sugirió la posibilidad de reconocer a los partidos políticos bajo el paraguas legal de «asociaciones» dentro del Movimiento. Pero, en realidad, lo que borró el «aperturismo» de Arias fue el golpe de Estado que acabó con la dictadura de Oliveira Salazar en Portugal y que desembocó en tres años de inestabilidad en la Península.

La «revolución de los claveles» había sido anunciada un año antes por su general más prestigioso, Spínola, en su libro, reformista y sensato, *Portugal e o futuro*. Sin embargo, aquello derivó rápidamente en un movimiento militar, nada civil y muy revolucionario, en el que los elementos prosoviéticos (Vasco Gonçalves, Rosa Coutinho, Otelo Saraiva de Carvalho) estuvieron a punto de derrotar, en una continua sucesión de golpes, al militar prooccidental Eanes y su aliado civil el socialista Soares. Al final, ganaron estos últimos, pero, a cambio de Portugal la URSS se quedó con su imperio africano. El nuevo régimen regaló a las guerrillas comunistas los inmensos territorios de Angola, Mozambique y Guinea Bissau. Del millón de portugueses que vivían allí, ni se acordó. Estuve en Lisboa tiempo después de la revolución y me impresionó la harapienta y derrotada muchedumbre que dormía aún

en los andenes de la estación de ferrocarril, improvisado asilo para los que, más de cuarenta años después, no han sido compensados por el Gobierno que arruinó sus propiedades y sus vidas.

Poco nos interesaba Portugal, pero mucho nos inquietaba el futuro de España, así que en poco tiempo aprendimos la jerga político-militar, avizoramos la traslación española de ese movimiento de democratización cuartelera (apenas surgió la UMD, sus creadores fueron arrestados, juzgados, expulsados del Ejército y encarcelados) y el general Díez-Alegría, aperturista, recibió en su casa durante varios meses docenas de claveles rojos, a ver si se animaba. Pero los que se animaron fueron sus enemigos, que lo destituyeron. Aunque nadie daba nada por seguro, el control del Ejército por el Régimen fue siempre total, y una de las más importantes garantías del futuro cambio, seguramente la decisiva.

Además de Portugal, también cayó la dictadura de los coroneles en Grecia, aunque allí la transición la hizo pacíficamente el proamericano Karamanlis; y, por otra parte, los norteamericanos se habían retirado ignominiosamente de Vietnam, perdiendo una guerra sin haber perdido una sola batalla, y facilitando la caída de Vietnam del Sur, Laos y Camboya.

Tres continentes —Asia, Iberoamérica, África— se teñían de rojo; las guerrillas, con el respaldo de los países comunistas, parecían invencibles; el mundo entero había entrado en un proceso de sovietización irreversible. Y eso, que debería gustarnos como «rojos», nos preocupaba horrores como antisoviéticos, que así éramos de contradictorios —radicales marxistas de palabra, anticomunistas en la política real— los maoístas de entonces. Ese estallido de una revolución tras otra era el telón de fondo sin el que no puede entenderse la politización febril que vivíamos en España. Todo estaba cambiando en todas partes, y nosotros queríamos estar en ese cambio.

Lo primero que cambió es que empezamos a publicar y a exponer. En marzo publiqué un larguísimo poema, «Enseñanzas de la lectura de *Intervalo* en febrero de 1974», en los *Pliegos de*

producción artística de Zaragoza. Viéndola en perspectiva, se trata de una obra típicamente conceptual: la portada del pasquín doblado, modelo «dazibao», es la misma que la del libro de Hervás, de quien ya hablé en las páginas dedicadas a Antonio Maenza. El autor no existe en la portada, hasta el punto de que la «lectura» se confunde con el propio texto.

Yo no quería firmarlo ni siquiera al final, pero me convencieron con el argumento de que podría tomarse por simple antología del suicida valenciano. Sin embargo, seguí desarrollando esa fórmula de luchar contra la propiedad de uno mismo y el narcisismo artístico; y escribí otro poema largo titulado «Autopía» compuesto sólo por versos del libro póstumo de Miguel Labordeta, que lleva ese título. Ni un verso mío. Yo me limitaba al «cut-up», el «corta-y-pega» diríamos hoy, la «lectura» o «collage» que decíamos entonces. Está recogido en mi libro *Poesía perdida* (Pretextos) y se publicó en un tomito colectivo dedicado al poeta y hermano mayor de Labordeta, junto a una conferencia que había preparado para coincidir en Zaragoza con la primera exposición de pintura de nuestro grupo. El diseño, perfecto, naufragó en la burocracia provincial. Pero, aunque cada cosa se hizo cuando se pudo, al final salió todo: conferencia, libro y exposición.

El catálogo era, sobre todo, mío, aunque el título, *Propuestas para un trabajo complejo*, era típico de Javier Rubio. Yo hice la parte plúmbeo-política y rehíce, es decir, acabé de estropear, lo redactado no menos plúmbeamente por Broto, Tena y Rubio, los tres que exponían. Se había acordado que Xavier Grau, que entró en el grupo algo más tarde, se incorporaría al escaparate en la siguiente exposición.

Esa primera se celebró en la galería Atenas y, a pesar del ridículo dogmatismo marxo-psico-estructuralista de la teoría, que resultaba y resulta prácticamente incomprensible, tuvo un éxito doble: los cuadros eran muy buenos, dentro de la rigidez de la propuesta plástica, y la respuesta oficial fue muy mala: hasta el crítico del

Heraldo de Aragón, mi antiguo profesor de Historia del Arte, Azpeitia, se negó a reseñar la exposición.

¡Qué más queríamos para confirmar el fin de Occidente y la ruina del Ebro! A la semana siguiente, en *Andalán*, semanario aragonés progre fundado por el grupo turolense de Eloy Fernández Clemente y Labordeta, publiqué una entrevista con Javier Rubio en la que nos despachamos a gusto. En Zaragoza no vendimos un solo cuadro, pero el que sabía algo de pintura pudo ver que la cosa iba en serio. ¿Es que algo no iba en serio en 1974?

«TE ESTOY AMANDO LOCAMENTI»

En realidad, nosotros íbamos aparentemente muy en serio en política y en arte, pero lo que queríamos era bebernos la vida, y no precisamente con pajita. En aquel fabuloso verano del 74, cuando todos los sueños de un año antes empezaron a hacerse realidad, una canción lo atronaba todo: «Te estoy amando locamenti», de Las Grecas.

Eran una pareja de hermanas, en el modelo apoteósico —alto, guapo, sexy y gitanón— que años más tarde universalizó Azúcar Moreno, pero éstas eran más auténticas, fruto de la perspicacia de un productor musical y de la falta de bachillerato. A lo suyo lo bautizaron como «gipsy rock», que en sus propias palabras sonaba «yisirró». No sé los cientos, miles de veces que oiría aquella canción en aquellos meses de sol, en las Ramblas, en Hospital camino del futbolín de la calle del Carmen con Broto, Javier y Gonzalo, cuando nos encontrábamos a Sisa como una sombra pálida deslizándose por las paredes del verano. La letra era de una enjundia filosófica que ni Spinoza pasado por Althusser:

T'estoy amando locamenti,
pero no sé cómo te lo vi' a decir.
Quisiera que me comprendieras
Y sin darte cuenta te alejas de mí

Prefiero no pensar.
Prefiero no sufrir.
Lo que quiero es que me beses,
Recuerda que deseo que tú estés muy cerca
Pero sin darte cuenta te alejas de mí.
Y m'aconvenzooo…

Las ganas de vivir que desbordaba la España joven de aquellos años se transparentan maravillosamente en esa canción, en sus ingenuos límites y en sus desbordamientos descarados. También nuestra vida cotidiana, en especial la mía, cambió de forma casi imperceptible durante el invierno, pero aparatosa, estrepitosamente durante el verano. Y la figura clave en ese cambio, que marcaría los años siguientes, fue Alberto Cardín.

Alberto se nos apareció en una de las sesiones del Instituto Alemán en aquel invierno de 1973-1974. Apareció junto a su primo Jesús Garay, cineasta en ciernes, un guapo al estilo de Pierre Clementi que cultivaba un estilo vaquero a lo *Johnny Guitar*.

Cardín no se parecía a Joan Crawford, pero no por falta de ganas. Llevaba un abrigo corto de mutón falso y de rojo ferozmente verdadero, iba maquilladísimo, con la cara cubierta de *paillettes* doradas, y además llevaba un pendiente de oro o así en una oreja, ornamento hoy de uniforme en todas partes, pero que entonces no llevaba nadie de sexo relativamente masculino. Sólo los travestis, y a sus horas.

Estábamos bastante acostumbrados a ver no pocos *looks* del género homosexual en las Ramblas, como Ocaña, pero aquello iba muchísimo más allá. Y lo verdaderamente llamativo, siéndolo tanto su aspecto, era el discurso que, en apoyo de nuestras disparatadas tesis radicales, endilgó a las huestes psuqueras de Portabella. De no verlo, no creerlo. Y de verlo, mucho menos. Aquella loca desorejada tenía un discurso pulquérrimo, severo, erudito, con preferencia por lo antropológico y filosófico, en especial los epistemólogos anarcoides tipo Feyerabend o los sistematizadores del caos de la época, como Lakatos y Musgrave.

Como su capacidad de asombro la habían agotado en nuestro bautizo como Los Cosmos, nadie del Grup de Treball intentó siquiera definir a aquel extravagante grupo del santanderino Garay y los asturianos Cardín, Adolfo Fernández Punsola y algunos más que de forma intermitente pasaron por aquellos virtuosos aquelarres antifranquistas. Ni que decir tiene que nosotros nos quedamos atónitos, pero sólo unos minutos. A los pocos días ya empezamos a quedar a la salida del Alemán para cenar cualquier cosa y desembocar en un chocolate caliente en el Café de la Ópera, casi nuestra segunda casa.

Alberto llegó a la curiosa conclusión de que yo encabezaba un grupo «polimorfo perverso», que éramos todos los chicos y chicas de Hospital y sus amplios alrededores. Si pensaba que en la fórmula entraba algún tipo de sistematicidad a pelo y a pluma, pronto salió de su error. Supongo que eliminó cualquier confusión su primo Jesús Garay, que por el cine tenía relación con el director Gustavo Hernández Mor, hermano del poeta Carles H. Mor, que a su vez era de BR y del Grup de Treball, que nos conocía algo y ya sabía de qué íbamos, porque entonces se empezó a poner de moda entre la izquierda contar las preferencias sexuales tanto como las políticas, e incluso más, porque la opción sexual suele ser más clara y permanente.

Eliminada cualquier posibilidad promiscua, la relación se intensificó muy pronto, pero no gracias a la política, sino al cine. O, para ser precisos, a la Filmoteca. Jesús Garay tenía o había tenido una relación personal y profesional con la Filmo —así la llamábamos — y entre él y su amigo Ramón Herreros, que trabajaba allí confeccionando los fabulosos programas de mano, nos acostumbraron a ir, después de comer, a ver películas. Pero no una, ni dos, sino tres, cuatro y hasta cinco, que era el número habitual por día. Las sesiones empezaban a las cuatro de la tarde y terminaban a la una y media de la noche. La razón de la asiduidad era doble: allí descubríamos a los clásicos y a los vanguardistas y, además, nos salía baratísimo, porque pagábamos una vez y podíamos quedarnos a

todas las sesiones, siempre que no saliéramos del edificio, con bar. Con abono, la entrada nos salía a quince, veinte o veinticinco pesetas, que era regalado hasta para nosotros y podíamos ver cinco piezas de toda clase de ciclos: un melodrama de Douglas Sirk, una expresionista de Fritz Lang, un «western» de John Ford, una española de Juan de Orduña y una alemana de vanguardia tipo Syberberg, ni estrenada ni estrenable en el cine comercial, fuera por razones económicas o de censura.

Salvo en los meses en que me dediqué a la política y durante los dos o tres años que tardamos en terminar la carrera y encontrar trabajo, nos pasamos la vida en el cine. Ése fue mi lazo fundamental con Alberto y sus amigos, sobre todo Adolfo, un gran tipo, sutil y educadísimo, que hacía su tesis doctoral de Arte sobre las pinturas de Sáenz de Tejada, el gran pintor, dibujante y cartelista del bando nacional durante la Guerra Civil.

Alberto hablaba con él siempre en femenino y con nosotros en masculino, pero de usted. Siempre fue así, desde el primer día hasta el último. Y como yo no tenía la dedicación absorbente de los pintores, desarrollé una verdadera adicción al cine. En pocos años debí de ver más de mil películas. Pero además las vi bien, de forma sistemática, por autores, épocas y géneros, completas y en versión original subtitulada. Y lo más valioso: comentadas en tertulias infinitas con todos aquellos nuevos amigos que sabían de cine y a los que les gustaba comentarlo. No al estilo pomposo del cineclub progre, sino con el chismorreo típico de las locas sobre los vestidos y la imagen, el *look* de los actores. Fuimos la última generación masivamente cinéfila y pronto nos convertimos en una tribu que se sentaba en torno al fresco fuego de la pantalla, en la noche estrellada de no importa qué cinematografía.

En aquella época de cinefilia frenética, me encariñé con la idea de un libro que, como no tenía dónde publicarlo, nunca llegué a escribir. Se titulaba o se hubiera titulado *Un año en el cine*, y era un catálogo al estilo de la Filmo, con el reparto completo y el argumento resumido en cinco líneas, de trescientas sesenta y cinco películas,

todas ellas inventadas pero con directores y actores reales y cuya relación fuera verosímil, por épocas, géneros y nacionalidades. Cuando la película, clásica o moderna, era un tostón y no podía irme porque había quedado o porque después venía una película buena y no podía salir sin volver a pagar, me entretenía haciendo *castings* de memoria e imaginando los más diversos argumentos. Desde el frenesí laboral posterior, aunque no creo que haya descansado nunca del todo, aquellos años me parecen un balneario para cinéfilos millonarios, aunque fuéramos pobres como ratas y el cine fuese el sitio más barato donde cobijarnos.

5

DEL CINE A LA LITERATURA PASANDO POR EL PSICOANÁLISIS

Conforme Alberto y yo fuimos convirtiéndonos en parte del mobiliario de la Filmo, empezamos a colaborar con ellos, aunque no como nos habría gustado, con un modesto sueldo que nos ahorrase cualquier otra tarea que esa de olvidar recordando. Como Alberto vivía con Jesús Garay y además hablaba y traducía inglés correctamente, le encargaban a menudo que hiciera de anfitrión de los cineastas europeos y americanos, jóvenes o no tan jóvenes, pero casi siempre inéditos, que venían a España con ocasión de algún ciclo sobre su obra. Las entrevistas que salían de esas tareas de «escort-movies» se publicaron en *Film Guía* o en *La Mirada*, la única revista en la que pareció que podríamos recoger todo el tiempo, el trabajo y el placer que nos proporcionaba el cine, pero que se vino abajo antes casi de haber despegado. Recuerdo muchos directores, películas o ciclos que, por razones nada claras, y eso es parte de su encanto, han quedado como referencia indeleble de aquella inédita y amabilísima sensibilidad.

Del nuevo cine alemán, que vimos casi en su totalidad, recuerdo —y son apenas fogonazos, como en la fotografía antigua— *Karl May*, de Syberberg, y *La paloma*, de Schroeter. Entre los infinitos ciclos, acaso el que más me impresionó fue el de Robert Bresson:

Mouchette, versión lírica y lívida de la obra de Bernanos; *Au hazard, Baltasar*, la tierna biografía de un asno, y otras, entre ellas *Pickpokett*, que primero me inspiró un poema e inmediatamente después la idea del libro sobre películas inventadas con directores y actores reales. Todo: el cine negro, el melodrama, la comedia (Murnau, Nicholas Ray, Douglas Sirk), los grandes clásicos alemanes y norteamericanos: Fritz Lang, Ford, Hitchcock, Wyler, Wilder, el primer Kazan, Bogdanovich... tantos y tantos genios.

Sólo había un placer casi comparable al de ver empezar una película, una más, en aquella sala que era de hecho el salón que no teníamos en nuestras modestísimas casas de alquiler: salir del cine y encontrarse con el olor a ozono de una tormenta pasada, no importa en qué estación. Cuando salíamos de la Filmo después de medianoche, al pasar frente a la catedral, pisando los adoquines aún mojados del barrio gótico, con las farolas amarillentas alumbrándonos, me parecía habitar un poema que no era preciso escribir porque nada lo podía mejorar.

ADIÓS A LA CALLE HOSPITAL, BASTANTE ACOMPAÑADO

Fuese porque la Filmoteca se había convertido en mi segundo hogar, fuese porque la relación con María continuaba, fuese porque Alberto ocupó muy pronto el papel de confidente intelectual, fuese porque Jordi y Teresa dejaron libre su piso en la calle San Vicente, esquina a la plaza del Peso de la Paja y se fueron —con María— a Travesera de Gracia, fuese porque me parecía que llevaba mucho tiempo durmiendo en Hospital, primero en una habitación corriente, luego en un trastero reconvertido en celda-dormitorio-despacho y, finalmente, en una habitación grande con una cama doble en el suelo sobre una estera; fuese, en fin, por lo que fuese, que serían todos los fueses citados y alguno más, el caso es que me fui al piso de San Vicente y Gonzalo se quedó con el de Hospital, para estudio y vivienda.

Nunca conseguí hacer confortable el piso de San Vicente, pero era la primera vez que vivía solo, desde que antes de cumplir los once años me fui interno al colegio, y es sabido que la fantasía fundamental del solterismo masculino es el acceso a un número impreciso, teóricamente ilimitado, de mujeres. No duré mucho en aquella casa, pero sí lo suficiente para constatar que esa fantasía existía por algo y que podía hacerse realidad.

ALEGRÍAS DEL ARTE CONCEPTUAL EN SU VERSIÓN CORDIAL

De enero a mayo —películas, lecturas y vividuras aparte—, nuestro grupo político-artístico centró toda su actividad en Zaragoza: el «poema conceptual» sobre *Intervalo*, de Eduardo Hervás, en los *Pliegos de producción artística*, fechado en febrero; la primera exposición de Broto, Rubio y Tena en la galería Atenas, en abril; mi conferencia sobre «Miguel Labordeta y la literatura de vanguardia», en mayo; y luego, el libro colectivo sobre Miguel, con parte de la conferencia y el poema en dos partes, también muy conceptual y *cut-up* hecho solamente con versos de su libro póstumo *Autopía*. Los versos eran suyos y el poema era mío, pero, en definitiva, sin propiedad privada, ¿qué más da? Todo era de todos, lo escrito era siempre una lectura y leer era escribir.

Hasta mayo, pues, nos destapamos en sólo tres meses como el movimiento artístico más ambicioso que había dado Aragón desde el grupo Pórtico. En la última semana de mayo y la primera de junio empezó nuestra actividad de escaparate en Barcelona, participando en las jornadas «Noves tendències a l'art», organizadas por el Instituto Alemán, es decir, por el Grup de Treball del PSUC, en el FAD, siglas de «Fomento de las Artes Decorativas», nombre que fue objeto de burla y chirigota, pero al que fuimos con parte de la obra expuesta en Zaragoza, con la incorporación definitiva al grupo de Xavier Grau, siempre una presencia benéfica y discreta, y la ya clásica conferencia mía sobre qué éramos, de dónde veníamos y adónde pretendíamos ir.

Al lado de la hiperactividad zaragozana de primavera, aquel preludio veraniego era casi una huelga de celo, pero ya no estábamos solos, ya aparecíamos en el «quién es quién» del arte joven en Barcelona y en aquellas dos semanas del FAD nos divertimos horrores con las conferencias, discursos y obras del omnipresente arte conceptual.

La verdad es que en el Alemán habíamos hecho amistad con casi todos los de nuestra generación, especialmente Carles H. Mor, Santi Pau y Antoni Mercader, y con el simpatiquísimo músico y compositor Carles Santos, al que en parodia de Dubceck y la «Primavera de Praga» yo llamaba «el Portabella con rostro humano». Carles era la cara amable del PSUC y un tipo muy mediterráneo: una gran cordialidad exterior, una infranqueable trastienda interior y un «impasse» casi total en su actividad artística porque, tras su conversión al conceptual, había dejado de tocar el piano y de componer. Vivía por entonces con otra artista conceptual, Dorothée Selz, un encanto también, pero en francés y pelirrojo. Y en su amistosa compañía nos zambullimos, ese año 74 y los siguientes, en las pasmosas y abracadabrantes experiencias de la vanguardia barcelonesa.

Para nosotros, el momento culminante de las jornadas del FAD no fue mi conferencia ni el día inaugural de la exposición, en la que cada uno de los pintores del grupo aportaba una obra. En rigor, fue la presentación de una película (afortunada o desdichadamente corta) de Jordi Cerdá que constaba de planos alternados de cualquier cosa (geranio, mesa, juguete, paisaje, perro, gato) y un primer plano del notabilísimo culo desnudo de su musa, acaso novia y en todo caso modelo de virtudes plásticas. El guion era devastadoramente sencillo y constaba de dos palabras: «element», que sonaba cuando aparecía cualquier cosa inanimada, y «cul», cuando aparecía el culo.

En aquellas jornadas del FAD conocimos también a Ferrán García Sevilla, uno de los más atrevidos en sus «propuestas» conceptuales. Recuerdo tres: una fotografía de su novia (o eso se decía, aunque no se le veía la cara y nadie podía asegurarlo) desnuda,

al modo de *La Venus del espejo* de Velázquez, pero sin espejo y con indicios de estar desmayada o incluso muerta, puesto que yacía con una jeringuilla al lado.

Otra «propuesta» —entonces empezó a usarse masivamente ese viceconcepto, hoy generalizado— de García Sevilla, esta de género antiteológico, fue una suerte de exposición de biblias, preferiblemente antiguas o, en su defecto, viejas, compradas en el Rastro barcelonés, Los Encantes, y expuestas a modo de cuadros tras ser atornilladas, una a una. Yo lo veía como una desautorización radical de los Gedeones, sembradores de biblias en las mesillas de noche de cualquier hotel, fonda o pensión norteamericana, excepción hecha de los moteles por horas, que el ahorro siempre ha sido gran virtud.

Pero la idea de Ferrán que más nos gustó fue la de asar pesetas en una plancha como las que se usaban para hacer hamburguesas y perritos calientes en cualquier bar. Era, decíamos con algazara, la conceptualización del «caganer», figurilla que constituye la aportación catalana más sorprendente al Belén y que fascina a cuantos frecuentan la obra de Freud, singularmente la referida al dinero y a su privilegiada función simbólica en *El carácter y el erotismo anal*. Poco tiempo después, García Sevilla, acaso en parte por influencia nuestra, abandonó el arte conceptual y se pasó a la pintura, al cuadro clásico, donde hace cosas excelentes.

Más mérito tuvo la reconversión de Carles Santos, que, tras un año de discusión sobre la especificidad del arte de vanguardia, volvió a la disciplina pianística, nada menos que seis u ocho horas diarias, sólo para recuperar la forma. Lo consiguió, pero en el virtuoso trance perdió a su novia Dorothée o se perdió él, que siempre tenía novias guapísimas. Armanda, la que más.

Yo guardo imborrable afecto a la pareja Santos-Selz tras la generosa invitación a pasar unos días en su preciosa casa parisina en la Place d'Italie, y jamás olvidaré la última «performance» de Dorothée, cuyo arte se centraba por entonces en jugar con el color de los alimentos. Fue una cena-happening a la que estábamos invitados

los intelectuales y artistas del Instituto Alemán y tuvo lugar en una discoteca de las afueras de Barcelona, cerca de Mataró. La discoteca estaba solamente iluminada con la entonces popularísima luz negra, que únicamente permite ver el blanco, ya sea en la ropa o en los dientes, y, con la frecuencia adecuada, aparecían también los colores fosforescentes con los que había teñido Dorothée sus distintos alimentos, arroces y piezas de orden vegetal que resultaban más fáciles de teñir en el proceso de hervirlas.

Sonó música de Carles compuesta o recuperada para la ocasión, y luego desembocamos en éxitos discotequeros de la época. Pero lo pasmoso era el espectáculo que nos ofrecíamos a nosotros mismos viéndonos comer en colores, todos reducidos a blancos dientes, blanquísimos ojos de negro haitiano y algunas prendas albas que parecían vivir por su cuenta. Era un baile de máscaras tan excitante como suelen o solían serlo antaño, que empezó a desmadrarse cuando de los arroces pasamos al cava, igualmente teñido de colores fosforescentes, y al bailoteo frenético. Todo ello acompañado de bebistrajos psicodélicos color aguamarina, nazareno, pistacho, antracita o limón. Fue una invitación carnavalesca a la antropofagia simbólica y a la escatología cromática, una de tantas noches inolvidables en aquella Barcelona setentera en la que todos los días parecían de fiesta.

«CADUQUÉS», LA FLEBITIS Y EL HORNO ZARAGOZANO

En aquel verano no parecía que nadie tuviera ganas de irse a casa. Iban llegando familiares y amigos, sin mucho que hacer, y acabamos por organizar unas pequeñas vacaciones en la Costa Brava, exactamente en Cadaqués. Éramos muchos y no teníamos dinero. Desde el principio, todo fue mal, no había forma de disfrutar de ningún pueblo, pensión, campo ni playa. Ni siquiera de Cadaqués. Cuando llevábamos varias horas sin encontrar dónde quedarnos, a mi hermano Julio, recién llegado de Italia, se le ocurrió rebautizar al precioso pero intransitable lugar como «Caduqués» y, tras reírnos un

rato de nosotros mismos, decidimos volver a Barcelona. Allí, hasta el calor húmedo e insoportable resultaba acogedor. O nos lo parecía. Y además, la cercanía de los quioscos de prensa facilitaba la impresión de seguir más de cerca los acontecimientos políticos.

Y es que en julio se le declaró a Franco una flebitis que le llevó a transferir formalmente «sus poderes» al Príncipe, como si los poderes derivados de haber ganado una guerra civil y mantener una dictadura de cuatro décadas pudieran transferirse sin demasiados problemas, como unos derechos de propiedad o, al menos, hipotecarios. Sin embargo, cuando se produjo aquella primera crisis del Régimen, la frase propagandística «después de Franco, las instituciones» pareció hacerse realidad. Racionalmente, no cabía prever la semieternidad de Franco ni la perennidad atemporal del Régimen, pero, de forma irracional, las temíamos.

Todo se aceleró de una forma que hoy, y entonces, nos parece milagrosa, pero por lo pacífica. Dentro del Régimen, la tensión era máxima en los sectores militares, que tras la Revolución en Portugal se veían más presionados que nunca, como mínimo desde el final de la II Guerra Mundial. La figura militar más «liberal» y respetada en los cuarteles era el teniente general Díez-Alegría, jefe de Estado Mayor, destituido en junio pese a la prudencia de no abrir una floristería con el aluvión de claveles que recibía en casa. Otros eran menos cautos, más astutos o más afortunados: la película de Saura *La prima Angélica*, un plomazo salvo cuando salía Lina Canalejas, se convirtió ese mismo mes en un éxito comercial inimaginable en cualquier Saura, anterior o posterior, desde *La caza* a *Deprisa, deprisa*, por citar las mejores.

Las razones del fenómeno fueron dos: una imagen y una reacción. La imagen era la de un falangista con camisa azul mahón, el brazo enyesado recto, hacia arriba, como si le hubieran escayolado el saludo romano y mussoliniano, copiado por la Falange y heredado por el Movimiento o partido único franquista.

Médicamente hablando, la pose no era verosímil; plásticamente, resultaba irresistible, por la debilidad política que de forma satírica

mostraba. Y esa debilidad se demostró por la reacción de grupos de extrema derecha que atacaron dos o tres de los cines en que se estrenaba. Naturalmente, cuando se estrenó en cincuenta no pudieron atacar ninguno y más de un millón de espectadores, que entonces suponían menos que ahora porque el cine español suscitaba menos aversión y llenaba las salas, pero aun así eran muchos, fueron a verla.

A mí, aparte de las rodillas de Lina Canalejas, me gustaron sobre todo las dos canciones del verano del 36 que rescataba Saura, siempre melómano acertado, «Carioca» y «Rocío». En la primera, una niña tan precoz como suelen serlo le cantaba a un niño viejo tan pasmado como López Vázquez en esas películas de Saura: «Carioca / no me seas esquiva…». Y encima, le bailoteaba. Más poder evocador tenía «Rocío», la única que, con «Mi jaca», sobrevivió al verano del 36 y que sonaba completa al final, en los títulos de crédito:

Rocío, ay, mi Rocío,
manojito de claveles,
capullito florecío,
de pensar en tus quereres
voy a perder el sentío,
porque te quiero, mi vida,
como nadie te ha querío,
Rocío, ay, mi Rocío.

LA JUNTA DEMOCRÁTICA Y EL CALUROSO FINAL DE BANDERA ROJA

Pero ni la tromboflebitis de Franco ni la fasciescayola de *La prima Angélica* afectaron tanto al antifranquismo militante como la aparición, apenas desatada la crisis trombomédica del Régimen, de la Junta Democrática de España, a finales de julio. El bautizo tuvo lugar ante la prensa en París, y los padrinos de la criatura fueron Santiago Carrillo por el PCE y Calvo Serer, editor del diario *Madrid*,

por la derecha rupturista. También aparecía en la foto otro ex-opus, José Vidal Beneyto, que por entonces era todavía menos que Calvo Serer, pero representaba lo mismo: una derecha de ascendencia integrista dispuesta a reconocer el liderazgo del PCE en la Transición. A la Junta se sumaron varios partidos socialistas regionales y algunos nacionales, como el PSP de Tierno, pero no el PSOE, que acabó creando la Plataforma Democrática como alternativa a la Junta y a la dirección política de la democratización por parte del PCE.

Al comprobar en los meses siguientes que el Régimen no caía por la enfermedad de Franco, que no se iba a desmoronar como la monarquía de Alfonso XIII ni como el salazarismo portugués, sino que mostraba una indiscutible fortaleza, política, policial y militar, se hizo evidente que el aislamiento ya no podía ser el arma para cambiar el Régimen. Los nuevos tiempos, con toda su incertidumbre, y la nueva y aceleradísima política de alianzas obligaban a la izquierda radical a elegir entre atrincherarse y reorganizarse.

Naturalmente, la primera reacción en todos los grupos fue de atrincheramiento, forma elemental del instinto más primitivo, que es el de supervivencia. La OCE (BR) quiso aprovechar el verano para ampliar su organización donde pudiera. Y como en Zaragoza no tenían a nadie, envió a una pareja, pero tan clandestinamente que sólo nos enteramos de su existencia después de que se hubieran instalado en algún «piso franco», o sea, seguro.

Nosotros, es decir, Javier Rubio y yo, nos esforzamos en ampliar la organización zaragozana incorporando a nuestros amigos Marián y José Miguel Alcrudo, de la librería Pórtico; Luis Ballabriga y Juanjo Vázquez, del cineclub Saracosta; y no sé si Pedro, el hermano de Javier. Entonces, en un mes de agosto más africano que europeo, nos pusimos en contacto con los «liberados» de la Organización, para a su vez ponerlos en contacto con los camaradas de la nueva célula. La tarde en que Javier y yo fuimos a ver a los camaradas ocultos para ponerles al tanto de las novedades era de un calor sofocante, acrecido por la humedad que el Huerva y el Ebro proporcionan a Zaragoza en

todas las estaciones. Javier aún no había terminado del todo el servicio militar, así que fuimos y volvimos en taxi; más de uno, supongo, por extremar las medidas de seguridad.

Los dos liberados de la OCE (BR) vivían en un minúsculo piso del extrarradio zaragozano. Él era un hombre grandón, sobre los treinta años, y ella, una chica pequeñita que no pasaría de veinticinco. El mobiliario apenas existía, por lo poco que vimos, y su único lujo revolucionario era una «vietnamita», es decir, una especie de imprenta con una base de madera donde se colocaba el texto mecanografiado en vacío y sobre el que se colocaba otra plancha con una tela de seda para entintarlo y obtener así manualmente, una a una, las copias posibles. La reunión fue breve, como es lógico, y sólo bebimos agua, como también era lógico, aunque temerario en Zaragoza y en agosto. La escena era de una tristeza sólo matizada por el peligro y las prisas. Para entonces, Javier y yo veíamos probable que todo ese esfuerzo de expansión de Bandera Roja resultase baldío, y que en pocos meses la organización debiera decirles a aquellos dos náufragos en el secarral zaragozano que la muerte de Franco, la crisis del Régimen, las alianzas antifranquistas, la represión u otra catástrofe obligaba a la OCE (BR) a un «repliegue táctico», es decir, a desmovilizarse o entrar en el PCE, si es que ellos no lo habían hecho ya por su cuenta.

Al volver, en un taxi con las ventanas inútilmente abiertas porque no corría un átomo de aire, yo pensaba en la inevitable historia de amor, sexo y melancolía que esa pareja viviría durante esos meses de clandestinidad. Recordé *La madre*, de Gorki, que quizás es la novela que a más gente le ha llevado a hacerse comunista, y la *Crónica de los pobres amantes*, de Pratolini, que ellos actualizaban involuntaria y románticamente, al estilo de Godard. En la plaza de Paraíso, casi anochecido, el calor parecía aumentar por minutos. Al bajar, le pregunté al taxista cuánto marcaba su termómetro. «Cuarenta y dos grados», dijo. Habría jurado que eran cuarenta y cuatro.

UNA REVISTA EN LA UNIVERSIDAD

Al empezar el curso 1974-1975 empecé a ir a la Universidad. Había varias razones: la esencial era que, para facilitar la movilización de los alumnos en las previsibles batallas entre la Junta y el Régimen, por primera vez en dos años la Facultad no estaba en huelga, sino abierta y dispuesta para las clases. La segunda, que Jesús Sainz, viejo amigo de los tiempos de Zaragoza, vino a proponerme la entrada y posible dirección de una revista política y literaria que había empezado a editarse en la Facultad de Filología Romano-Hispánica. Tenía un nombre curioso: *qwert poiuy*, las primeras diez letras que se aprende a escribir a máquina, y estaba compuesta por un grupo de estudiantes de nuestro curso, penúltimo o último ya de la especialidad.

La revista, una vez asumida o asaltada la dirección, sacó un número 5 a finales del 74 que no estaba ni bien ni mal. Aseado y de transición, como queríamos, y con la única novedad de publicar quizás la primera ficción de Alberto Cardín, si no lo primero con su firma. Es de lo único que puedo presumir, de obligarlo a publicar, que era lo que quería pero no se atrevía a hacer. Cuando lo conocí, basaba su discurso en dos referencias: la destrucción de una tesis de licenciatura sobre la homosexualidad de los indios de las praderas y su decisión de no publicar nada. Yo no sé si llegó a existir aquella tesis, al menos terminada, pero vi que el suyo era un caso de vulnerabilidad y orgullo, así que no le hice caso, que era la mejor forma de hacérselo, y a los pocos meses estaba escribiendo y publicando sin parar en nuestra revista.

A cambio, quedó tácitamente claro desde ese comienzo, aunque nunca llegara a explicitarse, que, dentro de una relación de cuidadosa igualdad y educadísima distancia —él siempre me trató de usted, como a todos, y yo siempre a él de tú, también como a todos— el liderazgo en materia política y literaria me correspondía a mí; el filosófico y académico, a él. Pero lo importante en nuestra relación no era lo tácito, sino lo explícito. Yo nunca había tenido un

interlocutor intelectual tan brillante como Alberto, cuyos gustos eran además similares a los míos en lo referente a las canciones «pop», al consumo masivo de periódicos y revistas rojas, rosas, verdes o amarillas, y la afición al cine. Sus lagunas formativas —éramos autodidactas forzosos ambos en muchas materias, de las que se estudian y de las que no— eran, si no idénticas, bastante complementarias de las mías. En cambio, a la hora del ligoteo, pese a la promiscuidad de la época, siempre nos separábamos. Yo me sentía muy a gusto en el ambiente gay, salvo en lo referido al sexo, así que cuando María le cogió gran cariño a Alberto —a diferencia de mí, lo mantuvieron siempre— nuestra relación se hizo perfecta. Éramos una pareja rara. Íbamos juntos casi a todas partes, pero entre nosotros siempre hubo una distancia profunda, tersa, impecable.

Del que años después sí decía que estaba enamorado o encaprichado Alberto (aunque su amado tampoco quiso pasar nunca de una amistosa admiración) era de un amigo común llamado Álex, un tipo extraordinario, a quien conocimos a través de la Filmoteca. El contacto fue Jesús Garay, a través de un amigo de Álex llamado Burgas, que venía un par de días a la semana de Gerona y que también quería ser director de cine.

Alex estudiaba Derecho, pero, como a nosotros, le interesaban la filosofía, el cine y el psicoanálisis. Sabía muchísimo de cine y de psicoanálisis, tenía un talento de primer orden, una gran memoria y una portentosa capacidad de trabajo. Cabía reprocharle un respeto excesivo por el talento ajeno, pero con dos que pecábamos de lo contrario el conflicto era imposible. Al poco, nos veíamos a diario, en la Filmo o en la Universidad. A veces dejábamos de verlo varios días y pensábamos que estaría enfermo perdido, pero siempre volvía, generalmente con algún libro o alguna revista de regalo. Cuando lo conocimos mejor, vimos que, por decirlo brevemente, «era así». Y es que Álex, en efecto, era así.

Álex tenía una hermana azafata de Iberia, muy guapa, que lo adoraba. Lo que necesitara se lo conseguía o, al menos, se lo facilitaba. Y así fue, por la generosidad de ambos, como conseguimos

fondos para sacar un número especial de la *Revista de Literatura*, el 6/7, dedicado al freudomarxismo. Lo escribimos los tres: yo firmaba la primera parte; Álex, la segunda, la más larga, expositiva y académicamente impecable; y Alberto, la tercera, en un estilo polémico y peleón, más parecido al mío. La portada nos la hizo Gonzalo Tena y era la foto célebre del abrazo de Greta Garbo y John Gilbert que, con una única palabra debajo, «Freudomarxismo», significaba el encuentro imposible de dos sexos, de dos goces o de dos teorías que podían abrazarse pero no confundirse.

En realidad, era una crítica a la tendencia vigente en Francia de amalgamar a Marx y Freud. A veces se hacía en clave filosófica o estética, así Deleuze, Guattari o Lyotard; otras veces, en clave política de extrema izquierda, reivindicando la figura de Wilhem Reich y su Sex-Pol de los años treinta, cuando frente a la mojigatería obrerista de entonces, que consideraba el sexo y sus variantes casi como un vicio burgués, defendió entre los comunistas alemanes y austríacos, sin mucho éxito, que la comprensión de la sexualidad que Freud había hecho posible debía acompañar forzosamente a la revolución social de Marx.

Dos libros de Reich se leían entonces mucho: *La revolución sexual*, en edición de Ruedo Ibérico, y *La función del orgasmo*, en traducción argentina. En cambio, otro, bastante mejor, se leía muy poco: *Materialismo dialéctico y psicoanálisis* (Siglo XXI). Nosotros tres adorábamos el psicoanálisis y apreciábamos el marxismo, pero detestábamos la idea de mezclarlos. El resultado sólo podía ser —decíamos— la desnaturalización de lo que de valioso tuvieran las dos teorías revolucionarias y su conversión en una papilla teórica para universitarios progres. Lo que me asombra hoy es la virtud taumatúrgica que concedíamos al debate en sí mismo y la nula atención que prestábamos al hecho de que a la gente no le gusta debatir y prefiere asegurarse de lo que tiene que hacer, decir, y, por ende, ser. Para nosotros, en cambio, debatir era existir; y escribir, ser.

ÓSCAR MASOTTA Y EL PSICOANÁLISIS EN SERIO

Por aquel entonces ya habíamos establecido contacto con Óscar Masotta, introductor de Lacan y el lacanismo en lengua española, un argentino que huyendo del golpismo militar —aunque sin cuentas pendientes graves por militancia política— se había instalado temporalmente en Londres antes de desembarcar en España, aún no sabía dónde. Aquí no podía encontrarse su primer libro, *Sexo y traición en Roberto Arlt* (1965), y tampoco *El pop art* (1967) y *Happenings* (1967), de Eliseo Verón y otros, coordinado por él. Pero sí otros. El primero, *Conciencia y estructura* (1980): ensayos divulgativos, con un ramalazo académico. Pero los que realmente lo hacían atractivo, en lo personal y lo teórico, eran el dedicado al cómic *La historieta en el mundo moderno* (1970) y la *Introducción a la lectura de Jacques Lacan* (también de 1970, y recién reeditada en 1974). ¡Todo un teórico lacaniano que se sabía a Freud, hablaba español y además se interesaba por el arte moderno! ¡Qué más podíamos pedir!

La presencia de Masotta en Barcelona la detectó, naturalmente, Álex. A algunos nos sonaba Masotta por el libro de los cómics, pero Álex era el único que se había leído todos sus libros. Recuerdo que me contó emocionado su encuentro con Masotta un día soleado, en la acera de la Universidad, poco antes de mediodía. Sería en la primavera del 75, y, desde ese momento, Álex se empeñó en la tarea de convencerlo de que se viniera a vivir a Barcelona, donde el mismo Masotta quedó gratamente sorprendido de tener lectores españoles tan jóvenes y bien predispuestos. Lo había traído el que iba a ser su secretario y amigo Marcelo Ramírez Puig, ya instalado en Barcelona, pero creo que fuimos Álex, Alberto y yo los que le dimos el empujón definitivo. A cambio, él nos lo dio a nosotros para el estudio sistemático de la obra de Freud, lo cual siendo «una suerte», como siempre decía Alberto, no dejó de ser una desgracia, porque, a punto de abandonar la jerga marxista-estructuralista, nos sumergimos de nuevo en otra jerga aún más abstrusa: la psicoanalítica lacaniana.

Desde entonces, los dos años de *Revista de Literatura* y los tres siguientes de *Diwan*, más los dos o tres números de *Trama* (0 y 1/2) y los no pocos artículos, catálogos, recensiones y otros frutos de sartén de imprenta que por esos años cocinamos y servimos, chisporrotearon siempre en el aceite de la Casa Freud, con la perfumada aspersión añadida de Eau de Lacan. Aceite y agua, especialmente de colonia, garantizan muy feas quemaduras. Pero aquéllas lo fueron más en la prosa que en la vida.

A la vuelta del verano, Massotta empezó a dar sus cursos de psicoanálisis en un estudio del pintor Guinovart que le prestó su mujer, la psicóloga y sexóloga Magda Bosch, a quien conocería un año más tarde en circunstancias muy curiosas: en Pekín. Todos estudiamos con Masotta. Bueno, casi todos. Algún pintor se quedó al margen y no pocos amigos filmotequeros rehuyeron el envite, generalmente porque era caro. En fin, aquel invierno del 75 fue el origen real del psicoanálisis lacaniano en España, lo cual no es, en sí, ni bueno ni malo. Sin embargo, apenas cinco años después, tras fundar la Biblioteca Freudiana, yo había abandonado el psicoanálisis, Masotta había muerto y nuestra Barcelona también. En aquella primavera del 75 todo parecía por nacer.

ADIÓS A BANDERA ROJA, A FRANCO Y A MUCHAS COSAS MÁS

Desde la vuelta del verano del 74, y aunque Franco reasumiera los poderes delegados en el Príncipe, la fundación de la Junta Democrática siguió desequilibrando la débil estructura del antifranquismo militante. El hecho de que Juan Carlos no pudiera asentarse en la Jefatura del Estado —con Franco respaldándole, pero en segundo plano— ilustraba el destino de un régimen ligado inexorablemente a la vida de su fundador, pero también demostraba que el franquismo tenía un comportamiento imprevisible.

En ese sentido, el análisis del PCE, fuera sincero o fingido, nos parecía el más razonable. La fórmula del PCI para Italia, alumbrada tras el fracaso chileno, era la de una lenta y larga marcha hacia el

socialismo pero dentro de la Europa atlántica, capitalista y liberal. Incluso protegidos de la URSS por la OTAN.

Lo que se llamó «Eurocomunismo», que ni Carrillo ni Marchais entendieron nunca pero que tenía en las expectativas de poder de Berlinguer su mejor y casi único argumento, se basaba en una valoración mayor de la Libertad y en un análisis realista de la fuerza de la izquierda en Europa. Y si en Italia los comunistas, con un tercio cumplido de los votos, no eran capaces de imponer el socialismo, ¿qué podía decirse de España, una dictadura política berroqueña y con una prosperidad económica inimaginable sólo veinte años atrás? Sin el atajo militar portugués, que evidentemente no estaba en el horizonte, sólo cabía una lenta y cautelosa evolución. La masacre perpetrada en octubre por la ETA en la cafetería Rolando de Madrid, aunque tuviera la complicidad de algunos militantes del PCE, sólo mostró la falta absoluta en cierta izquierda de una estrategia que no fuera sangrienta y también la imperiosa necesidad para la izquierda reformista de distanciarse de ella radicalmente.

Aunque el proceso fue tranquilo y sin ferocidades, pronto se fraguó una nueva escisión en la OCE Bandera Roja, y siguiendo los pasos de sus fundadores Comín, Borja y Solé Tura, para reintegrarse al PSUC, entonces inseparable e indistinguible del PCE.

Otra vez el Partido volvía a ser El Partido, pero ni nosotros en general ni yo en particular éramos ya los «compañeros de viaje» radicales de Zaragoza ni los maoístas de Barcelona a la moda de París. Un año de dura experiencia en la clandestinidad, la constatación de que la teogonía rojísima no servía para entender y menos aún para transformar la realidad española, terca como una mula, y, sobre todo, la creciente convicción de que los disidentes soviéticos eran la única certidumbre moral dentro del socialismo nos habían ido cambiando poco a poco pero a fondo.

Lo más lógico hubiera sido salirnos de Bandera Roja, sin más, pero la situación nacional nos imponía una especie de deber cívico y político, que era el de no desconectar orgánicamente con el antifranquismo realmente existente, ya que estábamos convencidos

de que la Dictadura, por sí sola, no podría evolucionar hacia la democracia. Llegamos a la conclusión de que mientras en España no hubiera democracia, debíamos estar ligados al PCE, que apostaba claramente por ella, sin aventurerismo ni terrorismo.

Pero lo que no había conseguido el Régimen con su represión estuvo a punto de conseguirlo el PSUC con su mezquindad: disolvernos. Como responsable del sector de profesionales e intelectuales (poco más de una docena, entre pintores, escritores, actores y filósofos), me tocó negociar con Jordi Borja la vuelta de los militantes de BR al PSUC, porque el Partido, astutamente, dejó en manos de los primeros en volver la criba de los últimos en regresar. Y, por supuesto, la voluntad de los ya colocados o recolocados en el PSUC a cuenta de Bandera Roja era que, en esta segunda oleada, no pasase nadie con entidad. Militantes, sí. Dirigentes, salvo sindicales o municipales, no.

En realidad, el único encargo de mi «sector» era el de cuidar de la autonomía política del filósofo Lluís Crespo, que con Josep Ramoneda había publicado pocos años antes una pulcra introducción a Althusser y con el que, ya integrados en BR, habíamos colaborado muy estrechamente en la creación de la editorial Avance. Broto diseñó las colecciones, austeras pero finas, y en ellas, junto a una historia del marxismo de lo más solvente, se alternaron mamotretos voluminosísimos, como *La formación del concepto de «reflejo» en el siglo* XVIII, de Georges Canguilhem, otros de presunta garra comercial, como *«Simplemente María» y su repercusión en las clases trabajadoras*. El autor de este ensayo era Manuel J. Campo, que así firmaba entonces Manuel Campo Vidal, futura estrella de la televisión oficial desde el felipismo a todos los gubernamentalismos pero entonces sólo psico-sociólogo radical de fenómenos tan resbaladizos como el de las radionovelas.

Si bien la voluntad de la editorial era excelente y el trato de Crespo con autores y colaboradores irreprochable, la suerte no sonrió a la empresa, que en un par de años tuvo que cerrar. Pero en el momento de mi «negociación» con Borja aún existía y, por tanto,

yo tenía esa baza para asegurar cierta autonomía ideológica, en coordinación con el PSUC, para el bueno de Crespo, aunque yo no tenía ni idea de en qué podía consistir ni Borja tenía ningún interés en concederla.

Nos tiramos en el Moka tres horas de tira y afloja, té con limón tras té con limón, y, al final, no llegamos a ningún acuerdo. Al único que no le sorprendió esa táctica obstruccionista fue al propio Lluís Crespo, que me agradeció el esfuerzo. Al resto le dije que cada cual hiciera lo que le diera la gana, pero que, eso sí, se mantuviera lo más lejos posible de Jordi Borja, menudo elemento.

MADRID EN EL HORIZONTE Y UNA LENTA DISOLUCIÓN

En esa primavera del 75, Juan Manuel Bonet invitó a exponer en la galería Buades de Madrid, dentro de la muestra «10 abstractos», a Broto y Gonzalo Tena, junto a otros dos pintores que compartían, al menos en apariencia, la apuesta estética de la «pintura-pintura»: el valenciano Jordi Teixidor y el vallisoletano afincado en París —y en los postulados pleynetianos— Carlos León. En Barcelona, la polémica del arte conceptual contra los que defendíamos la especificidad de la pintura empezaba a tomar un sesgo en apariencia favorable a los artistas conceptuales. Sin embargo, el hecho de tener que polemizar con nosotros, que sólo dos años antes ni siquiera existíamos, anunciaba su derrota. Aquellos «cosmonautas» del Instituto Alemán habían quebrado la legitimidad izquierdista del conceptualismo artístico de la única manera posible: negándola. Y además, pintando y pintando bien. Las ideas de la «pintura-pintura» eran esquemáticas como medio, pero abocaban a un fin fructífero, que era acabar con el cortocircuito de lo conceptual y volver al cuadro, al color, al gesto, al impulso creador, al hecho mismo de pintar.

Además de ampliar su presencia y sus contactos en toda España —a Teixidor y León se había unido José Luis Lasala en Zaragoza—, nuestros pintores (no diré «nosotros», porque de un modo casi imperceptible ya había empezado a deshacerse lentamente la

identificación total de ellos conmigo y la mía con ellos) empezaban a tener cada vez más aliados. Los más importantes fueron dos: Tàpies, en Barcelona, y el grupo de la galería Buades, en Madrid. Roto el aislamiento, admitida la virtualidad de su discurso, reconocidos al menos como elementos significativos del paisaje estético español, a mis amigos —y en cierto modo a mí— se nos planteaba un solo problema que era el de crecer sin desvirtuarse, es decir, ampliarse en lo político sin dispersarse en lo estético.

Obraba en nuestro favor la rígida teoría marxista-freudiana-estructuralista de *Tel Quel*. En contra, la utilización de la pintura como ariete contra el arte conceptual por parte de Tàpies y otras *patums* o figurones de la izquierda nacionalista catalana. También, la competencia de unos pintores muy notables en Madrid, figurativos algunos, abstractos otros, que disponían casi de las mismas referencias teóricas que nosotros y algunos de los cuales también militaban en la extrema izquierda. Juan Manuel Bonet y Francisco Rivas, los teóricos de Buades, y creo que también el pintor Pancho Ortuño pertenecían a Acción Comunista, partidito que no existía en Barcelona y casi tampoco en Madrid, en realidad, un grupo antisistema radical, más cerca del situacionismo post-Mayo del 68 que del marxismo-leninismo-maoísmo, pero que había obligado a sus escasos militantes a un trabajo de lecturas tan serio y concienzudo como el nuestro. En rigor, eran los primeros interlocutores de nuestra generación que teníamos, pero también ocupaban un espacio que creíamos exclusivo. Éramos tan jóvenes y tan fieras que simplemente peleábamos por un territorio. Pero esa llamada de Madrid para exponer, si bien alimentó las paranoias habituales sobre el control, división o anulación del grupo desde instancias «exteriores», supuso una satisfacción indiscutible y una profunda emoción. Era el «reconocimiento» al que aspiran todos los creadores, y por fin se hacía explícito.

Curiosamente, el encuentro o tropiezo en Madrid con Bonet y Rivas frenó mi amistoso distanciamiento del grupo de pintores. Yo estaba cada vez más unido a Alberto y Álex, y empeñado en sacar

adelante la *Revista de Literatura* y el estudio del psicoanálisis con Masotta. Pero la aparición de los dos teóricos madrileños impuso a Javier Rubio una cierta cooptación del grupo filmotequero, literario y universitario, el nuestro.

En lo que nosotros les llevábamos ventaja a los medios era en la formación filosófica y psicoanalítica, así que de alguna manera se imponía reforzar el grupo y, en nuestro estilo y el suyo, resistir atacando. Si hubiéramos vivido en Madrid o ellos en Barcelona, en dos meses habría sucedido como con los conceptuales del Instituto Alemán y el PSUC, que pronto se convirtieron en nuestros amigos. La escasa comunicación entre las dos primeras ciudades españolas (ese mismo año 75 comenzó a volar el «Aragón» de Iberia que inauguró el Puente Aéreo Madrid-Barcelona) alargó los dos meses a dos años. Con mejores comunicaciones, físicas e intelectuales, nuestra vida hubiera cambiado radicalmente y mucho antes. Pero Barcelona era nuestro destino, venturoso y fatal. Creíamos debérselo todo a aquella ciudad, y todo cuanto pudiéramos devolverle nos parecía poco. Fue demasiado.

LIBROS GRATIS Y CASA EN LA CALLE ARAGÓN

Aparte de la sorprendente inauguración madrileña, un encuentro y una decisión marcaron aquella primavera. Por mediación de Jordi, en realidad por la de un amigo suyo de Económicas llamado Ángel, conocimos a un cubano riquísimo llamado Pedro Abreu. No es que, dada nuestra pobreza, todos nos parecieran ricos, es que realmente lo era. También un tipo que apreciaba por encima de casi todas las cosas el chisporroteo verbal y el ingenio de las tertulias.

Fuimos entrando poco a poco en su entorno, que era disparatado y fascinante. Tenía dos clubes de remo, en Sevilla y en Bañolas, que eran los mejores de España y que no sólo coleccionaban medallas nacionales, sino que aspiraban a las olímpicas. En ellos, un centenar de jóvenes físicamente superdotados, entre los quince y los

veinte años, entrenaban y, a la vez, estudiaban una carrera, que sufragaba Abreu en su totalidad.

Por supuesto, semejante androceo, que parecía salido de una fantasía gay, suscitó en Alberto una frenética curiosidad, que tardamos algún tiempo en satisfacer. Pero antes, El Cubano, como solíamos llamarlo cuando no estaba delante y entonces era sólo Pedro, nos hizo a María y a mí, que habíamos decidido irnos a vivir juntos, un regalo impagable, aunque obviamente pagado, que fueron sendas cuentas abiertas en la Casa del Libro y Leteradura, la librería clásica y la moderna de la Barcelona setentera, para comprar cuantos libros quisiéramos, sin más obligación que la de leerlos y aprovecharlos. A diferencia de María, yo nunca he sido frecuentador de bibliotecas. Y aquella posibilidad de no tener que arruinarme comprando libros o de meterme en algún lío robándolos, me produjo más satisfacción que si me hubiera tocado la lotería, a la que, por cierto, no jugaba.

María y yo buscábamos estar juntos. Y así lo hicimos; pero, como dicen que hacen el amor los erizos: con muchísimo cuidado. Ninguno de los dos quería imponer nada al otro; ninguno quería renunciar a su libertad, ninguno quería comprometer o comprometerse de forma, por así decirlo, irreversible. Así que buscamos una casa no muy lejos de la Universidad, donde pudiéramos vivir juntos pero no revueltos, cada uno en su espacio, compuesto por un dormitorio y un estudio, con baño y cocina compartidos. Y tuvimos la suerte de encontrar un cuarto piso (que era un quinto) en la calle Aragón, entre Urgel y Conde Borrell. Lo cogimos en julio y pasamos todo el verano pintándolo y reformándolo un poco, tan poco que toda la obra consistió en convertir un trastero en mínimo comedor anejo a la cocina tras eliminar el clásico tabique que no se podía quitar sin permiso.

Si pienso en ese verano del 75, me veo encaramado a una escalera y pintando de blanco lo que había de ser mi despacho y sala de estar de la casa. Esa de la pintura de la casa de Aragón es una de las imágenes que siempre recuerdo de los años de Barcelona: por la

luz, por la compañía de los que venían a echarnos una mano, entre ellos mi hermano, por lo trabajoso y entretenido de la tarea y, claro está, por las canciones de aquel verano, que sonaban interminablemente en un feroche transistor.

La canción que más se oía en el ferragosto barcelonés era «Melina», de Camilo Sexto o Sesto, que vivía su mejor momento encadenando números uno cada seis meses y abarrotando el teatro madrileño donde interpretaba a Jesús en *Jesucristo Superstar*, con Ángela Carrasco en el papel de María Magdalena y Teddy Bautista como Judas, claro, sustituido luego por Pedro Ruy Blas.

«Melina» estaba dedicada a Melina Mercouri, ministra progre de cultura en el Gobierno derechista griego que sucedió a la Junta de los Coroneles. Y así la cantaba Camilo:

Mujer, tú naciste para querer.
Has luchado por volver
A tu tierra y con tu gente.
Has vuelto, Melina,
Alza tus manos hacia Dios,
que Él escuche tu voz,
laralá layralá.
Has vuelto, Melina.
En tus ojos brilla el dolor
y en tu alma el amor,
larará layralá...

Cuando llegaba el estribillo, el laralaylaralá, si estábamos pintando mi hermano y yo, por ejemplo, lo coreábamos con entusiasmo mientras le dábamos a la brocha, con más voluntad que acierto. Fue el primer verano de la década sin un éxito de Fórmula V, ni de Los Diablos, ni de Peret, ni siquiera de Tony Ronald. Pero el incombustible y por ende inhumano Georgie Dann nos obsequió con una de sus más atroces creaciones: «El Bimbó», cuya irritante cadencia ameritaba y prestigiaba muchísimo a Camilo y a Melina. A modo de tregua estética, solía sonar entre ambas el persistente éxito

de Paco de Lucía «Entre dos aguas», título adecuadísimo para aquellos confusos tiempos de la Transición. Y cuando no era Paco de Lucía, era Manolo Sanlúcar, con su «Caballo negro». O José Luis Perales, con «Y tú te vas». O Cecilia, ah, Cecilia, con «Mi querida España» y «Un ramito de violetas», que era canción más de otoño e invierno que de primavera y verano.

Camilo triunfaba además con «¿Quieres ser mi amante?», Mocedades con «Secretaria» y Lolita con «Amor, amor». A Lolita me la encontré un día, falda larga, cintura breve y atractivo brutal, nada menos que con Serrat, en el bar Nuria de las Ramblas. ¿Era sólo un romance mediterráneo, nacido acaso de la atracción de los contrarios? El padre de Lolita, Antonio *el Pescaílla*, creador de la rumba, era catalán y aquello parecía la prueba inequívoca de la capacidad de diálogo del *seny* y la rumba, la *cançó* y el lerele, el felicísimo apaño de las dos Españas que iban, o queríamos que fueran, camino de la tercera.

Y última.

6

1975-1977. LA MUERTE DE FRANCO Y EL CAMBIO DE CASI TODO

Franco empezó a morirse políticamente un año antes de su muerte física, cuando delegó sus poderes en el entonces Príncipe de España, extraña titulación que el heredero legítimo de la dinastía, Don Juan, consideró públicamente una «instauración» de Franco, ilegítima y sin ningún efecto dinástico o sucesorio en la monarquía española. Por supuesto, esa guerra de coronas entre padre e hijo permitía a la Junta Democrática, es decir, al PCE y algunos monárquicos juanistas adheridos, jugar con la hipótesis de una Restauración a lo Cánovas, con Juan III como un nuevo Alfonso XII capaz de traer un régimen parlamentario, democrático muy bien visto por Occidente.

Pero ése era sólo uno de tantos castillos en el aire mientras Franco se moría de verdad. Y empezó a hacerlo a finales de octubre, cuando, después de hacerse mucho de rogar, Juan Carlos aceptó provisionalmente por segunda vez la Jefatura del Estado. Antes, se habían producido los cinco fusilamientos de otros tantos terroristas de ETA y el FRAP, en lo que entonces se consideró un error del franquismo en su agonía, pero que probablemente la oposición entendió como lo que era: un mensaje de fuerza por parte del Régimen, en el que, tras esa segunda y definitiva asunción de

poderes, se insertaba ya Juan Carlos como «heredero de Franco a título de Rey». Un mensaje que surtió efecto.

Durante veinte días de noviembre se sucedieron, en un ejercicio de inusitada transparencia informativa en una dictadura, y hasta en una democracia, partes diarios sobre la salud del dictador, firmados por el famosísimo «equipo médico habitual». Fue la lenta agonía de casi todas las certidumbres del pasado y también la incertidumbre agónica sobre el futuro. Fueron veinte jornadas de duelo diferido, de meditada asunción de la noticia, así que cuando en la mañana del día 20, un lloroso Arias Navarro dijo en TVE: «Españoles, Franco ha muerto», nadie se asustó, pero tampoco se tranquilizó. La incógnita se centraba estéticamente en el entierro y políticamente en el futuro del Régimen, que a ratos parecía de granito y a ratos de plastilina. Incluso tras la entrega, mitad prudente, mitad cobarde, del Sahara a Marruecos después de la Marcha Verde, que demostró la soledad internacional del Régimen, nadie se atrevía a romper la cáscara. Sólo había algo tan incierto como el futuro del Régimen: el futuro de la oposición.

Como en nuestra nueva casa de la calle Aragón no teníamos televisión y yo quería vivir en vivo y en directo aquellos días, alquilé el mismo día 20 un pequeño trasto portátil en blanco y negro, el último que quedaba en la tienda, y vi por la noche las largas e impresionantes colas de despedida al dictador y, al día siguiente, por la mañana y desde la cama, el entierro en el Valle de los Caídos, el «descenso al sepulcro» del hombre que de forma tan indeleble había marcado nuestras vidas. Las fotos en color que los semanarios publicaron en esos días —los periódicos eran todos en blanco y negro — constatan una grandeza estética, entre la piedra, la niebla y las nubes revueltas en el cielo frío de Madrid, cuando llega a la abadía del Valle el ataúd con los restos mortales del dictador. Sin embargo, en el blanco y negro de mi pequeña televisión, lo relevante era el entierro de Franco junto a José Antonio, al que nunca quiso, pero junto al que lo querían sus seguidores. La fosa granítica y, sobre todo, la impresionante losa de tonelada y media que la sellaba y que

se insertó en el hueco previsto con precisión milimétrica, parecían diseñadas para la satisfacción metafísica de los antifranquistas.

Lo curioso es que la imagen que guardo del entierro de Franco es justamente la mía viendo el entierro de Franco. *El día que murió Marilyn*, primera novela de Terenci Moix, describía a sus personajes según el dónde y el cómo se enteraron de que había muerto Norma Jean. Era una forma de mitomanía paradójicamente realista en la que la estrella apagada brillaba como nunca gracias a la constelación de pequeñas estrellas cuya luz prestada les daba un primer empujón en la infinita oscuridad del espacio. El día en que murió Franco o, en mi caso, el día en que enterraron a Franco se convirtió en la ocasión de rodar esa película de *El día de la muerte de Franco*, cuyos personajes estrenábamos todos por primera vez. Franco era un espejo azogado que devolvía borrosas nuestras propias imágenes, las de cuantos de una u otra forma nos habíamos definido en infinidad de aspectos a favor o en contra del dictador. Y del único régimen que habíamos conocido.

De alguna forma, aquella mañana de invierno, con la luz difusa de Barcelona entrando por el balcón, sentado en la cama mientras veía cómo despedían la conexión con el Valle de los Caídos, yo pensaba o, para ser precisos, *sentía* que, tras la evidencia de que el dictador había muerto en la cama, rodeado del amor o del temor de los españoles, la gran opción política y la verdadera obligación moral de los antifranquistas era demostrar que se podía hacer una España mejor sin Franco que con él. Hoy, aquella pretensión puede resultar ingenua, pero no era en absoluto original. Estaba en el aire de la época, de aquellos días friolentos de noviembre en que las luces se empeñaban en brillar más que de costumbre, fuera en los funerales interminables de Franco, fuera en la jura del Rey ante las Cortes, fuera en la homilía de Tarancón, fuera en la obsesión de pensar en el futuro sin olvidar el pasado. No en nuestro futuro, sino en el de la nación política a la que pertenecíamos y que debía pertenecernos.

Empecé a leer libros sobre nuestra historia que políticamente nunca antes me había permitido. Y el primero que dejó verdadera

huella en mí fue *España*, de Salvador de Madariaga, acaso la primera vez que leí y entendí el significado profundo de la palabra «nación», al menos de la nación con la que me sentía íntima, lealmente comprometido. Esa nación, acabado el Régimen salido de la Guerra Civil, era, seguía siendo, España.

En las Navidades del 75 sólo se hablaba de política y de futuro, de incertidumbre y de esperanza. Pero con el 76 llegaron los cambios reales en cada vida, en la de los millones de españoles que, improvisadamente, a borbotones, empezaron a cambiar. Pese a lo mucho que repetíamos lo de «atado y bien atado» por el franquismo, lo cierto es que todo en nosotros se desataba, todo favorecía el estreno o la innovación. Como la política oficial no cambiaba, empezó a cambiar la vida cotidiana. Ningún lugar mejor que aquella Barcelona para vivir ese cambio. Para empezar, yo subí por primera vez a un avión y me fui a China.

DE SOLJENITSIN A LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN DE MAO

Lo que sucedió en aquella primavera de 1976 en China lo recordé bastantes años después en el prólogo a *La dictadura silenciosa*, que se tituló «Contra la falta de libertad»:

> *Si vuelvo los ojos del recuerdo años atrás, me veo en una tarde lluviosa y sombría del mes de abril de 1976, visitando un campo de concentración —granja de reeducación política, decían ellos— en las afueras de Pekín. Ha muerto Franco, tengo un pasaporte recién estrenado y he salido de España en avión, a mis veinticuatro años, por primera vez. En este tiempo todavía estoy en el Partido, con mayúscula, aunque el marxismo ha dejado de parecerme el mejor sustituto del Evangelio. La noche antes de partir hacia la Meca de la Gran Revolución Cultural proletaria, he visto en televisión a Soljenitsin, recién expulsado de la URSS, y cuyo* Archipiélago Gulag *ha sido pieza importante en la liquidación de mi ideología izquierdista. Me irrita la ridiculización que en la prensa del día siguiente, que leo y comento en el avión durante el larguísimo viaje, se hace del disidente ruso, pero pienso que*

sólo viendo lo que es el socialismo realmente, las convicciones teóricas se convertirán en decisiones políticas.

Ahora estoy ahí, en esa tarde helada de Pekín, y tengo ante mí una muchacha, más o menos de mi edad, que para agasajar a los «jóvenes progresistas occidentales» intenta recordar algunas coplas de la defensa de Madrid durante la Guerra Civil. Es una belleza con rasgos europeos y chinos, acaso mestiza de chino y francesa, hija de alguno de los internacionalistas de Chu En-Lai que estuvieron en París allá por los años treinta y que probablemente pasó por España durante la guerra y aprendió las coplas que ahora nos canta su hija, prisionera política.

Al despedirnos del barracón, ha caído la noche, y los presos, sonrientes, nos dan la mano. Al tomar la de la muchacha, veo en sus ojos claros algo que no había visto hasta entonces en ningún libro: la vida en peligro, la vida que se escapa de las manos de una persona que, tal vez, en otra circunstancia, hubiera podido vivir conmigo, pero que ahora se queda allí, prisionera por pensar o decir algo que no está permitido. Mientras, yo vuelvo a la vida normal, llena de las curiosidades e incertidumbres que a ella, que es como yo, que en ese momento en que me mira está pensando lo mismo que yo, le están absolutamente prohibidas.

No sé lo que duró aquella mirada, pero creo que he sido fiel al propósito que entonces me hice: combatir siempre a aquellos que privan a una persona del derecho político más elemental, el de poder decir no *sin sufrir por ello.*

Creo que es un buen resumen de lo que en ese viaje de casi un mes pasó: aquel flechazo, inolvidable como casi todo lo que no puede ser, supuso el descubrimiento del horror cotidiano bajo el comunismo. Me sentía muy cómodo entre los chinos, que en Pekín eran todos de mi talla o más pequeños, del 1,60 para abajo, y me instalé en un perpetuo deslumbramiento estético ante las chinas, por otra parte inaccesibles so pena de cárcel. Aquél era mi primer viaje a Asia, y la belleza, idea repugnantemente burguesa y brutalmente perseguida por Mao (que, según supimos luego por su médico, se hacía llevar bellísimas vírgenes por docenas a sus palacios, y vivía en perpetua orgía disfrutando de lo que él mismo prohibía a los demás), no aparecía en un escaparate, ni siquiera en la calle, sino en las

tareas más humildes. La famosa «flor de fango» de los poetas simbolistas, pero en noble barro campesino o proletario, indistinguibles, porque Mao así lo había dispuesto.

Aquella expedición, la primera que la China roja admitía de Europa y sólo por ser España «el eslabón más débil de la cadena imperialista», era más política que turística. La selección de viajeros se produjo a través de una agencia de viajes que gestionaba un antiguo militante de Bandera Roja, al que conocía Ángel, el único amigo en aquella aventura, de la Facultad.

Un día, comiendo todos con el cubano Abreu, nos habló de aquella expedición al país más mítico, por inaccesible, de la tierra. Ángel pensaba ir aunque fuera pidiendo limosna y podía hacer que nos admitieran, dados nuestros antecedentes políticos. Necesitábamos pasaporte español, ahora más fácil, y el visado chino, que era cosa de la agencia. Abreu dijo que conocer el socialismo nos vendría muy bien, pero no llegó en su generosidad a ofrecernos la financiación del viaje. Así que todos nos íbamos a ir a China, pero, al final, faltó dinero, y algo de ganas, y sólo fuimos Ángel y yo.

El centenar de turistas revolucionarios estaba compuesto por un tercio barcelonés (OCE [BR] y *gauche divine*); otro madrileño (PC [i], luego PT); y otro básicamente navarro (ORT), con una pareja aragonesa aparentemente despistada, aunque a saber. Sólo tenía un problema hacer turismo en la China de Mao, y es que no se habían construido hoteles desde la ruptura con la URSS en los años sesenta. De hecho, en Pekín nos mandaron a uno de esos sombríos edificios que desde esa ruptura no debía de haber visitado nadie. Al llegar a mi habitación, abrí la ducha y se cayó la alcachofa. Todo era a la vez rígido e improvisado, de miedo y de risa. O sea, muy comunista.

Pero, claro, los fervorosos maoístas que componían la mayoría del pasaje no estaban dispuestos a admitir nada que supusiera merma en su devoción a ese modelo social y político. Sólo descreíamos del paraíso dos redomados revisionistas de Barcelona (Ángel y yo), un par de encantadoras psicólogas catalanas (entre ellas, Magda Bosch), algunas chicas jóvenes de Madrid —

supuestamente a punto de tomar los hábitos del rojerío radical— y el matrimonio aragonés. Tras el primer día, llegó la visita más importante en términos políticos, que fue la ya citada del campo de concentración o de reeducación política. Y al llegar a la reunión que cada día teníamos después de la cena para hacer balance de la jornada y repasar la del día siguiente, se armó la de San Quintín.

Los de la ORT y el PC(i) veían como gran logro revolucionario tener a jóvenes de nuestra edad e incluso menores en un campo de concentración, granja de reeducación o comoquiera que lo llamaran. Cuando alegamos que ni siquiera el franquismo había hecho algo así en sus últimas décadas, nos miraron como si estuviéramos locos. Yo, que estaba en plena conmoción erótico-política, me puse como una fiera. Ángel me secundó. Magda y su amiga terciaron a favor nuestro y las chicas de Madrid, especialmente una morena guapísima, nos dijeron a la salida que teníamos razón, pero que a ese paso nos íbamos a cargar el viaje. A la mañana siguiente, nos fuimos colocando los malos en uno de los autobuses y los buenos revolucionarios en los otros, y así fue ya durante todo el viaje. Las reuniones políticas diarias fueron menguando y desaparecieron en Shanghái.

Yo volví de la China comunista de Mao bastante más anticomunista de lo que me fui, pero también más enamorado de lo chino que cuando llegué. Y no sólo de la maravillosa prisionera política del campo de concentración, aquella chinofrancesa que desde su cautiverio me cautivó, sino de una estética visual que era una mezcla de la Rusia de Lenin y de la Norteamérica vista por Hitchcock en su segunda versión de *Extraños en un tren*. Era una superproducción entre popular y mitológica, un inmenso plató en el que hasta los actores principales eran «extras». Desde la primera mañana en Pekín, me asombró ver por las aceras a los chinos civiles que iban a su trabajo desfilando en batallones peatonales, guarnecidos con un montón de banderas rojas y entonando los gritos de rigor en la entonces llamada Revolución Cultural, que era una auténtica guerra civil.

Junto a los paseantes, que podrían haber sido trabajadores encuadrados por la Cheka en los sindicatos comunistas, camino de algún astillero de San Petersburgo, había también muchas, muchísimas bicicletas, aunque no tantas como para atascar el tráfico, siempre menor que el espacio destartalado de las avenidas azotadas por el viento del desierto, que pasa por encima de la Gran Muralla. Al salir del hotel, frente a los árboles, me sorprendió ver a mucha gente, generalmente mayor, haciendo esa curiosa forma de gimnasia que consiste en mimetizarse con el tronco y las ramas.

Luego, llegaba aquella especie de superproducción de Eisenstein o incluso de Dziga Vertov para los cine-trenes del Ejército Rojo dirigido por Trotski. Y, de pronto, entre las bicicletas que se apartaban con suave celeridad, aparecía un enorme coche negro, con las cortinillas echadas, que parecía salido de la *Cortina rasgada* de Hitchcock. Y aquella mezcla, teóricamente absurda, de dos civilizaciones incompatibles, la de la bicicleta y la del Chrysler, producía un efecto de extrañeza, de irrealidad, que le llevaba a uno mismo a dudar de su papel en aquel inmenso decorado.

Otro de los efectos estéticos imborrables y, al tiempo, insignificantes fue el de la visita a la Ciudad Prohibida de Pekín. No sólo o no tanto por la magnificencia incomparable de sus infinitos salones y tronos como por el efecto producido por los españoles y especialmente por las españolas, vestidas muy ajustadas y con el colorismo psicodélico de los años setenta. Mientras recorríamos el interminable surtido de bellezas inmóviles, sala tras sala, notábamos que se iban incorporando a nuestro grupo cada vez más chinos, hasta el punto de que en cualquier parada tropezaban y se nos echaban encima. Ahuyentados por nuestros explicadores, los chinos desaparecían balbuciendo excusas, pero al cuarto de hora ya los teníamos detrás otra vez, comiéndose con los ojos a los extranjeros y, sobre todo, a aquellas extranjeras tan descocadas. Fuera de los salones, en los quioscos instalados en los patios donde se vendía un presunto refresco en dos colores, uno tirando a verde y otro pasado

de rojo, nos rodeaban, lenta pero agotadoramente, en cuanto nos quedábamos quietos.

Salvo la Ciudad Prohibida, todos los museos estaban cerrados. Con los retales de varios se había compuesto uno solo, el Museo de la Revolución, que era en realidad un museo de la historia de China a través de la historia milenaria de sus formas artísticas. Pero la carnicería museística para evitar la perversión y aburguesamiento visual de las masas no bastaba. Era necesario un severo antídoto contra el sutil veneno capitalista —y confuciano, añadían siempre, aunque sin más explicaciones— que acechaba en todas las formas del pasado. Y ese antídoto consistía en un enorme óleo que presidía las salas de cada época y en el que se veía a un campesino-proletario, que era siempre el mismo, rompiendo las mismas cadenas gracias a una musculatura calcada no ya del realismo socialista de tiempos de Stalin, sino de La Masa o El Increíble Hulk.

Sin pretenderlo, aquella interminable galería del espíritu revolucionario del pueblo era un patético paseo por sus fracasos, porque ¿qué había pasado con el chino que rompía continuamente sus cadenas cada siglo o siglo y medio? ¿Cómo se encontraba una y otra vez, según se acreditaba en las salas siguientes, condenado a hacer de Sísifo de la lucha de clases, sin aprender nunca de sus derrotas, y repitiendo, milenio tras milenio, los mismos errores?

La explicación sólo llegaba al final, cuando por fin aparecía, también en varias salas, desde su infancia hasta su venturosa madurez, el Gran Timonel, el presidente Mao, solución a la vez teórica y práctica de todo, fuera mejorando a Marx, Engels, Lenin y Stalin en lo filosófico, a Sun Tse en lo militar, a Lu Sin en lo literario y a todo el mundo, pasado, presente y futuro, en lo político. Ésa era la parte grotesca y divertida del museo. La que a mí me interesó fue la de los retratos de los emperadores, es decir, de los explotadores, con esa mezcla de realismo sutil y de nitidez irreal que caracteriza a la pintura china, y los largos rollos de papel en los que se dibuja una especie de mercado infinito, una sucesión interminable de escenas de compra, venta, publicidad y comercialización. Los rollos de mercado

solían estar a los pies de los retratos de los emperadores y no los veías si no te acercabas a ellos, pero si te acercabas, ya no podías dejar de mirarlos. Al salir del Museo de la Revolución, la sensación era de pasmo, maravilla y desolación.

En Shanghái todo era distinto que en Pekín. Tal vez por eso llevaban intérpretes nuestros propios intérpretes, no sé si porque no había cuajado aún el chino vocal *pi yin* o porque todos eran comisarios que debían vigilarse mutuamente. La diferencia capital era que en Shanghái la base política de cuantas arengas nos habían dirigido en granjas, fábricas, cuarteles y centros de culto maoísta, que era la «Campaña contra los vientos derechistas revocadores de veredictos justos dictados anteriormente» (familiarmente, «Campaña contra los vientos derechistas»), no se limitaba a dolerse, sino que identificaba el mal con ánimo de extirparlo. En uno de los infinitos brindis con té negro o verde, acompañado por unos no menos humildes y proletarios cacahuetes que parecían seguirnos a todas partes, alguno de nosotros preguntó a uno de los jefes políticos del Partido en Shanghái si los «Vientos derechistas» eran una forma de llamar a Deng Xiaoping, a lo que él respondió, primero sonriendo y luego muy serio:

—Sí.

Gracias al arrojo de aquel dirigente radical de Shanghái, se acabaron las reuniones políticas en el hotel antes o después de cenar. No había que darles a los citados «vientos derechistas» ocasión de henchir sus velas y disfrutar con una crisis sin duda pasajera y, por ello mismo, silenciable.

Para colmo, una anécdota quebró la ya escasa moral de los incondicionales. Nos invitaron a unas maniobras militares del Ejército Popular, que consistieron en unos cuantos disparos de cañón a unas colinas con diversos blancos señalados y algunos movimientos de las tropas sobre el terreno, de diversión, aunque aburridos, y de ataque, aunque estático. Tenían el morbo de ver plasmarse la teoría de que «el poder está en la boca del fusil». Pero cuando después de la pólvora nos sentamos a comer con los

revolucionarios reclutas y oficiales, alguien preguntó sobre lo que, en términos marxistas-leninistas, era la prueba de la burocratización o no de un régimen comunista: ¿qué pasaba con las armas? ¿Se las llevaban los soldados, es decir, los camaradas, a su casa, porque sólo «el pueblo armado no será derrotado»?

Podían, sí, nos dijeron, pero ellos preferían dejarlas en los cuarteles para evitar accidentes domésticos y como prueba de confianza en la justa línea política del Partido. La respuesta era inteligente, pero un aguafiestas dijo: «Como en Moscú o en Madrid, vamos». Y un silencio ominoso acabó con aquella breve experiencia militar.

«LA MUCHACHA DE LOS CABELLOS BLANCOS» Y LOS PELIGROS DE LAS MASAS POPULARES

Otro día nos llevaron a ver la más famosa de las «Óperas rojas» propiciadas por Chiang Ching, que no en balde provenía del mundo teatral. Se llamaba «La muchacha de los cabellos blancos» y era la historia coreografiada de una criatura cuya hermosa cabellera negra se volvía blanca por los sufrimientos del proletariado bajo la bota de capitalistas, reaccionarios, burgueses, japoneses, imperialistas y socialimperialistas, que lucían siempre la misma cara verdosa, entre enferma y marciana.

Al final, después de muchos hermosos saltos y contorsiones, la muchacha se teñía —o desteñía— de negro y junto al bailarín del proletariado, dirigido sabiamente por el Partido Comunista, aplastaba a toda la gentuza con sus alpargatas y después, con justa indignación revolucionaria, los fusilaba. La descarga sonaba entre bastidores, pero por si los espectadores nos habíamos perdido en las sutilezas de la trama, dos columnas, que hasta entonces parecían formar parte de la mampostería del escenario, se encendían y apagaban rítmicamente. Una decía: «Larga vida al presidente Mao»; y la otra: «Larga vida al Partido Comunista».

El público aplaudió puesto en pie cuando se iluminaron las dos columnas del escenario, pero no de la forma rítmica que cabía esperar, sino de un modo, digamos, funcionarial. A cambio, al salir, fuimos a unos presuntos grandes almacenes de tres pisos a comprar alguna cosa y al volver a la calle nos encontramos rodeados por un montón de chinos que querían ver y tal vez tocar a los extranjeros —quizás también los únicos que habían visto hasta entonces— y, sobre todo, a las extranjeras, que se habían arreglado para la Ópera, por muy roja que fuera, e iban espectaculares, ceñidas y setenteramente coloridas.

Aunque se mantenía una distancia de medio metro, la muchedumbre curiosa fue creciendo por momentos, tanto que, cuando ya no veíamos más que cabezas chinas a nuestro alrededor, empezamos a retroceder hacia el interior de los almacenes. Era tarde. Esa retirada también la había cortado la multitudinaria curiosidad antropológica. Tan angustiosa situación de cerco humano duró poco, pero lo suficiente para que una de las chicas tuviera que darle un manotazo a un chino que pretendía tocar sus ajustados pantalones de pana negra. Tras el gemido o rugido de la muchedumbre que siguió al epidérmico pero sonoro choque de civilizaciones, unos silbatos anunciaron la llegada de la policía, que, guiada por uno de nuestros intérpretes, nos rescató. Desde esa jornada, no nos apartamos de nuestros guías, por si acaso.

En los almacenes chinos era todo baratísimo, pero no podía comprarse casi nada, salvo en la sección de trajes de funcionarios del Partido, así que compré uno en Pekín que parecía hecho a medida y llevé desde entonces a las recepciones, más un abrigo negro corto para llevar encima del traje; más una de las famosas camisolas azules con el cuello mao, más otra clara y elegante, como de camarada en vacaciones. También niquis y camisetas en un estilo mitad Maiakovski mitad James Dean, un gorro siberiano que me vino muy bien en la Gran Muralla y una gorra militar de visera verde que me calé al volver a Europa. Además de folletos y libros mil que nos regalaron, una bata de seda que nunca me puse, cajitas, pendientes y

varias rebecas de lana para María, un montón de carteles de papel y cuatro o cinco de seda.

Hubo muchas más historias, anécdotas, curiosidades y humoradas en el viaje a China. El problema al volver a España era cómo contar tantas cosas como había por contar cuando, probablemente, lo que significaban no era lo que los amigos querían oír.

7

LA TORMENTOSA VUELTA A LA PINTURA EN BARCELONA

Por una de esas casualidades poco casuales de la vida, mi alejamiento definitivo del comunismo coincidió con el comienzo de mi distanciamiento del grupo de pintores —Broto, Grau, Rubio, Tena — que, desde ese mismo mes de abril, fue conocido como Grupo Trama. La razón del bautizo fue la publicación del primer número, que se presentaba como «número cero» de *Trama. Revista de pintura*; y su singularidad era que no vio la luz en quioscos o librerías, sino encartado en el catálogo de su primera gran exposición barcelonesa, nada menos que en la galería Maeght, la más importante de España por entonces, si no de Europa. Aunque el padrinazgo de Tàpies a la presentación en sociedad de aquellos «cosmos», desconocidísimos dos años atrás, era público y notorio, la muestra de Maeght no se planteó, según parecía lógico, como el espaldarazo a una tendencia de vuelta a la pintura en cuyo escaparate figurasen, en primer lugar, Broto, Grau, Rubio y Tena, mis compañeros de aventura político-estética desde 1973, pero quizás también los que desde la primera aparición zaragozana de 1974 habían expuesto con ellos, como Jordi Teixidor y Carlos León; o, poco después, el madrileño Pancho Ortuño y el zaragozano José Luis Lasala. Es curioso que, desde el principio, los excluidos vieron la

razón de fondo con mucha más claridad que nosotros: se respetaba la mayor coherencia y calidad estética, pero también se trataba de «nacionalizar» a los cuatro como producto cultural del catalanismo político.

Volveremos a este punto, que, al final, marcó el cenit y apuntó al nadir del grupo primigenio. Pero además había razones de tipo económico que avalaban la apuesta de Tàpies por esos cuatro y no por esos cuatro y algunos más. Al centrar en su obra toda la exposición, se establecía, desde el punto de vista de la Maeght, un equilibrio entre la exposición de tendencia y la valoración del artista y de su obra, que es el negocio de cualquier galería. El propio Aimé Maeght, dueño de la galería, ya muy mayor y con serios problemas de asma, fue por su propio y tambaleante pie, sin arredrarse ante alguna escalera empinadísima, hasta los estudios de Broto, Grau, Rubio y Tena para ver personalmente sus cuadros. O sea, que Tàpies recomendó, pero el que decidió fue Maeght, a quien le parecieron unos pintores muy buenos, en conjunto y uno por uno.

Eso me llenaba de satisfacción, si no como padre de la criatura, sí como padrino de bautizo (lejos quedaba aquella primera exposición en la galería Atenas), que ahora veía a sus apadrinados hacer a la vez la primera comunión y recibir la confirmación, amén de anunciar su boda con la fama y, tal vez, hasta con el dinero. Este dato de la exposición de Maeght es relevante: la galería, a través de su gerente Farreras, les adelantó el dinero para poder pintar los cuadros de la exposición que iban a hacer meses después.

El salto de la penuria a la fama era gigantesco. Y mi alegría por la merecida suerte de mis amigos, que hubiera sido menor en una exposición colectiva ampliada, de tendencia más que de artistas, fue la razón de no participar en el nacimiento de la revista de pintura, o sea, *Trama*, que fue cosa de Javier.

Yo no quería entorpecer esa sucesión de afortunados episodios que, siempre sobre la base de su talento, les había llevado tan rápidamente a la cumbre. De la alegre pobreza de solemnidad, sectaria y lampante, de la calle Hospital en el 73 pasaban —

pasábamos todos, en cierto modo— al precioso palacete de la Maeght en el barrio gótico. Habíamos llegado a la cumbre antes de lo previsto, pero yo no escalaba ese Himalaya y sólo podía aguardar en el campamento base, por lo que pudieran necesitar los alpinistas.

Cuando Javier me pidió un texto para el primer número de *Trama*, sabiendo que iba a ir dentro del catálogo, le entregué un ensayo fragmentario con dos elementos básicos: una melancólica despedida a los «Cosmos» que ya no éramos y una reflexión psicoanalítica sobre la izquierda política y la pintura contemporánea. Esta última partía de un hecho que me había sorprendido, indignado e iluminado acabando de leer el *Archipiélago Gulag*: la destrucción por los *bulldozers* de la policía de Moscú de una exposición de pintura abstracta al aire libre, así como el respaldo ideológico del diario *Pravda* al violento destrozo.

El texto, que entregaría uno o dos meses antes del viaje a China, se titulaba «Pintura en el espejo», y era un compromiso entre el adiós a la camaradería de los años vividos en las Ramblas y el hola de un ensayo sobre el odio que en la izquierda soviética suscitaba la pintura abstracta. Sobre ambas cosas era extrañamente explícito:

> *Dos ruedas, en principio, dan vueltas en este texto. La primera es casi la que anima el placer del regalo: un texto para estos amigos (casi* los *amigos, casi* la *pintura), animoso como un endecasílabo:*
>
> *«El regalo, tan caro a la pintura…».*
>
> *Nunca más regalado texto: años esperándolo mientras deveníamos sin saberlo hijos más que adoptivos de Mürger, tanto y tan bien representábamos las «Escenas de la vida bohemia» en montón contento (…).*

En ese texto, como diría Azaña, yo «braceaba en lo abrupto», sobrenadaba un estilo lioso pero clásico, con el que trataba de encontrar la forma de aclarar mi prosa, tal y como había empezado a hacer en el verso.

Esto último sucedió, como tantas otras cosas, en Pekín, en el horrendo hotel chino-soviético y en un oscurecer (aquello, de puro sombrío, no era atardecer), que me inspiró dos poemas, «Honqi» y

«Shaoshan», que publiqué en *Revista de Literatura* a la vuelta de China y que son los «Bronchales» y «Orihuela» del *Diván de Albarracín*. Ahí encontré un estilo, una fórmula propia que ya no he abandonado. Me costó mucho más desatascarme en la prosa porque, además de llevar menos tiempo cultivándola, era imposible que un ensayista primerizo, o sea, yo, alcanzara a la vez sus dos fines naturales: decir algo nuevo y decirlo de forma sorprendente: «bailar y picar», iluminar, que es aclarar, y asombrar, que de sombra viene y a veces en la sombra queda.

La política es el ámbito de referencia en que puede resultar más fácil aclarar una prosa, siempre que tengas claro qué decir. La parte descriptiva en ese ensayo aparecía ya en el título del párrafo, que era «De la pintura como electroshock», y decía así:

> *Otra rueda gira sobre este texto: es la de los* bulldozers *rusos en su conocida hazaña de desmantelamiento y destrozo de una exposición de pintura abstracta, que había reunido a muchas personas en los arrabales de Moscú. No se trata de grupos extremistas, sino de sólidos, probos aparatos de los servicios municipales. Y otros «aparatos», más deleznables, más feroces, más estúpidos de ese mismo Estado que se proclama marxista, etc., ratifican la aplastante convicción de los* bulldozers*:*
>
> *«Subestimar el mal que hace el modernismo conduce a favorecer la expansión de una enfermedad que destruye el psiquismo moral. (...) Un organismo joven y fuerte no tiene necesidad de droga. La joven sociedad socialista rechaza categóricamente la brujería del modernismo. (...) No hay móvil ni teoría que pueda dar vida a esos desechos inertes, condenados a pudrirse en la trastienda de la Historia». (Editorial de* Pravda*).*

La parte nuclear del texto trata de explicar, desde el psicoanálisis, esa animadversión por la pintura abstracta que unificaba entonces a buena parte de la opinión occidental, encarnada, a falta de democracia, en la policía de Moscú.

En cuanto a la orientación política del ensayo, leído hoy, es evidente que ya antes del viaje a China yo quería romper con el marxismo, es decir, con lo que Marx llamaba «mi conciencia

filosófica anterior», pero no sabía cómo. Quería mantener las posiciones políticas de la lucha antifranquista, que me parecían indisociables de cierta militancia en el PCE-PSUC, pero ese compromiso democrático, con el señuelo final del socialismo, tropezaba con el final de las certezas marxistas en todos los ámbitos, empezando por el cultural y artístico. La gran novedad era que al testimonialismo de izquierdas se le había añadido de pronto otro factor, el del nacionalismo catalán. Algo que ni por pienso estaba yo dispuesto a tragar.

El conflicto se plantearía de forma amable pero irresoluble al publicarse en ese mismo número auroral de *Trama* un artículo de Tàpies que suponía nuestra adopción por el nacionalismo pancatalanista y una serie de «erratas» en el mío que parecían acatar ese proceso nacionalista adoptivo.

Todas estaban en este párrafo:

> *Nuestra ligazón al marxismo lo es, primordialmente, a la lucha de las clases populares hoy, aquí, en Catalunya y el resto del Estado Español, por la democracia y, en su desarrollo, por el socialismo.*

Se supone que yo quería decir que nuestro *marxismo* consistía en apoyar a la izquierda en la implantación de la democracia, en Cataluña y el resto de España, algo natural dada la incertidumbre política y la parálisis de cualquier reforma democrática bajo el Gobierno de Arias Navarro, ya con el Rey. Pero lo que aparecía impreso era la asunción de una terminología típicamente nacionalista, para mí repelente y dictatorial. Escribir Cataluña en catalán (Catalunya), incluso dentro de un texto en castellano, era tanto como subrayar que el catalán era algo tan incompatible con la lengua española como Cataluña con España, reducida a otra fórmula nacionalista: «el resto del Estado Español», para rechazar el nombre y el concepto mismo de España como nación común. Y yo, por obligación política o necesidades del antifranquismo, podía escribir bastantes cosas. Lo que jamás hubiera escrito era «Catalunya» por

Cataluña y «el resto del Estado Español» por España. Cuando vi el catálogo y pude leer el número de *Trama*, me puse como un basilisco. Si los pintores querían acogerse a la protección de Tàpies, bueno, pero a mí no me hacían escribir en clave nacionalista, ni pintores ni impresores.

Javier me aseguró que él no había tocado nada. Que las erratas eran culpa de la imprenta y de no haber podido hacer una segunda corrección del texto para poder llegar a tiempo a la exposición. Hablaban en su favor los disparates que por su cuenta y riesgo había acumulado el teclista. Por ejemplo, «declaración del Gulag» lo convertía en «declaración de Gulag», como si yo fuera un patán y Gulag fuera un señor. Los términos psicoanalíticos en alemán también habían sido radicalmente mejorados: «Besetzung» en «Betsezuno», por ejemplo, y de éstas, muchas. Cabía, pues, aceptar que el teclista fuera hipernacionalista y hubiera reescrito «Catalunya» y «el resto del Estado Español». Todos los amigos quisieron quitarle hierro al asunto, pero yo me quedé muy mosqueado. Y es que al que nadie le había corregido nada era a Tàpies.

Y Tàpies, que dedicaba su ensayo «a los pintores Broto, Grau, Rubio y Tena», lo había titulado «Situación de la pintura catalana reciente», como si tres aragoneses que llevaban tres años viviendo en Barcelona y un barcelonés amigo suyo que también seguía las reflexiones de un señor francés llamado Pleynet, hubieran trabajado y reñido con todo bicho viviente para mejorar esa supuesta «pintura catalana», cosa que jamás hicieron. Ya en el segundo párrafo, Tàpies se ponía en plan nacionalista:

> *La actual problemática de la pintura en los Países Catalanes, a pesar de tener unas notables diferencias con la del extranjero, no podría entenderse si no es haciendo previamente algunas referencias a ésta.*

Pero ¿a qué «extranjero» se refería Tàpies? ¿A Zaragoza, de donde venían Broto y Rubio? ¿A Teruel, de donde veníamos Tena y

yo? ¿A España en general o a todo lo que no fueran esos fantasmales Países Catalanes de los que habla y que jamás existieron? ¿Era París el «extranjero»? ¿O sólo Madrid? ¿Lo era también, en el fondo, la Barcelona que nosotros vivíamos y contribuíamos a crear, la ciudad más libre de España, donde el término «extranjero» estaba en decadencia y el de «forastero» mal visto, quizá porque esa Barcelona de los setenta se había hecho «extranjera» para cierta Cataluña nacionalista?

Todo el triste presente actual está como futuro imperfecto en ese ensayo naciopictórico: la xenofobia rural convertida en rito provinciano, el monocultivo del rencor, el culto al odio que ha permitido a un ejército intelectual de falsarios inventarse un pasado heroico que nunca fue tal, una opresión «española» supuestamente «extranjera» que era y es tan catalana en los supuestos opresores como en los presuntos oprimidos. Sí: en ese texto del gran pintor catalán, tan amable, tan condescendiente con los jóvenes pintores, casi todos «charnegos» pero todos catalanizables si juraban los principios del Movimiento Nacionalista, está ya implícita, y a veces explícita, la dictadura implacable que, cuarenta años después de aquella exposición, trata de destruir todos los lazos con España y ha borrado hasta el recuerdo de la Barcelona libre y abierta, de la ciudad que entonces fue.

Ya entonces escribía Tàpies:

> *No es ningún secreto que en los Países Catalanes —y nos queremos limitar al estricto ámbito de expresión catalana porque hay que pensar que lógicamente es el de más influencia— durante el período franquista se ha estado constreñido, como en tantas cosas, a unos medios informativos en un principio nulos y posteriormente pobrísimos. La divulgación de las cuestiones culturales en general, y artísticas en particular, ha tenido momentos en que apenas ha sido cubierta por una única publicación periódica [*Serra d'Or*, revista en catalán y de tendencia nacionalista, editada en Montserrat desde hacía décadas y cuyo mentor artístico era Alexandre Cirici Pellicer]. Pero esta lucha en solitario que era tan de agradecer, también ha ocasionado que la labor de crítica de arte y de apoyo*

teórico se transformaran a sí mismos, por lo menos en gran parte, en una especie de monopolio malgré lui que, de hecho, ha controlado la situación con su propia «política artística».

Quizá se dirá que es exagerado pensar que unas páginas de arte muy locales puedan tener mucho que ver con la situación de la pintura en todo un país. Pero piénsese que no sólo eran las únicas que teníamos en nuestra lengua sino que, además, se beneficiaban de una tribuna cuyo catalanismo y merecido prestigio de oposición le conferían mucha más autoridad que las que se veían obligadas a expresarse en castellano (a pesar de que podían reflejar opiniones tanto o más dignas y tanto o más catalanas que aquella). Que la crítica de arte sea unilateral y partidista no solamente no es censurable sino que hasta puede ser bueno. Pero a condición, claro está, como sucede en el juego de la política que nos gusta a los catalanes, que los partidos sean varios y que el color de cada jugador sea bien conocido.

O sea, que la culpa de que Cirici no tragara a Tàpies y Tàpies no tragara a Cirici la tenía... la lengua castellana, que los demás críticos de arte se «veían obligados» a usar. He aquí el modelo de patraña sobre el que se ha construido el andamiaje totalitario de la Cataluña del siglo XXI. ¿Qué impedía a Tàpies fundar una revista de arte en catalán para llevarle la contraria a Cirici, a los conceptuales y a cuantos en castellano o catalán le pareciesen tontos, malos o contraproducentes? ¡No sería la falta de fondos! ¿Y por qué él mismo se empeñaba en escribir, obligado tal vez por una pareja de la Guardia Civil, en castellano en *La Vanguardia Española*, el periódico franquista por excelencia? Por supuesto (la tribu, siempre lo primero), Tàpies dice que las opiniones sobre arte publicadas en castellano son tan dignas y tan catalanas como las de *Serra d'Or* publicadas en catalán, pero, ojo, ya ha dicho antes que si lo hacen como él en la lengua maldita es porque los obligan. ¿Quién los obligaba? ¿Los artistas catalanes franquistas, como Dalí o Pla? ¿Los políticos catalanes franquistas como López Rodó, Porcioles, Viola, Tarragona o Samaranch? ¿Los catalanes de Burgos, como Cambó y Ventosa? ¿Los del Tercio de Montserrat, que desde Cataluña aportaba al ejército de Franco el mayor número de voluntarios de

toda España? ¿Los que ganaron la guerra desde Burgos pero también desde la «quinta columna» de Barcelona? ¿Quién entonces? ¿Quién obligaba a Tàpies a dejar su pancatalanismo en casa y a publicar en castellano y cobrar del conde de Godó en viles pesetas sus artículos sobre pintura?

La respuesta es bien sencilla: nadie. A nosotros, que éramos tan poca cosa y no teníamos un duro, nadie nos obligaba a publicar en castellano o en catalán los textos de *Revista de Literatura*, de *Diwan*, incluso de *Trama*. Publicábamos por afinidad intelectual y lo hacíamos en las dos lenguas de Cataluña desde el siglo XV, que son el catalán y el castellano. Ni nos inventábamos una persecución que, en ese ámbito, no padecíamos, ni disimulábamos el culto a la Pela rasgándonos las vestiduras por una represión lingüística que había desaparecido tiempo atrás, al menos en esos terrenos imprecisos de la literatura, el arte y la cultura. Barcelona era una ciudad bilingüe. Y no eran los inmigrantes, sino los catalanes de lengua y origen los que ya entonces y todavía ahora, cuatro décadas de normalización después, se empeñan en ver cine y leer periódicos en castellano. Ni en 1976 les obligaba nadie a hacerlo —ese mismo año 76, el 23 de abril, día de Sant Jordi o San Jorge, había nacido el diario *Avui*, que se editaba totalmente en catalán—, ni, cuarenta años de «normalización» después, ha conseguido el despotismo nacionalista que se vaya al cine en catalán y se dejen de leer los periódicos en castellano, convertidos —eso sí— en herramientas de deslegitimación de todo lo español. Los catalanes, cuando se gastan *su* dinero, usan una de sus lenguas para lo que quieren y la otra para lo que les da la gana. En la vida pública, en cambio, la única Transición política real que se ha vivido en cuatro décadas es la de haber pasado del castellano forzoso al catalán a la fuerza. De una dictadura a otra.

Nosotros, por ser antifranquistas, jóvenes, valer algo y vivir en Barcelona, éramos cobayas perfectos para la marginación total de la lengua castellana, la nuestra. Y, al margen de lo de Tàpies, yo tuve dos experiencias harto reveladoras. En el 75, a la vez que la instalación de Maeght en la Barcelona Vieja, se había inaugurado la

Fundación Miró, prodigiosa creación del arquitecto Sert, y que, pese a su incómodo acceso físico, más allá de Montjuich, se convirtió pronto en el sustituto del Instituto Alemán como lugar de encuentro de los artistas revoltosos y de vanguardia. Fueron, con el Museo Dalí, las últimas grandes creaciones privadas que recogieron el espíritu de la Barcelona de los setenta. Y parecían anunciar para la ciudad, nuestra ciudad, un futuro cultural aún más brillante y acogedor que el presente pobretón y alegre, meteco y ramblero que, pese a la represión política, disfrutábamos.

Un día recibí una invitación a no sé qué conferencia, ciclo o lo que fuere de la Fundación Miró, con la particularidad de que la carta iba dirigida a «Frederic Jiménez». Traté de que no se repitiera mi rebautismo, pero la vía burocrática no funcionó. Al final, se me dijo que era el criterio de la Fundación para la normalización del catalán. Así que, en no recuerdo qué acto, me encaré con Francesc Vicens, dirigente del PSUC que había sido expulsado por Carrillo junto a Claudín y Jorge Semprún por veleidades aperturistas y que era el factótum político de la Miró. Después de explicarle mis infructuosos esfuerzos, le dije:

—Verás, resulta que yo me llamo Federico y no Frederic, como pone en esa invitación. Y si tú tienes derecho a llamarte Francesc y no Francisco, yo tengo el mismo derecho que tú a llamarme con el nombre que me pusieron al bautizarme. No pienso renegar de mi origen. ¿Éste es el respeto que tenéis aquí por la lengua ajena, después de tanto quejaros por la persecución de la vuestra? ¡Ni Carrillo!

—¡Pero, hombre, si eso es un gesto de deferencia hacia ti! ¡Si es porque te consideramos de casa, parte de esta Cataluña democrática que está naciendo! Y deja estar lo de Carrillo, que fue un acto dictatorial que no viene a cuento.

—O sea, que para ser ciudadano de pleno derecho en Cataluña tengo que renunciar a mi identidad porque si no tú no estás a gusto en la tuya, ¿no? Pues, mira, prefiero que no me invites a nada, no sea

que parezca voluntario. Como tu expulsión del PSUC, vamos. Y tiene mucho que ver: libertad o dictadura, esa es siempre la cuestión.

—Es imposible hablar contigo. Dejémoslo aquí. Ya veremos cómo lo arreglamos.

Por supuesto, nunca lo arreglaron. Pero aún había sido más revelador de lo que se nos venía encima el I Congreso de Cultura Catalana, celebrado en la clandestinidad, en la abadía de Montserrat. Yo había ido en coche con mi querido Carles Santos. Pero una vez allí dentro, con unos trescientos o cuatrocientos participantes y en el que se preveía soporífero turno de intervenciones, una dirigente de Comisiones Obreras con acento andaluz pidió perdón a los presentes por no hablar en catalán, pero aseguró que en el futuro inmediato pensaba aprenderlo y bien. La ovacionaron mucho, pero yo me quedé estupefacto. ¿Ese era el futuro que el PSUC y CC.OO. habían diseñado para la clase obrera? ¿Renunciar a su lengua materna, que era, para la inmensa mayoría de los militantes, casi la totalidad, el castellano? ¿Para eso nos la jugábamos —le decía yo, indignado, a Carles Santos volviendo en su coche a Barcelona—, para que a la persecución del catalán le sucediera ahora la penitencia pública por hablar castellano?

Por supuesto, Carles Santos estaba en contra. Por supuesto, no iba a dejar el PSUC por eso, cuando la situación del franquismo era aún fuerte y la del antifranquismo tan débil. Entonces, ¿por qué la debilitaba el PSUC con esos autos de fe político-lingüísticos? Al final, todo se resolvería con la democracia, decía Carles. ¡Cómo iban a sustituir ellos, precisamente ellos, o sea, nosotros, una dictadura como la que padecíamos por otra!

En resumen, que el ensayo de Tàpies no era una excentricidad, sino la doctrina lingüística real del PSUC, si bien hay que reconocerle al pintor su medida sutileza, tan semejante a la hipocresía, en esa fórmula típica del nacionalismo catalán: anunciar pero desmentir, condenar pero absolver. Tàpies en *Trama* fue uno de los primeros teóricos del *Matrix* catalán, de esa casta de intelectuales, artistas, profesores y políticos que, totalmente a espaldas del pueblo y

engañándolo deliberadamente, han inventado una Cataluña nacionalista que, para proteger su personalidad única, es decir, el poder de su casta dirigente, estaba dispuesta a proscribir la libertad. Ya entonces, en 1976, antes de llegar la democracia, una de las dos lenguas de Cataluña, el castellano, estaba condenada por la izquierda a la marginación, y el catalán, a convertirse en una herramienta de poder ilimitado y de exclusión social limitada, sobre todo, a esas *clases populares* que la izquierda debía defender. Pero en la primavera del 76, recién llegado de China, donde había visto la represión al por mayor, yo ya no tragaba la música política, ni la letra del catálogo de Maeght, ni a nuestro amable e implacable Pictopadrino, ni nada de nada.

VENECIA COMO BÁLSAMO PARA LAS HERIDAS DE LA AMISTAD

Aquélla fue —aunque casi en susurros y totalmente en privado— la primera crisis seria del grupo, que todos tratamos de restañar. Lo que nos unía había sido tanto hasta entonces y podía seguir siendo tanto todavía que era absurdo reñir con los pintores, mis amigos, total por un artículo nacionalista de Tàpies o unas erratas malévolas en nuestra flamante revista *Trama*. El pesar de los pintores era tan real como el mío, bien porque no habían pensado que aquello pudiera tener tanta importancia, bien porque no creían que yo se la pudiera dar.

La crisis se superó yéndonos juntos a la Bienal de Venecia, dedicada a España, y a la que nos habían invitado a todos los Cosmos, ahora el grupo de Trama, incluido yo, como siempre. Allí nos encontramos con el propio Tàpies, con Jordi Teixidor, con todo lo que en España pintaba algo en cualquier estilo o hacía alguna gracia conceptual. Y juntos e incluso revueltos en otro país, las hostilidades parecen difuminarse, sobre todo si el país es Italia. El bálsamo veneciano es, sobre todo la primera vez, ungüento milagroso. Yo iba con todas las cautelas posibles después de la

celebérrima novela de Thomas Mann y la película de culto de Visconti, pero la ciudad me desarmó y tuve que rendirme. Todo lo que en nuestra Barcelona se había cuarteado, Venecia lo restauró. Lo que menos hicimos fue hablar de arte español. Pasábamos todo el día entre iglesias y museos, cines y quioscos, todo con ese aire venial tan italiano. Pero veo fotos de entonces en la plaza de San Marcos y me parece percibir un soplo silencioso, un aire ausente en la expresión. Tal vez sea sólo una premonición *a posteriori*, una profecía cumplida después, porque la memoria también hace trampas. La crisis se superó. Nuestra empresa intelectual sólo había alcanzado su primer objetivo en la pintura, y estaba por consolidar. La literatura, el psicoanálisis, la política y todo lo demás aún estaban por hacer. En realidad, casi todo estaba por llegar.

Una de las canciones del 76 que más sonaban parecía pensada para la gestión de la crisis político-pictórica en términos sentimentales. Era una versión suave de Albert Hammond del bolerón clásico «*Échame a mí la culpa*»:

Sabes mejor que nadie que me engañaste,
que lo que prometiste se te olvidó.
Sabes a ciencia cierta que me fallaste,
aunque nadie te amaba igual que yo.
Lleno estoy de razones pa' despreciarte
y, sin embargo, quiero que seas feliz;
y allá, en el otro mundo,
en vez de infierno encuentres gloria,
y que una nube de tu memoria me borre a mí.

8

MÁS MÚSICA, MÁS PELÍCULAS, MÁS PERIÓDICOS, MÁS DE TODO

Las sinfonolas seguían llenando las calles de canciones muy estimables. Por supuesto, Camilo Sesto llegó al número uno dos veces, con *«Jamás»* y con uno de los temas de su exitosísima *Jesucristo Superstar*: «Getsemaní». Un joven muy guapo, Miguel Gallardo, casado entonces con una actriz bellísima, Pilar Velázquez, triunfó cantando «Hoy tengo ganas de ti». Por cierto, que uno de los recuerdos de verano que guardo de esos años es el de ver a Pilar Velázquez en las Ramblas, con unos pantalones blancos ceñidos hasta el delito y unas zapa-sandalias de plataforma, altas hasta el peligro. Creo recordar que rodaba una película del detective Carvalho, criatura de Vázquez Montalbán, pero como no he visto ninguna, no puedo asegurarlo. Me quedo con su imagen, cualquier julio de aquellos años lucientes.

De Italia llegaron «El jardín prohibido», de Sandro Giacobbe; y «De amor ya no se muere», de Gianni Bella, tesis discutida por Lorenzo Santamaría en «Si tú fueras mi mujer», y, en clave más radical, por Pablo Abraira en «O tú o nada». Los chiringuitos de playa y las discotecas, de ringorrango o de alcantarilla, alternaban, con sabio criterio turístico, éxitos de aquí y de todas partes: «Don't go breaking my heart», de Elton John y Kiki Dee; «If you leave me

now», de Chicago; «Save your kisses for me», de Brotherhood of Man; y Abba, mucho Abba: «Mamma mia», «Fernando», «Dancing Queen». ¡Verano, en fin!

EL PRIMER TRABAJO Y LA TESIS DE LICENCIATURA

Aquéllas fueron mis primeras vacaciones de verano, porque hasta entonces, como no tenía trabajo ni horario fijos, todo eran vacaciones y nada lo era. Pero al final del curso 1975-1976, Antonio Fernández, amigo desde el primer año de Hospital, uno de los valencianos de Tararira Tarumba, al que veía mucho en la Universidad, me recomendó como profesor de Literatura para un Instituto Piloto, el Joanot Martorell, que iba a experimentar el nuevo Bachillerato, el BUP. Era un chollo porque pagaban el sueldo completo de profesor dando la mitad de clases, aunque, eso sí, a cambio había que hacer muchos informes mensuales o trimestrales sobre el funcionamiento de los libros de texto de la asignatura y su relación con las del mismo grupo, que en Lengua y Literatura españolas eran Francés o Inglés, a elegir, y Catalán, obligatorio. La jefa del departamento era Manuela Citoler, en la fértil tradición de gramáticos aragoneses del siglo XX y viva prueba de que el nivel de los catedráticos de Enseñanza Media seguía siendo, como en tiempos de Antonio Machado, Giménez Caballero o Gerardo Diego, mejor que el de los de Universidad. No había endogamia, politiqueo ni padrinos; el puesto se ganaba en durísimas oposiciones de ámbito nacional; era la meritocracia pura. Tras pasar la preceptiva entrevista de trabajo con un tribunal exigente —Manuela y otras dos profesoras —, me aceptaron y así, casi sin enterarme, empecé a trabajar con sueldo.

Como no sabía el tiempo que me iban a quitar las clases, me pasé todo el verano trabajando en la tesis de licenciatura, dirigida por Joaquín Marco y cuyo tema era «Las acotaciones a los “esperpentos” de Valle-Inclán». Pasé todo el mes de agosto recluido

en el pueblo, a solas con la dura tecla de la Olivetti Lettera, y los doscientos veinte folios de la primera redacción quedaron listos. Luego, Marco me explicó todo lo que debía añadir para que la ya natural pedantería de la edad quedara blindada por la bibliografía. Al año siguiente presenté la tesis ante el tribunal compuesto por Blecua, Antonio Vilanova y Joaquín Marco. Me dieron sobresaliente por unanimidad, aunque lo correcto sería decir por bibliografía, que era el no va más de la modernez: Barthes, Todorov, Derrida, Kristeva, Bajtin, todo el formalismo ruso de la primera y segunda generación, el estructuralismo que va de Moscú a París pasando por el Círculo de Praga y la infinita pomposidad del ensayismo francés, de *Tel Quel* a *Poétique*.

El tema de la tesis, esas acotaciones o notas del autor para la puesta en escena que, en teoría, hacen «irrepresentables» los esperpentos de Valle-Inclán desde *Luces de bohemia*, es muy interesante. Yo lo trataba como lo que creo que es: escritura destilada, literatura pura al margen de los géneros, sin más sentido, tampoco menos, que el placer de escribir. Si el género de la tesis universitaria no estuviese fatalmente abocado a la ilegibilidad pedante, agravada en mi caso por las continuas referencias a la semiótica y el psicoanálisis de signo estructuralista, podría haber escrito un buen libro, no lo sé. De aquel texto lo mejor que puedo decir es que cumplió su cometido académico-laboral y que, al margen del trabajo que me costó, no caí en la tentación de publicarlo en alguna editorial de prestigio universitario, ni siquiera como el primero de una colección de libros dentro de *Revista de Literatura*, que es lo que se le ocurrió a Cardín. Es uno de los pocos momentos de sensatez editora que he tenido en toda mi vida.

CUANDO ARDÍAN LOS TRENES Y SÓLO SE QUEMABA LA ROPA

Por cierto, el 31 de agosto, yendo en el electrotrén de Valencia a Barcelona, me libré —no fue la primera ni la última vez— de pasar a mejor vida, o de irme al otro barrio, por un accidente que, como no

acabó de forma fatal, recuerdo muy chusco. El tren lo componían cuatro vagones, yo estaba en el último asiento del cuarto y acarreaba dos maletas de libros con el borrador de la tesis de licenciatura, amén de una bolsa con ropa. A mitad del viaje, a la altura de Tarragona, fui al bar, que estaba entre el cuarto y el tercer vagón, a tomar algo. Y allí estaba, dándole al carajillo o a la coca-cola, cuando se empezaron a oír voces y gritos, casi aullidos, la coreografía habitual de una pelea agravada —pensé— por el calor terrorífico de aquella tarde agosteña.

Hecho un Castelar —debía de ser el carajillo—, salí al vagón, vi a gente corriendo hacia nosotros y traté de calmarla como en las películas: «Tranquilos, tranquilos, que no pasa nada». Pero miro por encima de sus cabezas y veo una nube o cortina de humo negro que avanzaba desde el fondo del vagón, justo donde tenía mi asiento. Alguno debió de decir «¡fuego!» o yo lo adiviné, que no era muy difícil, así que, sin perder la compostura, di media vuelta, me planté en la puerta más cercana, me agarré a la barra de la escalera y esperé a que parase el tren, bajáramos todos, se extinguiera el incendio, se disipase el humo y siguiéramos viaje. Pero el tren, ay, no paraba. Cada vez había más gritos, salía más humo por las ventanas y el tren seguía sin parar. Y como iba a mucha velocidad, no en balde era uno de los más rápidos de entonces, tampoco podía uno arrojarse en marcha, salvo para romperse la crisma. Total, que así pasaron algunos minutos, interminables.

Afortunadamente, yo vivía aquello desde fuera, como una película en la que no fuera actor, y cuando, por fin, empezó a aullar el freno contra los raíles, esperé a que se detuviese para bajar casi como un señor. Digo «casi» porque muchos viajeros empujaban y gritaban, así que no hubo más remedio que saltar, tropezar, dar un traspiés y hacerse los rasguños de rigor. Los empleados ferroviarios insistían a los aterrorizados pasajeros en que se alejaran del tren sin volver a coger ninguna maleta, porque en cualquier momento podía caer el brazo que tomaba la electricidad del tendido sobre el techo del tren, cortocircuitarlo y hacer imposible la salida de nadie.

Afortunadamente, el humo había creado tal pavor que los doscientos y pico pasajeros dejamos en manos de los empleados el salvamento de maletas mediante el expeditivo procedimiento de ir arrojándolas del tren mientras frenaba. No por salvarlas, sino porque, al haber muchas en el pasillo, eran muy serio obstáculo para una rápida evacuación. De milagro, todo salió bien: cuando el tren paró, justo antes de un puente bastante alto desde el que sólo habríamos saltado para descalabrarnos, y cuando todos estuvimos a salvo, cayó el brazo eléctrico sobre uno de los vagones, el mío, se cerraron las puertas y el tren —tela, espuma y aluminio— ardió como la yesca.

Recuerdo que sentí una alegría salvaje al darme cuenta de que, con un poco de mala suerte, hubiera muerto achicharrado. Era una sensación en la que no había susto ni alivio, solamente júbilo. Lo único que lamentaba, sobre todo cuando empezó a hacerse de noche, a correr el aire y mientras aguardábamos a los autobuses de la Renfe que debían llevarnos a Barcelona, era perder una cazadora gris de tela de gabardina, que me encantaba. Pero, vamos, incluso en el autobús tenía que contenerme para no dar algún alarido de alegría animal. Encima, entre los bultos que los admirables empleados de la Renfe habían conseguido tirar desde el tren y que, por ser pocos, cogieron en el mismo autobús, estaba la maleta con los libros principales y casi todo el original de la tesis de licenciatura. La identificación no tuvo dificultad alguna: ningún otro pasajero llevaba una maleta atiborrada de bajtines, jakobsones y kristevas. Muchos habrían pagado con tal de no llevársela. Y además, la compañía nos dio unas veinticinco mil pesetas de entonces —yo cobraba treinta mil al mes— por cada bulto, una forma de confesar su responsabilidad y ahorrarse demandas. Así que salvé el pellejo y hasta gané dinero. Aunque no pude conseguir otra cazadora igual, de gabardina gris. Lástima.

HORARIO LABORAL, ADIÓS A LA FILMOTECA Y CINE DE

ESTRENO

Mis costumbres habían sido, hasta aprobar la tesis, nocturnas y rambleras. Alguna mañana me levantaba para ir a la Universidad, sobre todo si la clase era cerca del mediodía, pero mi tendencia, aquilatada en esos años transidos y transitivos, era nocherniega. Mi nuevo horario docente era matinal, así que el conflicto era previsible e insoluble. Algunos días me echaba la siesta, salía por la noche y me iba a dar clase tras una ducha. Ya dicen que la juventud todo lo puede. Creo recordar que por la reducción de horario del Instituto algún día de la semana lo tenía libre, aunque recuperase horas de seminario por la tarde. Lo indudable es que perdí la masiva deglución de películas en la Filmoteca. Seguí yendo, claro, en función de los ciclos, pero las tardes enteras en el cine pasaron a mejor vida. Como todas las adicciones son difíciles de cortar de golpe, solía quedar con Alberto o los pintores en la Filmo o en el Ópera, según la hora. De ahí, a las Ramblas y sus *Noches Blancas*. ¡Ah, aquel Visconti sobre Dostoievski, que tantas veces vi!

A cambio, empezamos a ir más al cine de estreno, que nunca me ha gustado por mi aversión a las muchedumbres, aunque sea haciendo cola, pero que encajaba mejor en la vida de un trabajador con un horario tan convencional como, dentro de lo que cabe, era entonces el mío. Por otra parte, además de los estrenos de Hollywood a los que siempre habíamos ido, llevados por ese afán de vivir a la última de la última de la última, tan típico del mundo gay, nos acostumbramos a ir también, con el mismo afán entre intelectualmente curioso y vulgarmente chismoso, a ver cine español. En parte, por el trato habitual con Garay, por el que seguíamos los rodajes de las últimas películas de nuestros contemporáneos, incluidas las imágenes que solía publicar *Fotogramas*. En parte también, porque el cambio social y político en España seguía teniendo en el cine su observatorio y respiradero. Además, junto a la casposería de las películas «de destape», se estaban produciendo títulos muy estimables.

La mejor película de los setenta, desde los comienzos de la década, era para mí *El espíritu de la colmena*, de Víctor Erice. Pero a finales del 75 —y volví a verla en el 76, antes de que desapareciera de los cines— me encantó *Furtivos*, de José Luis Borau. Esa España profunda, tan cerca en todo de la mía natal —los bosques de Cuenca, donde había nacido mi abuela y que forman un arriscado todo con los Montes Universales—, la aterida pobreza de las pequeñas ciudades, la ferocidad devastadora del sexo en la adolescencia, los ritos de la pequeña jerarquía provincial del Movimiento, las costumbres eternamente feudales de la sumisión, aquel color incendiado del monte al llegar el invierno, el frío como una segunda piel en los personajes, la muerte salvaje como remedio estético. Todo me gustó, hasta los actores, de Lola Gaos al propio Borau, pasando por Ovidi Montllor y Alicia Sánchez.

Ese otoño-invierno del 76-77 vi varias veces otras dos películas: *Cría cuervos*, de Saura, en el Alexandra, que, con su sala de bolsillo el Alexis, reinaba en la Rambla de Cataluña; y *Canciones para después de una guerra*, de Basilio Martín Patino, que vi tres veces en el cine Goya, un poco más abajo de la Universidad, empezando la calle también Goya e inaugurando esos barrios donde había vivido.

¿Por qué volvía yo al cine, y precisamente a ver películas con música, o mejor, con canciones? En un caso era el «¿Por qué te vas?», de Jeannette; en el otro, la canción popular de la posguerra; en ambos, una percepción intensa, emotiva, lírica del paso del tiempo, algo tan difícil de atrapar como la propia vida cuando empieza a verse vivida y no sólo por vivir, pero también evocable a través de una música para olvidar y unas canciones para recordar. En *Cría cuervos*, cantaba aquella niña que ahora había que llamar «extranjera» pese a empezar como vocalista del grupo barcelonés Pic Nic:

Hoy en mi ventana brilla el sol
y el corazón,
se pone triste contemplando la ciudad.

¿Por qué te vas?
(…)
Bajo la penumbra de un farol,
todas las cosas que quedaron por decir
se dormirán.
Junto a las manillas de un reloj,
todas las horas que quedaron por vivir
esperarán.
Todas las promesas de mi amor se irán contigo.
Me olvidarás.
Junto a la estación lloraré igual que un niño.
¿Por qué te vas?
¿Por qué te vas?
¿Por qué te vas?

Me recuerdo paseando solo, bajando despacio la Rambla de Cataluña, al salir de la película. Es un atardecer suave, con un poco de brisa ligeramente húmeda, todo muy barcelonés. Al lado del cine, veo la pensión en la que paré por primera vez, cinco años antes, cuando llegué en moto con Gonzalo Tena, a vivir en esta ciudad. Desde entonces, han pasado muchas cosas, tantas que resulta imposible recordarlas. Pero tengo, mientras sigo bajando hacia la plaza de Cataluña, con la última luz de la tarde en las hojas de los plátanos, una sensación extraña, contradictoria, de ritmo y melancolía, de prisa y de pena. Es quizás la primera vez que la siento, pero va a acompañar como una banda musical los años venideros. Tal vez fuera una sensación de *dèjá vu*, una de esas premoniciones de pasado en el futuro o viceversa. Algo así como el resumen de un libro que apenas empezamos a leer. O la impresión de que mi futuro iba a discurrir por esas vías paralelas: una convicción de urgencia y una sensación de pérdida.

CANCIÓN PARA UNA NACIÓN VAGAMENTE DIFUNTA

Canciones para después de una guerra era, para nuestros amigos más cinéfilos, demasiado deudora del año 71 en que debió estrenarse, cuando se supone que la censuró el mismísimo Carrero Blanco diciendo: «A éste lo que había es que fusilarle». Para mí, en cambio, hasta el estilo quejumbroso del guion de Ángel Fernández Santos favorecía el alumbramiento de un clima sentimental y nacional que justamente necesitaba el momento político, porque en aquellas imágenes flotaba una idea de España dolida y doliente en la que ambos bandos tenían razones para dolerse. Aunque se refiriese sólo a la parte del franquismo que más podía perjudicar al bando nacional y que más se prestaba para la hagiografía del bando del Frente Popular, de aquellas imágenes no salía odio, sino pena. No doblan a muerto, sino a vida, las voces de Concha Piquer, de Imperio Argentina o de Estrellita Castro.

El Miguel de Molina de «La bien pagá», quizás la mejor de todas las canciones, no destila rencor o venganza, sino tristeza, compasión o melancolía. Hasta las imágenes de coartada aviesa, que no de argumento honrado, de las fosas de Paracuellos y del recuerdo a los caídos del bando nacional, en las que alienta el estalinismo mesetario del PCE del año 70, no resultan o no resultaban entonces cainitas, sino simplemente funerales, y con esperanzas fundadas de resurrección. Aquellas canciones eran tan buenas y aquellas imágenes tan tristes que parecía inevitable que izquierdas y derechas, ganadores y perdedores de la Guerra Civil volvieran a hermanarse en torno a la idea de España, de la nación común que podía albergar a todos o a los hijos de todos, siempre que, como en esa película, el sentimiento superase al resentimiento.

Se iba instalando en mí la idea de que la fuerza para vivir todo lo nuevo que nos aguardaba sólo podría provenir de aquellos resortes sentimentales activados en los años recientes, en la dorada escasez y la desvencijada alegría de las Ramblas, en una Barcelona que acabaría rindiendo culto al ayer para asegurar el aliento de hoy y, tal vez, el consuelo de mañana.

Se vivía en clave de fundación. Afinando mucho, de refundación. Si entonces la hubiera conocido, habría empapelado gustoso la calle, la Universidad, con la frase de Cánovas, soberbiamente humilde: «Nosotros venimos a continuar la historia de España». Y tal vez porque la única forma de continuar una historia es seguir contándola, ese año aparecieron tres periódicos nuevos para la nueva situación: *Avui*, en abril; *El País*, en mayo; y, en noviembre, *Diario 16*, cuyo permiso, decían, se retrasó para favorecer a *El País*, apadrinado por Fraga.

Sin embargo, fue *Diario16*, quizás el más ingenuo y, por tanto, más representativo de aquella época de ingenuidades (también de arterías) el que puso música a tanta letra. Su publicidad se basó en una canción del grupo Jarcha: «Libertad sin ira», que acabó siendo el himno de la Transición a la democracia. Donde aún no la ha habido, sobre todo porque el nacionalismo ha impedido una vida política en democracia, sigue siendo una canción reivindicativa, de lucha, de amor a la libertad. Hoy, aunque no sepa su origen, casi todo el mundo sabe o ha reaprendido el estribillo:

Libertad, libertad sin ira, libertad.
Guárdate tu miedo y tu ira.
Porque hay libertad sin ira, libertad.
Y si no la hay, sin duda la habrá.

Pero no todos se saben la letra entera que es en sí misma una curiosa síntesis de las estupideces políticas, atropellos sociales, discriminaciones sexuales y aberraciones liberticidas que entonces se tomaban por normales y deseables, pero que, leídas hoy, producen estupor. Desprecio a los mayores y a la experiencia histórica, machismo patológico, guiños sexualmente analfabetos, banalización del presente, zafiedad en el análisis sociológico y memez vanidosa en lo político: de todo hay en estos versos pobres, redimidos, sin embargo, por un estribillo mágico, y por el aire de una época:

Dicen los viejos que en este país

hubo una guerra.
Y hay dos Españas que guardan aún
el rencor de viejas deudas.
Dicen los viejos que este país
necesita
palo largo y mano dura
para evitar lo peor.
Pero yo sólo he visto gente
que sufre y calla, dolor y miedo.
Gente que sólo desea
su pan, su hembra y la fiesta en paz.
Libertad, libertad, sin ira...
Dicen los viejos que hacemos
lo que nos da la gana.
Y no es posible que así pueda haber
Gobierno que gobierne nada.
Dicen los viejos que no se nos dé
rienda suelta,
que todos aquí llevamos
la violencia a flor de piel.
Pero yo sólo he visto gente
muy obediente
hasta en la cama.
Gente que tan sólo pide
vivir su vida
sin más mentiras
y en paz.
Libertad, libertad, sin ira, libertad.

Leído hoy, puede sorprender la fantasía fascioarcaica, «apolítica» de una gente toda masculina, puesto que «sólo desea / su pan, su hembra y la fiesta en paz»; que en España «sólo» se vea «gente / que sufre y calla, dolor y miedo»; o la base informativa que permite al letrista criticar que haya «gente / muy obediente / hasta en la cama», un rechazo que no sabemos si se hace en nombre de una concepción del sexo pugilística, diplomática o asamblearia. Pero lo más chocante es que entonces nadie se fijara en esos dislates.

Seguramente porque servía a la única causa que entonces se consideraba digna de ser servida: la de acabar con la Guerra Civil, enterrarla para siempre, sobrevivirla. Y como a eso sí servía la canción, lo demás era sólo música. Que además no sonaba mal.

LA DEMOCRACIA DEL MOVIMIENTO Y LA DERROTA DE LA OPOSICIÓN

El éxito de «Libertad sin ira» se prolongó tanto —hasta la primavera del 77— que coincidió en noviembre con el «Habla, pueblo, habla», canción oficial de la campaña del referéndum para la Reforma Política, que supuso la confirmación de la mayor sorpresa política de nuestras vidas: el franquismo era capaz de reformarse desde dentro y de dar paso a una democracia sin adjetivos, al modo occidental. Y eso lo hizo gente de camisa azul, del Movimiento, como el que desde el mes de julio era presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, o el presidente de las Cortes y arquitecto del cambio de régimen, Torcuato Fernández Miranda. Eso lo defendió en una brillantísima sesión parlamentaria, frente al archifranquista Blas Piñar, uno de los últimos ministros de Franco, Fernando Suárez. Y lo hizo en unas Cortes cuyos representantes «orgánicos» franquistas votaron por amplísima mayoría su propia disolución, es decir, irse a su casa. De no haberlo visto, resultaría increíble. Hoy, con lo que tenemos, lo resulta por completo.

La Transición con mayúscula, es decir, el paso de la Dictadura a la democracia sin solución de continuidad, sin vacío de poder, «de la Ley a la Ley», como repetía el suarismo con guion torcuatesco, dejó a todo el antifranquismo boquiabierto, sin apenas capacidad de respuesta, obligado a reconocer que en ese referéndum promovido por Suárez, la extrema derecha pidió el «no» y no llegó al 5 por ciento, pero toda la oposición más y menos clandestina pidió la abstención y no pasó del 20 por ciento. La Reforma promovida por los exfranquistas demostró que tenía un apoyo popular infinitamente mayor que la Ruptura, promovida por los antifranquistas. Hoy, ese

hecho parece también imposible, pero es porque, después de treinta años, los perdedores de entonces, con la estúpida complacencia de los ganadores, han conseguido borrarlo y tergiversarlo por completo.

En ese candente invierno del 76-77 me dieron por primera vez el carné del Partido, en el transcurso de un acto para la legalización del PCE/PSUC. Hoy puede también parecer absurdo que alguien que ya no es comunista, sino anticomunista, como yo entonces, acepte el carné de un partido ilegal cuyo emblema es la hoz y el martillo. Pero es que muchos veíamos el paso a la democracia que empezó a vislumbrarse tras el éxito del referéndum suarista para la reforma política como algo en lo que debía participar legítima e ineludiblemente el PCE.

En mi caso personal, obraba el respeto al sacrificio de tantos conocidos en la clandestinidad, como la amiga que fue detenida por la Brigada Político-Social cuando comía a mi lado; o como aquella otra que me metió en política, leía a Cortázar y me traía *plum cake* a casa en Zaragoza para sacarme de la cama y llevarme a la asamblea universitaria del día, la misma a la que en Barcelona le cayeron cuatro años de cárcel. Me consideraba en deuda moral con todos los que conocí, tuvieron peor suerte que yo y pasaron sus jóvenes años entre rejas. Estaba seguro, además, de que en el proceso para la democratización los comunistas iban a ser una garantía de éxito más que de sabotaje. Carrillo podía ser mucho más malvado que el portugués y prosoviético Cunhal, pero sus Partidos eran muy distintos, aunque Carrillo nunca lo entendiera. El dignísimo comportamiento del PCE en los funerales de los abogados asesinados en Atocha lo probó. En fin, la legalización del PSUC y la del PCE, el Sábado Santo Rojo, me emocionaron. Sobre todo, porque ya podía dejar el Partido sin cargo de conciencia.

9

EL PRIMER VIAJE A MADRID

En febrero, con un frío de perros, hice mi primer viaje adulto a Madrid para dar una conferencia sobre pintura en el Palacio de Cristal del Retiro. Era uno de los actos de la exposición «En la pintura» que, tras el éxito de «10 abstractos» en la galería Buades, marcó una presencia desigual, pero continua y creciente, de mis amigos pintores en la Villa y Corte. Poco antes de Navidad había hecho, con Javier Rubio, uno de los textos del catálogo de la exposición de Broto. Y pocos meses después, escribí el de Gonzalo Tena, también en Buades. Ambos son bastante continuistas con el dogmatismo pictórico, y también lo fue, en cierto modo, la conferencia en el Palacio de Cristal. A diferencia de lo ideológico y político, donde el cambio se había producido ya, en lo pictórico, tras el cortocircuito de la exposición de Maeght, todo seguía igual, quizás para no romper una relación muy importante en lo personal, que manteníamos entre algodones. Lo distinto fue la decoración del acto del Retiro; y lo mejor, la quiebra definitiva de la idea estúpidamente barcelonesa, por no decir catalana, que yo tenía entonces de Madrid.

Recuerdo, de una forma casi física, aquella primera tarde en Madrid. Tal vez por el frío; o por la recepción en Barajas de Ita y Chiqui Abril, creo que con Paloma Chamorro; o por la marcha inmediata al Retiro para la conferencia; o por el número que allí me

montaron los pintores rivales, a los que llamábamos «esquizos». Yo llevaba mi traje formal de invierno, seguramente comprado para vestirme de profesor de literatura: paño gris y jersey también gris de cuello alto. Calzaba unas botas negras y, para rematar el atuendo de presentación, el chaquetón maoísta negro que me había traído de China unos meses antes.

En primera fila, se sentaban algunos pintores a los que yo no había visto nunca. Entre ellos destacaba un tipo rubio, alto, de despoblado entrecejo y ralos alrededores. Era Enrique Quejido, hermano del pintor Manolo Quejido, que estaba allí con casi todos los pesos pesados de la pintura y la crítica de arte de nuestra generación. Enrique llevaba colgado en la solapa, al modo de los ciegos que vendían los cupones de los Iguales, un catálogo desplegable de más de medio metro, con varias docenas de cuadraditos de colores de la marca Titanlux. Llevaba el cartón cogido con un imperdible a su chaqueta y componía una estampa payasesca que buscaba satirizar la pintura-pintura y, naturalmente, ponerme a mí nervioso.

Por supuesto, yo hice varias menciones indirectas, en tono despectivo y como de pasada, a los graves desperfectos mentales que el acceso indiscriminado a pigmentos pictóricos, por tacto, visión o inhalación, podía producir en las personalidades frágiles. Pero a los pocos minutos de haber cruzado ritualmente los guantes de boxeo, el frío nos hacía añorar los de lana, y congelaba hasta la agresividad del conferenciante y de los conferenciados. Yo me apoyaba en los tacones de las botas para alejar de mis pies todo lo posible el suelo del pabellón del Palacio de Cristal, blanco por fuera y siberiano por dentro. No sé por qué (o sí: Madrid siempre impone, incluso entonces, cuando vivía sus horas más bajas), yo llevaba bastantes fichas para la conferencia, en buena parte para matizar lo erróneo o exagerado de nuestros planteamientos del 73-74. Sin dar la impresión de que nos rendíamos, claro, pero sin defender aquello en lo que ya no creíamos, sólo por llevarles la contraria a los de Madrid. La conferencia fue en clave psicoanalítica, pero cuando vi que todos

sufríamos, por el frío o por Lacan, decidí resumir y dar paso al diálogo que, tras los reproches de rigor, se centró sobre todo en cómo salir de allí.

La agresividad en el ámbito artístico era algo típico de la época y se parecía mucho a la de los grupos juveniles que quedan para pelearse porque sí, porque así son los ritos sociales primitivos. Sin embargo, o bien la insólita puesta en escena en la conferencia del Palacio de Cristal nos hizo reflexionar a todos (el numerito de Enrique Quejido fue pública y repetidamente lamentado por los madrileños como una «falta de educación» hacia los barceloneses), o bien la imperiosa necesidad de calentar nuestras extremidades tuvo efectos balsámicos. El caso fue que en torno a aquella exposición se formó un círculo de amigos —los de Buades y TVE— y otro de afines, aunque todavía algo enfrentados —Bonet, Rivas, Alcolea—, con los que sólo un par de años después estábamos colaborando en términos fraternales. También empecé a tener una idea borrosa pero distinta de la convencional sobre Madrid y, desde ese febrero de 1977, nuestra relación con los amigos y afines de la capital se hizo cada vez más fluida, más agradable y más fructífera.

Ese verano, el padre de Juan Manuel Bonet, el catedrático de Arte Antonio Bonet Correa, dirigió un curso de verano sobre nuevos movimientos estéticos en el Palacio de la Magdalena de Santander, y, por iniciativa de su hijo, nos invitó a varios del Grupo Trama a dar una charla y pasar algunos días de cómoda disipación junto a Pleynet y otra gente. Pero si nos íbamos aproximando cada vez más en lo relativo a la pintura, sobre todo nosotros a ellos, distinto era el caso en el ámbito de la política, donde ellos mantenían posiciones más rígidas que las nuestras.

Dentro de la irremediable vocación intelectual de *épater*, defendí en la conferencia de Santander nuestra ruptura inequívoca con el pasado izquierdista. Dije, sin necesidad de consultarlo con nadie, que, si eso suponía defender la libertad, «nosotros éramos de derechas». También exhibimos nuestra simpatía por UCD, aunque el único acercamiento al Partido fue una visita de Alberto Cardín a su

sede para pedir corbatas. Como se habían terminado, tuvimos que limitarnos a la cercanía ideológica.

Aunque muy trabajosamente, nuestro proceso de clarificación en todos los ámbitos —literario, pictórico, psicoanalítico, ideológico y político— seguía adelante y se preparaba para dar un salto considerable. Entre febrero y marzo apareció el número 10-11 de *Revista de Literatura*, correspondiente al «otoño-invierno 76-77», que sería el último. Su texto final es, curiosamente, una entrevista que nos había pedido un diario, y que respondimos Alberto, Álex y yo por escrito. No sé por qué la entrevista no llegó a publicarse. Se titula «Un raro ejemplar universitario» y, de hecho, es la despedida de *Revista de Literatura*, aunque no de nuestra actividad editora. En la contraportada aparece «de próxima aparición» otra revista: *Paragramas*, cuyo consejo de dirección formaríamos Alberto, Álex, Sandra Capel (seudónimo de la hermana de Álex), Javier Rubio y yo. Aunque lo digan algunos libros sobre la época, aquello nunca pasó de anuncio. Es el título provisional de lo que, al final, sería *Diwan*.

En la última respuesta, Álex (A.S.V.) da la razón real del cambio de proyecto:

> *Sin que esto suponga una retirada de la universidad, (...) una parte del comité de redacción, (...) intentaremos el año próximo una salida en plan editorial y con distribución comercial, con una nueva revista. Durante este año pasado hemos venido colaborando con el grupo de pintores que han lanzado la revista* Trama*, cuyo número o apareció hace algunos meses financiado por Maeght y que sólo ha encontrado eco en un artículo reciente de J. M. Bonet aparecido en* Historia 16*. Creemos que esta dispersión de fuerzas en revistas de pequeña tirada y producción artesanal (...) no merece la pena, a no ser que no se tenga más remedio. De existir el remedio, y en esto estamos, el terreno de difusión de una revista, y sobre todo de una revista de intervención, no puede ser sólo la universidad o las pequeñas capillas de iniciados. Sobre todo, si tenemos en cuenta que el aparato de control cultural está, hoy en día, más en manos de las editoriales que en su lugar tradicional, la Universidad.*

En las preguntas que respondo yo hay algunos párrafos que, más allá de los dilemas teóricos, apuntan futuras inquietudes políticas. Insisto en el valor del psicoanálisis como forma de llenar el vacío de una «teoría del sujeto» en el marxismo y abronco a los «marxistas occidentales» por no querer saber nada del Gulag, de Soljenitsin, de la religión y de la represión psiquiátrica en la URSS (se ve que yo tampoco quería enterarme de la naturaleza del marxismo en general). Pero ante la pregunta: «En la revista publicáis también textos en catalán, pero muchos menos que en castellano, ¿cuál es vuestra postura al respecto?», ésta es mi respuesta completa:

> *En los últimos números de la revista han participado algunos de los escritores catalanes más interesados por la vanguardia literaria y significados como tales: Jordi Llovet, Antoni Munné y Biel Mesquida, con quienes mantenemos algunas afinidades de lecturas y perspectivas literarias. Ocurre que somos más, o más prolíficos, los castellanoparlantes de la redacción. Nuestro propósito para los números próximos es autonomizar las dos partes de cada lengua, de modo que puedan salir incluso números completos dedicados a una sola. No obstante, el tema de la relación castellano-catalán en Barcelona, y en Cataluña en general, aunque no sea actualmente el caso de nuestra revista, es conflictivo y en el futuro (democrático) lo será posiblemente de un modo más claro que ahora, en que aún se mantiene, por más que débilmente, la represión del catalán por parte del aparato fascista, confundiendo la verdadera relación de fuerzas y los conflictos futuros entre las dos lenguas.*
>
> *Todo ello queda extraordinariamente claro en el artículo de Aurelio Pérez Fustegueras que* Triunfo *ha publicado en el número 710. Este artículo será histórico, porque saca de una sola vez a la luz, y con una inteligencia y valentía admirables, todas las cuestiones que yacen en el fondo del conflicto, puesto que de conflicto se trata, hasta ahora inconfesado o bien confesado desde el fascismo —flaco servicio al castellano y a los castellanoparlantes residentes en Cataluña— y, algunas veces, desde la imposición demagógica de un futuro difícilmente asimilista. Sobre el «asimilismo» que tan lúcida y lucidamente ha analizado Fustegueras y el futuro del castellano imagino que volveremos, si no nosotros mismos, sí otros muchos, catalanes y castellanoparlantes (que no castellanos) porque, como queda bien claro en la polémica, hay mucho que discutir. Y que sea para bien.*

10

NOVIEMBRE DE 1977.
EL ADVENIMIENTO DE TARRADELLAS

El 23 de octubre de 1977, el presidente de la Generalidad en el exilio, Josep Tarradellas, aterrizó en Barcelona. Traía bajo el brazo la restauración legal, es decir, desde la legalidad vigente de la institución republicana que él presidía desde la renuncia de Irla, que se proclamaba democrática, pero que se lanzó al golpe de Estado en 1934, apenas la izquierda perdió las elecciones frente a la CEDA y Lerroux. Y que se convirtió en coartada legal del régimen de terror revolucionario vigente en Cataluña desde 1936; primero, con los anarquistas de la CNT-FAI perpetrando robos, violaciones y asesinatos por millares; luego, desde mayo de 1937, con la dictadura comunista de las checas, que contaron siempre con el respaldo de la Generalidad y del Gobierno central de Negrín.

Tarradellas había sido *conseller en cap* —presidente del Gobierno, digamos— de la Generalidad presidida por Companys, y aunque no se les atribuyeran crímenes directos, o no tantos y tan atroces como a socialcomunistas y anarquistas, se les consideraba responsables morales del terror rojo por haber respaldado legalmente cualquier medida despótica y colectivista de la izquierda revolucionaria. Del asesinato masivo de católicos y gente de derechas a la impunidad de asesinos, ladrones y violadores de izquierdas, de la

colectivización de empresas a la entonces radical Ley del aborto, muchas eran las atrocidades —unas, políticamente discutibles; otras, del todo imperdonables— que podían achacarse a Companys y, por ende, a Tarradellas; pero en aquella atmósfera de perdón y olvido generalizados, típica de la Transición, lo que realmente inquietaba era el separatismo de ERC (Esquerra Republicana de Catalunya), el partido al que pertenecía Tarradellas y que había presidido la Generalidad desde 1931, en la República, en la rebelión del 34, en la revolución del 36, en la guerra y en el exilio.

La cuestión de fondo era sencillísima, pero de difícil solución: ¿iba Tarradellas, al frente de la Generalidad, a colaborar en el afianzamiento de la democracia en España o se lanzaría a la aventura separatista —como sus predecesores en el partido y en el cargo, Macià y Companys— en cuanto les llevaran la contraria, perdieran unas elecciones o se vieran con fuerza para intentarlo? Tarradellas había negociado sutil y trabajosamente con Suárez el restablecimiento de la Generalidad, aunque no de la legalidad republicana que la sustentaba, lo cual resultaba bastante absurdo, incluso sin contar con que aquella legalidad y aquella Generalidad sólo habían coincidido en la rima en consonante.

Pero, claro, si de la legalidad de la Dictadura podía pasarse a la legalidad de la democracia, ¿por qué no se podía volver a cierta legalidad republicana, aunque sin República, a una institución autonómica dentro de la Constitución del 32, aunque ésta ya no rigiese y aunque aún no se hubiera terminado y votado la nueva Constitución de la democracia? Nada había imposible si el propósito era constructivo y se abordaba con buena voluntad. Tarradellas acabó convenciendo de la suya en Madrid, algo que sólo meses atrás hubiera parecido imposible, y entonces tuvieron que aceptarla en Barcelona. Esta situación imprevista, pese a las ampulosas declaraciones de amor y fidelidad a la institución histórica, desconcertó a aquellos políticos nacionalistas recién ungidos por las urnas, con su Asamblea de Cataluña como plataforma rupturista

dormida y activable a voluntad. Vamos, que no querían ver a Tarradellas ni en pintura.

Por otra parte, los resultados de las elecciones en Cataluña, con una aplastante victoria de las siglas «estatalistas» (PSOE, UCD y AP, si es que no se contaba al PCE), se habían disuelto rapidísimamente en el discurso político y mediático de un nuevo y autoinvestido poder, que iba desde la derecha de Pujol a la izquierda del PSUC y que, a espaldas de la ciudadanía y de los programas políticos respaldados por ella en las urnas, consagró, en nombre de una Cataluña «progresista» que no era más que la mezcolanza de nacionalismo e izquierdismo que convenía al PSUC, una nueva legitimidad de hecho, difusa e implacable.

Según ese canon de lo «políticamente correcto», todo lo nacionalista era catalán y, por tanto, bueno. Todo lo que criticaba o se oponía al nacionalismo era anticatalán y, por tanto, malo. Esa hiperlegitimidad feroz y despótica sólo cabía combatirla desde un discurso radicalmente deslegitimador de ese naciente despotismo. O tal vez desde una legitimidad catalanista anterior y superior a la de Pujol y el PSUC, que era la de la Generalidad histórica representada por Tarradellas.

La muerte en trágico accidente del socialdemócrata Pallach, dirigente del PSC-Reagrupament y mucho más sólido que los Raventós, Serra y Obiols del PSC-Congrés, no digamos ya que Triginer, líder de la Federación catalana del PSOE, dejaba solo a Pujol como personalidad política más destacada del nacionalismo posfranquista. Y tanto su infinita ambición personal como su absoluta falta de escrúpulos lo perfilaban como el líder más sólido de una Cataluña hecha o rehecha a su imagen y semejanza.

El proyecto de Pujol, aunque siempre subordinado a su voluntad de poder personal, era íntimamente separatista, radicalmente intervencionista y dibujaba una Cataluña contraria y ajena al futuro español, del que no formaría parte salvo para quejarse del pasado y conseguir los mejores términos económicos para el presente.

La genialidad de Pujol es que iba a hacerlo en términos de fingida lealtad, forjándose una figura de «estadista» catalán y «político serio» español que, en realidad, sólo tenía dos claves: cultivar las debilidades económicas, morales y políticas del Rey y convertirse en complemento de cualquier mayoría parlamentaria en Madrid sin llegar a formar parte de ningún gobierno, aunque arrancándole continuas concesiones legales en materia de soberanía, que él presentaba como herramientas de gestión. Ofreciéndose a negociar con cualquier gobierno español pero sin llegar nunca a comprometerse con él, Pujol fingía sacrificarse para evitar la ruptura del proyecto democratizador español, cuando en realidad sólo en una especie de modelo perpetuamente constituyente, de imprecisa legalidad constitucional, podía desarrollarse y se desarrolló su proyecto separatista.

A los políticos de Madrid los engañó siempre, porque todos ellos estuvieron encantados de que Pujol les aparcase, es decir, les aplazase, el problema separatista catalán. A los catalanes que no eran separatistas no los engañó nunca. Cuando Pujol se proclamó socialdemócrata «al estilo sueco», Josep Pla, el mejor prosista catalán del siglo XX, se asombró con su sorna habitual de que nacieran suecos en Cataluña, y Pujol lo echó de la revista *Destino*, si bien fingió que lo hacía como concesión a sus aliados comunistas del PSUC. Víctor Alba, viejo líder del POUM, comparó a Pujol con el fingidamente servil Iván Kalita, forjador de Rusia a la sombra del imperio mongol. Y Tarradellas lo vio siempre como el caudillo de un proyecto político letal para Cataluña y España.

Naturalmente, Pujol se empeñó en neutralizar a Tarradellas y, en contrapartida, el PSC y la UCD, los dos partidos ajenos a la alianza de fondo Pujol-PSUC, se refugiaron a la fresca sombra del liderazgo histórico de Tarradellas para defenderse del caudillazgo de Pujol. Eran, sin duda, las dos personalidades políticas más relevantes de la Cataluña de los años setenta. Tenían, también, dos visiones radicalmente distintas del futuro catalán y español. Añádase que, en

lo personal, Pujol odiaba obsesivamente a Tarradellas y que éste despreciaba a Pujol.

En su libro póstumo *Recuerdo de un retorno* (Planeta, 1990) Tarradellas transcribe unas notas sobre la visita que Pujol le hace en París tras el sorprendente viaje a Madrid del presidente de la Generalidad en el exilio (del que no avisó a Pujol ni a nadie y que, por eso mismo, salió bien y encauzó una recuperación institucional en la que casi nadie creía) y, encima, lo hizo después de celebradas las elecciones generales de junio de 1977, ganadas por el PSC, seguido por el PSUC y luego por Pujol y UCD, curiosamente empatados para el tercer y cuarto puestos. El testimonio es deliciosamente cáustico:

> *6 de julio de 1977*
>
> *Jordi Pujol se presentó en París el día antes de la reunión con la Comisión Permanente de la Asamblea de Parlamentarios.*
>
> *Sabía que vendría. Son tantas las cosas que me han sucedido con él que lo conozco a fondo. Nada que de él venga me sorprende. Conozco sus resortes psicológicos y estaba seguro de que se presentaría en cualquier momento.*
>
> *No venía a reconciliarse, ni a ofrecerme un pacto, ni a curar viejas heridas producidas por su trato. Nada de eso.*
>
> *Venía porque, en el fondo, siempre ha sentido por mí una extraña fascinación mezclada con un odio explícito. Como el nacionalista que dice ser, no podía por menos de admirar mi tenacidad, el tesón que ponía en la defensa de nuestras instituciones, la vigilancia constante que ejercía sobre todas las intrigas políticas que se urdían en Barcelona.*
>
> *Por otra parte, yo era el Presidente de la Generalitat y él sabía muy bien hasta qué punto encontraría en mí un defensor de todas y cada una de las prerrogativas del cargo. Y eso, a él que deseaba ocuparlo, le resultaba insoportable.*
>
> *He ahí su drama de todos estos años. Por un lado, no me atacaba, porque no podía hacer otra cosa. Por otro lado, yo era para él un estorbo tremendo. Ningún político catalán ha librado una lucha tan constante y tan metódica como Jordi Pujol para impedir mi regreso a Cataluña. Y lo llevaba*

a cabo intentando dar la impresión de que hacía exactamente lo contrario, con una hipocresía tan grande como su desmesurada ambición.

Así las cosas, no es de extrañar que, en los tres años en que ocupó el poder, hasta las elecciones autonómicas de 1980, Tarradellas fuera el bastión simbólico de la resistencia al nacional-comunismo de Pujol y el PSUC, que mientras tanto iba copando o deshaciendo los muchos y frágiles medios de comunicación creados en los años anteriores y sentando las bases para lo que vino después: la marginación en la vida pública de la media Cataluña castellanohablante, la feroz persecución de todo lo que se opusiera al nacionalismo y a la izquierda, el victimismo antiespañol como técnica, el franquismo como coartada y el separatismo como estrategia de futuro para Cataluña.

En una de sus frases rimbombantes, Ortega fue y dijo: «España es el problema y Europa la solución». Pues bien, para Pujol y sus chequistas del PSUC, España era el problema y Cataluña era la solución de todos los problemas... de Cataluña. ¿Cómo? Echándole la culpa a España. ¿De qué? De todo. De lo pasado, lo presente y lo futuro. Si algo resulta reprobable en un comportamiento catalán, es lo que tiene de español, y si algo en lo español no resulta repulsivo, es lo que pueda tener de catalán. Asombra que siendo España tan poca cosa y tan mala haya podido entorpecer el libre desarrollo de tantísimas cosas buenas en la fuerte, valiosa y valerosa Cataluña. ¡Y así un siglo tras otro!

La razón sería que el virus nefasto de lo español está dentro del sano organismo catalán y lo parasita, lo enferma, lo anula. Sólo mediante el exterminio de esa Cataluña enferma de españolidad podrán alcanzarse los luminosos objetivos de la *Catalunya Gran*, *The Great Catalonia*, esa archinación de naciones llamada *Països Catalans*. Y como la limpieza étnica, política, lingüística y cultural de esa parte íntimamente ajena y supuestamente nociva para el desarrollo de lo genuinamente catalán es condición indispensable

para construir algo, todas las energías deben concentrarse en la sana amputación preventiva del presente. ¡Ya vendrá el futuro!

Pero las ideas que sobre Cataluña y España había ido madurando Tarradellas en el amargo velorio del exilio tenían poco que ver con ese proceso ya puesto en marcha por Pujol y sus íntimos aliados comunistas. En la Introducción al libro citado *Recuerdo de un retorno* escribe:

> *El problema que nosotros, catalanes del siglo xx, hemos heredado de nuestros antepasados consiste en formar parte de España sin que esa vinculación signifique una merma de nuestra libertad. Mi convencimiento de que el problema catalán es un problema español no resulta sólo de la observación de la realidad política inmediata, sino que se desprende de un frío análisis de nuestra historia. Cataluña habría podido ser de muchas maneras, porque su situación lo hacía posible, pero de todas las maneras posibles una ha sido impuesta por la fuerza imperativa de los hechos, y ésta es la presente. Por otra parte, si no me he cansado de repetir que mi convicción de que la autonomía política de los catalanes no tiene nada que ver con las aspiraciones autonómicas de otros pueblos de España es porque no tengo conocimiento de que su historia los determine interiormente a la autonomía con la intensidad y las características a que estamos acostumbrados los catalanes. Los catalanes no renunciaremos nunca a nuestros derechos, a nuestras instituciones y libertades. Y no renunciaremos a ellos dentro de España.* (*Ob. cit.*, p. 13.).

Esta última frase es la clave de todo el conflicto nacionalista y de su condición llevadera o intransitable. No renunciar a las libertades «dentro de España» es o debería ser como no renunciar a España dentro de la libertad, del régimen liberal y democrático recién nacido. Un catalanismo que no renuncia a sus libertades históricas, sea ello lo que fuere, pero que tampoco renuncia a que se desarrollen dentro de España es un socio leal con el que se puede llegar a acuerdos duraderos que no menoscaben ni el pasado común ni el presente de una ciudadanía en libertad. En la medida en que no se pone en duda la empresa común, España, hay margen para encajar el

deseo histórico de singularidad y la necesidad imprescriptible de igualdad ante la ley sin la que no hay democracia posible.

Y algo más: Cataluña puede pedir al resto de España lo mismo que ella está dispuesta a dar a los españoles, de nacimiento o adopción, afincados o de paso, que en ella viven. Pero si los españoles que viven en Cataluña pero han nacido fuera de ella no pueden alcanzar la plenitud de su condición ciudadana en régimen de igualdad con los catalanes de nacimiento, sea por razones de origen o de idioma, ni puede hablarse de ciudadanía en Cataluña ni, mientras Cataluña sea parte de España, podrá hablarse de ciudadanía española. Porque no puede haber en un Estado de derecho parcelas al margen de la ley, zonas donde ésta no proteja a los ciudadanos, y porque lo que define al ciudadano frente al súbdito es que su libertad individual y sus derechos legales son sagrados. No hay «derechos históricos» que primen sobre los del individuo y lo releguen a una perpetua marginación legal. Al menos, en un régimen de libertades. Y fuera de las libertades sólo existe la violencia, los hechos consumados, la dictadura roja o blanca, pero dictadura al fin. Eso lo supo entender muy bien Tarradellas. Eso nunca lo quiso entender Pujol.

ANÉCDOTA Y SUSTANCIA DEL *JA SÓC AQUÍ!*

El discurso de Tarradellas del «*Ja sóc aquí!*», pronunciado al anochecer del 23 de octubre de 1977 en el balcón de la Generalidad, al que llegó tras un apoteósico paseo desde el aeropuerto del Prat, planteó ni más ni menos que la forma en que podía resultar democráticamente aceptable para la Cataluña y la España de entonces la institución secular que presidía. Pero lo hizo con una claridad que nunca ha vuelto a usar en el Poder ningún político nacionalista o de rango similar al suyo. Ésta es la traducción literal de su alocución:

> *Ciudadanos de Cataluña: ¡ya estoy aquí!*

¡Ya estoy aquí! ¡Porque yo también quiero el Estatuto! ¡Ya estoy aquí!

Para compartir vuestras penas, vuestros sacrificios y vuestras alegrías por Cataluña. ¡Ya estoy aquí!

Para trabajar con vosotros por una Cataluña próspera, democrática y pletórica de libertad. ¡Ya estoy aquí!

Por esta Cataluña que tiene que ponerse a trabajar más que nunca para lograr fuerza y prosperidad. Para que sea un ejemplo para todos los pueblos de España. Para que la unidad que hemos forjado en las horas difíciles de nuestra lucha y que nos ha conducido a la victoria sea más sólida que nunca. ¡Ya estoy aquí!

Que juntos con todos aquellos, catalanes y no catalanes, que durante tantos y tantos años han luchado para que pudiera llegar este día, este estallido de júbilo y de entusiasmo, sepamos hacer, como he dicho antes, más próspera y más fuerte nuestra Cataluña.

Ciudadanos de Cataluña: permitidme que os pida que en estos momentos de júbilo tengamos también la serenidad de reflexionar y ver las graves responsabilidades que pesan sobre nosotros. Creemos que este triunfo lo hemos logrado gracias al sacrificio de tantos y tantos ciudadanos que han dado su vida por Cataluña.

Ciudadanos de Cataluña: quisiera que en estos momentos de gozo y responsabilidad penséis que tenemos otros deberes fuera de Cataluña. Nosotros tenemos que ser la avanzada del bienestar, de la prosperidad y de la democracia de todos los pueblos de España.

Y para terminar, permitidme que os diga que del fondo de mi corazón brota el más profundo reconocimiento por vuestra fidelidad, por vuestra fe en nuestro pueblo, en la libertad y en la democracia.

¡Muchas gracias a todos! ¡Viva Cataluña!

La importancia que doy a la figura de Tarradellas y a aquel discurso de otoño barcelonés no es cosa de hoy. Hace doce años, en el «Prólogo Sentimental» a la edición de *Lo que queda de España* de 1995, evocaba así aquella jornada y aquel discurso:

Recuerdo el día de su llegada, retransmitida por televisión, su salida al balcón del palacio de la plaza de San Jaime y sus primeras palabras: Ja sóc aquí! Ciutadans de Catalunya, ja sóc aquí! *Como prueba de la estupidez que suele acompañar siempre a la política y el culto a la superficialidad que nos*

distingue, de aquel regreso y de aquel hombre sólo ha quedado el Ja sóc aquí!*, seguramente improvisado, mientras se ha relegado al olvido su primera y definitiva gran frase política, sin duda pensada y repensada, fruto de la razón y de la pasión, de la experiencia y de la generosidad, del patriotismo en el mejor sentido del término:* Ciutadans de Catalunya! *Ésa era, precisamente, la cuestión: ser ciudadanos y no súbditos, vivir en libertad y no en libertad vigilada, en igualdad y no bajo discriminación, en concordia, al margen de los sentimientos de nacionalidad, de lengua o de cultura.*

Cuando uno piensa en lo mucho que tuvo que resistirse Tarradellas, ya anciano, tras cuarenta años de exilio, a decir desde el balcón Catalans!*, porque era consciente de la diversidad nacional y pluralidad cultural de esa Cataluña con respecto a la de los años treinta y porque para él la convivencia futura pasaba, primero, por la ciudadanía, es decir, por los derechos civiles y las libertades individuales, y luego, sólo luego, por la efusión nacional o nacionalista, uno se siente a la vez admirado, agradecido y profundamente reconocido, porque precisamente ése era el espíritu de aquella ciudad y de aquel tiempo*. (1995, pp. 55-56).

Muchos años después de haber escrito estos párrafos, cualquier añadido parece superfluo. Pujol ya no está en el Poder y, aparentemente, su partido tampoco. Pero sólo aparentemente. Tarradellas y Pujol representaban dos formas de entender la política y de abordar el futuro, el de Cataluña y el de España. Se impuso Jordi Pujol. El nacionalismo que él y el PSUC propugnaban ya durante la Transición acabó con aquellos años improvisados y milagrosos, arrasó la pequeña civilización caótica de la Barcelona setentera y ha prevalecido hasta hoy. No sólo desde el año 1980, insisto, cuando Pujol consiguió por fin ganar unas elecciones, imponer un programa nacionalista en diversos grados a todos los partidos si no querían ser expulsados del sistema (sólo el PP lo hizo de forma discontinua y luego Ciudadanos) y, como dueño del discurso legitimador, implantar un régimen de poder personal que duró más de veinte años. El plan para *nacionalistizar* Cataluña (que no nacionalizar ni renacionalizar) estaba ya claro en 1976. Faltaban la sumisión de Cataluña y la rendición de España. Y ambas se han conseguido.

Tarradellas, en su libro de recuerdos, dice del que sería su sucesor y anulador:

> *Una constante de la acción solitaria de Jordi Pujol es no hacer nunca caso a nadie y creerse en posesión de toda la verdad cuando se trata de Cataluña. Así le han ido las cosas, desde Banca Catalana hasta la división que ha creado en Cataluña.*
>
> *Tiene, sin embargo, la fuerza del hombre que sabe hacerse con los demás, que amenaza, que presiona por cualquier medio. En esto consiste la dictadura blanca a la que me he referido en algunas declaraciones públicas, tema del que volveré a hablar. No soy de los que creen que criticar a Jordi Pujol signifique criticar a Cataluña, como creen curiosamente casi todos los dirigentes de los partidos, incluida la izquierda catalana* (p. 194).

Pujol crea la Cataluña bajo presión, en perpetuo estado de amenaza nacionalista, con una sociedad dividida entre los que aceptan y participan de su aplastante hegemonía y los pocos que la critican y se atreven a combatirla. Éstos han de ser implacablemente perseguidos, atacados, calumniados, linchados, deformados hasta la caricatura; destruidos tanto en lo personal como en lo político, presentados a través de unos medios de comunicación incondicional y servilmente adictos como no-personas, no-catalanes, no-ciudadanos, no-demócratas, nostálgicos del franquismo, del fascismo, de lo que sea, aunque su biografía acredite justamente lo contrario.

Cualquier mentira está justificada por el bien de Cataluña, que es el del que manda en ella. Ésa es la «dictadura blanca» que Tarradellas denunciaba en Pujol y que le ha sobrevivido como forma despótica de gobierno, sobre las cosas y sobre las personas, sobre el presupuesto y sobre los presupuestos morales que deben regir la actuación ciudadana. De Pujol a Maragall y Montilla, y de nuevo al pujolismo, finalmente golpista, han cambiado, en apariencia, perros y collares, pero la dentellada a España como forma de identificación tribal sigue idéntica, con el prestigio ilimitado de todo crimen sin castigo.

Naturalmente, hoy sabemos mucho más que entonces sobre lo que realmente pensaba y quería hacer Tarradellas en la Generalidad, y también sobre lo que su íntimo enemigo Pujol iba a ser capaz de hacer y, sobre todo, de deshacer. Ambos lo demostraron en los años siguientes. El uno, por desgracia, durante poco tiempo. El otro, por desdicha, incluso después de su larguísima estadía en el poder.

En la tarde del advenimiento de Tarradellas, mi casa, como muchas, se quedó vacía. Todos querían ver la llegada del anciano político o verse a sí mismos viéndolo, para después contarlo. María fue con algunas amigas y yo me quedé solo, escribiendo. Pero los acontecimientos de masas tienen un carácter perturbador sobre las actividades solitarias. No podía concentrarme y tampoco quería unirme a la manifestación, porque las multitudes no me gustan. Bajé a comprar leche o alguna otra cosa a la granja —que así llaman en Cataluña a las pequeñas tiendas de lácteos y comestibles—, pero estaba cerrada. Todo lo estaba. Sólo los bares se mantenían abiertos, ya que el acto de la plaza de San Jaime iba a retransmitirse en directo por televisión. Pero no todos los bares. Aquella tarde vi por primera vez que la gente se veía en la necesidad de identificarse en mayor o menor medida con el proceso en marcha, que la jornada política en Barcelona no tenía nada que ver con la democracia, sino con el catalanismo y con el nacionalismo en general.

Al volver de mi infructuosa expedición comercial, me encontré con la portera. Era una mujer muy del sur, entre murciana y andaluza. Vestía siempre en tonos de ese color oscuro que no es luto, aunque lo recuerde, ni tampoco negro, aunque se le acerque, del que parecen tener la exclusiva las porteras clásicas. La cara arrugada, los ojos pequeños y vivos, algo encorvada pero nervuda, vigorosamente torcida, su gesto oscilaba entre la suspicacia tranquila y la intranquilidad vigilante, signo de su gremio. Como éramos los únicos inquilinos que quedaban en la casa, se imponía el diálogo:

—Vaya, parece que nos hemos quedado solos.

—Pues sí, vaya, no queda nadie.

—Ya.

—Sí.

—Pues mi mujer se ha ido a lo de Tarradellas, pero, la verdad, a mí tanta gente junta me gusta poco. Y lo del nacionalismo, pues qué quiere que le diga, no es lo mío.

—Vaya.

—Sí.

—Sí.

—Tendrá usted poco trabajo esta tarde. Están cerrados hasta los bares, así que yo me subo a casa. Que no se aburra mucho aquí sola.

—No, no, si yo estoy esperando un recado y en cuanto llegue, cierro y me voy.

—¿También usted acude a lo de Tarradellas?

—Sí, sí. Es que nosotros somos... muy de esto.

—¿De esto? ¡Ah, de esto! Ya, ya. No sabía.

—Pues sí, sí.

—Pues nada, me subo. Hasta mañana.

—Hasta mañana. Adiós.

Efectivamente, a diferencia de mi portera, yo no era «muy de esto». En realidad, «esto» que estaba pasando no me gustaba nada. Había estado en la clandestinidad contra Franco, había defendido la cooficialidad del catalán e incluso el Estatuto de Autonomía, había hecho muchas cosas de riesgo que, verosímilmente, no había hecho mi portera. Pero ella estaba dispuesta a ser —o parecer— «muy de esto» y en familia. No fuera a ser...

Indudablemente, aquel día empezó una nueva época. Si hasta los más humildes inmigrantes se veían en la necesidad de asegurar y demostrar que eran «muy de esto», sin saber de qué «esto» hablaban, porque era una incógnita el comportamiento del presidente retornado, malo. Señal de que hasta ahí había llegado la riada de las libertades en Barcelona. Y efectivamente, pronto empezó a descender vertiginosamente, aunque no por culpa de Tarradellas, que desde esa misma jornada y desde su primer discurso fue también el presidente de todos los que no habíamos querido ir a recibirle.

En fin, subí la empinada escalera hasta el cuarto que era un quinto, entré en casa, hice té, puse la televisión sin sonido y me puse a trabajar en el ensayo sobre Azaña y la idea de España que debía abrir nuestra nueva revista. Tras barajar muchos nombres y descartar *Paragramas* y *Otrosí*, iba a llamarse, finalmente, *Diwan*.

11

DIWAN

Una revista es como una ciudad: en ella encontramos ámbitos distintos, trayectorias diferentes, vías con horizonte y callejones sin salida, plazas recoletas y descampados ateridos. *Diwan* era, fue desde el principio, la ambiciosa traslación al papel de aquella Barcelona nuestra que era un paisaje humano más que geográfico, una agrupación de voluntades diversas para sostener precisamente su diversidad frente a toda adversidad.

El nombre de la revista no nació de la fascinación que padecí en aquellos años por la poesía arábiga en España, aunque no estorbaría, sino del poemario de Goethe *Diwan de Oriente y Occidente*, que, al margen de significar una reunión de poemas y hasta de poetas, me parecía una labor admirable de cantería para acarrear materiales nobles de otra cultura a una forma de expresión bien cimentada, interiormente sólida que, por ello mismo, puede estar abierta al exterior. A Cardín le gustaba la evocación del diván del psicoanalista. Y a Broto, que podría jugar con la segunda uve en el diseño de las portadas, aunque luego jugó con todo menos con la uve doble.

Tanto a Cardín como a mí, que salía de la tesis de licenciatura atiborrado de semiolotodo y parafarmacia estructuralista, nos gustaba también el guiño sutil a Jacques Derrida, tan de moda entonces con su «différance» (aunque lo correcto en francés es

escribir «différence», con «e», suenan igual), que era algo así como la clave escaparatista de su «desconstrucción» del logos occidental.

Las versiones española y argentina de sus dos libros fundamentales, *L'écriture et la différance* y *De la grammatologie*, dudaban ante ese juego fonético imposible en español y utilizaron «diferancia» o «diferencia» en cursiva, acrecentando el prestigio de lo intraducible. Hoy creo que el ingenio parisino de Derrida le permitió colarnos como reflexión filosófica abismal lo que no pasaba de galicismo comentado. Y tanto chiste privado y guiño culto tampoco benefició a la revista, porque desde el primer número comprobamos que los lectores mejor dispuestos no sabían cómo pronunciar su nombre: «diván» o «digüán». Como la cosa ya no tenía remedio, lo utilizamos a lo Pangloss para catalogar las especies que se nos acercaban: si decían «digüan», eran cursis o acomplejados; si «diván», más de fiar.

¿Y la revista? ¿Era de fiar su anuncio de que publicaría cuatro números al año? Pues, increíblemente, sí. En tres años publicamos doce números, tres de ellos dobles, de excelente factura, papel y diseño, que hoy puede exhibir el coleccionista de curiosidades de imprenta. El milagro de su continuidad se debió fundamentalmente a la generosidad de nuestros editores, José Miguel Alcrudo y Marián Torrens, que desde la librería Pórtico de Zaragoza nos ayudaron a plasmar aquella ambición intelectual de grupo, ferozmente voluntariosa y conmovedoramente imprecisa. En realidad, el género de la revista-libro capaz de influir en la actualidad intelectual, típico del siglo XX (*España* y *La revista de Occidente* como modelos), vivía sus últimos años. La mejora de la sección diaria de Cultura en los grandes periódicos nacionales, que desembocaría en los suplementos semanales, sacaba fatalmente del mercado real a publicaciones como la nuestra y otras muchas que en aquellos años frenéticos salieron a la luz, no menos de una docena apreciables y dos docenas respetables. Por regla general, no duraban más de dos números, a veces sólo uno, bien porque se fundían los fondos al primer envite, bien porque fallaban el mecenas o el editor, que a veces era el mismo.

Pero lo que rompe fatalmente a las revistas es, en última instancia, el protagonismo y la dirección de una aventura forzosamente colectiva y, por tanto, necesariamente política.

ANATOMÍA DE UNA REVISTA

Cuando hablo de revistas de pensamiento, no me refiero a las que nacen, crecen y sobreviven como expresión de una cátedra universitaria o como medio de promoción académica, para acreditar publicaciones dentro del gremio y prosperar en la burocracia. Ésas no morirán nunca, pero tampoco han nacido jamás. Las revistas libres nacen de la indefensión de sus creadores y rara vez sobreviven al fin de esa indefensión. La razón de fondo del carácter fugaz de las revistas serias es muy complicada de explicar porque si no se ha tenido la experiencia resulta difícil comprenderla y, si se ha tenido, suele ser una experiencia que se quiere olvidar. Pero como yo he fundado tres y me vive una, *La Ilustración Liberal*, trataré de explicar brevemente qué era una revista de pensamiento en tiempos de la imprenta, antes de internet. La red lo ha cambiado casi todo, pero no el mecanismo que lleva a fundar revistas y publicaciones con entidad, ambición, proyección y, muy rara vez, duración.

En lo esencial, una revista de pensamiento es una especie de partido político creado en torno a un líder, con un equipo identificado con sus ideas y una base lectora o lectoral, ya que no electoral, cuyo comportamiento y fidelidad a esa publicación es una incógnita, porque no es lo mismo aceptar la novedad que asumirla, comprar un número que suscribirse, seguir suscrito o cancelar la suscripción. Suele comenzar dentro de una economía de subsistencia, en la que no se pagan o no se cobran las colaboraciones, sino que todo vuelve al trueque y a la retribución moral, todo se organiza como cierta masonería, con sus pequeños ritos iniciáticos para los que escriben por primera vez y con sus guiños a los fieles de la primera hora, que suelen ser también los de la postrera, los que algún día se quedarán sin amortizar la última suscripción anual.

La revista que, además de las ideas, cultiva la literatura es una suerte de guardería que permite aprender a escribir a los que aún no se ven como escritores de libros, por bisoñez o por timidez. Es también la que instruye a lectores que empiezan a orientarse de una forma intuitiva, muy semejante a la de los escritores. Pero si hubiera que definir los factores básicos de una revista de pensamiento y literatura, como *Diwan*, serían estos tres: poder, estética e ideas. En el principio, manda la estética, porque es una sensibilidad común la que agavilla a un grupo disperso. Después, para arrancar juntos, debe identificarse el poder, es decir, el liderazgo, la jerarquía intelectual que se ejerce y se reconoce, la del que puede mandar y la del que administra ese poder, dos funciones que no tienen que concurrir en una misma persona, pero que no deben oponerse nunca si no quieren hundir el proyecto o partirlo por la mitad. Habitualmente sucede lo segundo y desemboca en lo primero, por eso duran tan poco las revistas con lomo de libro.

Pero si la publicación sobrevive varias temporadas, si llega a una madurez tranquila en la que el contenido está claro, el liderazgo es distante, la administración es atenta pero no ambiciosa y tanto los lectores como las ayudas privadas y públicas, por modestos que sean el número y las cifras, se mantienen constantes, entonces es el fuste ideológico el que no deja de robustecerse y la revista puede durar muchos años. Es el caso de *La Ilustración Liberal*, con la singularidad de que nació antes de internet, alumbró un periódico en la red, *Libertad Digital*, y ahora vive discreta y elegantemente a su sombra, como archivo activo de las ideas de fondo del nuevo liberalismo español.

Pero en aquellos tiempos no existía siquiera noticia de internet. Todo debía seguir la senda de Gutenberg y, por tanto, *Diwan* recorrió, con los inevitables meandros, la trayectoria antes bosquejada: agrupamiento estético, definición del poder y continuidad ideológica. Lo primero estaba claro, ya que proseguíamos la tarea de dos años en la *Revista de Literatura*. Lo segundo, no, porque el primer número salió con una dirección de

tipo asambleario: Alberto, Mesquida, Rubio y yo. Y en cuanto a lo ideológico, precisamente por la falta de dirección, ese número salió sin editorial o presentación, dejando —decíamos— que los textos hablaran por sí mismos.

Sin embargo, por si tanta textualidad resultaba inaudible, el primer texto del número 1 de *Diwan* cumplía también las funciones de ese editorial que aún no queríamos, podíamos o sabíamos hacer. Era mi ensayo «El desdén con el desdén: Manuel Azaña» y en él ya aparecía, junto a la reivindicación literaria del gran escritor, sepultado por el mal político, la búsqueda de una idea de España, de una legitimidad política y cultural en clave nacional para el régimen democrático naciente, empeño que inevitablemente llevaba a la crítica de una situación política que en lo último que pensaba era en lo que más urgente me parecía. Como las tesis que, desde nuestra experiencia generacional, sostenía en ese texto eran absolutamente singulares para la época, supusimos que bastaba esa fórmula del orden de los textos para definir políticamente *Diwan*.

Sin embargo, según la reacción de los lectores, el carácter demasiado literario del texto y su barroquismo o farragosidad oscurecían esa «línea de demarcación» política, para nosotros tan clara y tan necesaria. La tetradirección abundaba en la confusión. Y algunos textos superaban la paradoja. Así, la «Apología de Anita Bryan», activista antigay, la hacía Cardín desde lo gay. El artículo de Mesquida, «Babel catalana, *on no ets*?», era un elogio de la carcoma del catalán en catalán. Y si alguien se consolaba con el texto de Luisa Jordá sobre Emily Brönte, al que cambié el título por «El cautivo y los cielos», ahí estaba nada menos que un guion de cine de Marguerite Duras: *Le camion*. Duras estaba entonces muy de moda, pero ¿qué pintaba y cómo había llegado allí ese guion? La explicación era impublicable.

MARGUERITE DURAS EN EL SILLÓN DE GARCÍA MÁRQUEZ

Ahora que ya no vive la mitad de los que allí estuvimos, puedo contar la tarde en que conocimos a Marguerite Duras, la acompañamos en una borrachera oceánica, terminamos dispersándonos sin orden ni concierto, alguno a gatas, en la puerta del Ritz, donde paraba ella, y cómo a la semana recibíamos desde París un guion de cine, *Le camion*, rigurosamente inédito, para publicarlo en *Diwan*. Es verdad que la célebre escritora nos lo había explicado prolijamente, pero entre las dificultades de la emisora y de los receptores, nadie se había enterado de nada. No estoy seguro de que, si lo leen, puedan hacerlo. O les interese.

En el año 77, Duras había alcanzado el apogeo de su gloria, aunque no de su popularidad. Desde que Alain Resnais llevó al cine su texto *Hiroshima, mon amour*, cosechando un éxito tan indudable entonces como inexplicable hoy, Duras se había instalado en ese olimpo peculiar de lo que suele llamarse «autores de culto». La parroquia es pequeña pero, como la clave es progre, el culto es mucho. Ella había ido evolucionando dentro del radicalismo estético y pasó a dirigir cine, en una línea muy de vanguardia y muy *nouveau-roman*. Llegó a Barcelona porque se estrenaba en versión original su película *India Song* y la Filmo le rindió el oportuno ciclo de homenaje. Entre la conexión filmotequera —Jesús Garay— y la amistad que Alberto iba haciendo con el humorista Copi, que paraba en su casa de Puertaferrisa cuando venía a Barcelona y que conocía al acompañante de Duras en aquel entonces, un joven muy entretenido, muy «gai» y muy gay, acabamos quedando con ella a tomar café y a hacer una entrevista o, como ella quería, solamente hablar, en el Flash-Flash, una tortillería más allá de la Diagonal, en los alrededores de Bocaccio.

Al llegar allí me sorprendió verla en la misma mesa donde casi dos años antes, al terminar el doctorado, había estado yo charlando con Gabriel García Márquez. Fue una especie de regalo de Ramona Violant, siempre gentil, por mi matrícula de honor en Literatura Iberoamericana. Entonces tenían su casa en Barcelona los novelistas

más importantes del *boom*, singularmente Vargas Llosa, Donoso y García Márquez. Hoy, por supuesto, no queda ninguno y no iría nadie, pese a que una parte importante, aunque menguante, del negocio editorial en lengua española siga físicamente en Barcelona. Pero sólo el negocio. Donde está perseguido y prohibido físicamente un idioma es difícil que vivan a gusto sus grandes creadores. Donoso se fue a vivir y morir a un pueblo de Teruel. Vargas Llosa, un poco a todas partes, pero ha denunciado desde entonces el atropello que en Cataluña se hace al castellano y a la libertad. García Márquez no denunció nunca nada. ¿Cómo iba a denunciar el atropello contra la libertad un guacamayo de Fidel Castro, que la fusila?

Yo estaba entonces todavía subido a la parra telqueliana y gilivanguardista (de Joyce no me bajaba nadie) y además nunca compartí el culto semiuniversal a García Márquez. Había empezado a leerlo en Teruel, con dieciséis o diecisiete años, gracias a Labordeta y Sanchis, y cuando recién llegado a la Universidad vi en los escaparates de las librerías de Zaragoza los primeros ejemplares de *Cien años de soledad*, ya había leído *La hojarasca* y *Los funerales de la Mamá Grande*, que me parecían brillantes, claro está, pero nada más. De la obra corta, sólo *El Coronel no tiene quien le escriba* me resultó deslumbrante, sobre todo el final. En cambio, veía en *Cien años de soledad* una cursilada de altísimo nivel, pero cursilada al fin. Me parecían mejores los relatos primeros de Vargas Llosa —*Los jefes*, *Los cachorros*— o la prosa quemada de Rulfo, imposibles de copiar como sucede con el «realismo mágico», receta capaz de empachar a cualquiera que lea más de seis u ocho libros al año. A cambio, los artículos de García Márquez me parecían literatura magnífica y lo que ha escrito en clave de reportaje —*Noticia de un secuestro*— me ratifica en que ahí, sí, hay un genio.

Pero el hombre que yo conocí en la tortillería Flash-Flash era un tipo sin el menor atractivo humano, una tortilla sin sal. Fingía interés por lo que nos interesaba, pero yo sólo vi en él una bruma de temor, de inquietud por su futuro, según evolucionara el gusto literario que los universitarios más brillantes de aquella promoción,

futuros escritores o críticos, podían avizorar. Y una actitud que no es de cortesía, sino de astucia y que siempre me ha molestado: el halago servil a la juventud por el dudoso mérito del acné reciente y la preocupación calculada por su futura orientación política. Yo no era tan imbécil, ni siquiera entonces, como para suponer que sabía más de literatura que García Márquez, y era consciente de que en política podíamos y hasta debíamos discutir, pero eso de que el sabio maduro se deje aconsejar por el joven me parece algo contra natura, la peor de las demagogias.

Sin embargo, las dos inclinaciones: el experimentalismo en literatura y el antisovietismo en política, que yo exhibía con vehemente idiocia típicamente juvenil, le dejaron preocupado. Tanto que la semana siguiente me transmitió nuestra adorable Violant que tenía interés en hablar conmigo otra vez sobre las vanguardias y la política, y que si quería ir a tomar un café a su casa no tenía más que llamarlo. Parodiando a Alberti, yo era un tonto y lo que veía me convertía en dos tontos, así que desprecié la invitación. Al menos, podría haberle preguntado qué había detrás del célebre puñetazo que le había atizado Vargas Llosa, sobre el que en aquella loca Barcelona de los setenta corrían dos rumores. Uno, que había querido ligarse a Patricia, la atractiva segunda mujer de Mario; otro, que para lograrlo había delatado un picadero que compartía con el galán escritor peruano. Yo estaba convencido de la segunda versión, pero como me daba igual, nunca volví a ver a Gabo.

Y ahora, ahí estaba, sentada en su silla, otra celebridad de las letras: Marguerite Duras. Afortunadamente, yo había madurado, así que me atuve a la lógica de suponer que ella tendría cosas más interesantes que decir que nosotros. Su *chevalier servant* iba vestido de chico de hotel en película de Fred Astaire —*Bodas reales*, por ejemplo—. Nada que ver con nosotros, porque Ocaña (volveremos a él), el único acostumbrado a vivir disfrazado, aunque fuera de sí mismo, no quiso venir. La razón aducida era que no entendía bien el francés («aunque er fransé no tiene secretoh para mí», aclararía) y la

verdadera, que no quería pasar toda la tarde con «inteletualah aburridah», en lo cual acertó.

Si un borracho es una persona mortalmente aburrida, dando vueltas siempre sobre sí mismo, persiguiendo a su sombra y mendigando amor o destilando rencor, una bebedora muy bebedora es casi peor, porque es un borracho interminable, un ser espiral que no zigzaguea, pero te lía. Creo que yo pasaba entonces por uno de mis períodos de abstinencia total —me daba por años o por «semanas de años»—, pero si algo hubiera podido sacar de una conversación de fondo con Duras (aunque no había publicado todavía *L'Amant* y yo desconocía entonces su tenebrosa historia comunista con Antèlme), habría tenido que estar beodo. Y tampoco. Seguramente, no recordaría nada, porque aquella señora miniaturizada, con gafas que eran vidrieras y morosidad expositiva digna de Robbe Grillet o cualquier otro pestiño de su generación, acababa venciendo a todo el mundo en el pulso al frasco. Yo no he visto beber tanto a tan poco cuerpo y con tanto aguante. Si no podía admirarla por su literatura, y mucho menos por su cine, reconozco que la admiré y la envidié por su hígado. Prodigioso.

Eso era también la Barcelona mágica de los setenta. Podías quedar en el mismo bar con un genio de paso u otro vecino de escalera, pasar de lo más alto a lo más bajo sin descender nunca a lo poco interesante. Vivimos la magia tumultuosa de las jornadas libertarias en el parque Güell, una orgía de fin de semana con decenas de miles de participantes que entraban y salían —yo entré y salí, porque si tengo aversión a la muchedumbre en política, mucho más en la cama— donde lo mismo había sexo oral en el escenario, en vivo y en directo, con Ocaña y compañía, que se discutía bajo un pino, entre porro y porro, el placer de la castidad, la conveniencia de dejar el tabaco o cómo tomar el poder por la fuerza a través de la resistencia pacífica. Sin subvenciones ni animadores profesionales, sólo gente suelta, libre de decir cualquier cosa y de hacerla. Pero a finales del 77 aquel aparatoso caos de los parques se había refugiado ya en los bares. Flash-Flash.

LA DEFINICIÓN POLÍTICA LIBERAL DE *DIWAN*

Después del primer número de *Diwan*, que nos enorgullecía con sólo verlo, preparamos a conciencia el segundo, un especial que, aparte de la insistencia habitual en literatura, arte y psicoanálisis, debía trazar definitivamente nuestro perfil político. El tema central iba a ser el Barroco, pero nos llegó un material interesante sobre Lezama Lima, especialmente la foto de contraportada, y decidimos elegirlo como símbolo de un barroquismo actual y también de algo mucho más importante: la resistencia moral y estética a la máquina totalitaria de picar carne humana, es decir, al comunismo. Lezama, viejo y enfermo, no podía salir de la Isla porque el régimen de Castro se lo impedía. Las cartas que dirigía a su hermana Eloísa, exiliada en Miami, eran conmovedoras, pero en aquel tiempo (recuérdese el caso Soljenitsin y a Juan Benet justificando el Gulag), la izquierda en España seguía condenando a los disidentes y apoyando la tiranía marxista.

Lezama y Cuba no eran la única referencia política. A modo de editorial, la revista publicaba el manifiesto del CIEL (Comité de Intelectuales por la Europa de las Libertades), recién fundado en Francia, con una nota editorial que lo apoyaba y adaptaba a la situación española. La nota la redacté yo, que actuaba como director único en la práctica, aunque no se consignase formalmente hasta el número siguiente, pero la suscribió por unanimidad todo el comité de dirección. Fue una definición en toda regla.

El CIEL se había formado en Francia como un frente intelectual anticomunista en el que se habían unido liberales clásicos como Raymond Aron o modernos como Jean François Revel con gente proveniente de la izquierda del 68, así los exmaoístas telquelianos Sollers, Kristeva y Pleynet, el «nuevo filósofo» Jean-Marie Benoist y dramaturgos o cineastas de signo liberal o anarquista, pero claramente antisoviéticos como Ionesco, Arrabal, Bresson o Chabrol. La música la ponía Rubinstein, nada menos.

Todas las cosas que decía el manifiesto las suscribíamos, claro está, pero había algunos párrafos que nos interesaban muy especialmente porque expresaban no sólo el rechazo al comunismo, sino también al nacionalismo y a cualquier historicismo o determinismo histórico, y eso es lo que más nos interesaba subrayar, justamente por ser el nexo que une el totalitarismo comunista y el nacionalista. Éste es el fragmento clave:

> *Desde el momento en que aparece la creencia en un curso necesario de la vida y de los hombres, aparece, aunque reciba el nombre de emancipación y sutilice su fachada, el maniqueísmo más absoluto: lo que concurre a la necesidad es bueno, lo que se resiste o se sustrae a ella es maligno o superfluo. Para esto, no se necesitan leyes y la sociedad podría conservar durante largo tiempo toda apariencia de libertad: basta con la difusión de este estado de espíritu, con su implantación en el orden económico y social, para que la nostalgia, la herejía, la visión renovadora pierdan derecho de ciudadanía, tachados de inutilidad pública. El cansancio y la buena conciencia de estar avanzando así en el sentido del «bien histórico» harán el resto. A imagen y semejanza de la actual constitución soviética, el Estado no dejará de seguir proclamando los derechos de todos y cada uno…*

Pensando, pues, más en Barcelona que en París, aplaudíamos el párrafo final del CIEL:

> *Llevar a pensar, expresarse y actuar conjuntamente a aquellos intelectuales que viven en Francia y están decididos, sin una ideología común, a defender el pluralismo ideológico, la diversidad, la raigambre y la espontaneidad de la cultura. Rechazando que el espíritu humano pueda ser limitado, inhibido o dominado por la brutal o insidiosa dictadura de un «determinismo histórico»; y resueltos, en su misma diversidad, a defender, sin concesión alguna, esta ética irreductible: el respeto a la persona y su libre expresión.* (*Diwan*, 2/3, p. 15).

Evidentemente, para nosotros el «determinismo histórico» no señalaba sólo el peligro soviético, sino también las doctrinas de carácter historicista que al primer año de las primeras elecciones

democráticas, con la Constitución aún en el telar, se manifestaban en abundosa y temible floración, empezando, naturalmente, por el nacionalismo en Cataluña y el terrorismo en el País Vasco. Pero había otro peligro más sutil y más peligroso: la censura y la autocensura en los medios de comunicación. Lo «políticamente correcto» se había impuesto de forma aplastante, a espaldas de una opinión pública que apenas era consciente de serlo. Por eso añadí el breve prólogo editorial al manifiesto del CIEL bajo el epígrafe «Cultura y democracia», que decía:

> *No haríamos nosotros un llamamiento semejante [al del CIEL] en España. La misma fórmula escogida por los fundadores del CIEL resulta deudora en demasía de la larga tradición de los intelectuales «de izquierdas» llamados a firmar en las grandes ocasiones bélicas, ordinariamente electorales. Otra cosa sería que realmente se intentase salir de esa dinámica escaparatista. Si el CIEL se lo plantea en serio, la indudable relevancia intelectual de sus fundadores obliga a observar con atención su trayectoria desde el comienzo. Éste es precisamente nuestro propósito, lejos de toda emulación o alineamiento, por demás inútiles.*
>
> *Pero decíamos que no intentaríamos en España suscribir o proyectar algo semejante al CIEL. ¿Por qué? Por nuestra misma convicción democrática, que nos lleva a edificar algo antes de llamar a su defensa. Mal puede defenderse lo que no existe, y en España, si existen sobradamente las condiciones para el ejercicio democrático de la vida intelectual, todavía se mantienen inéditas todas las virtualidades de su uso diario y vivo. Todavía está por estrenar el hábito de la discrepancia pública, la huida de la complacencia gremial, lejos del uniforme que los alineamientos obligados de la política democrática defensiva impusieron en la época franquista [...].*

La elección de Lezama Lima quería subrayar el liberalismo militantemente antitotalitario de nuestra revista, pero también su españolidad. Para mayor énfasis, en ese mismo editorial, bajo el epígrafe «España, Europa y América», añadí estas frases:

> *En la constitución y supervivencia de España la voluntad europea es factor esencial. Pero no somos simplemente europeos. No sólo europea es nuestra*

cultura. De entre los viejos pueblos que la forman, acaso el español sea el más trascendido por la proyección cultural e histórica de Europa [...].

Por ello, toda reflexión sobre Europa y su cultura incluye, para nosotros, a todas esas naciones hermanas con las que compartimos hoy, en pie de igualdad, no sólo lengua y cultura, sino también un mismo destino trágico en la búsqueda de esas libertades nacidas para el espíritu humano a la luz de Europa.

Táchase en medios progresistas de «retórica» la idea de Hispanidad. No puede resultar nunca más retórica que el «internacionalismo proletario» o la «solidaridad revolucionaria» o el «tercermundismo» que los mismos cantan [...].

Sobre guerras y exilios incesantes, el revivir y afianzarse de nuestra cultura da fe y ejemplo de que la búsqueda y la exigencia en el quehacer intelectual son inseparables de la búsqueda y exigencia de la libertad.

Por todo ello, no cabe olvidar que la barbarie intelectual que, so capa de necesidad, amenaza la supervivencia de la cultura europea, se presenta hoy en Iberoamérica como equívoca alternativa a la brutalidad ciega de las dictaduras militares que arrasan indiscriminadamente la vida cultural, expresión más alta de la vida de un pueblo.

Y es que en 1978 el proyecto totalitario comunista para casi toda Iberoamérica no era, como quería aparecer, la alternativa a las dictaduras militares, que, de hecho, provocaba con el terrorismo y la subversión guerrillera, sino la antítesis y sepulcro de la democracia parlamentaria. Vivía entonces su máximo esplendor el totalitarismo soviético y por eso los disidentes de la URSS definían cualquier reflexión política. Por eso mismo, el número siguiente de *Diwan*, el 4, dedicado a la poesía, publicó a modo de editorial el texto de Siniavski «El arte es superior a la realidad».

Quizás hoy, derrumbado el Muro, destruido en apariencia el imperio soviético, parezca extraña esa insistencia en la autonomía de la tarea cultural frente a la política, pero entonces no resultaba evidente, ni mucho menos, para la mayoría. Sí para nosotros, porque no sólo se trataba de defender la libertad en el Este, sino también nuestra libertad frente a los hábitos de utilización política de la cultura heredados del antifranquismo militante, y que en Barcelona

habían entronizado una doble manipulación: izquierdista y nacionalista. Contra tales gigantes, que no molinos, se alzaba la quijotesca aventura de *Diwan*, hace más de cuarenta años. La costalada del caballero prometía ser de aúpa.

Antes de los golpes, pareció por un momento que todo nos sonreía. Esa primavera del 78, después de salir el primer número de la revista y cuando estaba a punto de salir el segundo, estaba yo una tarde en la Filmoteca viendo una película de serie negra —no sé por qué pienso en *La gardenia azul*— cuando vino Alberto Cardín a sentarse a mi lado y me dijo al oído:

—¡Le han dado a usted el premio del *Topo*!

Se trataba del I Premio de Ensayo El Viejo Topo, al que yo había enviado *«La cultura española y el nacionalismo»*, más que nada por insistencia de Alberto y Mesquida y sin muchas esperanzas de que me lo dieran, porque se salía —y se sale aún— de lo que una revista de izquierda considera políticamente correcto. Pero unos meses antes habíamos comenzado a colaborar con la que entonces era la revista de mayor prestigio de la izquierda abierta, ilustrada y plural. Yo había publicado recientemente una entrevista con Mesquida y Cardín titulada «Literatura y cultura gay» al salir sus novelas *Puta Marés* y *Detrás por delante* en la colección Ucronía que editaba *El Viejo Topo* y dirigía el propio Mesquida, lo cual me granjeó de inmediato fama de «gay» en el instituto, cosa que me daba igual. El caso es que, sobre ser colaborador, el factor libertario se impuso al comunista en el jurado y me dieron el premio. Todo fueron plácemes y parabienes.

Pero tras la exitosa publicación de ese texto, me pidieron un libro para Ucronía en el que desarrollara los argumentos apuntados en el ensayo, y quedé con Biel en que le entregaría en unos meses el libro, que tenía como título provisional *Una política de lecturas*, y que recogería los ensayos de *Diwan* y otros que mantuvieran coherencia y continuidad. El hilo conductor sería, como en el ensayo premiado, la reivindicación de la tradición liberal de la cultura española frente a la marea nacionalista, provinciana y reaccionaria.

Ése fue el acuerdo mío con Mesquida y con Miquel Riera, mandamás de *El Viejo Topo*. Nunca pensé que aquello acabaría siendo el comienzo de la catástrofe.

12

EL LENTO APAGÓN DE BARCELONA Y LAS LUCES DE MADRID

Es difícil saber en qué momento una ciudad pierde su brillo. Tampoco es fácil ver cuándo otra ciudad empieza a brillar. De la ciudad que ha sido, solemos recordar las últimas veces en que nos envolvió amable y esplendorosamente: la última fiesta, el último amor, el último negocio feliz. De la ciudad que va a ser, podemos recordar después cierta velada grata, el descubrimiento de un grupo amigo o de una persona que se convirtió en ancla para fondear en las aguas plácidas o turbulentas de una sociedad por explorar. En el caso del lento apagarse de Barcelona y el encenderse de las luces de Madrid, ese momento hecho de momentos fue largo, de unos dos años, entre 1978 y 1980.

Quizás la última vez en que nuestra Barcelona brilló como solía fue en la fiesta que dio Alberto Cardín en su casa de Puertaferrisa. No es que haga falta excusa para dar una fiesta, pero la ventaja de justificarla con algo o con alguien es que te da hecha la base de los invitados y a partir de ahí ya sólo quedan los adheridos ocasionales o los simpatizantes habituales, amén de los transeúntes que convoca toda actividad mundana en torno al copeo, el bureo y el roneo, ese ejército del canapé y el trago gratis que no se sabe de dónde sale,

pero sale, y no se sabe con quién llega, pero llega. Posiblemente, las fiestas se dan para los que no sabemos que van a venir.

Creo recordar que Alberto daba la fiesta por el final del rodaje de la película *Nemo*, dirigida por el otro inquilino de Puertaferrisa, que era su primo Jesús Garay. La peculiar visión que hoy llamaríamos posmoderna o retrominimal de la novela de Julio Verne *20.000 leguas de viaje submarino* y de su personaje central había tenido como decorado la misma sala donde estábamos, que era un dormitorio entre decó y churrigueresco, con una alcoba alta y abierta al salón, pintada de negro, con las molduras de escayola en purpurina dorada y con una bonita cortina de encaje recogida a un lado a modo de flequillo. El salón era de un color más claro, pero resultaba intrascendente porque los ojos se iban siempre hacia aquel «oscuro bostezo de la tierra» decorada y aburrida de verse tan mona en el espejo.

Ése había sido el dormitorio de las meditaciones del Capitán Nemo, y el angosto pasillo que desde la lontana puerta llegaba hasta las habitaciones albertinas fue filmado como si del pasillo del *Nautilus* se tratara. Los exteriores se rodaron en alguna playa cercana, entre la Barceloneta y Castelldefells. No recuerdo bien la película, porque sólo la he visto una vez, en su estreno en la Filmo, justo antes de esa fiesta, pero no se me borra Nemo, que era Santiago Trancón, mirando al horizonte con esa obstinación indolora de los actores vocacionales. Él lo había sido con Marsillach en no recuerdo qué obra tartufesca, y adoraba el teatro. Así que Garay lo consideró pasado por el Actor's Studio y le dio el papel protagonista. Naturalmente, gratis.

Los personajes, o sea, la tripulación, eran pocos, poquísimos, para que cupieran en película de tan estrecho presupuesto. Los conocíamos a todos del Ópera, así que el estreno fue entrañablemente deslucido: «¡Mira, mira la Tal, de marinerita!»; «Pues ¿y qué me dice usted del robusto cocinero?»; «¡Qué mérito tiene este hombre, viudo, sin submarino y rodeado de locas del Instituto del Teatro!»; «Es que esto del cine es muy duro»; «¡A mí

me lo va usted a contar, que me he zampado el rodaje de toda la película!». Y así todo el rato. Desde luego, el mérito de rodar una película sin un duro, sin estudio y, siendo de submarinos, casi sin mar, es indiscutible. Y como entrenamiento para otras empresas, insuperable.

Pero lo que yo recuerdo es la fiesta, porque creo que es la única o una de las pocas veces que vi a Alberto vestido de mujer. Para la ocasión, ya que todo era o debía parecer de época, iba ataviado de institutriz británica, con un traje de punto gris, tirando a largo, y un maquillaje sin estridencias con moño a juego. Supongo que el que lo vistió y aderezó fue Adolfo, porque no le faltaba un detalle. Pero lo más llamativo no era eso, porque en aquellos años y en el entorno ramblero lo raro no era que los varones se vistieran de mujeres y viceversa, sino que se atuvieran a las fórmulas convencionales del atuendo. Para ello, las fiestas se convocaban de disfraces, aunque de hecho la gente se «interpretaba» como le daba la gana. Supongo que yo iba con mi uniforme para estos eventos: el traje chino estilo Mao, gris «altocargo», es decir, con bolsillos, que compré en Pekín aprovechando lo adecuado de las tallas, ya que en los meses finales del grandullón Mao sólo prosperaban las tallas Deng Xiaoping. Es una pena que no tengamos —que yo no tenga, al menos— fotos de aquel aquelarre visual.

Recuerdo también que el supuesto chino y la presunta inglesa hablábamos, como la cosa más normal del mundo, de la crisis de la Epistemología, del callejón sin salida de Feyerabend o de Derrida y del «cierre categorial» en los últimos escritos de Gustavo Bueno acerca de la definición de los límites de la ciencia.

Alberto, olvidado ya de la pinta que tenía yo y, sobre todo, de la que tenía él, argüía según su estilo, a favor y en contra de su viejo profesor en Oviedo, con el que poco a poco iba amigándose. Yo le devolvía la pelota filosófica desde el fondo de la pista, más que nada por el placer de verlo debatirse entre la condena y la absolución de Gustavo. Entonces me vi desde fuera, como los locos o los desahuciados: he ahí un tipo disfrazado de jerarca del PCCh

hablando con otro tío disfrazado de institutriz inglesa o del ama de llaves de *Rebeca*, pero no de chismes venéreos, sino de los límites epistemológicos de la ciencia moderna y la subversión de esos límites en la fenomenología, el marxismo y el psicoanálisis. No habrá nunca nada semejante a aquel ambiente, a aquella Barcelona, ni antes ni después.

No recuerdo que en esa fiesta estuviera Ocaña, aunque puede ser porque Alberto estuviera reñido con él esa semana o porque llegó y se fue rápido de aquel ambiente, tan denostado por él, «de las inteletualas». Y es posible que el éxito se barruntara ya en la efímera pero cierta gloria del rodaje y estreno de la película de Ventura Pons *Ocaña. Retrat intermitent*, una visión catalana y progre, un poco entomológica, del loquerío ramblero, que le regaló a Ocaña la pequeña inmortalidad del cine, poco antes de que la muerte se lo llevara tal y como él había presentido y pintado con escalofriante detalle.

De hecho, Alberto le tenía mucho cariño a Ocaña, aunque con los años fueron riñendo cada vez más a menudo para amistarse de nuevo con la misma intensidad. Yo lo conocí por él y lo traté bastante en la bruma acogedora del Café de la Ópera. Pero el recuerdo que de él guardo no es el de la loca triunfante vestida de Semana Santa, sino el del artista de sí mismo que salía por la mañana de su tabuco en la plaza Real con su disfraz favorito: el de un Charlot grandón, con zapatos apayasados, maquillaje casi a lo Marcel Marceau y bastón de pega. Una mañana, yendo en taxi a no sé dónde, lo vi solo en las Ramblas desiertas, bajo la lluvia, viviendo con disciplina teatral el personaje que quiso ser, o todo lo que él quiso ser hasta convertirse en personaje. Nunca lo he olvidado.

Tampoco es fácil de olvidar la gracia con que trataba de rendir las maltrechas fortificaciones de los heteros, que por aquellos años se rendían con pasmosa facilidad a las acometidas de los homos. De nuestro círculo, Garay y yo habíamos convertido casi en un género el resistirse a «la experiencia», y eso era un acicate irresistible para Ocaña. Lo veo en el Ópera, después de la Filmo, sentado en una mesa

con María, Alberto y yo, y reiterando, casi como un gesto de cortesía, su oferta de «operarme» en ese mismo instante, bajo la mesa si era preciso, y en términos indistinguibles de lo que haría cualquier otro sexo. Palabrería.

En realidad, el empeño del doctor Ocaña en iniciarnos en su cirugía indolora era una forma de urbanidad, un homenaje al hombrecito que resistía y a la mujer a la que no se resistía el hombrecito. Ni él ni ninguno de ellos pasó de ahí y, si uno no quería, no pasaba. Por supuesto, hay gente a la que una proposición homosexual, sobre todo en público, aunque sea mera pirotecnia verbal, le molesta y la siente como una agresión. Lo entiendo, pero a mí me sucede —me sucedía—al revés. Creo que, en lo que al sexo se refiere, una violencia de tipo moral —no digamos físico— se produce con mucha más claridad en privado y resulta más incómoda si adopta la forma de enamoramiento y declaración que de proposición sexual. Pero con gente delante, hasta las más descaradas insinuaciones resultan simpáticas o llevaderas si el que las hace mide la intensidad, los términos y, como las grandes vedetes de revista, busca la complicidad de la esposa, novia o acompañante, que, reconocido su estatus, se ríe y participa en lo que queda en simple broma de promiscuidad a su pareja.

En esa época yo era un efebito con cierto éxito en el gremio homocultivado, es decir, entre la loca neoclásica y la locaza posmoderna, así que las insinuaciones o persecuciones no eran infrecuentes. Tampoco son desagradables mientras la loca no se vuelve loca y se pone pesada. En ese momento, basta una frase gélida o un corte borde para acabar el juego. Hoy dirían que tenía un lado «fag-hag», una predilección o al menos una comodidad en la relación con homosexuales. Y es verdad que me molestan más los comentarios soezmente machistas de los heteros que las insinuaciones de los homos, generalmente en código de humor. Claro que eso no supone que haya que estar haciendo continuamente protestas de respeto a las distintas opciones sexuales y bla bla bla.

A mí me caen bien las locas educadas y otros no las pueden ni ver. Eso no es ni mérito ni demérito, siempre que se guarde el respeto debido a las personas, y allá cada cual. Incluso en la Barcelona de los setenta, tan permisiva, ir habitualmente con gays suponía que muchos pensaran que también lo eras. Bueno, ¿y qué? Yo creo que la obsesión por el peligro de una supuesta agresividad homosexual es una fantasía de heterosexuales problemáticos o una reacción de personas con un componente religioso y moral muy fuerte que reaccionan ante lo que consideran una conducta contra natura. Hablo de las relaciones entre adultos, claro está. Los menores son siempre otro problema, pero eso sucede al margen del sexo que elige y del elegido. No habría que mezclar, aunque muchos las mezclen, edades y tendencias sexuales. No sólo por injusto, sino por estúpido.

MILAGRO EN EL CAFÉ DE LA ÓPERA: SE ME APARECEN LOS ROLLING STONES

Barcelona no era ya aquella «ciudad de los Prodigios» que noveló Eduardo Mendoza, la de la Exposición Universal y la primera gran emigración murciana, pero en los años setenta también sucedían cosas pasmosas. Un día, estaba en la cocina preparando el desayuno, es decir, la comida, y oigo por la radio que se ha muerto Picasso. Y miro por la ventana y veo que está nevando, una de las pocas veces, si no la única, que vi nevar allí. Recuerdo que pensé: «¡Pero qué injusta es la naturaleza! ¡Hasta el cielo rinde pleitesía a un genio tan sinvergüenza!». Casi de inmediato dejó de nevar. Pero el gesto estaba hecho.

Otra vez, estaba yo en el Café de la Ópera, pasada la una de la mañana y a punto de cerrar, tomando un chocolate. Estaba solo porque todos se habían ido a un concierto de los Rolling Stones, entonces en su apogeo creativo y artístico y a los que rendíamos culto idolátrico. Y yo no había ido por mi fobia a las muchedumbres, y en concierto, todavía más. Pensaba encontrarme con los del grupo allí,

en nuestra segunda casa, a la que previsiblemente acudirían a repostar después del tratamiento psicofónico y epiléptico del Doctor Jagger. Pero entonces oigo que echan la persiana, anuncio de que ya no iba a entrar nadie más, aunque los clientes que estábamos dentro podíamos terminar tranquilamente nuestras consumiciones mientras ellos dejaban el local arreglado para el día siguiente. Estaba leyendo *Las iluminaciones*, de Rimbaud, y creyéndome el último robinsón del chocolate a la taza, cuando al llamar al admirable camarero, una de las glorias del local, para pagar el chocolate y el suizo, veo, dos mesas a la izquierda a Mick Jagger, Keith Richards y Ron Wood, el entonces suplente titular de la banda. Con un movimiento de ojos, pregunté al camarero si esos clientes acogidos a las últimas viandas samaritanas eran los que yo creía que eran, a lo que él respondió con otro gesto, tan discreto como elocuente, que venía a significar: «¿Y quién si no?».

Nunca he tenido devoción por los famosos y sólo recuerdo haber pedido dos autógrafos en mi vida: uno, en TVE, a los catorce años, cuando me encontré en el bar a Conchita Bautista; y otro a Di Stefano, en Glasgow, cuando el Madrid ganó la Novena Copa de Europa. Naturalmente, no iba a acercarme a la mesa de los Rolling, pero como su leyenda les precedía, me atrincheré detrás de Rimbaud y el chocolate por si aquello terminaba en una orgiástica borrachera, rompían sillas y cristales y acababan esposados por la policía. Por desgracia, no pasó nada. Se tomaron dos botellas de vino blanco frío —creo que Monopole— y unos platos de queso y jamón con pan. Afortunadamente, el trámite nutricio fue rápido, pagaron y se fueron por la discreta puerta de atrás que daba a un callejón y donde, supongo, les esperarían sus escoltas para depositarlos en las mil discotecas de la noche loca o en el hotel de grato descanso. Para mí que fue lo segundo.

Aquel episodio me convenció de que los Rolling eran listísimos, porque sólo los europeos más inteligentes podían conocer el valor estético del local; y también de que lo que no sucediera en el Café de la Ópera en aquellos años fabulosos no podía suceder en ninguna

parte. Por supuesto, cuando al día siguiente se lo conté a los demás del grupo, no ocultaron su fastidio y exhibieron cierta y ofensiva incredulidad. Por fortuna, el Camarero, con mayúscula, a cuyo lado el elegante Jeeves de Woodhouse era un patán, confirmó mi historia y ya no pudo dudar nadie. Yo pensaba como Dorita al terminar *El mago de Oz*: ¡Como en casa no se está en ninguna parte! Y era Kansas, no Barcelona.

JUAN GOYTISOLO, CARDÍN Y UNA HISTORIA MORUNA EN LA PLAZA REAL

La plaza Real era el epicentro del chaperío moro y el loquerío en general, sobre todo los fines de semana. A mí me gustaba mucho por el día, con las palmeras, el sol y las terrazas. Pero ir por la noche ya suponía que ibas a lo que ibas, así que yo no iba. En los tiempos de la salida de *Diwan* y antes de que publicara mi ensayo sobre él en el n.º 2, ya entrado el 78, Juan Goytisolo se había acercado muchísimo a nosotros, había hecho suyas algunas de las feroces invectivas de Alberto, como la dirigida contra Tierno Galván y, en fin, nos distinguía con su predilección. Así que una noche Alberto, supongo que Ocaña y demás se lo llevaron a la plaza Real de su pueblo, porque si bien vivía entre París y Marraquech, los Goytisolo son de una buena familia de Barcelona.

Al otro día, Alberto me llamó muerto de risa para contarme lo sucedido en la noche anterior. Estaban con Goytisolo, que llevaba su indumentaria habitual de gabardina y chaqueta descorbatada, cuando empezó a revolotear en torno al grupo un chapero moro que también solía vender chinas de hachís. Por lo visto, era bien parecido, aunque seguramente lo que más llamó la atención a Goytisolo fue su procedencia marroquí y la ocasión que le brindaba de exponer ante sus nuevos y jóvenes amigos el don de lenguas que sus vivencias en la morería le habían conferido. Entonces, sin presentarse ni mediar transición alguna, se dirigió a él en cherji o algún otro dialecto más o menos berebere. En ese instante, el moro

palideció, abrió los ojos como platos, señaló con el índice la gabardina goytisoliana y a gritos, para alertar a los demás colegas del peligro que revestía aquel sujeto, exclamó:

—¡*Polisía! ¡Polisía!*

Y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Semanas tardó el chapero traficante en volver por su Xemal-el-Fnaa de la Ciudad Condal, no fuera que aquel policía ducho en la idiosincrasia mora hubiera dejado algún retén oculto y lo trincase. Ni que decir tiene que aquello fue la comidilla del loquerío durante mucho tiempo, o sea, una o dos semanas. Y a favor de Juan Goytisolo hay que decir que fue uno de los primeros señores de Barcelona interesados en el intercambio de experiencias culturales con aborígenes del otro lado del Estrecho que se atrevió a cruzar la plaza de Cataluña y sumergirse en el brillante, vicioso y peligroso submundo gay de las Ramblas. Pese a su aparente fracaso, el autor de la *Reivindicación del Conde Don Julián* anunciaba lo que finalmente sería la adopción y entronización de Ocaña por parte de la progresía catalana. Reconózcase su abnegada tarea de precursor, hoy injustamente olvidada. Y su sacrificio. Ya no pudo bajar más a aquel abigarrado teatro del vicio sin que alguna loca malvada dijera mirando a otra parte:

—*¡Polisía! ¡Polisía!*

Es, ay, el destino trágico del que se adelanta a su tiempo: desdén, rechifla e incomprensión. Desde el pecado original, el Paraíso no mejora.

EL LIBRO DE LYOTARD Y MI PRIMERA TELEVISIÓN EN COLOR

La buena relación con el mundo de TVE, tan inseparable de la Movida madrileña y tan atento a todas las movidas de entonces, fue fundamental para que, por fin, pudiera comprarme un televisor como es debido, o sea, en color. Se lo debí a uno de esos libros que resultan benéficos incluso antes de nacer: *Discurso, figura*, de Jean François Lyotard. Era —y es— una reflexión sobre la imagen en la

pintura y otros lenguajes, incluido el de los sueños en el inconsciente, hecha desde el psicoanálisis y cuya edición me encargó la editorial especializada en libros de estética Gustavo Gili.

Mi tarea, que en principio se iba a limitar al prólogo y a la lectura minuciosa de la traducción, por si algún término psicoanalítico estaba confuso o equivocado, se fue complicando, porque si bien en la Barcelona de los setenta había excelentes traductores, en especial del francés, la terminología psicoanalítica poslacaniana y posdeleuziana (al filósofo Gilles Deleuze, autor con Félix Guattari de *El Antiedipo*, le había dedicado yo un artículo largo en *Comunicación XXI*) era de una complicación infernal.

Añádase el agravante de que Lyotard dominaba el alemán y se refería normalmente a los conceptos originales de Freud, pero desde su particular punto de vista, y se tendrá un panorama de las dificultades. El libro era, además, lo que se dice un tocho: varios cientos de páginas que repasé párrafo a párrafo y cuya necesidad de aclaraciones conceptuales era tan evidente que acabé agrupando las notas por capítulos, aunque la editorial se empeñó en ponerlas todas, dentro del orden capitular, al final del libro.

Además de un prólogo con el retrato intelectual de Lyotard, que es de lo mejor que escribí en aquellos años y que tenía doce o catorce folios, tuve que añadir otros cincuenta o sesenta en notas a los conceptos que había corregido, ya en la traducción. Un lío. Pero un libro sobre estética y desde el psicoanálisis que, por mi creciente desapego de ambas disciplinas, debería haberme resultado abominable, resultó un placer. En parte, por la dificultad intelectual que había que vencer y en la que amorticé toda la balumba de lecturas y seminarios psicoanalíticos de siete u ocho años. Y en parte también, y no pequeña, porque con el dinero que me dieron de anticipo me compré un buen televisor para ver en casa el Mundial de Fútbol del 78.

El mundial anterior, el de Argentina, lo había visto en uno de los restaurantes gallegos baratos del pasaje perpendicular a la calle Hospital, que tenía el televisor en el comedor y que dio en esas

semanas más cenas que en todo el año. Se me ha quedado grabada la imagen de Cruyff corriendo la banda bajo la lluvia, en cuartos o en semifinales de aquel campeonato que, en su segunda final consecutiva, debía ganar de una vez la «Naranja Mecánica». Y no ganó. En el del 78, guardo el recuerdo de mi despacho-sala de estar lleno de chicas aullando fervorosas ante los avances de la Italia de Rossi y el canoso Bettega. Uno puede llegar a odiar la televisión por higiene intelectual, pero no cuando acabas de comprarte el primer televisor en color. A mí fue entonces cuando empezó a gustarme de verdad.

El libro lo cobré en el 78, lo entregué en el 79 y se publicó en el 80. Es una de las piezas que intelectualmente más me satisfacen de aquella época. Por supuesto, fuera del mundo académico o muy especializado, no tuvo ninguna repercusión. Pero fue mi despedida del psicoanálisis, la semiótica y la estética. No quedó nada mal. Y gracias a él me harté de ver en la tele a los nuevos amigos de Madrid. La editorial Klinsieck me mandó una carta en la que subrayaban que a Lyotard le había sorprendido lo «bien informado» de la edición. Yo, en vez de contestarle como hace la gente civilizada, lo tomé por el lado racista, diciendo que esa sorpresa nunca la hubiera manifestado a propósito de una edición alemana, pero que como para ellos España es África, se asombraba en público de que el negrito o morito editor hubiera leído y entendido a Lacan. Reacción estúpida, sin duda, prueba de un resentimiento que si no era nacionalista se le parecía bastante. Por lo demás, Holanda nunca ganó el Mundial. Y el televisor duró catorce años.

EL CONGRESO DE CANARIAS, FALDERÍAS Y PANTALONADAS

En el verano del 78 tuvo lugar en Las Palmas el I Congreso de Escritores de Lengua Española, al que me invitaron por mediación de Ullán y J. J. Armas Marcelo. Era la primera vez que iba a Canarias y también la primera que me asomaba a una feria de ese tipo, donde el alcohol de malta sólo cede ante el alcohol de la vanidad. Yo era

poco más que un crío que acababa de sacar *Diwan* y aún tardaría dos meses en publicar *Lo que queda de España*, pero tras los elogios a la revista en *El País* y mi largo ensayo en ella contra Juan Goytisolo, me había entrevistado Andrés Trapiello en TVE, en el excelente programa de literatura llamado *Encuentros con las letras* que dirigía Carlos Vélez y en el que brillaban también, entre otros, Jesús Torbado y Fernando Sánchez Dragó. La verdad es que, entonces como ahora, si tienes veintiséis años, te elogia *El País* y te entrevistan en TVE como un chico con mucho futuro, si te pierdes un sarao literario, es porque quieres. Si encima tienes padrinos en la izquierda, en Madrid y en Canarias, el problema no es llegar, sino salir.

Aquél era, además, un congreso por todo lo alto, con una semana larga de actos y conferencias, mesas redondas y saraos. Estaba la democracia recién estrenada y los grandes y pequeños escritores americanos querían acercarse a la Madre Patria. Vino gente de todos los países y generaciones. Hubo anécdotas para agotar cien tertulias y fueron homenajeados ancianos escritores españoles vueltos tras décadas de exilio. Pero, al final, el gran asunto político no fue hablar sobre la libertad en España, sino sobre la falta de libertad en Cuba. En concreto, sobre la libertad para salir de la isla del poeta Heberto Padilla, que pocos años antes había ido a la cárcel y sólo había salido de ella tras hacerse una de las clásicas y humillantes «autocríticas» propias de los regímenes comunistas. Tras su calvario, Padilla quería irse y el régimen no le dejaba. Nada mejor que un congreso de aquella envergadura para forzar al régimen castrista a soltar al preso. Cosa fácil, pensaba yo.

Evidentemente, no tenía ni idea de la fuerza del castrismo en los medios intelectuales, especialmente en los iberoamericanos. En una de las primeras mesas redondas se planteó que el Congreso pidiera la libertad de Heberto Padilla. No sé si lo hizo Carlos Alberto Montaner, escritor cubano exiliado a quien yo por entonces no conocía, pero sin duda fue él quien intervino de forma más brillante apoyando esa moción. Para mi sorpresa, empezaron a pedir la palabra distintas

especies microbianas del género escriba, negándose a apoyar ese «ataque a la Revolución cubana». Y la cosa empezó a ponerse fea cuando una cuarta columna de lamelibranquios equidistantes, mayoritariamente españoles, se puso de perfil pidiendo que se encontrara una solución de consenso para que el I Congreso de Escritores de Lengua Española no fuera también el último por diferencias políticas insalvables. Que habría que crear una comisión para llegar a un acuerdo, y que patatín y que patatán.

Yo me levanté entonces y dije que como español me avergonzaba que hubiera escritores españoles tan miserables como para felicitarse por tener democracia mientras le negaban a un cubano siquiera el derecho a escapar de la dictadura. Que un congreso de escritores que buscase ante todo una buena relación con un régimen que manda a los escritores a la cárcel no merecía sobrevivir. Que hasta los famosos novelistas del «boom» que tanto habían apoyado al castrismo condenaban la represión del llamado «caso Padilla». No sé si añadí que los que no pedían la libertad de un escritor, cuyo único delito era ejercerla, eran aspirantes a limpiabotas de sus verdugos, pero si no dije eso, sería algo parecido. Vamos, que me puse hecho una fiera. Y, por lo menos, conseguí que la mesa decretara un descanso. Momento que aprovechamos para tratar de organizar las menguadas y dispersas huestes liberales y socialdemócratas frente a la disciplinada y nutridísima brigada castrista, con Manuel Scorza a la cabeza y Ariel Dorfman detrás.

El lugar no era el más noble. La logia de nuestra conspiración era el lavabo de caballeros, institución cuyo prestigio no hace justicia a su necesidad. Pero allí acabamos encontrándonos Juancho Armas Marcelo, Fernando Sánchez Dragó, yo y el que desde ese día ha sido uno de mis mejores amigos, Carlos Alberto Montaner. Como Juancho era el que estaba más al tanto de las llegadas y salidas del escritoriaje, convinimos en que necesitábamos tiempo y la llegada de un nuevo avión de Barcelona con escritores menos devotos de Beria y el Che para conseguir una mayoría en favor de la libertad de Padilla. Y, en efecto, creo que se consiguió. Pero los bolcheviques, que eran

menos que los mencheviques, no aceptaron la derrota y, tras el manifiesto pidiendo la libertad del poeta, sacaron otro defendiendo la revolución socialista, es decir, el derecho de la izquierda a meter en la cárcel a quien pide libertad. Nunca pensé que los intelectuales fueran especialmente listos, ni siquiera buenos, pero desde entonces tengo la seguridad de que son, como dirían en México, «de lo pior».

Entre los que llegaron en avión a conseguir la mayoría pro-Padilla y anti-Castro estaba el novelista cubano Severo Sarduy, entonces en la cumbre de su popularidad. Yo lo había conocido en París, donde, en un ascensor que nos llevaba al piso que compartía con el filósofo y editor François Wahl y delante de Cardín, me abordó al modo de Ocaña. Pero un mariquita andaluz es un séneca de mármol comparado con una loca cubana festiva. Severo era un tipo entretenidísimo, pero llevaba su asedio a extremos de Pimpinela Escarlata. Una noche, al volver a mi habitación, me encontré en la almohada una nota suya que decía: «Estuve aquí». Y firmaba, al modo de Copito de Nieve en sus canciones en jerga mulata: «Tumujé». Sólo faltaba el «Duerme, duerme, negrito».

—Hombre, Severo —le dije al día siguiente—, si entras por los balcones cualquier policía te puede matar; y, además, si ayer llego acompañado, me arruinas la noche.

—Así se sentiría ella como me siento yo: injustamente despreciada. Oye, chico, ¿no será esa rubia alta? Es mona, pero no tan divertida como yo; y no creo que hubiera reconocido mi letra.

No era el mulato más discreto de Cuba, desde luego, pero Severo las cazaba al vuelo. Era Alicia, sí, la mujer más implacablemente hermosa que he visto nunca en una clase o conferencia sobre literatura. Me recordaba a cierta escultura de una virgen gótica alemana del siglo XV que vi en la Historia del Arte de René Huygue. Y aunque a mí me gustan mediterráneas, más renacentistas que góticas y menos flamígeras, esa mañana me pilló desprevenido. Tenía veinte años, estaba terminando la carrera y era rubia hasta la delicuescencia, esbelta hasta en la prosa, inteligente hasta el abuso y con esa lejanía forzosa de las bellezas obvias.

Me invitó a comer a su casa de Tafira Alta, con su madre y su hermano. Eran tan gentiles como sólo pueden serlo los canarios o algunos criollos iberoamericanos. Y la madre conservaba suficiente belleza normanda como para no haber perdido el hábito del cumplido ni la costumbre del homenaje. Creí que yo le interesaba al hermano más que a la hermana, pero Alicia me convenció de que no era para tanto, ni una cosa ni la otra. Volví a verla en su isla, tres años después, cuando me habían pasado tantas cosas que ni yo me reconocía. A ella era imposible no reconocerla, pero también le habían pasado cosas no muy agradables. Otra vez, hace muchos años, compartimos un taxi en Barajas. Lo malo de aquel congreso es que ya no me sorprende ver desayunar whisky a un novelista y no puedo ver una novela de Severo sin acordarme de ella. Entonces llamo a Montaner para firmar algún manifiesto en favor de un preso político cubano. Siempre hay alguno.

MADRID COMO REALIDAD, METONIMIA Y METÁFORA DE ESPAÑA

Al verano siguiente, el de 1979, hubo otro congreso de escritores y artistas en Burgos, esta vez sólo españoles, y la peste nacionalista apareció en todo su lúgubre esplendor. El colmo fueron dos colmos: un manifiesto *afrocán*, o sea, separatista canario, que reafirmaba la africanidad de Canarias y su condición guanche reprimida —no había más que ver a los presuntos africanos para ver lo realmente europeos que eran— y una pasmosa reivindicación nacionalista castellana, cuando, tras abundosa y mediocre cena, un vate local se encaramó al escenario y proclamó:

—Debemos decir aquí que Antonio Machado es uno de los escritores de fuera que más daño ha hecho a Castilla. Porque ningún Machado entendió nunca a Castilla...

—Anda, eso me suena. Lo mismo dice de mí la Capmany, que nunca he entendido a Cataluña. Qué peste.

—Y mira que ella es fácil de entender —acotaba Ullán—. Pero a lo mejor éstos son Cambó y los mamuts catalanes de Burgos, que se quedaron congelados aquí, alabando a Franco.

—Desde luego, frío hace como en Siberia. Pero éste está más gordo que Cambó.

—Pocos insultos —proseguía el vate— como el de *Campos de Castilla* cuando dice: «Atónitos palurdos / sin danzas ni canciones». Pues no, señor o señorito andaluz, no. No somos palurdos y Castilla tiene muchísimas danzas y hermosísimas canciones. He aquí un ejemplo…

Y entonces salía un coro de rústicos vestidos con el traje regional dieciochesco, atacando una jota castellana en plan villancico, con fondo de tamboril, laúd, almirez y no sé si tenedor y botella de anís del Mono.

—¿Ves?, hace tanto frío en Burgos —decía Ullán— que ya parece Navidad.

—Sí, pues vámonos a dar un paseo por el río, a ver si llega el verano.

Llegar no llegó, pero pergeñamos un «Manifiesto de los impropios» diciendo que estábamos hartos de tanta reivindicación de *lenguas propias* cuando algunos no sabían apenas leer ni escribir, y que eso no era culpa de Antonio Machado. Una versión más canaria y antiafricana salió luego en *La Bañera* que dirigía Cardín. Era la época dorada de José Miguel Ullán, que ese verano sustituyó a Umbral en *El País* y escribió piezas soberbias sobre folclóricas y malditos, como Raphael o Rocío Jurado.

Yo, como reacción al nacionalismo antiespañol, me había hecho fanático de la copla, y no había gasolinera donde no comprase casetes de Concha Piquer, Marifé, Lola Flores o Manolo Caracol. También me dio por el flamenco, y acudía al Palacio de los Deportes a ver cantar al Perro de Paterna, a Fernanda y Bernarda de Utrera, a Fosforito y a Camarón, que, por cierto, la única noche en que lo vi y oí llegó dos horas tarde y de lo más perjudicado. Algo le darían o algo se recetó él, porque acabó cantando como un ángel roto. Y puesto a

llevarles la contraria a los nacionalistas progres, empecé también a ir todos los domingos a los toros en Barcelona, animado por las soberbias crónicas inverosímiles de Joaquín Vidal en *El País*, periódico en que ya colaboraba. Mi educación taurina de verdad, sin embargo, tuvo lugar en Madrid, en el abono de la Delantera de Grada del 2, que compartí veinte años con Andrés Amorós. La plaza de Las Ventas es una de las cosas más machadianamente hospitalarias que siempre ha ofrecido Madrid.

CUANDO LA MOVIDA AÚN NO ERA LA MOVIDA

No la única, ciertamente. Desde la exposición *10 abstractos* en Buades a finales del 75 y, sobre todo, desde mi conferencia en el Palacio de Cristal del Retiro en 1977, dentro de la exposición *En la Pintura* que supuso la clausura definitiva del dogmatismo pigmentado, empecé a ir mucho a Madrid, por una cosa o por otra. Siempre tenía relación con los programas culturales de TVE, fueran los *Encuentros* de Vélez o los *Trazos* de Paloma Chamorro, que invitó a Broto, Grau, Rubio y Tena a pintar los paneles del decorado de su programa en directo, junto a sus enemigos íntimos de Madrid, los «esquizos» Alcolea, Albacete, Campano, los Quejido, Pérez Villalta y los cien mil hijos de Gordillo, cada vez más amigos de los «oligos» barceloneses, que con *Diwan* y *Trama* eran —éramos: yo aún entraba en el lote— casi potentados mediáticos.

TVE invitaba siempre al hotel Palace, lo que nos convertía en anfitriones de madrugada de nuestros anfitriones nocturnos, que eran Juan Manuel Bonet, Trapiello y Francisco Rivas, además de Ullán y de Javier Pradera, editorialista titular de *El País* y auriga intelectual y plenipotenciario de Alianza Editorial, que me contrató para realizar las primeras —y últimas— antologías de Azaña. Por Pradera conocí en *El Alabardero* a Bergamín; por Bonet, a Rosa Chacel; y por Quico o Kiko Rivas, a Ernesto Giménez Caballero, un genio no tan seductor como Bergamín, pero igualmente vampírico. Rivas también me llevó a la casa-biblioteca de Pedro Sainz

Rodríguez, y todos ellos fueron saliendo en nuestras publicaciones barcelonesas, especialmente *Diwan*, siguiendo la infalible costumbre cultural de reñir con los padres por medio de los abuelos.

De aquellos viajes a Madrid pagados por TVE y en los que entrevistábamos a los genios de la posguerra y el exilio para *Diwan* o *La Bañera*, recuerdo un Primero de Mayo, en casa de Giménez Caballero, que tenía —y sin él, aún tiene— un precioso diseño vanguardista de los años treinta. Allí, el genial Inspector de Alcantarillas, Robinsón Literario de España, fundador del primer cineclub y director de *Esencia de verbena*, amigo de Buñuel y Dalí, trató de convencernos de que Ramón Tamames, candidato del PCE a la alcaldía de Madrid, era el único icono fascista digno de heredar a José Antonio, a Mussolini y… a Breznev.

También recuerdo la entrevista de varias horas con Rosa Chacel, bajo el famoso retrato de Timoteo Pérez Rubio, siempre con Kiko Rivas. Y la tarde que pasé con Bergamín en su ático de la plaza de Oriente, con pilas de revistas en el suelo que, años después, caí en la cuenta que eran del FRAP. No es de extrañar que acabara batasuno. Y cómo don Pedro Sainz Rodríguez, máxima autoridad mundial en mística española, primer ministro de Educación con Franco y exiliado luego treinta años en Lisboa por monárquico, nos contaba en su casa-biblioteca sus conspiraciones militares contra la República, fracasadas todas. Era aquel un friso abuelístico fascinante. Y era Madrid, capital de España.

También era Madrid lo que entonces aún no se llamaba «la Movida» aunque ya se movía. Bonet vivía con Jose Serrano, que, en la estela del cohete fundador Kaka de Luxe, era la cantante del grupo de rock Las Chinas, cinco chicas entre las que destacaban, junto a Jose, a la que Trapiello conocía desde estudiante, Miluca Sanz y Montse, la bajista, novia de Luis Auserón. Con los hermanos Auserón, especialmente con Santiago, que era profesor de filosofía y estaba muy puesto en psicoanálisis, empezamos a colaborar en el *Disco Exprés* dirigido por Lluis Fernández en 1978, ellos bajo el seudónimo de «Corazones Automáticos». Al año siguiente fundaron

Radio Futura. A todos esos bautizos de noche, garrafón, decibelios y un frenesí estético vanguardista al estilo de los años veinte, aunque por desgracia más cerca de los Sex Pistols que de Tristan Tzara, asistía yo embelesado. Pasmosa fue la presentación de Paraíso, grupo que Fernando Márquez *el Zurdo* fundó después de Kaka de Luxe y antes que La Mode. Yo iba con Bonet y en el vestíbulo del teatro me señaló a una chica de negro, que dormía como una niña en el diván de la entrada.

—Es Alaska —me dijo—. Parece un poco loca, pero no, es genial. Y muy, muy inteligente.

En el escenario, Carlos Berlanga —antes de los Pegamoides y Dinarama con Alaska— se negaba por timidez a que lo viera el público, así que tocaba detrás de la cortina de un forillo. El Zurdo iba vestido de agente de la Brigada Político-Social, y cantaba con gabardina, el cuello subido y gafas negras. Era de Falange Auténtica, creo, y además de canciones preciosas había escrito una novelita fascista titulada *Fe Jones, la española del futuro*. ¡Si sería del futuro que había nacido en Gibraltar! Aquella generación de la Movida adoraba cualquier vanguardismo, fascista o comunista, cualquier apoteosis antisistema al estilo del punk inglés, pero también archisistema, como cuando Alaska cantaba aquello de «Quiero ser un bote de Colón / y salir anunciado en la televisión». Eso fue un poco después, cuando un chico llamado Pedro Almodóvar, que hacía arte de vanguardia más bien conceptual al comienzo de los setenta con gente como el teclista de Radio Futura Herminio Molero, muy pero que muy inspirado por Fabio Mac Namara, dirigió *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*.

Colaboré en algunas de las exposiciones de pintura que inauguraron la década, así *1980* (que fue en el invierno del 79), *Madrid DF* y otras invenciones de los incansables Bonet y Rivas. Normalmente participaba en los catálogos de pintura —lo último que escribí sobre un pintor fue *Arte a muerte*, sobre Miguel Ángel Campano—, aunque también sobre literatura, como ensayo sobre «Automoribundia» en el catálogo en cuatro tomitos de la exposición

organizada por Bonet en homenaje a Ramón Gómez de la Serna. Casi sin darme cuenta, empecé a hacer más cosas en Madrid que en Barcelona. Y es que, también de forma imperceptible, una iba ocupando el lugar de la otra, a medida que el nacionalismo imponía en nuestra ciudad su idolatría xenófoba y su patológica obsesión antiespañola, no sólo antimadrileña, porque lo que les molestaba de Madrid es que fuera o ejerciera de capital de la nación, de «rompeolas de todas las Españas», como escribió Antonio Machado, aquel que, de creer al lerdo nacionalista castellano, «tanto daño había hecho a Castilla». ¡Cuántos países con asiento en la ONU querrían homenajes como *Campos de Castilla* cada dos o tres siglos!

Madrid, políticamente cautiva de la izquierda, aún no había empezado su gran transformación de los ochenta y los noventa, pero ya era el sitio al que, como antes en Barcelona, empezaban a dirigirse miles y miles de jóvenes de toda España en busca de libertad. El himno de aquella hégira es el «Pongamos que hablo de Madrid» de Joaquín Sabina, que fue a los ochenta lo que el *Benvinguts* de Sisa a la Barcelona setentera.

La diferencia era el frío. «Ven, amor mío, de Madrid al frío», cantaba Jose en Las Chinas, con letra de Kiko, pero lo inhóspito se compensaba con lo hospitalario. Cuando escucho a Sabina lo de «el sol es una estufa de butano», recuerdo una larga tarde de invierno en casa de Kiko, en los desmontes feísimos de Campamento, con Santiago Auserón hablando de Devo y de que en España «lo peor ya estaba fuera», arrojado del interior como innecesario e indigerible. Pero la canción que más ha quedado en mi memoria de aquel Madrid que ya se movía antes de la Movida es el *Para ti*, de Fernando Márquez, una cosa entre fascista y gay, dura y tierna, confusa y de línea clara, conmovedoramente inteligente, que desde aquel primer y último concierto de Paraíso es para mí el reflejo azogado de aquella ciudad que aún no era, pero ya lo tenía todo para recoger a los náufragos de la ciudad que fue. Para muchos es la mejor canción de amor de la Movida:

Para ti, que estás de morros esta noche,
que descubres los secretos de tu cuerpo…
(…)
Para ti, que sólo tienes
quince años cumplidos,
para ti, que naciste en
tiempos asesinos.
Para ti, que vas a caballo del fin del mundo.
Para ti, que ves las Cortes como un cine mudo.
Para ti, que comprobarás lo que otros han dicho,
para ti queremos otear el Paraíso.
Para ti, que ya tienes quince años cumplidos,
para ti, para ti, para ti…
¡Oh, yeah!

SEGUNDA PARTE

CUANDO LA CIUDAD DEJÓ DE SER

13

LO QUE QUEDA DE ESPAÑA

Visto desde hoy, cuarenta años después, el principio del fin de la ciudad que fue, de aquella Barcelona de todas las libertades y casi todos los libertinajes, puede fijarse en torno a la polémica suscitada antes y después de la publicación de mi libro *Lo que queda de España*. Tal vez por ello valga la pena explicar cómo se hizo el libro y todo lo que le pasó a él y me pasó a mí, antes y después de pasar por la imprenta.

Puesto que el origen del libro era el I Premio de Ensayo El Viejo Topo, el arranque del mismo debía ser el ensayo premiado, amén de los dos ensayos largos que estaban escritos justo antes y después del

anterior, que se habían publicado en *Diwan* y que trataban sobre Azaña y Goytisolo. Ése era el núcleo central, en torno a dos claves: la identificación de la izquierda con la política cultural del nacionalismo y la lectura o relectura críticas de aquellas obras o autores que permitieran elucidar una idea de España, de la nación, para sustentar el Estado democrático recién nacido. Añadí dos ensayos más: uno más bien largo a partir de la encuesta en una revista del PSUC a varios escritores catalanes sobre la «normalización lingüística», y otro muy corto sobre Vázquez Montalbán y una ideíta sobre el castellano, típicamente izquierdista y archinecia, publicada en *Triunfo*.

Para acompañar a los dos ensayos largos sobre Azaña y Goytisolo, añadí cuatro más breves. Dos eran originales escritos para el libro: «La peregrina idea de España», sobre Juan Ramón Jiménez, Bergamín y la «España Peregrina»; y «Contra esto y aquello», sobre Alberto Cardín, que además de un tributo a la amistad era un conjuro contra la crisis dentro del grupo de *Diwan* que empezaba a barruntar y que acabó estallando fatalmente apenas unos meses después. Los textos comentados de Alberto provenían sobre todo de la *Revista de Literatura*, origen de *Diwan*. Y de allí también tomé, a modo de homenaje, un breve ensayo sobre Rosa Chacel, «Notas de maravillas», que a ella le gustaba mucho. En fin, una revisión del ensayo dedicado a Lezama en *Diwan* completaba el volumen, voluntariamente breve y, por así decirlo, de camino.

Yo estaba entonces subyugado por la idea de una obra intelectual en la que los libros fueran sólo entregas parciales, que es lo que Juan Ramón llamaba «la Obra», Ezra Pound, «the work in progress», y Lautréamont, la «publication permanente». Por eso, en vez de hacer un libro nuevo prefería hacer sólo la primera entrega de una «política de lecturas», que era un proyecto mucho más ambicioso de revisión de autores y obras, políticas o literarias, que sirvieran a un proyecto intelectual nuevo, liberal y nacional.

El título *Lo que queda de España* se me ocurrió de repente, pero, como desde antes de nacer se vio envuelto en tanta polvareda,

tengo la duda de si repenticé una frase de Bergamín que se me había quedado grabada y que puse en la antesala del libro («lo que queda de España no es lo pasado de ella o lo pasado en ella, sino lo que en ella está siempre sucediendo») o si al leer en uno de sus libros esa frase de Bergamín la puse como «detente bala» del mío, aun teniendo un sentido diferente al que yo le daba. No sé. Me inclino por lo segundo, pero, a efectos de lo que tratamos en este capítulo, da igual. En realidad, lo de Bergamín es uno de sus típicos juegos de palabras o de palabras en juego, o de jugada apalabrada, o de palabrería jugante, o de juguetería palabrera, o… hasta agotar al lector con su ingenio retorcido.

El título, pues, no era producto de una meditación, sino algo así como un verso que te viene de repente a la cabeza y termina un poema. Lo fundamental era el nombre de la nación y la idea de resistencia, es decir, de permanencia. Si decía «España» era porque en la jerga izquierdista-nacionalista que se había impuesto en Barcelona unos años atrás, el nombre de España se consideraba tabú y había que decir «Estado español» si no se quería pasar por fascista. Semejante memez había llegado al extremo de mezclar lo jurídico y lo meteorológico cuando decía la televisión catalana: «Mañana lloverá en todo el Estado español». Vamos, como si lloviera por lo contencioso-administrativo y nevara por el Código Penal. Pero el reto del título estaba, evidentemente, en «lo que queda», por lo que suponía de denuncia de que se estaba perdiendo algo serio y por lo que tenía de afirmación de que, por más que se perdiera, quedaba. Lo suficiente, al menos, para un libro.

Yo suponía, aunque no podía prever su alcance, la poca gracia que a la izquierda y al nacionalismo amalgamados tenía que hacerles este título, pero nada más. Nunca supuse que tanto y, en todo caso, que la reacción sería la habitual e inteligente: el silencio, intelectualmente más eficaz contra lo que se quiere menospreciar o destruir. Por otra parte, cualquier lector podía ver que el libro no trataba sólo o especialmente de Cataluña, sino de España, que lo esencial era la definición de España en la democracia y que los

problemas lingüístico-políticos en Cataluña no eran sino la expresión particular de una pérdida esencial: la de la legitimidad de la nación española como fuente y cauce de ciudadanía.

En Cataluña, con un Gobierno democrático, podría haberse encauzado fácilmente la política lingüística garantizando la igualdad de derechos en la enseñanza y dando libertad a los alumnos para recibirla en castellano o en catalán, mientras se aprendía obligatoriamente la otra como segunda lengua. Hoy puede parecer misión imposible, pero entonces era lo lógico y lo más fácil. Sin embargo, incluso así, el gran problema de fondo, el de la legitimidad política en España tras la dictadura franquista y la Transición, no se habría resuelto.

De todas formas, yo no tenía ni idea de cómo funcionaba la industria editorial ni cómo se hacía en ella un autor, así que no tenía ninguna prisa en publicar el libro. Lo esencial era —o me parecía— encauzar *Diwan*, y el título *Una política de lecturas* no le convencía a nadie, ni siquiera a mí. Sólo al encontrar nuevo título, *Lo que queda de España*, me decidí a terminarlo y dárselo a Biel. Lo que no podía esperar es que, a principios de noviembre de 1978, recién aprobada la Constitución, la editorial se negase a publicar el libro encargado al mismo autor al que, sólo unos meses antes, había otorgado su primer premio de ensayo.

Los capítulos «impublicables» para la editorial de *El Viejo Topo*, la revista, repito, que se presentaba entonces como lo más ilustrado y plural dentro de la izquierda española, eran «La mayor barbaridad» y «Escribir en castellano en Cataluña», textos de simple polémica intelectual: el ya citado sobre un texto en *Triunfo* de Vázquez Montalbán; y el de la encuesta en *Taula de Canvi* acerca del futuro de los escritores en castellano en Cataluña. Nadie actuó según la lógica: ni la editorial ofreció publicar el libro sin la parte dizque «impublicable», ni el director de la colección o el autor pensaron en negociarlo.

¿Y por qué? Hoy puede parecer absurdo que el rechazo de una editorial a publicar un libro provoque semejante polémica, pero en

aquel caso concurrían tres factores muy especiales: 1. Se trataba de un autor recién premiado por la revista; 2. Esa revista se presentaba como el paradigma de la libertad de expresión; y 3. Todo eso sucedía en Barcelona, la ciudad que se preciaba de ser el foro de todas las libertades, el espejo en que debía mirarse la nueva España democrática. Visto con la perspectiva que da el tiempo, este último fue el factor esencial. Biel, yo o ambos podíamos habernos ido a otra editorial, continuado la colección, publicado el libro y, colorín, colorado, el *Topo* se habría retratado. Todo hubiera sido vulgar, normal y corriente. Pero ni Barcelona era para nosotros una ciudad vulgar, ni el proyecto nacionalista era normal y corriente.

El escándalo estalló cuando Biel Mesquida presentó su dimisión como director de la colección Ucronía, por la evidente censura ideológica que sobre su ámbito de jurisdicción intentaba ejercer la editorial, y lo contó en la prensa. Tuvo lugar entonces una batalla de comunicados, cartas, réplicas y contrarréplicas. Mesquida dijo en *Mundo Diario*, periódico en el que colaboraba: «No se puede tolerar que una editorial que se pretende de izquierdas ejerza una censura exclusivamente política. No quiero colaborar en la creación de gulags de teoría». Miquel Riera, el editor, le respondió atacándome a mí: «El libro es bastante malo, literariamente, y hasta ofensivo para algunos sectores de la intelectualidad catalana, con alusiones peyorativas hacia la cultura autónoma de Cataluña». Y dos días más tarde, en otro diario izquierdoso, *Tele/Exprés*, Riera fue aún más lejos: «Se desarrollan planteamientos insultantes y ofensivos para con la lengua catalana, la cultura autóctona de Cataluña y los escritores catalanes, cuyo comportamiento hacia la lengua castellana se llega a comparar con el de los nazis con los judíos».

La manipulación o la simple y llana mentira, que podía comprobarse leyendo esos mismos textos y comprobando que no soy yo precisamente el que habla de nazis y judíos, sino alguno de los que critico, no paró ahí. En el mismo periódico, como grave acusación, podía leerse: «En términos mucho más duros aún, el directivo de *El Viejo Topo* establece relaciones de “afinidad” entre Jiménez Losantos

y Biel Mesquida y el partido del Gobierno "cuya inteligencia y propósitos han sido repetidamente alabados por los dos"». (*Tele/Exprés*, 11 de noviembre de 1978).

Mesquida no se cortó un pelo y le replicó con una carta en catalán de Mallorca que se titulaba «La cultura catalana com a botiga o com a llibertat», donde, entre otras cosas, decía:

> *Crec que la posició* ultra *en tot nacionalisme es confondre els atacs a determinadas ideas de la concepció cultural d'aquest amb la idea de l'atac a la nació. Pero no es tracta de que el Topo sigui ultracatalanista sino mes descaradament ultraoportunista-botigueril.*

Después, se burlaba de la acusación de anticatalanista y reaccionario, recordando que toda su obra la había escrito en catalán y que su primera novela había estado dos años prohibida por el franquismo, de donde provenía su conocimiento de los mecanismos censores, y remataba:

> *En aquest cas la gran novetat que cal subratllar es que la censura prové d'un editor «d'esquerres» que com demostra en el seu comunicat té la poquíssima vergonya d'inventar calúmnies tan fantasmals como desqualificadores del seu propi paper cultural.*

Del mismo modo que Riera y compañía, con su censura, hacían méritos para acomodarse a la nueva situación político-cultural catalana, que viraba del libertarismo al tribalismo rapidísimamente, y estigmatizaban mi libro y mi persona en nombre de la tribu, otro sector de la intelectualidad barcelonesa de entonces tomó mi defensa precisamente para todo lo contrario: para evitar la instauración de una nueva censura *de facto* a manos del PSUC y de Pujol, es decir, del «comunismo descafeinado con aromas de Montserrat», según fórmula que hizo fortuna.

Yo dejé clara mi postura en una nota, publicada en *Mundo Diario* al día siguiente de la de Biel, el 15 de noviembre de 1978, que llevaba por título «Sonrojos de izquierda». Evidentemente, el título

tenía triple mala intención: lo sonrojante que eran esos «rojos» recién nacidos; la basura en la que convertía a la izquierda su política editorial; y lo que sonrojaba ésta a quienes conocíamos por experiencia y riesgo personales, no de rebote, la izquierda antifranquista. El texto decía así:

> *Es mentira que mi libro trata de injuriar al catalán ni a la cultura catalana. Esa calumnia les retrata a ustedes cultural y políticamente. Yo jamás he pretendido atacar la cultura o el idioma catalanes. Lo que sí he hecho abiertamente, y seguiré haciéndolo, es criticar determinadas ideas de la política cultural catalanista, particularmente en sus relaciones con la cultura en castellano de Cataluña. Es mi derecho como ciudadano y mi obligación como intelectual, inmigrante y escritor en castellano. Pero la crítica de una política cultural no significa el desdén por esa cultura, ni mucho menos. En las dos revistas que he dirigido,* Revista de Literatura *y* Diwan, *se han publicado siempre textos en catalán, sin que nada me obligase a hacerlo.* Diwan *es hoy la única revista española de su género editada fuera de Cataluña, que publica sistemáticamente textos en catalán, y seguirá haciéndolo. Cuando apoyar la cultura catalana era un delito, cuando, por ejemplo, cuatrocientos intelectuales se reunieron clandestinamente en Montserrat para organizar el Congrés de Cultura Catalana, yo y muchos otros intelectuales «castellanos» estábamos allí. ¿Dónde estaban ustedes, señor Riera?*
>
> *Ni temí entonces el riesgo por defender una cultura hermana, ni mucho menos lo temo ahora por defender, clara y rotundamente, la mía. Nunca he pretendido ser catalanista. Tampoco soy anticatalán. Discuto en pie de igualdad los extremos que me atañen de la cultura catalana, pero eso es señal de consideración, creo yo, no de desprecio. Y ni nosotros los «castellanos» inmigrantes, ni la mayoría de los catalanes, vamos a admitir el chantaje demagógico de los catalanistas conversos de última hora. ¿De cuándo acá se ha vuelto tan nacionalista* El Viejo Topo*?*
>
> *Yo nunca he equiparado los catalanes a nazis y los castellanos a judíos. Esa mentira prueba que no saben leer o que sólo buscan ciegamente denigrarnos a Biel Mesquida y a mí. Justamente, yo satirizo a Vázquez Montalbán por presentarse como «judío de Praga que escribe en alemán» y cito —no suscribo— las opiniones de M. A. Capmany, Barral y Montserrat Roig, que critican como nazi cualquier política de exterminio del castellano*

en Cataluña. He de decir además que, en estos días, muchos intelectuales catalanes y de izquierda nos han hecho llegar su apoyo, no por lo que yo diga en mi libro, naturalmente, que está para discutirlo, sino contra una censura hecha en nombre de Cataluña por quien no tiene títulos para ello y en nombre de «los ideales de izquierda» por quien no conoce de ella más que su beneficio.

Sólo una mente totalitaria puede pretender la descalificación de una opinión por su pretendida adscripción partidista. A mí no me ofende, pero como usted pretende hacerlo y confundir torpemente al público, le conmino a que me demuestre públicamente que somos de UCD y si no puede, porque es mentira, a callarse.

Su ética profesional y política queda demostrada por haber distribuido, después de haberme devuelto el original, fotocopias de mi libro, sin mi conocimiento y sin mi permiso. Me reservo las acciones legales correspondientes contra ustedes y contra algún periodista que se ha permitido insultar públicamente mis escritos inéditos gracias a su delicuescente actividad difusora. Ese proceder demuestra, una vez más, la clase de vergüenza editorial y política que tienen ustedes, señor Riera. Como dijo una vez Manuel Azaña, «si usted no lo hace, permítame que yo me sonroje por usted».

EL MANIFIESTO «CONTRA CUALQUIER CENSURA» Y EL APOYO QUE ME BRINDÓ *EL PAÍS*

No contentos con hacer frente al nuevo *Viejo Topo* travestido de nacionalista catalán, y acostumbrados como estábamos a la política de agitación antifranquista, que en medios intelectuales consistía, fundamentalmente, en la redacción de documentos y recogida de firmas, Biel promovió un manifiesto titulado «Contra cualquier censura», en el que se solidarizaron con él y conmigo más de un centenar de escritores y artistas tanto de lengua catalana como castellana; unos reclutados por mí, la mayoría por Biel y otros por Broto y los pintores, que movilizaron a la tribu hermana de Madrid. Vale la pena recordar que ese manifiesto fue el último testimonio, en aquella Barcelona nuestra, de una izquierda defensora de la libertad que el franquismo había creado sin querer. Al terminar la Dictadura

y asumir su papel de dirección en la vida cultural, esa izquierda se puso de inmediato a establecer nuevos, más sutiles y más implacables mecanismos de censura.

Huelga decir que todos firmaban ese manifiesto sin leer el libro, sólo por razones de principio y aun dando por supuesto, o por seguro, que no compartían probablemente nada de lo que en él se decía. Pero, con escasas excepciones (Maria Aurèlia Capmany, que le contestó a Biel por teléfono: «Estos tíos ya deberían estar todos fuera»; literalmente, «ja deurien esser tots fora»; Quim Monzó, por su «antiespañolismo visceral» —que no le había impedido publicar un par de años antes en la *Revista de Literatura* que dirigía yo—, o Terenci Moix, por «razones exclusivamente personales» —Alberto lo había puesto verde en *Revista de Literatura* y estaba razonablemente dolido—, todos firmaron. Hoy sería impensable reunir una lista así y con un propósito semejante, pero en aquella Barcelona era todavía posible. Por última vez, pero lo fue. Si no otro mérito, *Lo que queda de España* tiene el de haber dado ocasión o excusa a que aquel espíritu de libertad y convivencia de aquella ciudad ya desaparecida y de aquella época que casi nadie recuerda se manifestara de forma tan emotivamente crepuscular.

Otra prueba de lo mucho que han cambiado las cosas es que, tras la polémica y el manifiesto citados, *El País* pusiera a mi disposición sus páginas para que pudiera explicar mis puntos de vista sobre lo que, según podía verse, tantos problemas encontraba para manifestarse en Cataluña. Y eso sucedía apenas un año después de inaugurada la democracia y con la Constitución, con el famoso artículo 20, que garantiza la libertad de expresión, en la pila bautismal. Naturalmente, yo aproveché su hospitalidad y escribí un largo ensayo que ocupó la doble página central del suplemento *Libros*, que entonces salía los domingos. José Miguel Ullán, a quien había tratado poco y con el que hice amistad poco después en el I Congreso de Escritores de Lengua Española, en Las Palmas, fue el generoso editor, contando, por supuesto, con el pleno respaldo

literario de Rafael Conte, el político de Javier Pradera, jefe de Opinión, y la aquiescencia del director Juan Luis Cebrián.

En ese ensayo, bajo el título «El destino cultural de la emigración en Cataluña», abordé la cuestión política más seria, la que, evidentemente, trascendía las disputas ideológicas entre izquierdas y derechas o entre clanes de literatos barceloneses, y que afectaba a la mitad de la población de Cataluña, la de origen inmigrante y lengua castellana o española. Se trataba —aún, ay, se trata— de reivindicar sus derechos lingüísticos en materia de enseñanza, pero también su condición de ciudadanos de pleno derecho y, en cierto modo, la misma existencia de la ciudadanía española como tal. Ese ensayo, por el asunto tratado, se publicó como capítulo añadido en el libro, después de los tres primeros sobre el nacionalismo en general y el de Cataluña en particular.

Anunciaba también *El País* la próxima publicación del libro por la revista rival de *El Viejo Topo*, la libertaria y radical *Ajoblanco*, que, a pesar de no tener ningún trato conmigo ni con nuestro grupo, se ofreció, inmediatamente después de estallar el escándalo, a publicarlo sin tocar una coma.

LA POLÉMICA CON EL PSUC Y LA IZQUIERDA CATALANA

Inmediatamente después de publicado el artículo en *El País*, una campaña feroz de insultos y descalificaciones se abatió sobre mí, sobre el libro nonato y sobre ese problema lingüístico y político que proclamaban «inexistente» y que «se buscaba crear» mediante una «falsa polémica». Los argumentos censores no han cambiado nada en cuarenta años.

En rigor, la polémica nació precisamente entonces: cuando desde el PSUC se consideró que había que dar un escarmiento en toda regla a los que sacaran los pies del plato nacionalista que cocinaba el partido. Y fue precisamente el órgano oficial del PSUC, *Treball*, el que inició la tarea de demolición personal, intelectual y política con un largo artículo de Ignasi Riera, «*Ara es hora,*

demagogs», jugando con uno de los versos del himno catalán y lanzando la artillería pesada contra el disidente en el mejor estilo estalinista.

Las descalificaciones eran tres en una: yo no tenía derecho a escribir en *El País* porque 1. Escribía muy mal; 2. Lo que decía era falso; y 3. No representaba a nadie. «Si el texto es una muestra de escritura pésima —decía Riera—, ¿se debe a la situación que el imperialismo catalán provoca sobre los "universitarios" aragoneses?». Tres detalles en dos líneas: la identificación xenófoba del adversario como forastero (aragonés); la negación del nivel «universitario» como categoría intelectual, no sé si para negar que yo hubiera estudiado Filología en Barcelona o para que nadie creyera que hubiera aprendido algo; y la mezcla de crítica literaria y valoración política, una técnica que no demuestra mucha honradez intelectual. Pero quizás lo que más destaca al releer hoy ese ataque del que había sido mi partido es este párrafo en el que se denunciaba como una enormidad hija de la demagogia una frase. Decía el articulista de *Treball*:

> *Leed con atención este párrafo del intelectual aragonés llegado un buen día a Cataluña: «Hete aquí cómo cerca de dos millones y medio de españoles van a asistir sin darse demasiada cuenta a la segunda parte de una operación político-cultural monstruosa y brutal para la emigración rural española de las últimas décadas: ver cómo sus descendientes se ven obligados a cambiar de lengua y cultura para acceder a la ciudadanía de pleno derecho, y todo ello sin moverse de España».*

Ahora que la «inmersión lingüística» es obligatoria, ¿qué dirían los nacional-comunistas de lo que entonces consideraban monstruosa demagogia? Temo que el comisario de ayer, metido a novelista hoy, no vacilaría en repetir esta otra frase:

> *No se puede decir que «la nueva conciencia nacionalista es en nuestros días algo inherente a la ideología de los partidos obreros de las áreas más desarrolladas». Ni se puede hablar de «la situación de absoluta desigualdad*

de los dos grupos sociolingüísticos de Barcelona». Hay estudios, como el del profesor Antoni M. Badia i Margarit sobre la lengua de los barceloneses, que habrían de imponer un poco de mesura a la hora de ponerse a dar doctrina sobre la sociología y la política migratoria.

Respecto al nacionalismo del PSUC, se ha escrito mucho en los últimos años y a mí me aburre tratar de esa cuadrilla de arribistas encargados de arrear políticamente el rebaño de la inmigración castellanohablante. Dejé de prestarles atención cuando vi a su jefe, Rafael Ribó, en los años noventa, defendiendo contra Julio Anguita ¡a la burguesía catalana!, que el entonces líder del PCE osó criticar. Eso era más de lo que en 1979 podía siquiera sospecharse en un partido de izquierdas… salvo en Cataluña. Por cierto, todos sabían, menos *Treball*, que precisamente el nacionalismo fue lo que forzó la ruptura entre los partidos socialdemócratas de la II Internacional y aquellos que, como el PCE y el PSUC, defensores del «internacionalismo proletario», fundaron la III Internacional. Pero eso, en plena democracia, ya «no se podía decir». Y, por supuesto, tampoco se podía decir que los castellanohablantes estaban en un nivel social objetivamente inferior al de los catalanohablantes… aunque estaba pavorosamente claro. En cuanto a Badia, rector que fue de mi Universidad, hizo a comienzos de 1995 unas sórdidas declaraciones a la prensa diciendo que «le daban lástima» sesenta padres que se negaban en un colegio de Tarragona a la inmersión lingüística. A mí no es precisamente pena lo que me da hoy recordar a Badia, antaño defensor de los derechos lingüísticos… pero sólo del catalán.

En cuanto a Riera, espero que su carrera de periodista orgánico, intelectual orgánico, novelista orgánico o lo que sea, pero sin duda orgánico, le fuera muy bien, tan bien como a su partido. En aquel largo artículo, censuraba «*el título, bien significativo*, Lo que queda de España». ¿Significativo de qué? ¿Del tabú impuesto por los que decían representar a la emigración española? ¿O no era española la emigración de Andalucía y de otras regiones españolas?

Sencillamente, los comisarios psuqueros habían prohibido el nombre de la nación española. No había tal nación. En cambio, el último producto intelectual del entonces jefe de Riera, el catalanísimo Ribó, éste sí representante muy, muy legítimo de la emigración castellanohablante, fue el librito *Catalunya, nació d'esquerres*. Para eso ha quedado el PSUC: «Nacionalismo de izquierdas». Qué risa.

Pero entonces no me hizo ninguna gracia el ataque de *Treball*, y envié una larga carta de respuesta al director, Joan Busquet, que, por supuesto, no publicó. Conservo el original y me permitirá el lector que reproduzca unos párrafos, siquiera para ver cómo se ocultaba a los propios militantes del partido la opinión que molestaba a la dirección:

> *Espero que sus camaradas de* Mundo Obrero *tengan a bien reproducir esta carta para que puedan leerla la gran mayoría de militantes del partido que no leen* Treball *por estar escrito íntegramente en catalán*.

Empezaba yo, apuntando al problema que todos los que habíamos estado en el PSUC sabíamos que tenía este partido para mantener una dirección nacionalista sobre unas bases castellanohablantes. Y seguía explicando lo que los excompañeros del PSUC tenían derecho a saber:

> *No voy a presumir de catalanista. No lo he sido, y no tengo, hoy por hoy, demasiados motivos para serlo. Pero cuando la cultura catalana ha estado en peligro, y en peligro los que luchaban por su normalización, he participado en la medida de mis fuerzas, y sin forzar mis convicciones con banderas que respeto pero que no son las mías, en la reivindicación de la plena legalidad de la lengua y la cultura catalanas. Precisamente como miembro del PSUC —entonces en la clandestinidad— asistí a la reunión ilegal de cuatrocientos intelectuales castellanos y catalanes en Montserrat que dio el impulso primero al Congrés de Cultura Catalana, aparte de aplaudir a Bandrés. De esto último me arrepiento hoy profundamente [en el 79 Bandrés era algo más que el portavoz de ETA p-m]; de apoyar el catalán, no. Ello me da más fuerza para reivindicar hoy los derechos de mi propia lengua y me evita buscar motivos para ello, porque los motivos son*

exactamente los mismos. Digo exactamente: alcanzar en todos los aspectos de la vida pública un estatus de oficialidad, de igualdad de trato entre el castellano y el catalán respetando la lengua materna de cada uno como cauce natural de desarrollo cultural. Esto es, creo yo, la democracia. Y el trato democrático entre dos comunidades de lenguas diferentes y rasgos culturales también diferenciados, aun conviviendo diariamente, sólo puede resolverse de modo beneficioso para todos respetando escrupulosamente la lengua de cada uno de los dos grupos.

¿Tan grave, tan peligrosa era esta doctrina como para que el PSUC no permitiera que sus militantes la conociesen? No. La realidad es que el PSUC *engañaba* de forma deliberada a sus bases sobre el propósito futuro de su política lingüística. Por eso, tras citar la frase de Pi i Margall, *«sobre el sentimiento de la patria está el de la humanidad y, sobre todo, el de la justicia»*, añadía yo:

Seamos claros, señores, la política denominada de «cooficialidad hacia la oficialidad», postura de Riera, y del PSUC según parece, es una chapuza irresponsable si teóricamente fuera sincera. No lo es, desde luego, y se trata precisamente de una oficialidad encubierta, de un genocidio a plazos, de la ley del embudo con vaselina nacionalista, que es precisamente lo que yo denunciaba en mi artículo. Y no hay términos medios, insisto: cooficialidad u oficialidad. No se puede decir que se respetan los derechos de la emigración cuando a sus hijos se les obliga a aprender catalán para progresivamente ir haciéndoles cambiar de lengua hasta poder recibir la enseñanza en catalán en su totalidad. ¿Qué respeto cultural es ese que promete para una generación después la desaparición de una lengua como instrumento cultural de la mitad de la población? Ni más ni menos que el respeto de Franco. ¿Y a quién beneficia esta política? ¿A la emigración? ¿O a los intereses políticos del obrerismo nacionalista representados en este caso por el señor Riera?

Esta discusión entre excamaradas de la lucha antifranquista fue hurtada a los militantes del partido, pero debió de preocupar lo suficiente a sus instancias rectoras, porque desde entonces no dejaron de lloverme denuestos. Toda la capacidad de propaganda

comunista, que siempre es grande, y en aquellos tiempos en Cataluña, era tremenda, se puso de manifiesto en una labor de satanización y manipulación verdaderamente anonadante. Los nacionalistas recurrieron directamente al insulto, y como prueba del rigor intelectual que les animaba, he aquí lo que decía Xavier Romeu Jover en *Canigó* (27 de enero de 1979):

> *Comienzo advirtiendo que no conozco el célebre libro de Jiménez Losantos que ha producido tanta polémica. No conozco tampoco el artículo que publicó en el madrileño diario* El País. *Ni la respuesta que se le hizo desde* Treball. *Sólo he leído la entrevista que le hacen en* Mundo Diario *el domingo pasado, día 21. Las animaladas que dice son de antología [...]. Si este cretino se hubiese molestado en leer cuatro periódicos sabría que la polémica entre oficialidad-cooficialidad (que aún no está cerrada) [...] Si no fuese un fascistilla de vía estrecha sabría que muchos de los ciudadanos de Cataluña que tienen el castellano como «lengua propia» lo tienen después de un proceso de alienación nacional que les ha hecho concebir precisamente como lengua propia sin saberlo. [...] No sé si el tal Jiménez Losantos es tan idiota como demuestra en la entrevista que comento... ¿Realmente Jiménez Losantos es este idiota? ¿O sólo es el fascista que demuestra ser negando el derecho de los pueblos a la autodeterminación? Tanto si es una cosa como otra me da miedo que el auténtico peligro no sea este hombrecillo sino los que lo han lanzado a la opinión pública con tanta insistencia [...]. Los que lo han puesto en circulación son, pues, los lerruxistas y a los que hay que denunciar.*

Marchando otra de ética nacionalista: la revista dizque satírica *La Pipa d'en Roc* daba ya por publicado el libro (no lo estaba) y decía: «Es una traducción al "español" de las conocidas teorías culturales de Hitler y Stalin [...]. Este Jiménez dice que no quiere ser un "charnego agradecido" [...]. O sea, que se queda en charnego pero desagradecido. Que son los peores». (30 de enero de 1979; sigo traduciendo del catalán.)

Otros intelectuales de izquierda más importantes se unieron a la campaña. Destacaron dos socialistas: Carlos Barral *(Destino*, 8 de febrero de 1979) y M. A. Capmany, que tomó el asunto como cosa

propia y logró ponerme verde simultáneamente en la prensa de Barcelona, de Zaragoza y de Madrid. Insultos aparte, insistía en el mantra progre: se trataba de un «problema inventado» propio de la mente de un «funcionario» de Madrid recién llegado a Cataluña. La verdad es que lo que ella decía era una burda y deliberada mentira y lo sabía. Pocos años antes, al llegar a Barcelona, me la había presentado Sanchis Sinisterra en la propia casa que la escritora compartía con Vidal Alcover. Pero en aquellos meses del 79 aprendí que la realidad y la verdad más evidentes no existen cuando aparece la política en su acepción más burda, que es la nacionalista. Todo vale contra el enemigo: no hay más regla que su destrucción moral, social y, si llega el caso, física. El altar nacionalista exige sacrificios periódicos. Estos sacerdotisos arrimaban leña al incienso.

Barral y Capmany siguieron diciendo atrocidades contra mí, pero no reproduciré más basura. Para qué. Ya han muerto y, aunque lo dudo, quizás habrían rectificado, como otros, su posición o su tono. Porque la realidad en Cataluña, cuatro décadas después de aquellas peleas, es la que yo anuncié y denuncié. No tengo que modificar ni una sola palabra de las que dije entonces. Lo cual demuestra que no sirvieron para nada.

Lo único que me conforta hoy al repasar en recortes amarillentos aquel diluvio de improperios era el insensato denuedo con que les hacía frente en cuantas tribunas me brindaban. Por esa fuerza que no sólo nacía de un sentimiento nacional o de una convicción intelectual, sino, fundamentalmente, de una conciencia de legitimidad más que ciudadana, territorial, veo hasta qué punto yo me sentía en casa, rodeado por los míos en aquella Barcelona de las Ramblas y de *Diwan*. En la Cataluña presidida por Tarradellas. A pesar de que los meses previos a la publicación del libro constituyeron un auténtico linchamiento personal y, seamos magnánimos, intelectual —ahí están las hemerotecas para comprobarlo—, todo lo resistí, todo lo sobrellevé con imprudente desenvoltura, con espíritu aguerrido y con esa seguridad que sólo da el sentirte arropado por los tuyos, por una tribu, por una *petita*

pàtria, que diría Espriu, aunque para él era tan pequeña que no pasaba de Cataluña y para mí era nada más y nada menos que la libertad en la ciudad más abierta, hasta entonces, de toda España: Barcelona. Nuestra Barcelona.

LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO EN MADRID

De todas formas, las atrocidades que sobre mí se vertían y de las que he dado brevísima muestra, eran, evidentemente, el comienzo de un proceso entre inquisitorial y terrorista que sólo podía conducir —condujo dos años después— al linchamiento físico del reo. Así que cuando por fin los editores de *Ajoblanco* tuvieron a punto el libro, y aunque estábamos ya a principios de junio, no quisimos esperar a que pasara el verano para sacarlo a la luz porque, aunque comercialmente no nos convenía, seguían diciéndose en Barcelona tantas mentiras, tantas barbaridades sobre un libro que *nadie* había podido leer que, ingenuamente, pensamos que bastaría su simple aparición para, por lo menos, moderar el clima verdaderamente irrespirable que se había creado durante esos primeros meses del 79. Un caso: un lejano amigo mío había tenido que salir corriendo de una librería donde lo conocían desde siempre porque, al defenderme, los propios libreros, sus amigos, le habían querido pegar.

Dado el democrático ambiente reinante, entre nazi y etarroide, estaba claro que en Barcelona nadie iba a hacer la presentación sin pasar por el hospital o por la morgue, así que decidimos hacerla en Madrid. Los preparativos se hicieron a toda prisa y el lugar elegido fue la librería izquierdista por excelencia, la Antonio Machado de Chus Visor. Quiso ser mi presentador Francisco Umbral, entonces en el apogeo de su fama, que había leído el libro gracias a Ullán o a Pradera, no sé. Y es que *El País*, indignado ante la respuesta que en Barcelona había tenido mi artículo, me apoyaba incondicionalmente.

La presentación, en un doble salón abarrotado, fue de lo más accidentada. Para empezar, antes de hablar Umbral, un pirado entre el público proclamó que había ido allí a matarme. Le contesté que era

una posibilidad, sin duda, pero que no era probable que saliera ileso, dada la muchedumbre allí presente. No encontró del todo disparatada la reflexión, y además él, confesó, era contrario a la violencia. Pero a cambio me exigió que todo lo que dijera lo hiciese en catalán. Volví a plantearle la incomodidad del público si nos comunicábamos, probablemente sólo él y yo, en la lengua de Verdaguer. Cuando vio que, efectivamente, el público empezaba a perder la paciencia, se calló, aunque periódicamente fue interrumpiendo el acto entre la algazara y los improperios de los asistentes.

En fin, lo importante fue la presentación, demasiado generosa, de Umbral, a quien conocí aquella misma tarde, y luego un largo diálogo sobre los asuntos tratados en el libro, por suerte no sólo el del idioma en Cataluña, sino también los largos ensayos sobre Juan Goytisolo y la izquierda actual, Azaña y el liberalismo español, el sentido de la República... en fin, lo que había escrito. Sobre la política catalana lo único que recuerdo bien es que tuve que emplearme a fondo para defender la conveniencia de un Estatuto de Autonomía y la figura del «Honorable» Tarradellas, no sólo como eslabón de la legitimidad democrática recobrada, sino porque, decía yo, dentro del Estatuto y de la Autonomía catalanas, al final la propia representatividad social de los partidos, de sus bases sociológicas y lingüísticas, les obligarían a llegar a cierto equilibrio en materia de derechos lingüísticos, que era la gran preocupación de Tarradellas.

Alguno me reprochó que olvidase la «traición» de Cataluña y el País Vasco a la II República y yo le respondí que los tiempos eran otros y que no dudaba del buen término del proceso. Vamos, que casi salí como un catalanista del género moderado y pastueño. El acto resultó animadísimo y larguísimo, pero todo fue bien y hasta los discrepantes previos salieron convencidos de que yo no era el energúmeno que pintaban, y que había que leer el libro. Como anécdota añadida diré que el libro cayó tan bien que hasta consiguió que dos enemigos irreconciliables como Umbral y Ricardo de la

Cierva —éste en *Abc*— se unieran en el elogio, tan exagerado como agradecido, aún hoy, por el autor primerizo.

Convencido de que aquello iba a tranquilizar las cosas, al día siguiente, de vuelta a Barcelona, me encuentro con el *Tele/Exprés*, cuya portada, arriba, titulaba: «MADRID: ARRANCA LA CAMPAÑA ANTICATALANA». «En la presentación del libro de Losantos [...] Umbral dice que Cataluña ha cometido un "holocausto"».

Me quedé de piedra. Luego, el texto, que era una notita de la agencia Efe, tan mal redactada como malintencionada, bajaba el tono, pero, evidentemente, lo que cuenta en un periódico es la portada y ahí estaba: peor, imposible.

Creo que por primera vez me di cuenta de la capacidad de maldad, de hacer daño deliberadamente que el nacionalismo produce en muchas personas. Al tiempo, es de notar que aquel incalificable titular es sustancialmente el mismo que vienen haciendo desde entonces la prensa de Cataluña en general, los políticos nacionalistas en particular y hasta las hojas parroquiales del cesaropapismo pujolista o tripartito: toda crítica política al nacionalismo o a un aspecto de él, en este caso algo tan discutible y complejo como es la política lingüística, es denunciada a todo trapo como «anticatalana». Ni siquiera «anticatalanista»: «anticatalana».

Tiene narices, pensaba yo ante el titular abyecto, que después de tantos años oyendo y leyendo que los pocos que nos oponíamos a la dictadura de Franco no éramos antifranquistas, es decir, comunistas, liberales, masones, monárquicos o lo que fuere, sino simplemente *antiespañoles*, ahora resultaba —y resulta, porque tres décadas después seguimos en las mismas— que todo lo que no fuera halagar y suscribir el victimismo catalán o vasco era ser «anticatalán» o «antivasco». Y como en Cataluña no todos son nacionalistas, resulta que hoy, catalanes de toda la vida como Aleix Vidal-Quadras o como Eugenio Trías, que han osado poner en cuestión lo que el filósofo llama «el mito del nacionalismo lingüístico», son también *anticatalanes*. Al final, todos los nacionalismos se parecen en la negación total del adversario y en la identificación de su idea

particular con toda la nación, comunidad o tribu. El que no la acepta íntegra y acríticamente es enemigo: de Cataluña, de España o de lo que sea. En realidad, lo es de una dictadura, la de la tribu, fundada casi siempre en la mentira y el rencor.

Tanto Umbral como otros y yo intentamos hablar con Tristán la Rosa, director de *Tele/Exprés*, para que rectificara. A mí ni se me puso al teléfono. La famosa ética periodística, que incluye consultar las fuentes, suele ceder ante la obediencia nacionalista. Al tercer día lo contaba así Umbral en su columna de 3 de julio de 1979 en *El País*:

> *En otro periódico, sin embargo, no quisieron perder el tiempo con un espontáneo e interesado demandante:*
>
> *—¿Pero han leído ustedes entera la página de Umbral que hoy publica* El País*?*
>
> *—No, pero conocemos una nota de Efe.*
>
> *—Esas frases, fuera de su contexto, dicen exactamente lo contrario (el viejo truco, forastero).*
>
> *Y la voz de director catalán, quizá Tristán la Rosa:*
>
> *—Bueno, no sé si leeré eso que usted dice, a ver si tengo tiempo. En todo caso las cosas son como las cuenta mi periódico.*

Total, que Umbral le vio las orejas al lobo y yo, las fauces. Pero precisamente para que se advierta hasta qué extremo ya entonces, en 1979, el nacionalismo catalán manipulaba cualquier cosa, persona, libro, acto o lo que fuera sin respeto alguno por la verdad; y también para que se compruebe la voltereta del diario *El País* cuando, poco tiempo después, se alineó, hasta hoy incondicionalmente, con ese nacionalismo cerril y manipulador e incluyéndome entre sus blancos favoritos, he aquí el texto completo de la presentación de Umbral que, como glosa del acto y apoyo al libro, publicó al día siguiente, el viernes 29 de junio del 79:

> *Jiménez Losantos: la tradición liberal de la cultura española*

Franco nos hacía mucha falta, porque todo el que no estaba empleado en sindicatos, por entonces, se beneficiaba de la duda y podía pasar por comunista, marxista, maoísta, republicano o, cuando menos, por amigo de la Unesco.

Muerto Franco se acabó la rabia y entonces se ha visto que quienes sólo eran marxistas en función de su antifranquismo, ya no son nada. Unos están en el campus tocando la guitarra y esperando un diploma con orla, otros están en el café Ruiz pasando de todo, en los espejos, otros están en el pub Dickens escuchando a Fernando Savater, por saber cuándo habla él y cuándo habla Cioran, y otros, quizá los más sensatos, los que mañana serán hombres de provecho, los más urbanos, retoman la vieja tradición liberal republicana, progresista, institucionista, regeneracionista, arbitrista (nunca fascista), y hale.

Entre estos últimos, Federico Jiménez Losantos, que es muy joven y muy de Teruel, y que desarrolla su admirable inteligencia a partir de un error de origen, como se dice que funcionan las IBM. El error es dar por supuesto que las cosas, lo que sea, van en serio: la lucha del catalán contra el castellano, o a la viceversa, el ultracomunismo de los excomunistas o el excomunismo de los ultracomunistas, el exilio interior-exterior, y en todo caso voluntario y lúdico, de Juan Goytisolo, y cosas así.

En mitad de una joven generación fría, anglosajizada y anglosajonijodida, que confiesa no haber leído nada más que en inglés, y nunca nada español (Javier Marías), a mí me alegra que surja un ensayista gracianesco, quevedesco, castellanista, de vuelta de las traseras del estructuralismo y el Centro Pompidou, donde seguramente ha estado haciendo sus necesidades con Cela, de vuelta de la escritura gélida, de la prosa kelvinator, falsamente aséptica en unos, falsamente barroca y lezamalima en otros. Lo de Javier Marías sería correcto y tendríamos en él un nuevo Santayana si no se obcecase en forzar libros en español, uno tras otro, cuando confiesa no haber leído a los españoles. Y eso se nota.

Como se nota que Federico Jiménez Losantos, tan de vuelta del franquismo como del antifranquismo (para muchos vino a ser la misma cosa), ha masticado la cultura del mundo en el drugstore gay de las Ramblas y ha decidido que su camino de perfección pasa por el jardín de los frailes, don Manuel Azaña y la España invertebrada, pero vertebrable, de Ortega y Gasset.

Todo esto, antes de la asunción de la calle de Claudio Coello, nos hubiera dado nada menos que un reaccionario: hoy, cuando los

eurocomunismos se estilizan hasta dejar su revolución en cultural, cuando los novofascismos se radicalizan a nivel de cafetería conflictiva, la suma de valores y contravalores del joven profesor castellano-aragonés-catalán nos da un español cabal —esa cosa que ya no se encuentra—, un republicano de la II República, un chico que quiere conectar con la España-antiespaña de los ilustrados, los afrancesados y los castristas de don Américo, frente al Artespaña de los decoradores de los muros de la patria mía con sus escudos familiares y sus estampillados de provisionales.

Como Las flores del mal

Lo que queda de España *es uno de esos libros que tiene leyenda desde antes de nacer, como* Las flores del mal*, cosa que me parece muy bien, pues yo creo que la leyenda de un libro hay que conseguirla antes de que salga. Después, lo único que hay que conseguir es cobrar del editor. Leyenda y pendencia de* Lo que queda de España *que se centran en su capítulo o capítulos dedicados a la polémica del castellano en Cataluña, tema y batalla en que todos andamos más errados que erradicados, ya que parece que estamos enfrentando bloques dialectales completos, cerrados, moles de lenguaje completas, puras, íntegras, como si el castellano no fuese un latín degenerado y aljamiado por mil arabismos, galicismos y otras homosexualidades de la lengua. Y como si el catalán no estuviese reflorecido de provenzalismos, castellanismos, valencianismos, galicismos y otras inmigraciones coloquiales y de mano de obra.*

Los idiomas han fornicado entre sí toda la vida, y el mito de Babel está mal resuelto, como casi todos los mitos, pues lo cierto es que de la confusión de las lenguas habría nacido una nueva lengua en la que se habrían entendido todos, desde el maestro de obras de la torre hasta los pintores que la pintaron.

Siendo esto así, Franco no pudo, en cuarenta años, amputarle un solo verso a Carner, una sola glosa a D'Ors, una sola boutade a Pla, y son ahora los catalanes quienes entierran en vida a Pla y D'Ors, quienes ejercen discriminación y holocausto sobre sus propios grandes escritores. Siendo esto así, Cataluña no podrá evitar que los emigrantes o inmigrantes de Murcia le siembren su catalán popular o elitista de murcianismos, pues es vieja y poética la ley según la cual el invasor se deja poseer femeninamente por el invadido, y el dominador se deja influir nocturnamente por el

dominado, cosa fácil de probar a poco que forcemos la teoría de Hegel sobre el señor y el siervo.

Contra la Generalidad y contra La Moncloa, el castellano y el catalán fornican ya gozosamente en toda Cataluña, y de eso pueden salir enriquecidas ambas lenguas, e incluso una tercera. Una vez más queremos petrificar la historia en lava monolítica y poner el letrero de que hasta aquí llegaron las aguas. El castellano del charnego Vázquez Montalbán, a quien tanto y con tanta gracia combate Jiménez Losantos, ha llegado a una facundia gastronómica y catalana que es su mayor encanto. El castellano narrativo de Marsé ha llegado a una prosa choriza y eficaz, lenta y densa, de modo que leerse una de las grandes novelas de Juan es como llenarse la panza de habas catalanas con butifarra, pasado todo por las argucias estructurales de Faulkner y los casticismos de las Ramblas.

Importa el escritor

Yo diría que lo que importa no es el idioma, como otras veces he dicho que lo que importa no es el género, sino el escritor, siempre el escritor, y pongo el caso de dos prosistas híbridos que han hecho obra de arte de su hibridismo. Jiménez Losantos hace muy bien en denunciar excesos y contraexcesos, pero me parece que no se ha parado un momento a pensar lo que él sabe mejor que yo: que la lengua se hace a sí misma, en complicidad con otras lenguas. Que las lenguas se dan la lengua.

Importa el escritor, ya digo, y los muy malos escritores que hoy abundan en castellano-catalán, por Barcelona y por ahí, no se salvarán como los que he mencionado, sino que se hundirán en su francés vergonzante que suena a catalán mal traducido por un valenciano mal pagado. Esto les pasa a la mayoría de los poetas y prosistas barceloneses del momento, excepción hecha, claro, de los que se han agarrado al catalán puro, como Gimferrer. Pero también les pasa o ha pasado a los españoles del exilio, que han acabado escribiendo un castellano costumbrista del año veinte o un argentino mal asimilado de antes de Carlitos Gardel.

Se salva el escritor, en cualquier charca idiomática, y ahí están Cortázar, Onetti o García Márquez, Fernando del Paso o Haroldo Conti (que, por cierto, no está), haciendo una fusión de mil castellanos, como la hiciera Valle con los de España y América. La lengua, más que defenderla, hay que crearla cada día. ¿En qué catalán quieren encastillarse —de castillo, no de Castilla— los catalanes: en el de Maragall, en el de Tàpies, en el de

D'Ors? El catalán no se para, porque está vivo, y ahora lo va a fecundar el castellano humilde, obrero, periférico y de mano de obra, que ésa es otra: Jiménez Losantos, como republicano antimarxista, apenas nos da unos datos económicos del problema, pero los suficientes para que la cuestión quede mostrencamente clara una vez más: la burguesía reaccionaria catalana explota al obrero prerrevolucionario de otras regiones, mientras la intelectualidad progresista catalana impone su lengua a esos obreros.

La solución de este damero maldito no es original, pero es la de siempre: lucha de clases y no de lenguas.

Federico Jiménez Losantos cristaliza su España de siempre en Américo Castro y su España posible en Manuel Azaña. No ha podido elegir mejores leguarios para su caminata literaria, que ahora empieza. Aparte batallas políticas que él no quiere reñir (y a mí me parece que hay que reñirlas), España es un individuo de cinco siglos que se está haciendo y deshaciendo siempre, y tan antiespañoles son los que la quieren de roca como los que la quieren en ruinas. Toda comunidad medianamente adulta y compleja está en transformación constante, en ese punto de luz y hormigueo en que coincide la intuición de Einstein con el análisis de Marx. Por eso Federico Jiménez se ha puesto en la buena vía de agua, en la más fluyente, en la que asume la España judía de don Américo y se proyecta al futuro en la España europea de don Manuel Azaña. Como consecuencia de esta elección, su ensayismo no es afrancesado, estructuralista, aséptico, traducido, sino espontáneo, ágil, literario, popular, agresivo, muy cerca de la prosa suelta y sabia del propio Américo Castro. Por fin, un ensayista que toma su riqueza de Gracián, su gracia de Torres Villarroel, su cultura de todas partes, su asertividad de Ortega, su combatividad de Quevedo y sus giros del cheli de ahora mismo.

Federico Jiménez Losantos, como español que busca la buena España de los comuneros, la Institución, el 98, Ortega y Azaña, se da contra el antiespañol por antonomasia, Juan Goytisolo, que ha hecho oficio del peregrinar y judaísmo del errar, y que a su vez cae en el repetido error de añorar una España mora, como si España no fuese suficientemente mora y como si en esta vida no se pudiera ser otra cosa que moro. Goytisolo, para mí, tiene un único defecto, que es el que no le señala Federico: el defecto de que su castellano no es lo que se dice fascinante. Siendo esto así, faltándole la virtud primera y única de gran artista de la escritura, todo lo demás, su jaleo entre moros y Gallimards, entre Francos y franceses, entre rojos y eurorrojos, a mí me tiene sin cuidado. Si tanto peregrinar, vivir, fumar,

amar, desterrar, condenar, disentir y transubstanciar no le ha servido para tener ya, a estas alturas, una escritura espontáneamente rica y diversa, poblada y sugerente, es que no la va a tener nunca. A mí, los ejercicios de redacción a huevo me interesan poco.

Estoy aquí no porque crea que el castellano va a perecer esta noche en las garras del catalán, ni a la inversa, ni porque crea que Juan Goytisolo va a tomar Granada por sorpresa, mañana sobre las doce, al frente de una marcha verdepolisaria, ni porque espere que Ajoblanco *y* El Viejo Topo *vayan a fundirse aquí en un abrazo de Vergara del que nazca, refundida, La Estafeta Literaria. Estoy aquí, sencillamente, para asistir al nacimiento de un extraordinario escritor español.*

Francisco UMBRAL

Evidentemente, Umbral, aparte de cargar la mano en los elogios, aprovechó la presentación de mi libro para emprender una de las muchas batallas que, a lo largo de los años, empedraron su guerra contra toda una generación literaria, la de los niños bien de Barcelona y Madrid, los alumnos de Juan Benet y Gil de Biedma, los que presumían de anglofilia y cosmopolitismo, decían que el español era «una lengua de cabreros» y despreciaban por paleto el estilo de Cela e incluso el de Umbral, gran devoto celiano. Así que a la polémica política se unió la reyerta entre tribus literatas.

«¡SUÁREZ HA ROTO A LEER!»

Al hilo de la presentación del libro, conocí a Francisco Fernández Ordóñez, líder del sector socialdemócrata de UCD, ministro con Suárez y después con Felipe González, gran apuñalador de la derecha en el costado izquierdo, pero con el que, pese a nuestras diferencias políticas, mantuve siempre una excelente relación personal. Al más relevante de los relevantes hermanos Fernández Ordóñez lo retrata la frase con que recibió a una delegación británica: «Call me Paco». Cuando años después los *british* lo hicieron Sir, le dediqué un artículo que, lógicamente, sólo podía titularse «Sir Paco».

Pacordóñez, como le llamaban en el Foro, era un madrileño con esa simpatía que sólo tienen los madrileños simpáticos, pero en grado superlativo. Me lo presentó Ullán, al que patrocinó una exposición sobre el joven Neruda, en el despacho que conservaba en el barrio de Salamanca y me causó una gran impresión. Acostumbrado al pomposo hieratismo de los políticos catalanes, por poquita cosa que fueran, conocer a un político verdaderamente poderoso como Paco que no presumía de nada, le quitaba importancia a casi todo y hablaba básicamente de literatura, me dejó atónito. Paco fue uno de los primeros lectores de *Lo que queda de España*, y no sólo entusiasta, sino propagandista. Y nos dijo que acababa de descubrir que el libro tenía, además, poderes taumatúrgicos.

—No te lo vas a creer, Federico: ¡Suárez ha roto a leer! ¡Y gracias a tu libro!

—¿Pero no leía nada, nada?

—Bueno, se dice que en los últimos años ha terminado Papillon*, pero en eso hay algo de leyenda. El caso es que le llevé tu libro al Consejo hace una semana y me ha dicho que ya se lo está terminando y que además le gusta. ¡Es un verdadero milagro!*

—No será para tanto.

—Y para más. Puede ser un hito en la historia de España. Octubre de 1492: Colón descubre América; julio de 1979: Suárez rompe a leer. Claro, son hechos sin precedentes y de imprevisibles consecuencias. Pero yo soy optimista. Si cunde el ejemplo en UCD, podemos vender tu libro en las farmacias.

Ése era Paco. Eso era Madrid. Pero yo aún no sabía apreciarlo en lo que valía.

SAVATER, MARÍAS, PUÉRTOLAS Y DEMÁS CUADRILLA, AL ABORDAJE

Javier Marías y sus anglocuates, especialmente Fernando Savater, que entonces era el abogado más fiero del «abertzalismo»,

decidieron pagarle a Umbral con la misma moneda: si él me había puesto por las nubes para rebajarlos, ellos tendrían que bajarme a las cloacas para atacar a Umbral. Se produjo, entonces, una pelea entre los clanes de *El País* más que una discusión leal sobre las tesis de mi libro. Peor aún: aunque este grupito de discípulos de Juan Benet presumía de no citar a nadie en sus invectivas (el toque anglosajón hipocritón frente al estilo bronco pero claro de Umbral o Cela), contra mi libro y su autor (no contra Umbral, claro) recurrieron a la más sucia y estúpida descalificación personal y política. Así que, cuando creía que ya lo tenía todo leído y soportado en Barcelona, me encontré con que en la prensa de Madrid no sólo les daban la razón a los nacionalistas catalanes, sino que iban más lejos en sus injurias. Por ejemplo, así me atacaba en *El País* Javier Marías:

> *Se trata simplemente de españolear, y crear sentimientos patrioteros una vez más. ¿Por qué? La respuesta quizá sea sencilla: porque el franquismo arraigó y no es extraño que haya uno nuevo en ciernes. Otras cosas a las que se acusa de neofranquismo, en realidad no lo son. Son franquismo a secas, o su secuela atildada y puesta al día, y como tal no se preocupan mucho de la cultura, en eso no se diferencian de los de «antes». Pero estos otros españolistas, sí: para algo son neofranquistas, y además mucho más listos. Y poco importa que tal vez haya tras ellos un pasado izquierdista. Su presente es neofranquista, como veremos, incluso, por los métodos y modos empleados.*

¿Qué métodos eran ésos, aparte de los dicterios que Cardín, adivinando el futuro, solía dedicarles en *La Bañera, Diwan* o donde podía? Pues nada menos que éstos:

> *El estilo de la ofensiva se basa en buena medida en el insulto —no la invectiva— personal. Es éste un recurso fascista de pura cepa: a falta de argumentos, sal gorda, chistes, chabacanería demagógica, calumnias, vejación, injurias, puños y pistolas.*

O sea, que de creer al entonces joven Marías, Umbral y yo, con Cardín y algún otro, nos dedicábamos a ir por los bares apaleando a los escritores molestos, de tan franquistas como éramos. ¡Pobres de nosotros! ¡Pronto se vio quién recibía las vejaciones, los puños y las pistolas! Pero el chico de Julián Marías insistía:

> *Si se quieren revivir, al menos culturalmente, los tiempos del Imperio y que viva (o arriba) España, adelante, hágase, todo ello es perfectamente lícito y encomiable. Pero no enmascarándose, no haciendo trampa, no fingiéndose ser lo que no se es, no llevando a cabo la vil maniobra de apropiarse indebidamente de lo ajeno, de lo que hoy puede estar «bien visto» por la nueva sociedad española (ella sí que no es franquista) para servir a no se sabe qué intereses espurios y ocultos.* (Javier Marías, «La nueva máscara de lo de siempre», *El País*, 15 de julio de 1979).

Fernando Savater, como buen *abertzale* entonces, vacilaba menos ante los métodos agresivos que denunciaba Marías como franquistas. Así, en «Las termitas en el Senado» (*El País*, 4 de agosto de 1979), decía:

> *Trataré de sacar contento de este escuchimizado gladiador que me ha caído en suerte: a fin de cuentas se trata, nada más y nada menos, que del director de la revista* Diwan*, luego es un chico que a su edad ya tiene tarjeta de visita, adminículo que no deja de ser útil en caso de duelo. De puntería parece andar algo peor, pero eso también llega a aprenderse... si sobrevive uno para contarlo.*

Luego, Savater justificaba en su estilo herrimatonesco que en un artículo anterior contra mí no citara mi nombre... para no ayudar a mi insaciable sed de medro literario:

> *Comprendo que tal o cual señor que no es nadie decida por lo menos ser «ese chico que se mete con Savater» [...] Lo único que ha logrado, precisamente, es lograr formar parte de la mafia de los instalados, publicar hermosas tribunas libres en* El País*, salir por televisión y dirigir una revista, amén de haber logrado vender un libro gracias a la publicidad que le dio el que una*

editorial, en perfecto uso de su derecho de selección, se lo rechazase por malo. ¿Qué otra cosa cree el señor Losantos que hacemos los de la mafia de instalados? Porque esa «otra cosa» —ser autor de mis libros y no de las naderías de Losantos—, ésa le está vedada.

Y vamos al tema de España, que es lo que más cuenta para los sufridos lectores (aunque, hipócrita lector, mi semejante y hermano, seguro que tampoco te disgusta asistir a una buena zurra). De la argumentación que yo exponía en mi artículo («La cultura española como mito o tauromaquia») Losantos no se entera, con lo que mal podría refutarla. Por lo visto confía, como siempre suele, en que al público le interesará más la confrontación personal que el intercambio de argumentos y que puede dispensarse de todo lo que no sea repetir otra vez su tan celebrado lanzazo al cerril blasfemador contra Cervantes y esclavizador lingüístico de inmigrantes desvalidos. De ahí prefiere no salir porque fuera rondan lobos contra los cuales quizá no basten los cuatro chistecitos oligofrénicos que son todo lo que guarda en su zurrón. «¿A quién puede molestar que se ataque la identificación de lo español con lo fascista?», pregunta, encampanado, este Cid de guardarropía. Respuesta: a quien esta cruzada contra una caricatura le parece encubrir el inicio de una nueva caricatura de cruzada. [...] Pero silencio, que el granadero está empeñado nada menos que en la organización democrática del Estado Español. Renuncia generosamente al Estado del Tremedal, que no hay, pero no al Español, al que da por bueno por la consistente razón de que es el existente. Y si otros menos resignados o con más tradición peculiar que los coterráneos del señor Jiménez se proponen cosa diferente, ¡anatema sea!

La forma en que muchos buscaban, jaleados por otros, como Savater entonces, la destrucción del Estado español y de la propia democracia, no parecía importar mucho a casi nadie. En aquel tiempo todo lo antifranquista era bueno, *incluso* el terrorismo. Y si cito el caso de Savater no es sólo para probar la extrema violencia verbal que entonces se usaba contra posiciones tan tibias, liberales y moderadas como las que se exponían en *Lo que queda de España*, sino porque precisamente Savater, a diferencia de otros intelectuales de la izquierda instalada, ha evolucionado y ha sabido defender en el propio País Vasco posiciones democráticas y liberales contra los cafres que siguen usando el mismo discurso que él usaba entonces —

aunque menos chulesco, porque más es imposible—. Pero la historia hay que contarla como fue, y fue así.

Otra persona de gran prestigio intelectual en la izquierda, César Alonso de los Ríos, publicó años más tarde un libro titulado *Si España cae...* en el que reconoce explícitamente la responsabilidad de la izquierda española por haberse aliado al nacionalismo en la destrucción del Estado y de la idea misma de nación española, traicionando la propia tradición republicana nacional. Por eso no hay tampoco rencor, sino simple melancolía, al recordar lo que decía *La Calle*, la revista que él dirigía, cuando salió mi libro, al que dedicó tres páginas, ¡y qué páginas! Ésta era la entradilla de la información que a los lectores se daba, y que firmaba Julia Luzán:

> *El libro de Jiménez Losantos,* Lo que queda de España*, hubiera podido titularse con más propiedad* Lo que queda del franquismo. *Un libro de más que dudosa finalidad política, pero de segura nulidad intelectual, ha caído —mediante una bien orquestada propaganda— como un adoquín en nuestra charca cultural. Tan estancada se halla la pobre que bien venida hubiera sido la polémica si no fuera una mala polémica, una mala guerra. Porque mala guerra es una guerra inventada.*
>
> *Tres escritores catalanes responden aquí. A su justificada irritación habrá que atribuir alguna desmesurada expresión que puede parecer insólita. Porque insólito es hacer perder a los catalanes su mesurado sentido de la mesura.*

Castellet, naturalmente, me desmentía asegurando que, con una mayoría de izquierdas como la que existía en Cataluña, consciente del problema cultural, éste no se produciría. Candel tampoco apretaba mucho, la verdad sea dicha. Luego, Castellet insistía en que lo peor era que manipulasen mis tesis *«de ideología ambigua»* desde un medio que «me pone los pelos de punta, como *El País»*. Pero la que sí hablaba claro, entre otras cosas diciendo que Azaña quería mal a Cataluña, era Maria Aurèlia Capmany, que remachaba: «Como no soy masoquista, no leo nunca ese folleto del Imperio hacia Dios que se llama, creo, *El País*».

Supongo que ésta era la «desmesura» que preocupaba al director de *La Calle:* llamar falangista al diario oficial de la izquierda, *El País*. Ahora bien, lo de llamar franquismo a lo que era y sigue siendo cuarenta años después la pacífica reivindicación del derecho a escolarizarse en España en español le preocupaba poco, por no decir nada.

A la lucha del órgano oficioso del PCE-PSUC que era *La Calle* se unieron otros estalinistas de fuste como Julio Rodríguez Puértolas, cuya ridícula *Historia social de la literatura española* había yo criticado con severidad en una doble página de *El País* pocos meses antes. Y utilizaron para eso, junto a la cuadrilla de Savater, el recuperado título de la revista fundada por Azaña, *La Pluma*, para atacar como «ultraderechistas» a los que, al fin y al cabo, éramos los primeros de nuestra generación que habíamos intentado rescatar del olvido (o del odio del PCE) la obra del propio Azaña (primer artículo del primer número de *Diwan*) o de Cipriano Rivas Cherif (cuya biografía de Azaña *Retrato de un desconocido* también glosé yo el primero en *El País*).

En la reedición de *Lo que queda de España*, en 1995, se recogía el ensayo que dediqué al siniestro libraco de Puértolas, perpetrado junto a Zavala y Blanco Aguinaga. Es el capítulo titulado *Una historia estalinista de la literatura española* y que por problemas de tiempo e imprenta no llegó a la primera edición. Como no sólo se atacaba en él la ineptitud de estos críticos historiomangantes sino a la ideología marxista como tal, me contó luego Rafael Conte que el mismísimo Carrillo protestó ante la dirección de *El País* por dar voz a los enemigos del progreso y de la clase obrera. Menos mal que no tenía a mano Paracuellos.

Pero la checa se lleva dentro, así que la venganza de Rodríguez Puértolas fue incluirme en el primer tomo de su *Literatura fascista española* (Akal, 1986), en un capitulillo titulado «Neofascismo ideológico: Federico Jiménez Losantos y Fernando Sánchez Dragó», donde dice: «*Lo que queda de España* es así un ataque sistemático y

sostenido contra la recuperación de la lengua, de la cultura y de la historia de Cataluña» (p. 808).

Es de notar que ni Dragó ni yo habíamos pertenecido hasta 1979 a otro partido que el PCE de los tiempos de Franco, lo cual habla del rigor tanto literario como histórico o político que Rodríguez Puértolas aplicaba a la catalogación de *fascistas*. Entre ellos, por cierto, también incluía a monárquicos liberales como Alfonso Ussía o a escritores y editores como Andrés Trapiello por el delito de «recuperar» a Foxá. Pero, en fin, lo importante de esta breve excursión por los páramos de la censura política es recordar el clima intelectual que reinaba en la España de 1979 y cómo todos los que se apartaron de lo que la izquierda consideraba «políticamente correcto» éramos automáticamente motejados de *fascistas*. Esta es la catadura moral e intelectual de personajes cuya subsistencia y predominio en la escena intelectual española produce tanto asco como lástima.

Para esta izquierda chequista era fundamental que el periódico dispensador de legitimidad intelectual no albergara en sus páginas a personajes de ideas liberales, abiertamente anticomunistas y que, además, por su trayectoria juvenil antifranquista, no pudieran ser etiquetados de nostálgicos de la Dictadura. Por eso, que yo fuera el niño mimado de *El País* era algo intolerable, y tras el verano del 79, las mieles se tornaron hieles. La izquierda real ganó la batalla, yo salí del periódico y para ello le vino de perlas un breve y curioso episodio político del que fui protagonista en Barcelona a la vuelta de aquel proceloso verano: el del PSA, que merece otro capítulo.

14

LA AVENTURA DEL PSA

Al terminar agosto del 79, el segundo verano que pasé entretenido en congresos y saraos de escritores, la prensa catalana, siempre propensa a la unanimidad, privilegió en sus portadas y luego en sus informaciones y editoriales una noticia que cada vez fue tomando más importancia y que, de hecho, acabó suponiendo para mí y para todo el grupo de *Diwan* una verdadera catástrofe, aunque eso sólo lo supimos un año después.

La noticia la protagonizó el Partido Socialista de Andalucía, dirigido por Alejandro Rojas Marcos, que tenía cinco diputados en Madrid como representante de un nacionalismo andaluz no separatista, aunque cultivador del agravio comparativo con más razón que Pujol. El PSA desempeñaba un papel importante en el Parlamento como aliado de UCD frente al PSOE, su enemigo íntimo, pero hasta entonces se movía en una imprecisión benigna entre el nacionalismo catalán y el socialismo andalucista. Había presentado a su candidato José Acosta en las listas de Pujol y, como el PSP de Tierno y otros socialistas no apadrinados por Alemania, solía merodear por los países islámicos revoltosos buscando dinero para el partido, más que la fraternidad musulmana. El PSA tenía más de cofradía sevillana laica que de nostálgicos del Corán.

Rojas Marcos anunció que, tras realizar una encuesta que mostraba la profunda insatisfacción política del millón y pico de andaluces en Cataluña, estaba dispuesto a presentarse a las elecciones autonómicas y a las generales en los distritos catalanes, ya que no se permitía votar a los inmigrantes andaluces fuera de su lugar de residencia.

El asunto tenía un gran calado político dada la situación del Gobierno de Suárez y los equilibrios parlamentarios a que le obligaba su situación de minoría. Si el PSA lograba morder en el electorado del PSOE, primer partido de Cataluña, indudablemente ese estropicio debilitaría a los socialistas y también favorecería a la UCD catalana, que era el único partido importante que no comulgaba con las tesis nacionalistas y se veía sometido a un acoso permanente por parte de Pujol, el PSUC y el PSC-PSOE.

Este último partido había nacido tras la fusión del PSOE con el PSC-Congrés, nacionalistas progres que apenas aportaban un 5 por ciento de votos en las primeras elecciones, mientras la Federación de Cataluña del PSOE, con escasísimos cuadros pero con el tirón andaluz y español de Felipe González, aportaba varias veces más, dejando al PSC en ridículo y sin bases. Sin embargo, como siempre ha sucedido en los grandes partidos supuestamente nacionales, la dirección en Madrid del PSOE prefirió pactar con los señoritos de Barcelona antes que con los trabajadores y la gente del común que les apoyaba, y entregó los votos de la periferia urbana a los progres del Ensanche. Ahora bien, la fusión —más bien rapto— era reciente, la estafa resultaba escandalosa y los militantes provenientes del PSOE (generalmente, castellanohablantes inmigrados y sindicalistas de UGT) no se resignaban a poner los votos para que la *gauche divine* mandase.

El PSA era, pues, una bomba en la línea de flotación del PSOE, especialmente tras su voltereta catalanista. También hacía temblar al PSUC, cuyo electorado de los barrios inmigrantes, mayoritariamente andaluz, podía acudir al reclamo de Rojas Marcos. En cuanto a Pujol y demás nacionalistas, más que perder votos en distritos donde ni

siquiera entraban, veían que podía venirse abajo la doctrina asimilista oficial: «Catalán es todo aquel que vive y trabaja en Cataluña», a la que luego añadieron: «Y tiene voluntad de serlo». Si se alzaba la bandera del andalucismo en Cataluña podría verse que muchos de los que vivían y trabajaban en Cataluña no se sentían catalanes y que, si no se les trataba como a ciudadanos españoles, votarían a otro partido regionalista.

Para el grupo de *Diwan* y todos los que tras la accidentada salida de *Lo que queda de España* se habían sensibilizado en defensa de los derechos lingüísticos de los castellanohablantes de Cataluña, la iniciativa de Rojas Marcos era muy oportuna, pero sólo si podía ser reconducida. La primera reivindicación de los andalucistas en Cataluña, como signo primero de su cultura, tenía que ser el derecho a su lengua, el español, en todas las actividades públicas, desde la Educación pública a la Administración. Como ése era el problema de la mayoría de los inmigrantes, el PSA podría agrupar tras sus siglas a todo el voto españolista del PSOE, que no tenía que ver con la nueva dirección nacionalista y que no estaba tan consolidado como para serle fiel a un Obiols o a un Raventós. El gran obstáculo para que se produjera ese fenómeno y luego la forzada y previsible reflexión del PSOE sobre su política era que el PSA opusiera un nacionalismo andaluz a un nacionalismo catalán en vez de poner de manifiesto la pluralidad real de Cataluña a los que querían imponer una visión uniforme y asimilista. Muchos vimos que había que aprovechar la iniciativa de Rojas Marcos, pero dándole una perspectiva nacional, aunque posteriormente ese movimiento fuera recuperado por el PSOE si se desprendía de su nacionalismo postizo y defendía los derechos culturales de su base electoral. El problema no era el qué, que estaba claro, sino el cómo.

Después de mucho darle vueltas, hablando una tarde en mi casa de la calle Aragón con Javier Rubio, que vivía en el piso de abajo, llegamos a la conclusión de que podíamos apoyar y orientar el proyecto de Rojas Marcos presentando como refuerzo del PSA a otro partido con las mismas siglas y origen muy similar, pero aragonés.

Existía por entonces el Partido Socialista de Aragón, que, tras la fuga de bastantes dirigentes a los predios y cargos del PSOE, dirigía en solitario Emilio Gastón, un poeta grandón y buena persona, viejo amigo de Labordeta, cuya situación política era bastante precaria. Quizás podíamos proponerle a Emilio hacer lo mismo que los andaluces pero con los aragoneses, anunciando nuestra presentación con las mismas siglas a las elecciones, dando por hecho que la alianza entre ambos PSA se produciría de forma natural.

Naturalmente, pensábamos que otros verían enseguida lo mismo que nosotros: la puerta abierta de par en par por Rojas Marcos a la reivindicación de los derechos cívicos de los castellanohablantes (pronto aparecerían el Partido Socialista de Extremadura en Cataluña y un grupo castellanista llamado Tierra Comunera o simplemente Comuneros). Se perfilaría así una especie de frente defensivo de la emigración que podía romper el aislamiento político, cívico y cultural en que habían quedado los castellanohablantes de Cataluña, inmigrantes sin partido tras la conversión nacionalista del PSOE. Por cierto, que los primeros que se frotaron las manos con el anuncio de la candidatura del PSA fueron precisamente los militantes del PSOE marginados por la dirección del PSC, ya que veían en ella la posibilidad de que su organización recuperase su condición nacional española. Es cierto que la dirección del partido se denominaba federal, pero también era marxista hasta que a González no le convino y se cargó el marxismo. Todo era posible.

Para que esa operación, que tenía mucho de cuentas de la lechera y no poco de desesperación ante la estupidez de los grandes partidos nacionales, UCD y PSOE, se pusiera en marcha, eran necesarias tres cosas: 1. Que el Partido Socialista de Aragón nos respaldara y nos diera manos libres en Cataluña para hacer un programa que no fuera «nacionalista» aragonés, sino «español de Aragón en Cataluña»; 2. Que Rojas Marcos aceptase nuestra compañía electoral; y 3. Que la campaña se centrase en las reivindicaciones de orden cultural y político y no en las identidades

folclóricas regionalistas, es decir, que tuviera un sentido integrador de la pluralidad real de Cataluña, no disgregador, plurinacionalista y taifeño.

Javier, que tenía la rara habilidad de manejar mi tendencia a la acción y meterme en líos —como sucedió en nuestra ya relatada incorporación a Bandera Roja y luego al PSUC—, fue quien me convenció para dar ese salto, que entendíamos puramente episódico y testimonial, a la política parlamentaria. Decía que era una falta de ética haber dado la batalla teórica de los derechos lingüísticos en *Lo que queda de España* y ahora, al surgir de improviso una ocasión histórica, no comprometerse en su realización práctica. Yo no tenía dudas éticas, pero sí de nuestra capacidad política, tanto para aguantar la campaña en contra que nos harían los partidos y medios de comunicación, casi en su totalidad nacionalistas y bastante abyectos —como habíamos podido comprobar en la sucia campaña contra mi libro—, como para llevar a buen término una operación que, por muy noble que fuera su objeto, no dejaba de ser un «farol».

Además, yo, peligros personales aparte, no tenía el menor interés en convertirme en político profesional y, si triunfábamos, lo último que me apetecía era pasar cuatro años en el Parlamento de Cataluña. A eso Javier contestaba diciendo que, después de habérnosla jugado contra Franco, poco valíamos si nos daba miedo hacer política en la democracia. Y que, si salía bien la operación del PSA, con renunciar al año y dejar correr la lista, misión cumplida. Naturalmente, él estaba dispuesto a seguirme en la aventura y en lo que fuera menester, pero, como yo era la única persona conocida en Cataluña de los que pensaban como nosotros, debía asumir el liderazgo de la operación y poner la cara. En fin, que yo debía decidir si daba el paso.

Y lo di. No sé si se trató solamente de lo obvio: una forma de continuar la lucha intelectual emprendida en *Lo que queda de España* o si además había también en mí alguna ambición política. Sinceramente, creo que no. En todo caso, lo seguro es que después de aquella atroz experiencia, la perdí, espero que para siempre. Es

obligación de un intelectual honrado tratar de que sus ideas prendan en la opinión pública y se transformen en leyes o actuaciones políticas, pero uno debe saber mantenerse a la distancia suficiente de la acción política si no se tiene la capacidad «profesional» para ello. Y por «profesionalidad» entiendo las tareas cotidianas de la política: organizar el partido, buscar fondos, reclutar adhesiones, templar infinitas gaitas, buscar alianzas, negociar acuerdos, tragarse a diario el orgullo y hasta poner entre paréntesis las ideas para conseguir el fin práctico, que es la búsqueda del poder o de una parte de él para la mejora de la sociedad.

Con la inconsciencia propia de la juventud, probablemente cegado por la súbita popularidad que el libro me había proporcionado y, desde luego, moralmente convencido de que la causa era la más noble que cupiera imaginar, me decidí a entrar en aquella aventura que, a fuer de quijotesca, tenía que acabar mal. Siempre mano a mano con Javier, durante cuatro o cinco meses tuve una experiencia de esas que, como suele decirse, enseñan mucho, pero de la que básicamente aprendí lo que duelen las derrotas cuando una idea en la que se cree debe someterse a la más difícil de las pruebas: la aceptación social; es decir, la popularización de unos valores por medios que no son sólo intelectuales, sino políticos, afrontando las cualidades harto reales de la gente real: la vanidad, el odio, la ambición, el miedo, la mentira, el dinero, el poder… en fin, todo lo que habitualmente entendemos por política.

Convencer a Emilio Gastón de que nos prestase las siglas del PSA me costó un catarro, porque hube de hacerlo en su casa de los Pirineos en pleno invierno. Labordeta era su vecino en Villanúa y nos guio a María y a mí a su caserón, con un despacho en el que sólo faltaba que saliese a saludarnos Joaquín Costa. Y aunque convencer a mi viejo profesor de lo justísimo de nuestro propósito fue imposible, porque él siempre se movió en los aledaños del PSUC, al menos no lo combatió públicamente. En el nevado Pirineo de Huesca comimos e hicimos muy buenas migas con Emilio y su familia. Por la noche, salíamos a pasear bajo las estrellas, casi sepultados en

guantes y bufandas que nos evitaron la neumonía, pero no un resfriado brutal. Dicen que lo que cuesta vale.

Emilio estaba, en realidad, encantado con la aventura, primero porque lo era y luego porque le permitía resucitar un partido al que casi todos daban por muerto. En Zaragoza, aunque con los partidos en contra, la iniciativa cayó muy bien. Ni Javier ni yo teníamos un duro (lo poco que había ganado con la primera edición del libro lo entregué para *Diwan*), así que contábamos con lo que pudiera conseguir el PSA en Zaragoza y nosotros en Barcelona. Pero suponíamos que, apenas anunciado nuestro propósito de ayudar al PSA en un sentido español, llegarían refuerzos. Y efectivamente, aunque pocos, llegaron. Pronto tuvimos local para la sede —una antigua galería de arte cerrada—, dos máquinas de escribir de segunda mano, unos cuantos simpatizantes, un emblema, mejor dicho, dos, para el partido y una fenomenal campaña de prensa, que era la que hicieron los medios catalanes contra Rojas Marcos. Nosotros no éramos «profesionales», pero él sí, y lo tomaron muy en serio. Quiero decir que le dieron más que a una estera.

El trabajo sucio de boicotear la candidatura andalucista o inmigrante corrió fundamentalmente a cargo del PSUC, que era, con mucho, el partido más poderoso en la Cataluña de entonces. El argumento principal fue que los inmigrantes estaban perfectamente representados por ellos, cosa natural. Luego, que sus derechos culturales y cívicos estaban garantizados mientras Cataluña tuviera una mayoría de izquierdas, cosa rigurosamente falsa; y, sobre todo, que Rojas Marcos intentaba revivir la figura de otro Alejandro, «don Ale» Lerroux, cosa disparatada, falsa, hedionda y miserable. Resultaba sorprendente que dos partidos presuntamente izquierdistas y formalmente españoles como el PCE-PSUC y el PSC-PSOE atacaran a Lerroux, cuya época barcelonesa fue ferozmente izquierdista y tuvo una amplísima base popular en los sectores catalanes que se oponían a la derecha nacionalista, reaccionaria y clerical.

Pero eso, la realidad histórica, a la brigada de propaganda del PSUC le daba igual. Decía, por ejemplo, la portada de *L'Hora, El setmanari de Catalunya: «¿Per qué volen enfrontarnos?»;* y bajo una fotografía de Rojas Marcos hablando en el Parlamento aparecía una caricatura del difunto político republicano sentado en el micrófono, titulada: «Alejandro *Lerroux* Rojas Marcos». O sea, que se acusaba al posible competidor del PSC y el PSUC en la representación democrática de la Cataluña inmigrante de provocar una división entre los ciudadanos de Cataluña, un conflicto civil, una guerra con los catalanes de origen, sin que hubiera una sola palabra del aludido que lo justificase.

Peor aún: la existencia real, no hipotética, del Partido Radical probaba lo contrario: un españolista como Lerroux pudo coexistir con el catalanismo de derechas y de izquierdas, y en una época mucho más dura, la del terror revolucionario anticlerical y la del pistolerismo patronal y sindical en Barcelona. Era la lucha entre izquierda y derecha, no la nacional, lo que primaba entonces, pero, en todo caso, si se seleccionaba sólo lo nacional, ¿no debería ser la posición integradora de Lerroux y no la desintegradora del nacionalismo catalán la que asumieran socialistas y comunistas, que se presentaban como representantes de la inmigración de toda España?

El PSUC y el PSC trataban de legitimar una campaña de *reescritura* de la historia de Cataluña que los emparejaba con Pujol, la ERC de Barrera y el PSAN (Partit Socialista d'Alliberament Nacional), la extremísima izquierda de la que surgió el terrorismo nacionalista, a imagen y semejanza del País Vasco. Según esa revisión histórica, que era y es una vil falsificación, Cataluña, así, en bloque, había sido una víctima de la Guerra Civil *española,* y la persecución de la lengua catalana durante el franquismo no era sino la manifestación de la voluntad de exterminio de la nación catalana por España. De ahí la xenofobia que no ocultaban los nacionalistas. «Los inmigrantes no nos han traído beneficios», decía Heribert Barrera en esos mismos años, sin suscitar rechazo en comunistas y

socialistas, porque no alteraba su corral de votos. Y Pujol, en su libro *La emigración, problema y esperanza de Cataluña*, sostenía (*véase* el prólogo) que el inmigrante de los años sesenta, mayoritariamente andaluz, era un ser culturalmente nulo, socialmente desarraigado y que, si no se integraba plenamente en su nueva sociedad (o sea, si no se catalanizaba por completo, él o sus hijos), podía incluso «destruirla».

Se imponía, por tanto, para el nacionalismo derechista, la asimilación cultural del inmigrante mediante la extirpación de sus señas de identidad culturales, que en realidad no tenía («*Los emigrantes no tienen cultura* —se nos decía a los que entonces reclamábamos sus derechos—; *no se puede defender lo que no se tiene*»), y aunque el catalán como lengua materna era la raíz y la base de esa cultura catalana sobre la que los nacionalistas querían «reconstruir» o reinventar su nación, la lengua materna castellana o española era el elemento que había que proscribir, porque «amenazaba» al catalán. Tuvo que morirse Franco para acostumbrarnos a oír que «el catalán está más amenazado que nunca», salvo que se extirpase la presencia del español en Cataluña, olvidando así la tradición bilingüe oficial de Cataluña desde antes del siglo XV en la Corona de Aragón, como prueba su Archivo, hoy recluido en Barcelona. Y la de la sociedad civil y literaria, como prueba, ente otros muchos, Boscán de Almogávar, el gran amigo de Garcilaso de la Vega, a comienzos del XVI.

Que los nacionalistas buscasen el exterminio del español en la Administración, la Educación y todos los ámbitos de la vida pública, empezando por los medios de comunicación públicos, es un ejercicio de despotismo tiránico, émulo del primer y peor franquismo, pero bastante lógico. La dictadura no es un anhelo privativo de ningún pueblo ni lengua, y la paranoia lingüística es comprensible, aunque compensable y negociable entre los representantes de una lengua minoritaria pero socialmente superior, como el catalán, y los de otra mayoritaria pero socialmente inferior, como el castellano. Siempre, claro, que una no trate de exterminar a la otra aduciendo que de otra

forma no podría sobrevivir, porque eso supone el atropello de los derechos civiles de la mitad de la población y porque es algo que desmiente la historia del catalán en Cataluña, con sus muchos vaivenes de apogeo y perigeo, auge y penuria, sin presencia significativa de la inmigración. A finales de los setenta, después de dos elecciones generales democráticas, uno podía entender, aunque lamentase, el asimilismo lingüístico nacionalista. Lo que no se podía entender, salvo como ejercicio de cipayismo rastrero, es que fuera la izquierda, tradicionalmente antinacionalista y, en el caso del PSOE, proclamadamente española, la que compartiera esas tesis que llevaban al *apartheid* lingüístico a su propia base social.

Nada hubiera sido más fácil para esa izquierda que responder a los políticos catalanistas de derechas y a los obispos ultranacionalistas de esa cuerda que mientras la Dictadura favorecía extraordinariamente a la periferia industrial frente al interior de España y mientras reprimía ferozmente a la oposición de izquierdas o simplemente liberal y democrática, ellos no sólo llevaban la camisa azul y hacían grandes negocios bajo, con y desde el Régimen, sino que introducían a Franco bajo palio en Montserrat, agradecidísimos por haberles salvado el pellejo, la fábrica y la parroquia durante la Guerra Civil. Que lo hiciera la derecha neocatalanista tenía explicación. ¡Pero que lo hiciera la izquierda! ¡Que los «rojos» de ayer fueran los impulsores del nacionalismo de hoy! ¡Y que no hubiera intelectuales catalanes para combatirlos!

Porque además del comportamiento del catalanismo durante la República y la Guerra Civil, conviene recordar a los «catalanes de Burgos» que apoyaron con vidas y haciendas a Franco y entraron con él en Barcelona mientras huían los republicanos e izquierdistas, catalanes y de toda España, de la forma cobarde políticamente y humanamente dantesca que he relatado en *La última salida de Manuel Azaña* (1994). Apoyaron a Franco el político catalán más importante del siglo, Francesc Cambó, el primero de sus filósofos, Eugenio D'Ors, el primero de sus escritores, Josep Pla, el primero de sus pintores, Salvador Dalí, la inmensa mayoría de los católicos, al

margen de su situación social y, con ellos, toda la derecha política y sociológica.

Esto no es una censura ni un elogio, sino una constatación. ¿A qué viene eso de que la guerra se hizo *también* contra Cataluña? ¿Y Durruti, Nin, los Ascaso y Federica Montseny? ¿Acaso hacían en los frentes una guerra nacionalista? ¿Y los Ventosa, Puig i Cadafalch, Estelrich, Mompou, Pere Pruna, Godó, Juncadella, Muntadas, Güell, Garriga Nogués, Fabra, Garí, Sentmenat, la crema de la crema de la clase dirigente catalana de este siglo? ¿No estuvieron dispuestos a apoyar no sólo la sublevación, sino la represión implacable de las organizaciones catalanas de izquierda, incluidas las nacionalistas? ¿Y Masoliver, Sentís, Tarín Iglesias y tantos otros intelectuales jóvenes, catalanes de pura cepa, que trabajaron incansablemente para mantener el régimen de Franco y borrar toda huella de la etapa anterior, la republicana y autonomista? ¿No eran catalanes? ¿Eran todos «traidores a la patria»? Pues, caramba, nunca patria alguna se habrá visto tan obstinadísimamente traicionada. Por traicionar, hasta Casanovas, el presidente del Parlamento de Cataluña, decidió que era mejor traicionar a la República Española y propuso, antes de terminar la guerra, una solución para Cataluña como la de los Sudetes, o sea, entregarse a Hitler. Patrióticamente, eso sí, aunque tuviera tan poco éxito como los *gudaris* vascos que se rindieron a Mussolini.

¿Era también *lerrouxista* y *anticatalán* el abad Escarré cuando metía a Franco bajo palio en Montserrat? ¿Eran extranjeros, sin lengua ni apellidos, los cientos de miles de barceloneses que acudieron a la primera misa en la plaza de Cataluña? ¿Que acudían por miedo? No, porque bastantes años después, en el Congreso Eucarístico, grandioso acto público de legitimación del franquismo por el Vaticano, se reunieron muchísimos más. ¿Qué historia quieren inventarnos? ¿Que los catalanes fueron como Companys? Pues no, afortunadamente, no. La verdad es que Cataluña se dividió como el resto de España, porque fue una guerra civil española y Cataluña participó más en un bando como hubiera participado en el otro si el

golpe militar hubiera triunfado en Barcelona el 18 de julio. Cataluña podría ser archinacionalista y Estado independiente, pero la historia fue como fue. Y ver a la izquierda demonizando a Lerroux mientras venera a Prat de la Riba (y elogia al franquista Porcioles, como Pascual Maragall) es poner a la tribu por encima de la Historia y de la verdad.

En 1979, lo que nos planteábamos era bastante sencillo: si los catalanes han sido bilingües durante siglos, si el nacionalismo o separatismo sólo ha sido compartido, hasta ahora, por una parte, jamás mayoritaria, de la sociedad catalana a lo largo de la historia, ¿por qué negar el bilingüismo? Y sobre todo, ¿qué culpa tienen los demás españoles de su tragedia, si así la consideran? ¿Le echaron la culpa a Cataluña los republicanos como Lerroux o Azaña cuando la burguesía barcelonesa empujó a Primo de Rivera a la dictadura en 1923? ¿Le echarán la culpa a Cataluña los lectores de Lorca porque el gran genio plástico de la Cataluña moderna, Salvador Dalí, fue tan franquista y salvaje que dicen que celebró el asesinato de su viejo amigo? ¿O es que va a resultar ahora que Dalí no era tan catalán como Verdaguer?

En resumen: ¿desde cuándo en Cataluña el ser o el sentirse español, además o aparte de catalán, ha sido fuente de un conflicto civil? ¿Desde Prim? ¿Desde Pi i Margall? ¿No fueron precisamente cierto liberalismo y cierta izquierda catalana los que defendieron la solidaridad, la unidad con todos los pueblos de España, cuando la derecha decidió aunar el proteccionismo con el nacionalismo y se acordó de que tenía una lengua abandonada desde hacía siglos? ¿A qué venía, a finales del siglo XX, que la izquierda quisiera ser más catalana y más nacionalista que la derecha misma, que al fin y al cabo era tan plural en *lo nacional* como las demás clases sociales del Principado?

Sea cual sea la respuesta —yo avancé la mía páginas antes—, lo cierto es que así fue. Y la reinvención del «lerrouxismo» por Vázquez Montalbán y compañía, el Ku Klux Klan del PSUC, fue la bandera para combatir toda reivindicación cultural de los inmigrantes y toda

pretensión de igualdad lingüística o cívica; la acusación de *lerrouxista* no ha estado sólo en la prensa, sino, como argumento oral, tras las pistolas en los atentados de Terra Lliure y otras hazañas del patriotismo de izquierdas. Y eso fraguó justamente en 1979, con la campaña feroz contra Rojas Marcos, el «nuevo Lerroux». Desde entonces, «lerrouxistas» somos todos los que no comulgamos con esta historia de pacotilla y ruindad que nos venden con la etiqueta «progresista».

Conforme fue acercándose la cita electoral, Alejandro *el Malo* (Rojas-Lerroux) fue dejando paso al candidato de su partido para el Parlamento, que era José Acosta, autor de un libro titulado *Andalucía* y publicado en Anagrama, alto y adusto como un berebere, aunque educado, paciente y amable como el buen profesor que era. Acosta era difícil de atacar porque había figurado en anteriores elecciones como «oriundo» en las listas del Pacte Democràtic, la coalición dirigida por Pujol. Era difícil descalificar a un candidato por ir bajo unas siglas como andalucista cuando había sido aceptado por eso mismo nada menos que en las siglas de Pujol. Pero lo hicieron. Él aguantó el tipo con estoicismo admirable. E incluso creo que me engañó de la forma más educada posible.

Digo esto porque luego llegué a la conclusión de que el PSA nunca tuvo en realidad intención de ir en coalición con nuestro PSA, el PSE y los Comuneros. Como la financiación dependía de Madrid y como la UCD necesitaba tanto de los votos del PSA como de los de Pujol, nosotros, sobre todo yo, hicimos la parte dura de la campaña, que es siempre la primera, y luego ellos terminaron en solitario, como seguramente habían previsto desde el principio.

No es que Javier y yo no sospechásemos que Rojas Marcos no jugaba limpio. De hecho, en vez de esperar a que comenzaran su campaña, nos adelantamos nosotros con un mitin, primero y único que he dado en mi vida, en el que presentamos partido y candidatura. En rigor, Gastón me presentó a mí, yo presenté la campaña y dije lo que tenía que decir sobre la repugnante manipulación de nuestro proyecto en la prensa de Barcelona. En ese

momento, probando el sectarismo que yo denunciaba, los periodistas se levantaron y abandonaron ostentosamente el acto, porque obviamente no estaban ahí para sus lectores, cuyo derecho a la información despreciaban, sino para hacer méritos ante el nacionalismo, comportamiento típico desde entonces hasta hoy en esa pandilla.

Creo que aquélla era la primera vez en más de un cuarto de siglo que en un acto de signo progresista en Cataluña se puso la bandera nacional presidiéndolo y se le dijo a la tribu de propagandistas, disfrazados de periodistas, una pequeña parte de lo que quienes tienen un mínimo de sensibilidad nacional y democrática han pensado y piensan sobre ellos desde hace décadas. El pobre Emilio Gastón sudaba cuando la grey dizque informadora se retiró retadora y chulescamente, bien es cierto que abroncada por el público, que, sin duda, pensaba lo mismo que yo. Para acompañar la salida de plumillas y foteros, añadí en voz alta que en Barcelona sólo habría libertad de prensa real cuando gente como nosotros también tuviera sus propios medios de comunicación. La gente casi me saca a hombros y muele a palos a los propagandistas. Gastón se sentó, atónito.

Aunque yo sabía que era inútil, me esforcé en explicar que nuestra participación en el Parlamento de Cataluña era la mejor prueba de nuestro respeto por las instituciones autonómicas catalanas y que dentro de ese respeto al Estatuto y a la Constitución estábamos dispuestos a pactar cualquier clase de acuerdo que garantizase la libertad de enseñanza, la posibilidad de realizarla en la lengua materna desde la guardería a la universidad —aunque con el aprendizaje obligatorio de la otra lengua, catalán o castellano, desde el principio— y que asegurase la no discriminación laboral por razones lingüísticas.

Naturalmente, como expliqué al principio, éramos conscientes de que en cuanto el PSOE y UCD hicieran suyas nuestras propuestas, no tendría razón de ser nuestra existencia parlamentaria y los grandes acuerdos se sustentarían en los pactos de partidos con

amplia base social. Pero UCD, que era el partido del que ideológicamente nos sentíamos más cerca, había entrado ya en una crisis mortal que se manifestaba en Barcelona con toda dureza y sordidez. Acosta, con buenas palabras, nos daba largas, y los extremeños y los castellanos se hacían ilusiones sobre puestos en el Parlamento según las encuestas, que llegaron a dar hasta media docena de escaños o más para un frente de la emigración si la campaña era buena, o sea, cara.

En realidad, nosotros suponíamos que la campaña del PSA iba a consistir, fundamentalmente, en la reacción que ante los feroces ataques de la prensa tuvieran nuestras incógnitas «bases». Y, en efecto, tras el numerito periodístico de rechazo, la reacción se produjo, y empezó a llegar gente, aunque con mucho miedo a represalias laborales o incluso físicas, porque las amenazas fueron constantes desde un principio. Cuatro meses estuvimos en ese tira y afloja, sin saber a ciencia cierta qué iba a hacer el PSA de Rojas Marcos con nuestra oferta, ya que ellos decían que tenían casi segura la financiación y, por los amigos aragoneses de la UCD, nuestros aliados, creíamos que finalmente eso se decidiría en Madrid entre Rojas y Suárez. Y que Folchi, hombre fuerte de UCD y representante en el gobierno de Tarradellas, impondría la candidatura unitaria.

Aquellos meses fueron muy decepcionantes. Acostumbrados a la militancia antifranquista, Javier y yo nos encontrábamos con una política totalmente distinta, en la que la financiación, la propaganda y los acuerdos entre bambalinas eran esenciales, tres asuntos en los que nosotros ni sabíamos ni podíamos entrar. Lo único reivindicable de aquella presentación mitinera, aparte de decirles a los periodistas de la tribu lo que debían oír y la presidencia de dos enormes banderas, una de Aragón y otra de España, fue que nuestros posibles votantes oyeron sorprendidos que nuestros ejemplos de acción política eran Sajarov o Soljenitsin, los grandes disidentes contra el totalitarismo. Nada de Joaquín Costa, Pablo Iglesias o gente así: los resistentes al Gulag. No obstante, ellos aplaudían como españoles con el mismo frenesí que la prensa progre puso en atacarnos al día

siguiente. A veces, la causa de la libertad también escribe recto con renglones torcidos.

Cuando llegó la hora de hacer las listas, Acosta me llamó y me dijo que su partido había decidido ir solo a las elecciones. Yo me sentí tan aliviado en lo personal como desmoralizado en lo político porque creía que era la última oportunidad para encauzar institucionalmente la convivencia nacional y lingüística en Cataluña, por la que tanto veníamos trabajando. No quise saber sus razones políticas ni económicas. Y ante su lógica inquietud por lo que íbamos a hacer, le dije que mi opinión, aunque debía consultarla con Gastón, era que debíamos retirarnos y anunciar nuestro apoyo incondicional a la candidatura de Acosta, invitando a Comuneros y PSE a hacer lo mismo. Creo que UCD, los bancos o ambos fueron muy poco generosos con el PSA, porque la campaña fue realmente pobre y no demasiado andalucista. Aun así, sacaron casi cien mil votos y dos diputados. De haber ido unidos o hacer campaña juntos, hubiéramos triplicado esa cifra y esos escaños hubieran sido decisivos en la formación de gobierno. Así no sirvieron para nada, excepto para dejar nuestra conciencia a salvo y repetir lo del clásico: «Yo he hecho lo que he podido, / Fortuna, lo que ha querido».

Además de contraer una deuda en torno al medio millón de pesetas que pagó no sé cómo ni cuándo el bueno de Emilio Gastón, yo perdí en aquella campaña mi colaboración en *El País*. Savater, Aranguren y compañía, con los peceros de guardia encabezados por Carrillo, consiguieron que en todos aquellos meses sólo publicara un artículo, mientras el periódico tomaba una posición totalmente contraria, en línea con el PSOE y el PCE, mientras preparaba el gran lanzamiento de su edición en Barcelona. Yo fui sólo uno de los primeros peajes que *El País* pagó al nacionalismo.

La campaña autonómica había sido durísima; el clima, horriblemente enrarecido; y por primera vez empecé a percibir cómo aquella Barcelona que al cabo era nuestro aliento, la razón cívica de nuestros actos, se iba tornando ajena. El ser candidato-fantasma por unos meses también hizo de mí una figura incómoda para los

amigos, que no querían comprometerse en una causa tan impopular o con tantos poderes en contra. Yo suponía que iba a ser duro, pasara lo que pasara, pero una cosa es saberlo, y otra, comprobarlo. Aquel año de 1980, que fue el de las elecciones, no sólo conocí la soledad, la traición personal y el fracaso político, sino esa forma agridulce de desesperación que consiste en abrir los ojos y ver deslizarse el tiempo como arena entre los dedos. Lo peor fue que, en el desierto humano en que se había convertido Barcelona, hasta el oasis de las Ramblas se secó. En realidad, empecé a darme cuenta de que mi juventud pertenecía ya al pasado.

RUPTURA EN *DIWAN*

Quizá el peor fruto, con ser muchos los malos, de la corta y fracasada aventura del PSA fue la ruptura de *Diwan*. La crisis se planteó ya en el invierno del 79, y la clave fue decidir si la revista apoyaba una empresa política que suponía la plasmación de sus postulados teóricos y dos de cuyos miembros, Javier Rubio y yo, éramos los organizadores y presuntos candidatos, o si *Diwan* se quedaba al margen, como pura revista literaria. El Comité de Redacción se dividió en dos partes, Javier Rubio y yo por una, y Alberto y Biel Mesquida por otra, con Broto en medio, más cerca sentimentalmente de nosotros, pero guardando cierta equidistancia para que las diferencias no degenerasen en cisma irreparable.

En el número 7 de *Diwan*, que salió en la primavera del 80, aunque las fechas de las cartas son de diciembre, Cardín y yo cruzamos tres misivas: una primera, mía, como director dimisionario, titulada «Para guardar las formas», en la que pedía a Cardín que aceptase el papel de director para que mi dedicación temporal a la política no marcase negativamente a la revista. Por el título ya se ve que mi renuncia era, fundamentalmente, de cara a la galería, porque hasta entonces nadie dudaba de que la dirección política era asunto mío.

Sin embargo, la contestación afirmativa de Alberto contenía algunos párrafos que auguraban el conflicto en cuanto Javier y yo volviéramos a la revista. Así, además de celebrar la carta como fruto de dos reuniones del consejo, que yo expresamente no citaba, decía:

> *Tratando con palabras como aquí tratamos, nada mejor que esa renuncia para significar mediante una formalidad el sentido básico de* Diwan*, para establecer, con perfecta nitidez, mediante un acto simbólico, lo que en adelante debe constituir la línea básica de actuación de esta revista, libre hasta donde pueda estarlo, y mediante un acto de demarcación continuo, de las confusiones que la actual situación cultural impone.*
>
> *Con la necesidad sentida por uno de los miembros de esta revista —que por ser su director y por las afinidades culturales y personales ha obligado a una reflexión y a una toma de posición de cada uno de los miembros de la misma— de dedicarse a la política partidista como consecuencia y prolongación de su actividad cultural, el colectivo de pensamiento que en este órgano encuentra su vehículo, se ha visto llevado a disolver el espejismo de una concordia que lo es más como reflejo del rechazo exterior que como verdad de un acuerdo sin fisuras.*

Además de recordar que el paso a la política podía ser una tentación «orgánica» típicamente marxista, Alberto añadía:

> *Un nuevo estadio de* Diwan *debe abrirse ahora para los que desde dentro intentamos definir un proyecto cultural que los acontecimientos, la crítica de los mismos y las confluencias y críticas llegadas desde fuera del grupo fundador, interesadamente confundido con una capilla o minimafia, deben ayudar a definir. Un estadio en el que cada miembro de* Diwan *tenga su palabra propia sin ser confundida con la que cualquier otro de sus componentes pueda mantener.*

En sustancia, Alberto declaraba que la armonía interior de la revista hasta entonces no era tal, que lo esencial era la palabra individual en ella —es decir, que no bastaba la firma para significarse del resto—, y que él asumía la nueva definición de la revista, por derroteros, evidentemente, distintos a los de *mi* pasado.

La ruptura era un tanto forzada, porque Alberto incluso me había acompañado a la presentación del libro en el Ateneo de Málaga e hizo la información del acto para *El País* en términos ditirámbicos. Pero al margen de cuál fuera su etiología, lo que se manifestaba entonces abiertamente era un problema de liderazgo. El foco sobre mi libro oscurecía su labor en la revista, que era fundamental. Él trabajaba más, hacía casi todas las reseñas y críticas de libros, porque después de lo que me costó convencerle, pocos años antes, de que lo suyo era escribir, se había vuelto un verdadero grafómano, y quizás yo aparecía a sus ojos como el rentabilizador de ese esfuerzo.

Además, también ese año crítico del 79, Alberto se había hecho con el control de una revista de la editorial Ajoblanco llamada *La Bañera* y en la que colaboramos todos los de *Diwan*, aunque él la dirigía y marcaba el tono, muy feroz, contra los escritores y críticos famosillos, que eran fundamentalmente los de *El País*. Alberto dedicó lo mejor, es decir, lo peor de sus invectivas a Savater y Aranguren («Jetanguren», lo bautizó), amén de a Rosa Pereda y a Rosa Montero, por las que tenía verdadera obsesión.

Algunas cosas de *La Bañera*, que sólo duró tres números, a mí me parecieron excesivas, aunque a otros les encantaron. Javier Rubio encabezaba la oposición a esa línea y fue quien planteó, al terminar la aventura del PSA y volver a *Diwan*, la crisis definitiva: no era aceptable que en el número 8/9 de *Diwan*, segundo dedicado al Barroco, Alberto hiciera absolutamente todas las críticas y casi todas las reseñas, dedicando cada una de ellas a sus enemigos favoritos, que no siempre eran los nuestros. Para algo tenía que habernos servido la experiencia política: no hay que ir más allá de donde se puede; ni atacar por atacar, cuando uno mismo no se puede defender. O sea, que la función de Alberto debería estar más controlada y compensada por la Redacción.

Yo estaba de acuerdo en el fondo con Javier, pero no veía el modo justo ni oportuno de plantear la cuestión, pues también aceptaba que, tras el episodio del PSA, Alberto tenía derecho a apelar al dicho de «el que se fue a Sevilla perdió su silla». Javier y Broto

insistieron en que yo reasumiera la dirección porque Alberto estaba, decían, «descontrolado». Y de pronto, un día en que por casualidad nos vimos a solas, el propio Alberto me dijo que «estaba pensando en dejar *Diwan»* porque «ya no se sentía a gusto».

El motivo del choque final fue de lo más absurdo, señal de que el problema era otro. Cebrián había publicado un libro y Alberto me lo pidió, o se lo pidió, para «ejecutarlo» (literariamente, se entiende). Yo había dejado *El País;* y en mayo, por mediación de Dragó, me había incorporado a *Diario 16*, en el que había debutado como director un joven periodista llamado Pedro «Jota» Ramírez, y, por tanto, no tenía el menor deber para con Cebrián. Pero sí tenía claro que la revista no podía mantener una «línea» de venganzas personales, ni mías ni ajenas, y le dije a Alberto que, si sacaba en *Diwan* la crítica contra Cebrián, yo sacaría otra distinta al lado, para que se entendiera que la dirección no compartía los términos de la suya, que eran preconcebidamente insultantes.

Sigo creyendo, aún hoy, que era lo correcto, porque, aunque meterme con Cebrián mejorase mi relación con Pedro Jota, *Diwan* no podía estar, por principio, atacando a cualquiera por ser de *El País*, que había sido nuestro periódico hasta unos meses antes, donde Ullán y Pradera nos habían ayudado tanto y donde se había defendido a capa y espada *Lo que queda de España*. Era una cuestión de higiene y de principios, pensaba, no confundir lo político y lo personal, a lo que respondía Alberto que nuestra política había sido precisamente hacer de lo personal, insultos incluidos, toda una política. Los dos teníamos algo de razón, así que no había arreglo posible.

En el fondo, además del problema de liderazgo, era también el resultado el deterioro que la campaña electoral había producido en el ámbito en que nos movíamos: nosotros nos hacíamos mayores y la ciudad se hacía inhóspita. La ilusoria unidad juvenil en torno a *Diwan* se desvanecía y, al fin, tras varios meses de tira y afloja intentando que Cardín pusiera por escrito los motivos de su salida de la revista para que no apareciera como expulsión, en el número 10,

dedicado a Unamuno —con quien yo había comparado al propio Alberto en el ensayo que le dediqué en *Lo que queda de España*—, se produjo la ruptura mediante un cruce de cartas, demasiado duro, entre él y yo.

Me entristece recordar ese episodio con Alberto porque inevitablemente me trae el del día de lluvia en que María y yo acudimos a su entierro en Barcelona. La última imagen que tengo de él es precisamente en mi casa de Madrid, viendo jugar al primero de mis hijos y mirándome, más a mí que al niño, con una sonrisa socarrona que no decía lo de «¡Aquel trueno, / vestido de nazareno!», sino que recordaba a una especie de párroco rural o tío solterón. La enfermedad, el sida, lo cambió; con María siguió teniendo excelente relación y conmigo, según su costumbre, alternó períodos de reconciliación y reafirmación distante.

Curiosamente —eso era muy de Alberto—, tras reñir de manera formal y pública, a los pocos meses nos volvimos a juntar para el *Manifiesto de los 2.300*, contra la política lingüística de Pujol, en el que ambos estuvimos entre los diez primeros firmantes; a él le tocó sufrir más agresiones que a otros, con la puerta de su casa pintada: *«Cardín, espanyol, fot el camp», «Ocupants fora», «Cardín fora»,* más las amenazas de muerte habituales por teléfono. Eso le hizo más comprensivo con la aventura del PSA, y hasta decidió irse de Barcelona, dado el serio riesgo que también él empezaba a correr.

Roto en el fondo, aunque recompuesto, el grupo de *Diwan*, Alberto había optado por seguir un destino individual, solo como siempre y como nunca. Su mérito no fue reconocido. La vida no fue generosa con él, quizás por la inteligencia extraordinaria y la sensibilidad quebradiza que le caracterizaron, y que le hicieron sufrir por lo que tenían los demás y no disfrutar lo suyo, que era mucho. Vivir le resultaba demasiado difícil.

Yo tuve con Alberto la curiosa relación verbal que he contado: él me trataba de usted, al modo mexicano, y yo, de tú. Todo el mundo creía que éramos íntimos amigos y, en realidad, aunque la sintonía intelectual y por tanto humana era a veces completa, siempre se

mantenían, hasta exageradamente, las distancias. Influía en ello nuestra diferente orientación sexual y ese empeño en «mantener las formas», que era un modo de mostrar respeto intelectual a quien personalmente (suele ocurrir cuando a uno se le trata mucho) no se puede soportar. Por ejemplo, él, que era puntilloso en extremo, no soportaba mi falta de puntualidad. Éramos contradictorios y nos creímos complementarios. Él sabía muchas más cosas que yo, pero yo sabía otras cosas que él nunca había estudiado; por eso nuestra relación fue provechosa intelectualmente para los dos.

Tras su muerte, he sentido no haberme sincerado un poco más con él, darle a entender que comprendía la amargura que a veces lo dominaba y lo abocaba a la autodestrucción. Detrás del «niño terrible», en Alberto había simplemente un niño que, como tal, lo quería todo y no paraba en barras para conseguirlo; pero era también un ser gentil, de oído abierto (lo recuerdo en su despacho, escuchando «Gloria», de Umberto Tozzi, sonando en algún bar) y capaz de una generosidad extraordinaria. Su propia fragilidad interior —como a Lezama en el poema de Padilla— le llevaba a «poner trampas», levantar muros y aislarse. Pero todo lo que significó Alberto en la vida de los que lo tratamos sólo pude comprobarlo al volver a Barcelona cuando él ya no estaba. Ojalá exista la Gloria y pueda ser allí, eternamente, un jesuita vestido según los ritos chinos, dedicado a ajustarles las cuentas a los teólogos y filósofos, por cuenta del Padre. Bendita sea su memoria.

Diwan, tras la ruptura, duró dos números más, hechos a mi gusto y con un Consejo de Redacción formado por parte del grupo de Barcelona (Javier, Broto y yo), el de Madrid (Trapiello, Bonet y Quico Rivas), el granadino Orozco y la valenciana Luisa Jordá. El que, a mi juicio, es su número más conseguido, el 11, dedicado a la II República, muestra bien lo que, desde el principio, me llevó a fundar la revista: convertirla en enseña de una generación intelectual, proveniente y vacunada de la izquierda, de orientación política liberal y que entroncase con la tradición de los que, por edad, podían ser nuestros abuelos y hasta bisabuelos.

En *Diwan* publicaron Rosa Chacel, Bergamín, Giménez Caballero, Sainz Rodríguez y Manuel Andújar, además de Marguerite Duras, José Luis Abellán, Bonet Correa, Orozco padre y otros mayores. Entre los ensayistas y poetas jóvenes, tras Sarduy, Xavier Domingo o Ullán, estaban Lluís Fernández, Josep Albertí, Jorge Ciriquián, Trapiello, J. M. Bonet, Mario Hernández, Santiago Trancón, Serafín Senosiain, Clara Janés, Julia Escobar y los habituales: Cardín, Broto, Rubio, Mesquida, Luisa Jordá, yo. También extranjeros jóvenes, como el mexicano Aguilar Camín o los argentinos Luis Gusman, Germán García, Sara Glasman y otros de la banda lacaniana.

Diwan quiso trazar el rumbo de una política cultural liberal en una generación y un país dominado por el marxismo más o menos descafeinado, el izquierdismo cosmético, la negación de lo español y la proclividad al totalitarismo comunista. Nosotros homenajeamos a Lezama y a Siniavski, a Soljenitsin y Aron, pero, sobre todo, intentamos defender la legitimidad de la «tercera España» aventada por la guerra y el exilio: Azaña, Ortega, Gómez de la Serna... Y atrajimos a extremistas como Bergamín (del único que hoy no escribiría así, debo confesarlo) y Giménez Caballero, que, como Bergamín, no pertenecía al género de los abuelos sino al de los vampiros. En *Diwan* quisimos crear una legitimidad liberal española para después de la dictadura franquista. El ambicioso intento duró tres años y doce números. Mucho es donde casi todo dura más, pero aspira a bastante menos.

ADIÓS A BARCELONA Y UNA NOCHE MUY TRISTE

Tras la ruptura de *Diwan* y el triunfo de Pujol contra pronóstico (aunque no contra *nuestro* pronóstico: que el electorado no seguiría a un PSOE catalanista; de hecho, décadas después, seguían votando muchos al PSOE en las generales y absteniéndose en las autonómicas, que no son «cosa suya»), se me planteó el problema personal, ético y, en consecuencia, político más importante de mi

vida: quedarme en Barcelona, asumiendo la lucha contra el nacionalismo de Pujol que asustó desde el principio al propio Tarradellas, o abandonar la ciudad de mis mejores días, del amor seguro, de la floración intelectual y la efervescencia vital; el lugar, en fin, de mis veinte años, pues llegué a ella recién dejados los diecinueve y aún no había cumplido los treinta. «Madrid era el comienzo de la vida», dijo el clásico en los primeros días del siglo. Barcelona era la vida más allá de su comienzo, hubiera añadido yo, si no sintiera que esa vida que Barcelona había significado para mí y para toda aquella generación de españoles que llegó a las Ramblas buscando libertad se nos estaba yendo de las manos o, para ser exactos, nos la estaban arrebatando. Casi nos la habían arrebatado ya.

Por haberme significado tanto en las elecciones últimas y en toda la peripecia de *Lo que queda de España*, no faltó gente que vino a verme tras el fracaso de nuestro PSA, del éxito irrelevante del PSA andaluz y ante los planes drásticamente «normalizadores» anunciados por el pujolismo. Me planteaban que todo defensor de los derechos lingüísticos y cívicos de los castellanohablantes estaba amenazado no sólo en su trabajo, sino en su vida: sólo cabía marcharse o luchar. Por desgracia, era cierto. Los partidos españoles de Derecha apenas existían: UCD estaba deshaciéndose y AP no terminaba de hacerse.

En cuanto al PSOE, la lucha en su interior continuaba, pero los «españolistas» se batían en retirada ante la gélida incomprensión del «aparato» de Madrid. El PSUC era nuestro peor enemigo, mucho más cruel que Pujol y Barrera, que, al menos, estaban dispuestos a tratarnos como *extranjeros*, mientras que los comunistas sólo nos consideraban «normalizables», como los disidentes en los psiquiátricos de la URSS, pero cambiando el hospital por la escuela primaria. En suma, nos habíamos quedado solos.

Nunca lo sentí tanto y tan claramente como una noche que me llevó a las orillas del llanto político, ya que al físico suelo ser reacio. Fue la del 24 de febrero de 1981, al día siguiente del golpe de Estado

del 23-F, que a mí me pilló en el cine. Quiero decir que, cuando tras salir del cine fui a dar mis clases nocturnas al instituto de Santa Coloma de Gramanet, me lo encontré a oscuras y con sólo un portero, atemorizado, que me comunicó la suspensión de las clases «por lo que había pasado en las Cortes, un golpe militar, según dicen». Y me fui a casa, en un metro totalmente vacío, a ver si daban algo en televisión, fuera lo que fuese.

Tras el desánimo personal, intelectual y político de aquel año último; después de haber aceptado, del brazo de Cernuda, que mi idea de España estaba condenada a ser estética antes que política, el esperpento del tricornio en las Cortes me hirió estética y moralmente como si fusilaran ante mí a todos los diputados de las Cortes de Cádiz, que era lo que simbólicamente hacían aquellos tíos siniestros.

Yo sufría por la imagen de España que se daba y que era la que se usaba en Barcelona para pisotear nuestros derechos de ciudadanos, de fallidos aspirantes a ciudadanos españoles. Por eso mismo agradecí, como español, el valeroso comportamiento de Suárez y Gutiérrez Mellado. Y por eso mismo, casi lloré de pena al día siguiente, en la manifestación de apoyo a la democracia del 24-F, que en Barcelona fue una especie de tejerazo por inhibición. Baste decir que no hubo una sola bandera española. Ni, por supuesto, el menor sentimiento nacional español.

Hacía frío. Era de noche. Por el Arco de Triunfo abajo, camino del Parlamento de Cataluña, desfilaban los demócratas catalanes en oposición al golpe y en defensa de la democracia. Pero apenas desfilaba nadie. Cuatro gatos, si se compara con Madrid: los mismos que nos manifestábamos contra Franco. Nada del millón que recibió a Tarradellas. No había más gente que la de Comisiones Obreras y UGT, del PCE-PSUC y del PSC-PSOE. El resto brillaba por su ausencia. *«Tranquil, Jordi, tranquil»* era la frase del día. Y «tranquilos por si acaso», la consigna de la noche. No sólo éramos pocos los manifestantes ateridos bajo una llovizna inclemente, sino que, llegados al Parlamento, desde dentro no abrieron las puertas. Como pasó con Joan Casanovas cuarenta años antes, la democracia

en España era un problema... exterior. Ellos, los nacionalistas, ya se arreglarían con quien mandase en Madrid: Suárez, Tejero, Azaña, Franco, ¿qué más daba? A ellos, lo que sucediera en España no les competía, aunque les afectara. Ellos se entenderían con el ganador mientras no pudieran dejar de entenderse con alguien. Se repetía lo del 34, lo del 36, lo del 37, lo del 39: la defección nacionalista a la causa de la libertad en España, Cataluña incluida. Y allí estábamos los tontos útiles de siempre, los emigrantes, los sindicalistas, los antifranquistas, los antifascistas, los forasteros que nunca habían acabado de entender cuál era su sitio. Y sin bandera. Ni una bandera española.

Recuerdo la faz lívida y aburrida de Pere Portabella bajo la lluvia. Iba como sonámbulo. Después de ver aquello y de enterarme de que en el País Vasco ni siquiera se manifestaba nadie en favor de la libertad por falta de acuerdo entre partidos (muchos nacionalistas vascos durmieron esa noche, como muchos nacionalistas catalanes, en Francia), me fui a casa sin esperar el fin de la que, más que manifestación, fue inhibición. No llegué a ver el portazo del Parlamento catalán en las narices de los manifestantes, pero UGT y CC.OO. perdieron la última ocasión en su vida de hacer honor a sus presos, a sus muertos, a sus despedidos y desheredados derribando la puerta de un edificio que sólo es sede de soberanía cuando le trabajan otros la libertad.

Antes de aquella noche había decidido irme de Barcelona por razones morales y políticas. Después de aquello me alegré de haber tomado esa decisión por razones de simple higiene cívica, de pulcritud ética, de aversión a tanta mugre tribal, cobarde en su miseria, miserable en su cobardía. Cuando se encuentra a alguien o a algo para echarle la culpa de todo, es fácil no tener la culpa de nada ni correr el menor peligro porque, al fin y al cabo, lo malo es siempre ajeno, siempre viene de fuera. Eso es el nacionalismo. De ahí su éxito.

15

EL MANIFIESTO DE LOS 2.300

Bastante antes del 23-F, Santiago Trancón, buen amigo y compañero en *Diwan*, me había dicho en el instituto de Santa Coloma de Gramanet, donde ambos dábamos clase, que tenía que hablar conmigo sobre un manifiesto que estaban preparando unos militantes del PSOE contra la política lingüística de Pujol. Desde que ganó las elecciones, los planes pujolistas de «normalización», es decir, de erradicación del español en la enseñanza, habían sembrado algo más que el temor entre los sectores más concienciados, que eran los profesores de todos los niveles que habían llegado a Cataluña por el mismo camino que los albañiles o los trabajadores de la SEAT, algunos ganando sus oposiciones y otros, la mayoría, estudiando en Barcelona y licenciándose allí, como era nuestro caso.

Sumido en mi pequeña odisea particular, confieso que no le di la importancia que, finalmente, tuvo aquella iniciativa puramente testimonial. Yo había pedido, y obtenido, ya el traslado a Madrid, y sólo me preocupaba si María lo podría conseguir al mismo tiempo, porque había hecho las oposiciones un año antes que ella y no teníamos la misma puntuación. Por otra parte, el futuro de *Diwan* y la desbandada que se anunciaba en la que, apenas un año antes, aún con Tarradellas, era la tribu alegre y confiada de las Ramblas, me tenía demasiado ocupado como para atender a lo que era,

evidentemente, una acción testimonial de los « españolistas» del PSOE para manifestar su oposición no sólo a Pujol, sino a Raventós, y con la inútil esperanza de que se enterase Felipe González.

Tras la derrota del PSC-PSOE en las elecciones autonómicas, Trancón y sus amigos Chema Vizcay, dirigente de FETE-UGT, y Jesús Vicente, teniente de alcalde de Santa Coloma, pensaron que era el momento de mostrar a la dirección del partido el error que significaba plegarse al nacionalismo. Desde el principio, Carlos Sahagún, Premio Nacional de Poesía y leninista de estricta observancia, y el profesor Reinoso, eficacísimo en la movilización de la EGB, participaron con Trancón en la elaboración del manifiesto, concebido en una pizzería de las Ramblas.

Siendo su origen socialista, profesoral o una mezcla de ambas cosas, cuando Santiago me habló del proyecto, me propuso firmarlo e incluso, si quería, añadir algo a su redacción para que fuera más grato a gente no de izquierdas, acepté sin el menor entusiasmo, como un acto más de despedida. Después de la aventura del PSA, lo de firmar manifiestos no me parecía muy eficaz, pero por mi amistad con Santiago, que dura hasta hoy, y por sus buenas compañías, del PSOE y fuera del PSOE, no sólo le prometí mi firma, sino que finalmente metí un poco la pluma en el texto original para que no resultase tan *socialista*. No hay sino leer el texto para ver dónde aparece algún párrafo más barroco, interclasista o liberal. De todas formas, el tono era tan moderado que no me pareció que pudiera suscitar enojos ni adhesiones. Otra vez me equivoqué. Como dijo Mao, «una sola chispa puede incendiar la pradera».

Tras el triunfo de Pujol, habían llegado a la opinión pública repetidas y sinceras manifestaciones de Tarradellas que mostraban su preocupación por la convivencia futura en Cataluña si se imponía por ley el catalán en las escuelas. No el catalán como asignatura, cosa que todos defendíamos, sino como vehículo prioritario y finalmente único de aprendizaje, lo que suponía el desalojo del español como lengua vehicular de enseñanza. Eso era lo que los nacionalistas siempre habían anunciado, aunque nadie creía que pudieran hacerlo,

excepto los que conocían el paño. Y Tarradellas lo conocía como nadie.

Hubo por entonces también un gran revuelo por unas declaraciones de Amando de Miguel recogidas en *Diario 16* bajo el titular «Me siento un chicano en Cataluña», donde denunciaba los propósitos *normalizadores* y anunciaba que se iría de profesor a Estados Unidos, donde el español no estaba académicamente tan perseguido como en Barcelona. Amando, por su trayectoria antifranquista y su notable popularidad, recibió los habituales denuestos de los medios «progresistas» del PCE-PSUC y el PSC-PSOE, que lo pusieron a caldo, y el sorprendido y devoto agradecimiento de Santiago y demás cofrades del manifiesto, que le propusieron ser el primero de los firmantes. Yo, que no lo conocía ni sabía de su hombría de bien y su patriotismo de ley, supuse, y así se lo dije a Santiago, que Amando no aceptaría, porque eso acarrearía el linchamiento civil e intelectual de una persona que tenía mucho más que perder que nosotros. Por supuesto, me volví a equivocar. Aceptó.

Entre diciembre del 80 y enero del 81 concluyó la fatigosa redacción y empezó la recogida de firmas, sobre todo en la enseñanza y la UGT. Gestioné que se publicara en *Diario 16*, ya que en la Ciudad Condal los medios de comunicación, tan eficaces en la censura interna, reaccionan incontroladamente ante cualquier cosa de Madrid, y publicar algo en un diario madrileño asegura una publicidad adversa pero amplísima. La técnica de la inquisición plumilla la conocía bien desde la odisea de *Lo que queda de España*. Ellos censuran lo que pueden en Barcelona, pero se quejan si burlas su censura publicando en Madrid, como si hubieras traicionado no se sabe qué libertad catalana, obviamente escasa o nula, y que, por supuesto, está bajo su bota y control.

Pero cuando estaba por publicarse, sucedió el golpe del 23-F y yo, contra la opinión mayoritaria, conseguí que se aplazase un mes la publicación, para que nadie relacionara ambas cosas. Error infantil el mío, que esa temporada estaba lelo, porque los siervos de Pujol y del PSUC las relacionaron igual y porque, además, tras el 23-F se puso

en marcha la LOAPA, y los nacionalistas vieron en el manifiesto o una prueba de su espíritu o una ocasión de darle un escarmiento. Vamos, que todos los que no se manifestaron contra Tejero el 24-F lo hicieron contra el Manifiesto de los 2.300 un mes después.

Para que nadie piense que se reinventan datos o comportamientos, he aquí el texto completo del manifiesto que publicó *Diario 16*, sin alterar punto ni coma. Léase, a pesar de la prosa pedregosa, y dígase si hay algo contrario a la democracia, a Cataluña, al catalán, a la convivencia o al sentido común como para despertar una tormenta social como no había conocido Cataluña, en términos políticos, desde la Guerra Civil. Léase, después de tanto tiempo, y véase si no tenía alguna verosimilitud lo que se anunciaba y denunciaba.

Manifiesto por la igualdad de los derechos lingüísticos en Cataluña

Los abajo firmantes, intelectuales y profesionales que viven y trabajan en Cataluña, conscientes de nuestra responsabilidad social, queremos hacer saber a la opinión pública las razones de nuestra profunda preocupación por la situación cultural y lingüística de Cataluña. Llamamos a todos los ciudadanos demócratas para que suscriban, apoyen o difundan este manifiesto, que no busca otro fin que restaurar un ambiente de libertad, tolerancia y respeto entre todos los ciudadanos de Cataluña, contrarrestando la tendencia actual hacia la intransigencia y el enfrentamiento entre comunidades, lo que puede provocar, de no corregirse, un proceso irreversible en el que la democracia y la paz social se vean gravemente amenazadas.

No nace nuestra preocupación de posiciones o prejuicios anticatalanes, sino del profundo conocimiento de hechos que vienen sucediéndose desde hace unos años, en que derechos tales como los referentes al uso público y oficial del castellano, a recibir la enseñanza en la lengua materna o a no ser discriminado por razones de lengua (derechos reconocidos por el espíritu y la letra de la Constitución y el Estatuto de Autonomía), están siendo despreciados, no sólo por personas o grupos particulares, sino por los mismos poderes públicos, sin que el Gobierno central o los partidos políticos parezcan dar importancia a este hecho gravísimamente antidemocrático,

por provenir precisamente de instituciones que no tienen otra razón de ser que la de salvaguardar los derechos de los ciudadanos.

No hay, en efecto, ninguna razón democrática que justifique el manifiesto propósito de convertir el catalán en la única lengua oficial de Cataluña, tal y como lo muestran, por ejemplo, los siguientes hechos: presentación de comunicados y documentos de la Generalidad y de gran parte de los organismos oficiales redactados exclusivamente en catalán; uso casi exclusivo del catalán en reuniones oficiales, con desprecio público del uso del castellano, como ha ocurrido en el mismo Parlamento Catalán, en el que un parlamentario abandona ostensiblemente airado la sala en cuanto alguien hablaba en castellano; nuevas rotulaciones públicas exclusivamente en catalán; declaraciones de organismos oficiales y de responsables de cargos públicos que tienden a crear confusión y malestar entre la población castellanohablante, como las recientes del Colegio de Doctores y Licenciados de Cataluña y otras emanadas de responsables de las Consejerías de Cultura y Educación de la Generalidad; proyectos de leyes, como el de «normalización del uso del catalán», tendentes a consagrar la oficialidad exclusiva del catalán a corto o medio plazo, etc.

Partiendo de una lectura abusiva y parcial del artículo 3 del Estatuto, que habla del catalán como «lengua propia de Cataluña» —afirmación de carácter general y no jurídico—, se quiere invalidar el principio jurídico que el mismo articulado define a renglón seguido al afirmar que el castellano es también lengua oficial de Cataluña. No podemos aceptar su desaparición de la esfera oficial, sencillamente porque la mitad de la población de Cataluña tiene como lengua propia el castellano y se sentiría injustamente discriminada si las instituciones no reconocieran —de hecho— la oficialidad de su lengua. El principio de cooficialidad, pensamos, es jurídicamente muy claro y no supone ninguna lesión del derecho a la oficialidad del catalán, derecho que todos nosotros defendemos hoy igual que hemos defendido en otro tiempo, y acaso con más voluntad que muchos de los personajes públicos que ahora alardean de catalanistas.

No nos preocupa menos contemplar la situación cultural de Cataluña, abocada cada día más al empobrecimiento, de continuarse aplicando la política actual tendente a proteger casi exclusivamente las manifestaciones culturales hechas en catalán, como lo mostraría una relación de las ayudas económicas otorgadas a instituciones oficiales o particulares, grupos de teatro, revistas, organización de actos públicos, jornadas, conferencias, etc. La cultura en castellano empieza a carecer de medios económicos e

institucionales no ya para desarrollarse, sino para sobrevivir. Esta marginación cultural se agrava si pensamos que la mayoría de la población castellanohablante está concentrada en zonas urbanísticamente degradadas, donde no existen las más mínimas condiciones sociales, materiales e institucionales que posibiliten el desarrollo de su cultura.

Resulta en este sentido sorprendente la idea, de claras connotaciones racistas, que altos cargos de la Generalidad repiten últimamente para justificar el intento de sustitución del castellano por el catalán como lengua escolar de los hijos de los emigrantes. Se dice sin reparo que esto no supone ningún atropello, porque los emigrantes «no tienen cultura» y ganan mucho sus hijos pudiendo acceder a alguna. Sólo una malévola ignorancia puede desconocer que todos los grupos emigrantes de Cataluña proceden de solares históricos cuya tradición cultural en nada, ciertamente, tiene que envidiar a la tradición cultural catalana, si más no, porque durante muchos siglos han caminado juntas construyendo un patrimonio cultural e histórico común. Que una desgraciada situación económica y social obligue a cientos de miles de familias a dejar su tierra, es ya lo bastante grave como para que, además, quiera acentuarse su despojo con la pérdida de su identidad cultural. Cuando esta situación se da, cumple a la sociedad el remediar en los hijos la injusticia cometida con sus padres. Nadie, sea cual sea su origen, nace culto, pero todos nacen con el inalienable derecho a heredar y acrecentar la cultura que sus padres tuvieron o debieron tener. Nadie nace con una lengua, pero todos tienen derecho a acceder a la cultura mediante ese vínculo afectivo que une al niño con sus padres y que, además, comporta toda una visión del mundo: su lengua. Que este principio pedagógico elemental tenga que ser hoy reivindicado en Cataluña prueba nuevamente la gravedad de la situación.

Resulta, por tanto, insostenible la torpe maniobra de pretender que esa inmensa mayoría de emigrantes, que comparte la lengua castellana, no forma una comunidad lingüística y cultural, sino que sólo posee retazos de culturas diversas reducidas a folklore. Que digan esto los mismos y razonables defensores de la unidad idiomática de Cataluña, Valencia y Baleares —unidad, si acaso, menor que la de las diversas hablas del castellano— resultaría risible si la intención no fuera disgregar esa conciencia cultural común. ¿Habrá que recordar que pertenecemos a una comunidad lingüística y cultural de cientos de millones de personas y que la lengua de Cervantes, en la actualidad, no es ya el viejo romance castellano, sino el fruto de aportaciones de todos los pueblos hispánicos? ¿En virtud de

qué principio puede negarse a los hijos de los emigrantes de cualquier lugar de España el acceso directo a esa lengua y a ese patrimonio cultural? ¿Acaso en nombre del mismo despotismo que pretendió borrar de esta misma tierra una lengua y una cultura milenarias? La historia prueba que esto fracasa.

No parece, por tanto, que la integración que se busca pretenda otra cosa que la sustitución de una lengua por otra, sustitución que ha de realizarse «de grado o por fuerza», como se empieza a decir, mediante la persuasión, la coacción o la imposición según los casos, procurando, eso sí, que el proceso sea «voluntariamente aceptado» por la mayoría. Se dice que la coexistencia de dos lenguas en un mismo territorio es imposible y que, por tanto, una debe imponerse a la otra; principio este no sólo contrario a la experiencia cotidiana de la mayoría de los ciudadanos de Cataluña —que aceptan de forma espontánea la coexistencia de las dos lenguas—, sino que, de ser cierto, legitimaría el genocidio cultural de cerca de tres millones de personas.

Se suele presentar en contra de las afirmaciones dichas hasta aquí, el hecho conocido de que gran parte de los medios de comunicación (cine, TV, prensa) siguen expresándose en castellano, por lo que esta lengua no corre ningún peligro. No creemos que pueda ser negativo el que existan medios de comunicación que se expresen en castellano; si acaso, sería deseable que su castellano fuera mejor y que no informaran tan poco y tan mal sobre la comunidad de lengua castellana y sus problemas. Lo único negativo sería que no se crearan otros tantos medios, o más, de expresión en catalán.

Por otra parte, de esta falta de medios de comunicación en catalán no son responsables los castellanohablantes. Póngase remedio a esta situación en sentido positivo, construyendo y desarrollando la lengua y cultura catalanas, y no intentando empobrecer y desprestigiar la lengua castellana. Se evidencia cierta falta de honestidad para afrontar las verdaderas causas lingüísticas, culturales y políticas que puedan impedir el desarrollo de la cultura catalana en este intento de culpabilizar a los castellanohablantes de la situación por la que atraviesa la lengua catalana. Hay, por ejemplo, razones comerciales evidentes a las que nunca se alude y cuya responsabilidad no recae precisamente en los no catalanes.

No podemos pasar por alto en este análisis la situación de la enseñanza y los enseñantes. El ambiente de malestar creado por los decretos de traspasos de funcionarios ha puesto de manifiesto una problemática a la que ni el Gobierno central ni el Gobierno de la Generalidad quieren dar una respuesta seria y responsable. No se quiere reconocer la existencia de dos

lenguas en igualdad de derechos y que, por tanto, la enseñanza ha de organizarse respetando esta realidad social bilingüe, mediante la aplicación estricta del derecho inalienable a recibir la enseñanza en la propia lengua materna en todos los niveles. El derecho a recibir la enseñanza en la lengua materna castellana ya empieza hoy a no ser respetado y a ser públicamente contestado, como si no fuera este derecho el mismo que se ha esgrimido durante años para pedir, con toda justicia, una enseñanza en catalán para los catalanoparlantes.

De llevarse adelante el proyecto de implantar progresivamente la enseñanza sólo en catalán —no del catalán, que indudablemente sí defendemos—, los hijos de los emigrantes se verán gravemente discriminados y en desigualdad de oportunidades con relación a los catalanoparlantes. Esto supondrá, además, y como siempre se ha dicho, un «trauma» cuya consecuencia más inmediata es la pérdida de la fluidez verbal y una menor capacidad de abstracción y comprensión.

Se intenta defender la enseñanza exclusivamente en catalán con el argumento falaz de que, en caso de que se respetara también la enseñanza en castellano, se fomentaría la existencia de dos comunidades enfrentadas. Falaz es el argumento porque el proyecto de una enseñanza sólo en catalán puede ser acusado —y con mayor razón— de provocar esos enfrentamientos que se dice querer evitar. Se quiere ignorar, por otra parte, que actualmente ya existe esa doble enseñanza en castellano y catalán, para demostrar lo cual bastaría hacer una estadística de los colegios en los que se dan clases exclusivamente en catalán y aquéllos en los que se sigue dando en castellano. Mayor causa de enfrentamientos será, indudablemente, que se respeten los derechos lingüísticos de unos y no los de otros.

Tampoco podrán achacarse a la coexistencia de las dos lenguas los posibles conflictos nacidos de las diferencias sociales que coinciden en gran parte con las existentes entre catalano y castellanohablantes. Desde esta perspectiva no cabe duda de que la lengua se ha convertido en un excelente instrumento para desviar legítimas reivindicaciones sociales que la burguesía catalana no quiere o no puede satisfacer, aunque la deuda que la sociedad catalana tiene para con la emigración sea inmensa y en justicia merezca mucho mejor trato. Sin embargo, en este momento de crisis el conocimiento del catalán puede ser utilizado —y ya lo está siendo—, como arma discriminatoria y como forma de orientar el paro hacia otras zonas de España. En efecto, el ambiente de presiones y de malestar creado ha

originado ya una fuga considerable no sólo de enseñantes e intelectuales, sino también de trabajadores.

No es menos criticable el acoso propagandístico creado en torno a la necesidad de hablar catalán si se quiere «ser catalán» o simplemente vivir en Cataluña. Se ha pretendido con esta propaganda identificar a la clase obrera con la causa nacionalista, y aunque se ha fracasado en este empeño, la mayoría de los trabajadores se están viendo obligados a aceptar que las expectativas, no ya de promoción social, sino simplemente de que sus hijos prosperen, no pueden pasar por serlo. Se llega así a la degradante situación de avergonzarse de su origen o su lengua ante los propios hijos, a cambiarles el nombre, etc. Esta humillante situación constituye una afrenta a la dignidad humana y es hora ya de denunciarla públicamente.

Mientras no se reconozca políticamente la realidad social, cultural y lingüísticamente plural de Cataluña y no se legisle pensando en respetar escrupulosamente esta diversidad, difícilmente se podrá intentar la construcción de ninguna identidad colectiva. Cataluña, como España, ha de reconocer su diversidad si quiere organizar democráticamente la convivencia. Es preciso defender una concepción pluralista y democrática, no totalitaria, de la sociedad catalana, sobre la base de la libertad y el respeto mutuo y en la que se pueda ser catalán, vivir enraizado y amar a Cataluña, hablando castellano. Sólo así podrá empezarse a pensar en una Cataluña nueva, una Cataluña que no se vuelque egoísta e insolidariamente hacia sí misma, sino que una su esfuerzo al del resto de los pueblos de España para construir un nuevo Estado democrático que respete todas las diferencias. No queremos otra cosa, en definitiva, para Cataluña y para España, que un proyecto social democrático, común y solidario.

Barcelona, 25 de enero de 1981.

Amando de Miguel, Carlos Sahagún, F. J. Losantos, Carlos Reinoso, Pedro Penalva, Esteban Pinilla de las Heras, José M. Vizcay, Jesús Vicente, Santiago Trancón, Alberto Cardín y 2.300 firmas más

Este texto que nació a contratiempo y que yo firmé, igual que muchos otros, como simple testimonio de una situación de incomodidad personal, profesional o ciudadana, fue tomado por los nuevos dueños del poder político en Cataluña —entiéndase Poder autonómico, para ellos único— como un pulso que debían afrontar no con ánimo de convencer, sino de aplastar. La directora de Política

Lingüística de la Generalidad, una tal Aina Moll, en funciones de comisaria política, requirió formalmente a los primeros firmantes del manifiesto para que se personasen en su oficina de la Generalidad a dar explicaciones del texto. Yo no fui ni hubiera ido nunca, porque en una democracia el que tiene que dar explicaciones es el poder denunciado y no el ciudadano que denuncia. Sin embargo, Amando de Miguel y Carlos Sahagún fueron, con gran presencia de ánimo, y, lo que más me sorprendió, con una presencia masiva de medios de comunicación barceloneses y de toda España por razones que, como dije antes, tenían mucho que ver con la LOAPA en ciernes o con la inquietud creada tras el 23-F.

Aina Moll, hija del lingüista Francesc de B. Moll, pero sin las cualidades intelectuales de su progenitor, actuó, decía, como una comisaria política, y dirigió veintiséis preguntas a los responsables del manifiesto. Quizás la única relevante era la última: si los firmantes del manifiesto estaban dispuestos a colaborar con ella en la detección de los problemas y en la posibilidad de solucionarlos. Naturalmente, ella no veía problema ninguno, salvo la desinformación o mala fe de los firmantes, pero se mostraba dispuesta a recibir datos complementarios sobre el asunto.

Inmediatamente, el Comité de Redacción —Amando, Reinoso, Sahagún, Trancón y yo— publicó esta contestación:

Respuesta a Aina Moll

El comité de redacción del manifiesto «Por la igualdad de derechos lingüísticos en Cataluña» quiere hacerle saber a usted y a la opinión pública, en contestación a su escrito del pasado 16 de marzo, lo siguiente:

1) Lamentamos que un texto de opinión, que no hace otra cosa que ejercer el derecho a la libre expresión de las ideas, haya provocado, por parte de los poderes públicos, actitudes tan antidemocráticas y negativas como la expresada a través de su escrito, que más que intentar crear un clima de diálogo parece responder al propósito de presionar e intimidar a los firmantes del manifiesto.

2) Con relación a las veintiséis preguntas de su escrito, hemos de aclararle que la mayor parte de ellas están ya ampliamente contestadas en el texto del manifiesto. Sin embargo, para mayor clarificación, vamos a dar contestación a alguno de los temas que consideramos más relevantes.

3) Acerca de nuestra afirmación de que personas responsables de cargos públicos están haciendo declaraciones que causan malestar entre la población, sobre lo que usted nos pide datos, entresacamos, entre otras muchas, las siguientes:

- *Sara Blasi, directora general de enseñanza primaria de la Generalidad: «Partimos de una escuela prostituida». «Cataluña no es un país bilingüe, no hay países bilingües». (Avui, 23-11-80.)*

«La utilización equívoca y muy extendida de los términos "lengua materna", "bilingüismo", "contacto de lenguas", "tratamiento de la primera y segunda lengua"... son elementos distorsionadores». (La Vanguardia, 23-11-80.)

- *Enric Larruela, de la Delegación de Enseñanza Catalana del Omnium Cultural: frente a la asunción por parte de las autoridades municipales y partidos políticos del bilingüismo, «sólo ve una solución, y ésta consiste en descastellanizar el país». (Diario de Sabadell, 29-11-80.)*

- *Documento del Colegio de Doctores y Licenciados de Cataluña, octubre de 1980: «La doctrina que establece que todo alumno individualmente tiene derecho a recibir la enseñanza en su lengua no sólo es inaplicable en la práctica, a no ser que separemos a los alumnos en centros lingüísticamente diferentes, sino que está en contradicción con el derecho reconocido a los profesores catalanoparlantes a utilizar su lengua en la docencia».*

La mayoría de las declaraciones leídas durante estos días en la Prensa a propósito del manifiesto, han causado y están causando, para mayor confirmación, gran malestar entre la población.

4) Con relación a los proyectos de leyes que no tienen en cuenta la realidad social y lingüística de Cataluña, nos remitimos a los borradores elaborados por el PSUC, el PSC y la Generalidad, que han dado lugar a un texto definitivo, en el que se contienen, además, principios anticonstitucionales, como el de considerar el catalán como la única lengua en que se ha de dar la enseñanza a todos los niveles.

5) Respecto a su pregunta sobre quién ha dicho que los emigrantes no tienen cultura, le transcribimos sus propias palabras, publicadas en El Viejo Topo*: «En realidad, el problema de las comunidades inmigrantes es el que*

tienen un grado de consciencia cultural muy bajo (...), de modo que no se trata de desarraigarlos de una cultura que no tienen».

6) Con relación a su afirmación de que los maestros tienen la necesidad de aprender catalán para poder ejercer su profesión, pensamos que se ha de partir, en primer lugar, de un principio general indiscutible: el derecho a recibir toda la enseñanza en lengua materna y la obligación de enseñar la otra lengua oficial a todos los niños. De acuerdo con este principio, el conocimiento del catalán será sólo necesario para dar clase en aquellas aulas y colegios que tengan alumnos de lengua materna catalana. En las aulas y colegios que tengan mayoría de alumnos de lengua materna castellana, la obligación de enseñar el catalán se realizará mediante profesores especialistas o bien mediante aquellos profesores que conozcan suficientemente la lengua catalana, sean o no sean profesores titulares de sus respectivos cursos.

Para poder realizar una racional distribución del profesorado de acuerdo con estos principios, consideramos imprescindible realizar cuanto antes un censo y un mapa lingüístico, que servirán, a su vez, para conocer el número de plazas que exijan un conocimiento del catalán, único número de plazas para el que se ha de exigir una prueba específica de catalán en las oposiciones que se convoquen para cubrirlas.

7) Acerca de las obligaciones que los poderes públicos tienen respecto al uso del catalán o el castellano en los distintos ámbitos de la vida social, afirmamos lo siguiente:

En el ámbito oficial, su única obligación es garantizar la efectiva cooficialidad de las dos lenguas, de tal manera que todos los documentos o comunicados sean bilingües si parten de la Administración, y en cualquiera de las dos lenguas oficiales, si parten de los administrados.

En el ámbito cultural su obligación es proteger y subvencionar por igual a las expresiones hechas en catalán o en castellano. En relación con esto pedimos a la Generalidad que elabore un documento en el que se recojan todas las ayudas económicas otorgadas por los organismos oficiales (Generalidad, Diputaciones, Ayuntamientos, obras culturales de las Cajas de Ahorro) durante los últimos tres años, con relación de las entidades a las que se ha subvencionado, cuantía de la subvención y tipo de actividad cultural realizada.

En el ámbito laboral, la obligación de los poderes públicos ha de ser la de velar por la igualdad de derechos lingüísticos de todos los ciudadanos, no permitiendo ningún tipo de discriminación por razones de lengua u origen.

Pedimos, a este efecto, que se creen gabinetes y centros de información a los que cualquier ciudadano pueda acudir a presentar sus quejas, informaciones o denuncias.

8) Reiteramos, una vez más, nuestra voluntad de diálogo y nuestra colaboración para solucionar, dentro del respeto a las leyes y de acuerdo con el espíritu democrático que nos anima, los graves problemas que tiene planteados la sociedad catalana. Sólo pedimos, por su parte y por parte de los partidos políticos y organizaciones sindicales, el mismo espíritu democrático que presupone aceptar las críticas y corregir los errores, en lugar de descalificar moralmente a las personas sin juzgar ni sus palabras, ni sus hechos, ni sus argumentos.

Las reacciones al manifiesto y a la respuesta a la comisaria Moll fueron tantas y tan feroces que sólo su reseña necesitaría un libro entero. Carlos Barral y Gil de Biedma asumieron en *La Vanguardia* el papel de representantes de la intelectualidad castellanohablante —eso sí, catalana, no forastera— y nos pusieron de analfabetos para arriba. Amando de Miguel se llevó la peor parte: Rubert de Ventós le comparó con «un ruso en Ucrania» y Francesc Vicens, poco original, le consideró, como a todos los demás, un «ocupante», uno más de las «fuerzas de ocupación» de Cataluña. Todos los que habían hecho el trabajo sucio contra mi libro, y algún «arrepentido», fueron requeridos para ridiculizar el manifiesto.

Pero la gran novedad con respecto a 1979 es que, apenas dos años después de su defensa de *Lo que queda de España*, *El País* se había convertido en la policía de los detractores de la política cultural de la izquierda y en el primer defensor del pujolismo. Que en *Treball* José Agustín Goytisolo dijera sobre el manifiesto: *«Es como si alguien viniera a mi casa de pronto y me llamara ladrón o bandido»* resultaba, aunque siniestro, menos significativo que el que, en la misma página del órgano oficial del PSUC, Aranguren apuntara: «El hecho de que esta vez no haya sido *El País* el que ha reproducido el documento sino *Diario 16* es ya un hecho positivo que indica que en Madrid se están empezando a medir las cosas de una

forma más ajustada y seria. Es decir, esta vez se le ha dado menos importancia de la que se perseguía».

Además de lindezas como «no entiendo que haya anticatalanistas en Cataluña», el *Jetanguren* de Cardín apuntaba, evidentemente, al respaldo que *El País* había dado anteriormente a mi libro, ya que ningún manifiesto se había publicado en ningún periódico antes del de los 2.300.

Pero este personaje que tan bien simbolizaba a la izquierda intelectual española tenía más motivos de satisfacción por el comportamiento de *El País* en asunto que tanto había llamado la atención. En primer lugar, el diario de Polanco y Cebrián no dio siquiera noticia del manifiesto. Ni un párrafo. Nada. Después, su corresponsal Alfons Quintá publicó una nota titulada «Reacciones en Cataluña a un manifiesto de intelectuales sobre marginación del castellano» (15-3-1981), en la que hacía una lista de los intelectuales que *no* habían firmado el manifiesto pese a escribir en castellano, y recogía como suficiente valoración al respecto la de Vázquez Montalbán calificando el texto de «políticamente inoportuno» y la denuncia de discriminación lingüística de «broma macabra». Y no contento con no haber informado del hecho y haber desinformado del mismo, el 15 de mayo, más de dos meses después, *El País* publicó un editorial contra ese texto que había negado a sus lectores y sobre el hecho político que les había hurtado, lo cual, ciertamente, lavaba cualquier pasado liberal y españolista que pudiera achacársele. Que, dados sus planes de expansión en Cataluña, era lo único que les preocupaba.

No habían cambiado el dueño, ni el director, ni el jefe de Opinión, así que queda para la historia de la corrupción periodística que el mismo diario que había sostenido con tanto empeño *Lo que queda de España* y había publicado mis artículos o ensayos hasta un año antes en lugar destacado o destacadísimo, no vaciló en publicar este editorial que vale la pena leer como ejemplo de tergiversación de un texto y también, pasado el tiempo, como prueba de la miseria profesional y la indigencia intelectual de Cebrián y compañía. Ni

siquiera la magnitud de la inversión (tres mil millones de pesetas de entonces) en la edición catalana de *El País* permite leer ese editorial sin estremecimiento. Huelga decir que, fiel a su neonata ética profesional, no pudimos contestar a lo que allí se nos imputaba. La realidad se encargó de mostrar la diferencia entre lo que se dice y lo que se hace, aunque también las ventajas de relacionar lo que se dice y lo que se cobra. Tanto Polanco y Cebrián como Aranguren y demás cuadrilla se quedaron tan satisfechos como Pujol. He aquí íntegra la joya:

Recelos anticatalanes

Los pasados meses, ya desde antes del 23 de febrero, han presenciado una polémica que en el fondo no responde más que al planteamiento sofístico de una cuestión ya juzgada.

El 25 de enero aparecía un llamado manifiesto en el que con la firma de «2.300 intelectuales» (ni uno menos) se denunciaba una situación de desigualdad en el uso actual y futuro de las lenguas catalana y castellana, con desventaja para esta última.

Los autores del manifiesto tratan de «restaurar un ambiente de libertad, tolerancia y respeto», pero habría que precisar adónde hay que volver para encontrar ese buscado ambiente. Pues la reacción de los 2.300 intelectuales se produjo cuando, con la inevitable lentitud de todo lo que ha de tener una profunda repercusión social, se empezaba apenas a instrumentar una política lingüística de acuerdo a la Constitución y al Estatuto.

No tienen derecho los firmantes a protestar de que la Generalidad, para disposiciones de aplicación en Cataluña, utilice la lengua catalana; ni tampoco de que autoridades catalanas se expresen en catalán en actos públicos. No obstante, es cierto que resulta absurdo que el Gobierno autónomo publique el Boletín Oficial sólo en catalán, y ése es el único síntoma verdadero de discriminación, que resulta incomprensible, además, en su empecinamiento. No hay por qué mostrar repugnancia ante la pública vigencia de una lengua que los catalanes tienen derecho a considerar signo de identidad.

Suponiendo que entidades públicas y privadas catalanas empobrecieran la cultura del país por estimular preferentemente la creación

en catalán o la difusión preferente de lo creado en este idioma, ello entra dentro de sus competencias, sin que el juicio malévolo de unos u otros, esencialmente subjetivo y discutible, pueda ser impedimento.

La introducción del catalán como lengua escolar de conocimiento general, en medida comparable a la enseñanza en castellano, no es ningún atentado contra los derechos de inmigrantes ni contra nadie. Pedir en definitiva a los establecidos en Cataluña que conozcan en alguna medida la lengua del país en que residen está perfectamente justificado, como lo está que maestros y funcionarios residentes en Cataluña sean capaces de entender la lengua del país. Si es, como dicen los redactores del manifiesto, acoso pedir ese mínimo de entendimiento y uso de la lengua del país, es que los que se consideran acosados no han comprendido que el bilingüismo establecido en la Constitución obliga al residente a no pretender que ignora lo que puede conocerse con un mínimo esfuerzo. El hecho de que se hayan producido situaciones o casos aislados de discriminación no autoriza a mantener la tesis de la humillación del castellano.

Pues, si no, ¿qué es la libertad y tolerancia que quieren restaurar los señores del manifiesto sino la que dominaba en las dictaduras?

Más aún cuando en el caso de Cataluña las dos lenguas que los del manifiesto ven en conflicto son dos variantes latinas que, con toda su personalidad distinta y bien fijada de dos lenguas de cultura y literarias, resultan mutuamente fáciles de entender. Cualquier intelectual que resida en Cataluña y no sea muy cerrado de actitud o de mollera, si realmente está dispuesto a practicar ese respeto mutuo que se invoca en el mismo manifiesto, puede llegar a entender el catalán en unas semanas, y hasta hablarlo, aunque sea defectuosamente, sin esfuerzos sobrehumanos.

El manifiesto, lanzado en un diario madrileño, no dejó de tener eco en Barcelona. Los numerosos escritores allí residentes de expresión castellana, y que en castellano publican sus libros en la capital catalana (la cual no ha dejado de hacer público alarde de que es, por encima de Madrid, México y Buenos Aires, el primer centro editor de libros en español), han respondido en la prensa a la masa de los 2.300 intelectuales. José Agustín Goytisolo, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, Francisco Candel (autor de un libro en que cuenta sus experiencias de niño inmigrante en las excelentes escuelas de la Generalidad) y otros más han ido respondiendo al tono un tanto en papel de barba administrativo del manifiesto de los tan numerosos intelectuales.

La admisión del catalán en la vida pública y en los medios de difusión está resuelta, la entrada del catalán en la escuela pública es indispensable

para la subsistencia de un idioma que es, según la Constitución, patrimonio y riqueza común de España. Quererlo relegar a la tolerancia y convivencia que lo encerraba en la vida privada es no comprender lo que desde 1975 se ha iniciado en nuestro país y es cerrar el paso a lo que tiene que cumplirse para satisfacer las esperanzas de cuantos damos por cerrada y muerta la etapa anterior. Los firmantes que se atreven a pedir la restauración de una situación que a tantos españoles, catalanes y no catalanes, nos mantuvo en el exilio o en la desesperación, y que buscan oídos fáciles en Madrid, es que se obstinan en cerrar los ojos al mundo en que, gústeles o no, tienen que vivir.

Al editorial del diario de Cebrián contestó en *Diario 16* Alberto Cardín, el 8 de mayo, con un artículo titulado «¡Qué cruz, señor!», que además de servir como recuerdo retrospectivo de su prosa muestra perfectamente el clima en que vivíamos los firmantes conocidos del manifiesto a quienes así se insultaba desde Madrid. He aquí algunos párrafos:

*Me había propuesto no escribir más sobre Cataluña, y casi lo había conseguido a pesar de las tres magníficas pintadas que desde el día 23, y con la firma de Nacionalistes d'Esquerra, adornan la puerta de mi casa («*Cardín, espanyolista*», «*Cardín, fot el camp*» y «*Ocupant, fot el camp*»), no sé si como señal para un próximo pogrom o como simple trágala de quienes no contentos con tenernos aislados en Cataluña, pretenden además echarnos.*

Digo que casi lo había conseguido, pero el editorial de El País *sobre el Manifiesto de los 2.300, publicado casualmente en la conmemoración de su primer lustro, me hizo volverme atrás de mi propósito.*

No voy a deshacer una por una las chapucerías retóricas en que se funda la argumentación de dicho editorial. Me bastará fijarme en una sola y su corolario para dejar evidenciadas todas las otras. Hay una figura retórica, muy usada por los sacamuelas políticos de la antigüedad, llamada epiquerema. El truco consiste en erigir como premisa mayor al otro en espantajo y adjudicarle luego todas las amalgamas de lo odioso, para acabar concluyendo que el espantajo creado por el mismo orador y los efectos presentados como odiosos al público son la misma cosa.

Esto es, ni más ni menos, lo que el editorialista de El País *ha hecho con los firmantes del manifiesto: identificados con el «papel barba» del franquismo, hemos acabado sin más convertidos en franquistas. Se agradece que, al menos, no nos identifiquen con Tejero, que es cosa ya habitual en Cataluña. Aunque hay que reconocer que, puestos a reunir falacias, Carandell en* Triunfo *de este mes nos trataba al menos de exdemócratas.*

Movido a actuar con idéntica bajeza, yo hubiera dicho que el papel barba neofranquista lo tenía reunido El País *en foto, en torno a sus videoterminales Atex. Pero me bastará con decir que quien desde una tirada de varios cientos de miles de ejemplares y prevaliéndose de una rectitud de criterios que nadie ha visto, y que por esos efectos macluhanianos, a la vez tan mentados y tan ocultamente manipulados, le ha sido otorgada, quien desde semejante prepotencia se lanza a hacer juicios, no ya temerarios, sino directamente mendaces, poco puede presumir de demócrata.*

No hace falta remontarse a ninguna definición categorial de la democracia para ver que si una cosa hay que, idealmente al menos, la distinga de las dictaduras es la posibilidad de decirlo todo a plena luz, y a la inversa, que si hay un efecto de discurso que defina claramente a la dictadura y arrope al arbitrio, este efecto no es otro que el tapujo.

Ensáyese el lector interesado y busque el tapujo por donde lo haya. Verá que hay muchas cosas que ciertamente hay que callar para mantener el difícil equilibrio de una democracia cogida por los pelos como la española, pero verá que hay otras que si verdaderamente no pueden tampoco decirse abiertamente, lo poco que aún podía quedar de democracia hablada se viene por los suelos.

Y uno de estos temas es justamente el de las autonomías. El de «la autonomía», porque viva y actuante dentro del panorama actual español, sin ambigüedades de procesos intermedios ni impedimentos terroristas, no hay otra que la catalana. Y los que en ella vivimos no siendo catalanes de lengua ni de nacimiento lo único que queremos saber es si podemos ejercer aquí nuestros derechos de españoles que hablamos castellano —lo mismo que ya los ejercen, y bien, los que hablan catalán— o si de verdad, como tengo puesto a la puerta de la que creía mi casa, soy un ocupador y tengo que pensar ya en ir abriéndome. […]

Efectivamente, como denunciaba Alberto, el clima de terror que se había desatado en Barcelona, con el respaldo expreso de los

progres de Madrid, contra los primeros firmantes o promotores del manifiesto era de *pogrom*, de *caza de brujas*, en todos los sentidos. Ni un solo día pasaba sin que alguien o algo protestara enérgicamente contra nuestro «ataque a Cataluña» y pidiera nuestra cabeza, no sólo simbólica, sino real. Y el Gobierno de UCD, supongo que pensando en legitimar la LOAPA, hizo lo peor que podía hacer en esas condiciones: darnos publicidad en TVE, pero no protegernos policialmente, a pesar de las muchas y serias amenazas.

No acabó ahí la cosa. Todos los partidos políticos menos AP y UCD crearon una plataforma, la *«Crida»* o «Llamada a la solidaridad y en defensa de la lengua catalana», la supuestamente agredida por el manifiesto. El PSUC, Pujol, el PSC-PSOE y todos los grupos nacionalistas de extrema izquierda, pacíficos y violentos, amén de un sinfín de asociaciones folclórico-culturales y patrióticas, todas con el respaldo de la Generalidad, formaron esa especie de Movimiento Nacional o Partido Único nacido para luchar contra unos folios firmados por 2.300 desgraciados. Ah, el Barça puso el local, o sea, su campo, y dijeron que se llenó. Todos los que se habían escondido como ratoncillos el 24-F, esta vez dieron heroicamente la cara. Hay que disculparlos. Ahora era gratis.

No ha habido en toda la Transición, ni siquiera en el País Vasco, un fenómeno tan espeluznantemente masivo de linchamiento intelectual y político contra unas personas que no podían defenderse y que simplemente se habían atrevido, como prueba el texto, a pedir que se cumplieran la Constitución y el Estatuto. No importó que casi nadie de los que lo criticaban conociese el manifiesto, que los diarios de Barcelona, a imagen y semejanza del comisariado político de *El País*, se negaron a reproducir, con escasas excepciones. Conocida la culpa e identificados los culpables, ¿para qué pruebas? A Pujol y su cuadrilla sólo les faltó la coreografía de Leni Riefensthal, pero no siempre la fuerza bruta totalitaria tiene además en nómina el talento.

Pocos días después del artículo de Alberto Cardín en *Diario 16* que contaba las pintadas y amenazas recibidas, María me preguntó si yo no había recibido amenazas como los demás. Recuerdo que

estábamos junto al balcón y aún no se había hecho de noche. Sonriendo como mandan los cánones, le dije la verdad: «A mí no me amenazan. De hacer algo, se me llevan por delante. Pero no te preocupes. Nos vamos y se acabó».

Por una vez, acerté de pleno.

16

EL ATENTADO

Un atentado es una violación. El hecho mismo de la agresión física —en un caso, del cuerpo en la persona; en el otro, de la persona en cuerpo y vida— es semejante, con la diferencia de que lo que en la violación puede hacer sufrir más al pudor y a la integridad moral, en el atentado, por la amenaza directa de la muerte, incluye un padecimiento tan moral como físico: el terror sin límites. Pero lo que más los asemeja es la reacción social ante la violación y ante el atentado con excusa política, que suele ser la misma o que, desde luego, lo era en la España de 1981: la víctima es tratada como culpable y debe dar explicaciones de su daño. Es así doblemente víctima: por lo que ha sufrido y por la censura que el grupo social, familiar y político del agresor le hace padecer para protegerse. En un caso, ella «iba provocando»; en otro, «algo habrá hecho» o «se lo estaba buscando»: ésas son las frases que acompañan al trauma físico y psíquico que en ambos casos se produce.

No había querido escribir en detalle sobre el atentado que sufrí la noche del 20 al 21 de mayo de 1981, como culminación de la campaña contra los firmantes del manifiesto. Y si no lo había hecho es por la misma razón por la que las mujeres violadas no quieren hablar sobre su experiencia: cuando se ha visto de cerca la muerte, cuando se ha tenido la sensación de que la vida toca a su fin, el

recuerdo es difícil de sobrellevar. Si se puede evitar, se evita. En el «Prólogo sentimental» a *Lo que queda de España* de 1995 me referí sucintamente a ese suceso porque mis hijos ya tenían edad para que alguien se lo contase. Y mejor yo —decía— que otro cualquiera. Eso era cierto a medias. Lo cierto es que veintiséis años después, como sucede en las agresiones sexuales, sabes que nunca vas a olvidar. Ni a perdonar.

El tiempo —*gran dottore*, dicen en Italia— cura bastantes cosas y en su neblina se difuminan las aristas de las peores vivencias. Hay también hoy una nueva generación en Cataluña, que, en parte, se regodea en la vileza moral y física del terrorismo, pero que también en parte está dispuesta a enfrentarse a esa vileza. Y esta última no tiene información sobre ese atentado del 81 que no sólo cerró un período esencial de mi vida, sino que acabó también con aquellos magníficos años setenta de la vida intelectual de Barcelona.

Después del atentado, se produjo un exilio en masa de inmigrantes y castellanohablantes, tan silencioso por parte de los exiliados como silenciado por los medios catalanes y por la casta política de toda España. Prácticamente todos los firmantes primeros o más conocidos del manifiesto —todos amenazados de muerte— y más de catorce mil profesores mayoritariamente inmigrantes, pero también catalanes no nacionalistas de todos los niveles de la enseñanza, abandonaron Cataluña. El efecto del atentado fue, pues, devastador. Un gran éxito para los pistoleros y sus cofrades, los que no admiten que nadie opine en Cataluña sobre lo que ellos no autoricen a opinar. Muchos, desde entonces, pastan en el Presupuesto gracias a tal hazaña.

EL PRIMER RELATO

La crónica de Efe que, horas después de producirse los hechos, publicó *Diario 16*, el medio que dio más y mejor información en la prensa española —la de Barcelona, en general, demostró que no es una cosa ni la otra—, fue básicamente fiel a lo que pasó, tal y como se

lo conté a Trancón. La versión policial que recogieron otros periódicos y consta en el sumario judicial que llevó a los culpables a la cárcel no difiere mucho, salvo en la extensión y, lógicamente, en los titulares y detalles del que ya entonces era mi periódico.

Jiménez Losantos raptado y tiroteado

El grupo Terra Lliure reivindicó el atentado en llamada al diario Avui.

Barcelona. Dos meses tardará el escritor Federico Jiménez Losantos en recuperarse de las heridas sufridas anoche en un atentado terrorista a las afueras de Barcelona. Dos individuos del grupo catalanista Terra Lliure —poco conocido hasta el momento— secuestraron durante más de una hora a Federico Jiménez Losantos y a una compañera de trabajo.

Los terroristas le dispararon un tiro que le hirió en la pierna derecha, cerca de la rodilla, reprochándole haber sido redactor y firmante del Manifiesto de los 2.300 que reivindicó un trato igualitario para la lengua castellana en Cataluña.

Federico Jiménez Losantos, colaborador habitual de Diario 16, *fue uno de los promotores del documento y su firma apareció en los primeros puestos.*

Españolista

Los terroristas cometieron el atentado como represalia, según dijeron, a los «españolistas que van en contra de los Países Catalanes y que han venido de fuera a traer la mierda a Cataluña».

Como todos los días, Federico Jiménez Losantos salió a las nueve de la noche del Instituto de Santa Coloma de Gramanet, en el que imparte clases de Literatura. Una compañera del instituto le trasladó a Barcelona capital en su automóvil. El viaje, de media hora aproximadamente, transcurrió normalmente.

Al final del trayecto, en la confluencia de las calles Numancia y Guillermo Tell, cuando Federico Jiménez Losantos se bajó del vehículo, dos personas jóvenes le encañonaron y obligaron a subir de nuevo al automóvil.

Uno de los terroristas se puso al volante y el otro permaneció detrás junto con la víctima. La compañera de Federico Jiménez ocupó el otro asiento delantero.

Durante más de media hora marcharon hacia las afueras de Barcelona.

El automóvil, conducido por uno de los secuestradores, tomó la autopista A-2 en dirección a Tarragona y Lérida.

En el término municipal de Esplugas, los terroristas se desviaron hacia un descampado. El trayecto, según declaró el colaborador de Diario 16, fue angustioso. Los individuos mantuvieron sus pistolas desenfundadas durante todo el recorrido y no desvelaron sus intenciones por más que se les requería una explicación.

En pleno descampado, los terroristas obligaron a descender a sus víctimas del vehículo. Todavía sin comunicar sus intenciones, ataron y amordazaron a la compañera de Federico Jiménez Losantos. La ataron de pies y manos y le taparon la boca con esparadrapo.

Inmediatamente hicieron lo mismo con Jiménez Losantos. Al escritor le ataron a un árbol. Antes de ser amordazado, los terroristas interrogaron a su víctima. En todo momento emplearon el catalán. Se apoderaron del carnet de identidad de Jiménez Losantos y le acusaron de ser un lerrouxista más y un anticatalanista emigrante.

El profesor intentó explicar su posición ideológica, que los terroristas desoyeron. En cambio, se interesaron por varios aspectos del Manifiesto de los 2.300.

Jiménez Losantos preguntó por las intenciones de sus secuestradores. Uno de ellos comentó que, en esta ocasión, no le matarían, pero que le dejarían un recuerdo imborrable.

Acto seguido, disparó a bocajarro una pistola del calibre nueve largo. El proyectil entró en la pierna derecha de Jiménez Losantos, cerca de la rodilla. A continuación, los terroristas se dieron a la fuga en el vehículo de la compañera del herido.

A los pocos minutos y mientras Jiménez Losantos sangraba abundantemente, su acompañante pudo desatarse.

Antes de pedir auxilio, la joven profesora improvisó un torniquete que evitara una excesiva e irreparable pérdida de sangre. Corrió hacia la autopista en busca de ayuda, pudiendo parar un coche patrulla de la Policía. El herido fue conducido al Hospital Clínico de la Ciudad Condal y poco después fue trasladado a su domicilio.

El Consejo Ejecutivo de la Generalitat, que se reúne hoy, posiblemente trate del atentado. El Hogar Castellano-Leonés radicado en Barcelona hizo público un comunicado que califica la agresión a Federico Jiménez de «provocación para el enfrentamiento de las dos comunidades que viven en Cataluña».

Poco tiempo después, en la redacción del diario Avui *se recibió una llamada telefónica reivindicando el atentado para el grupo Terra Lliure (Tierra Libre), y en la misma llamada se indicó el lugar donde se encontraba la víctima.*

El Manifiesto de los 2.300, dado a conocer por Diario 16 *y del que Jiménez Losantos fue uno de sus primeros firmantes, es un documento reivindicando la igualdad lingüística para los castellanoparlantes en Cataluña, frente a lo que sus firmantes estiman imposiciones discriminatorias en ciertos sectores de la comunidad catalana.*

La prensa de Barcelona, especialmente el órgano de la izquierda por excelencia que era *El Periódico*, presentaba la misma noticia de muy distinta forma al día siguiente. El titular era «A Jiménez Losantos no le sorprendió el atentado», y dentro: «No me extraña que me hayan pegado un tiro», lo cual, evidentemente, cabía interpretar como que la cosa se veía venir, que me lo estaba buscando e incluso que alguien cercano a mí lo había podido provocar. De hecho, durante los pocos meses que tardó la policía en atrapar a los terroristas, la Pandilla Basura del PSUC en la Universidad Autónoma no se recató en decir que, si no lo había preparado yo, alguien lo habría preparado para mí, para poder seguir «haciendo victimismo». Es una pena que los nacionalistas, que viven de hacerse las víctimas, no se hayan hecho nunca nada parecido. Están a tiempo.

Indudablemente, por los titulares, la intención de Antonio Franco, director de *El Periódico*, era rebajar el alcance político del atentado y sembrar dudas sobre su origen. Hasta que no fueron detenidos los pistoleros y confesaron orgullosos su valerosa hazaña, la prensa catalana habló de «oscuro atentado», «grupo desconocido», «intención desestabilizadora» e incluso de la «intención anticatalanista, para desprestigiarnos, del atentado». Calcúlese, después del susto y de pasar dos meses largos con la pierna escayolada, la gracia que me hacía enterarme de estas y otras fórmulas exculpatorias del pistolerismo por sus cómplices. Luego pasaron ya directamente de la disculpa indirecta a la apología

directa. Los terroristas sin arrepentir mandan mucho en ERC, y, por tanto, influyen en el PSC-PSOE, en el antiguo PSUC y en los diversos escaparates comunistas.

De los partidos políticos catalanes de entonces, condenaron el atentado el PSA, UCD, AP, el PSC-PSOE y el PSUC. No lo condenaron ni Convergencia ni Esquerra Republicana. Meses después, ya en otoño, el diputado del PSA José Acosta consiguió, a pesar de la resistencia de los nacionalistas de Pujol, incluidos sus melifluos asociados democristianos, que el Parlamento de Cataluña condenase expresamente el atentado mediante votación. De nuevo, Esquerra Republicana se negó a condenarlo y se abstuvo.

La única declaración de un político catalán importante recogida por *El Periódico* fue ésta de Tarradellas contra la política de la Generalidad: «Se han pagado las consecuencias de once meses de demagogia», que era el tiempo que llevaba Pujol en el Poder. Además, *El Periódico* publicó la carta que el expresidente me envió en cuanto tuvo noticia del atentado por medio de su secretario personal, ya que su salud no le permitía desplazarse hasta mi casa. Las frases recogidas, seguramente para compensar o disimular un poco sus abyectos titulares, fueron estas tres*:* «Rechazo este vil atentado y hago sinceros deseos por su rápido restablecimiento», «Este hecho merece mi más enérgica reprobación y repulsa», «Ahora más que nunca hay que seguir trabajando por la franca convivencia de todos los ciudadanos de Catalunya, camino para conseguir el bienestar de España». (*El Periódico*, 22-5-1981).

Ningún representante de los partidos políticos representados en la *Crida* me llamó ni hizo acto de presencia en mi casa. Tampoco obispo alguno, ni cura, ni monje ni capellán se me acercó, por si deseaba auxilio espiritual. Nadie llamó desde la Generalidad: ni Pujol, ni Max Cahner, ni Aina Moll. El único que se presentó en casa desde el Puente Aéreo, «a título personal», fue Miguel Roca, con quien había tenido yo meses antes un duro y largo debate radiofónico que sólo sirvió para alcanzar un respeto personal que, en ese preciso momento y a pesar del ambiente poco favorable que

podía encontrar en mi casa, quiso manifestar. Fue el único nacionalista que no se portó como si, por fin, se hubiera hecho justicia. Aguantó el chaparrón contra Pujol en presencia del secretario de Tarradellas, que sonreía complacido, y dejó en mí el recuerdo de su gesto, inolvidable si lo comparamos con todos los demás. A cambio, cuatro años después, yo lo apoyé en la llamada Operación Roca. Un desastre, entre otras razones por la vil actuación de los Enric Sopena, Campo Vidal y demás izquierdistas catalanes que mandaban en TVE.

Algunos familiares y amigos decían que Roca sólo había venido para animarme a dejar Cataluña sin alboroto; no lo creo, sinceramente. Pero como prueba del ambiente que se creó tras el atentado, *El Periódico* recogía estas declaraciones en rueda de prensa de Francisco Hidalgo, que era, con Acosta, diputado del PSA: «Nuestros militantes están indignados. Algunos entienden que esto es una declaración de guerra y piensan que si se ha de hacer la guerra, se hará».

Ya he explicado antes que mi voluntad de dejar Cataluña se basaba, en lo personal, en el fin de la Barcelona mirífica de los setenta; y en lo político, en dos hechos: la marcha de Tarradellas, que simbolizaba la Cataluña habitable, y el clima que las palabras de Hidalgo reflejan muy bien. La predisposición a la violencia defensiva contra la violencia nacionalista flotaba en el aire. Sólo hacía falta un líder. Pero yo no quería serlo. Lo intentamos democráticamente a través del PSA y fracasamos. Otros podrían tener éxito, pero yo no había ido a Barcelona a jugar al IRA.

Después de la de *El Periódico*, la reacción más vil sobre el atentado fue la de *El País*, que, tras el citado editorial que he reseñado antes, «Recelos anticatalanes», se puso a defender nada menos que mi «dignidad intelectual». Era, en realidad, la cobarde respuesta de Cebrián a unas declaraciones mías a *Diario 16* que tuvieron mucho eco: «Espero que *El País* no me acuse de desestabilizar la democracia porque me hayan pegado un tiro». Pedro Jota le replicó en su página dominical diciendo lo que yo, por

la amistad personal que aún mantenía con Javier Pradera, no podía o no tenía ganas de decir. Ésta es la pieza:

Jiménez Losantos y los mandarines

Dos días antes del asalto al Banco Central, Barcelona había sido escenario de otro atentado de consecuencias limitadas, pero onda expansiva muy amplia. Más grave que la propia herida en la rodilla de Federico Jiménez Losantos ha sido aún la reacción entre despectiva y perdonavidas de quienes en Barcelona y en Madrid tienen hace tiempo decidido que la defensa de la cultura castellana en Cataluña no figura entre su repertorio de guisos «democráticos».

Algunos han hablado torpemente de «piernicidio», otros de la «megalomanía» del agredido. Un periódico de Madrid con propósitos de expansión en Cataluña, para el que la noticia del ataque de Jiménez Losantos mereció tratamiento informativo de pelea entre navajeros, tiene incluso el cinismo de invocar ahora la «dignidad intelectual» de aquellos a quienes tan sistemáticamente ha cubierto de improperios.

Este periódico nos llama «prensa amarilla» por publicar el Manifiesto de los 2.300. Este periódico nos llama «tontos» por recoger, puntual y textualmente, las palabras sinceras vertidas por Jiménez Losantos a un redactor de la agencia Efe. Fue este mismo periódico el que achacó a los intelectuales que, encabezados por Amando de Miguel, se pronunciaron en favor de la igualdad de derechos lingüísticos en Cataluña, un comportamiento desestabilizador del sistema democrático. Ahora les reprende jesuíticamente al tener noticias de la decisión de varios de ellos de abandonar los dominios de la Generalitat.

Uno ya no sabe si pensar que la soberbia intelectual de los nuevos mandarines es infinita o si creer que la agresión editorial contra los firmantes del manifiesto formaba parte destacada de los mencionados planes de expansión periodística y sus promotores temen quedarse sin el muñeco de pim-pam-pum ante el que acreditar su patente de catalanidad de nuevo cuño. (*Diario 16*, 25-5-1981).

Hubo gente que sintió lo sucedido y lo manifestó, pero en Barcelona las vestiduras desgarradas fueron pocas y más por hipocresía que por arrepentimiento. La cuestión de fondo, que era la

de los derechos humanos —más que nacionales, más que culturales— de millones de personas, quedó sin resolver, o mejor dicho, resolviéndose al modo franquista, pero a la inversa y peor. En Cataluña, la prensa sigue insultando en los mismos términos que entonces a quien cuestiona la dictadura lingüística implantada por Pujol y los cipayos del PSC. Ahora ya es obligatoria la enseñanza exclusivamente en catalán, tal y como yo predije y avisó el Manifiesto en 1981. Desde esa época, los pocos padres que se han atrevido a protestar han sido ignorados, insultados o apaleados. Eso le pasó a la vicepresidenta de CADECA, en un episodio nocturno como el mío pero que ya ni siquiera excitó el celo de la policía. Nadie fue detenido. El terror cultural se había impuesto.

Claro que lo que en 1979 planteé por primera vez, décadas después empezó a ser considerado un asunto muy serio. Libros como *Si España cae*, de Alonso de los Ríos o los de Miguel Platón, Agapito Maestre, Vidal-Quadras (el único político opositor a la política de *inmersión* lingüística de la Generalidad entonces), Iván Tubau y Azahara Larra Servet, o gente de la Barcelona de los setenta como Eugenio Trías o Luis Racionero, me han hecho sentirme, al menos, más acompañado en la denuncia de algo sobre lo que volví en 1993 en *La dictadura silenciosa*, como quien vuelve al lugar del crimen. Años después salió otro manifiesto, «Por la tolerancia y contra la discriminación lingüística», calcado del de los 2.300, con miles de firmas. Y como ya nadie acude a Barcelona desde toda España en busca de libertad, son catalanes de origen o adopción los que asumen la resistencia al nacionalismo. Así nació «Ciudadanos-Ciutadans», que para mí reivindica aquella época.

EL ENSAYO QUE NO TERMINÉ AQUELLA NOCHE

Además de pensar que morir en aquel huerto era una horterada lorquiana, de la noche del atentado también recuerdo que cuando nos apuntaban con las pistolas pensé que era una pena no haber terminado el ensayo que había empezado esa tarde, antes de ir al

instituto. Era sobre un poema curioso de Roís de Corella, clérigo y poeta valenciano, que con Ausiàs March, Timoneda y Jordi de Sant Jordi son los grandes líricos del siglo XV. También pensé en lo grotesco de que me matasen unos nazicatalanes que no tenían ni idea de Roís de Corella.

Ya en el hospital, después de una primera cura de urgencia y mientras revelaban las radiografías para ver dónde estaba la rotura del hueso y si debían operarme o no, me quedé solo un rato largo hasta que llegó María. Estaba demudada pero serena, a la altura de las circunstancias, como siempre, pero más que nunca. Sin embargo, al poco, un zote de blanco, presuntamente médico pero con ese desprecio a los enfermos que caracteriza a la nueva generación galena y a los gigantescos hangares-hospitales, la hizo salir y me quedé otra vez solo, no menos de un cuarto de hora en un pasillo convertido en sala, pero tan destartalada y sombría que parecía el pasillo de una película de terror. Mientras decidían qué hacer conmigo, volví al ensayo interrumpido esa tarde. Y aunque era un texto breve para *Diwan* entretuve la espera repasando el poema, que me sabía de memoria:

Balada de la garsa i l'esmerla

Ab los peus verds, los ulls e celles negres,
Pennatge blanc, he vista una garsa,
Sola, sens par, de les altres esparsa,
Que del mirar mos ulls resten alegres.
I, al seu costat, estaba una esmerla,
Ab un tal gest, les plomes i lo llustre,
Que no es al món poeta tan il·lustre
Que pogués dir les llaors de tal perla.
I ab dolça veu, per art ben acordada,
cant e tenor, cantaven tal balada:
Del mal que pas no em puc guarir
Si no em mirau
Ab los ulls tals, que puga dir
Que ja no us plau

Que io per vos haja morir.
Si muir per vos, llavors creureu
L'amor que us port,
I no es pot fer que no ploreu
La trista mort
D'aquell que ara no voleu.
Que el mal que pas no em pot jaquir
Si no girau
Los vostres ulls que em vullen dir
Que ja no us plau
Que io per vos haja morir.

Para los que no entienden la lengua de Roís de Corella, que son muchos, temo que la versión del nacionalista Molas, al que la «inmersión» en castellano le sirvió de poco, resulte demasiado pobre, sin ritmo ni medida. Tal vez esta versión mía se acerque algo más a una traducción aceptable del poema:

Balada de la garza y del azor

Verdes los pies, ojos y cejas negros,
blanco penacho, hoy he visto una garza,
señera y sola, de otras apartada,
fue sólo verla y me alegró la vista.
A su lado, un hermoso azor se hallaba,
Con tal gesto, tal lustre y tales plumas
Que no habrá gran poeta acá en el mundo
Que una perla así alabe con justicia.
Dulce la voz, bien acordado el arte,
Canto y tenor, esta canción cantaban:
No he de curarme de este mal
Si no miráis
Con ojos que me hagan decir
Que no gustáis
Que yo por vos deba morir
Si por vos muero, creeréis
En este amor,

Y hasta es posible que lloréis
Por el dolor
De quien ahora no queréis.
No he de escapar de este sufrir
Si no miráis
Con ojos que quieran decir
Que no gustáis
Que yo por vos deba morir.

En estos versos andaba yo pensando cuando llegaron los médicos y me dijeron que la fractura era limpia, aunque en un sitio muy delicado, así que no me iban a operar, pero sí a enyesar toda la pierna, hasta que se fuera restaurando el hueso roto por la bala. Unos días en casa y podría ir a algún sitio tranquilo a recuperarme, sin prisas, porque tenía para todo el verano. Tras enyesarme, me mandaron en ambulancia a mi domicilio de la calle Aragón.

No debieron de calcular bien la cura, porque por la noche la sangre rebrotó y empapó el yeso, dándoles a las fotos de entonces un efecto dramático y chocante. Esperaron a ver si paraba antes de rehacer la escayola y al tercer día paró. Entonces me dieron de alta y en ambulancia, casi diez años después de haber llegado en Vespa, dejé Barcelona para siempre. Alguna vez he vuelto, pero la Barcelona que vivimos y amamos hacía ya tiempo que había dejado de existir.

En 1996, en Miami, me desperté una noche pensando en aquella ciudad que fue, inseparable de lo que somos, porque es lo que fuimos. La historia continuó, porque siempre continúa. E incluso en la Cataluña sometida a la «dictadura blanca» del nacionalismo no ha dejado nunca de latir la resistencia al despotismo. Y aquella Barcelona de los años setenta, la mía, la de la calle Hospital, la de la música en la calle, la de los pintores, la del antifranquismo, la del antinacionalismo, la de Tarradellas, la de aquellos años felices de un tiempo encantado, se ha convertido en objeto de rememoración nostálgica, en un relicario que invocan los catalanes y españoles que luchan contra la tiranía. Aquella noche, para María, para mis hijos, que al cabo son fruto de aquella ciudad donde se conocieron sus

padres, y quizás y sobre todo para mí mismo, para no olvidar del todo o para apagar dignamente aquellos «años luz» de Barcelona, escribí este poema:

Barcelona 1976

Hubo un lugar, un tiempo en que sólo bebíamos música.
Sonaba nuestra vida como una canción nueva
en una radio vieja, pobre, alegre.
Y era hermoso el fulgor de la penumbra.
Era hermoso sentir que apenas éramos
y ya estábamos del todo
en la esquina del mundo que era nuestro.
Era entonces verano cada invierno
y otoño cada tarde, y primavera
cuando tú venías
del sitio más lejano, entre agua y humo.
Y venías siempre.
Era de noche alguna vez, supongo,
pero tú
las alumbraste todas.
No recuerdo una sola medianoche
Sin la luz y el calor de un mediodía.
Porque queríamos.
Vivíamos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Federico Jiménez Losantos, 2007
© La Esfera de los Libros, S.L., 2019
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019
ISBN: 978-84-9164-602-0 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.